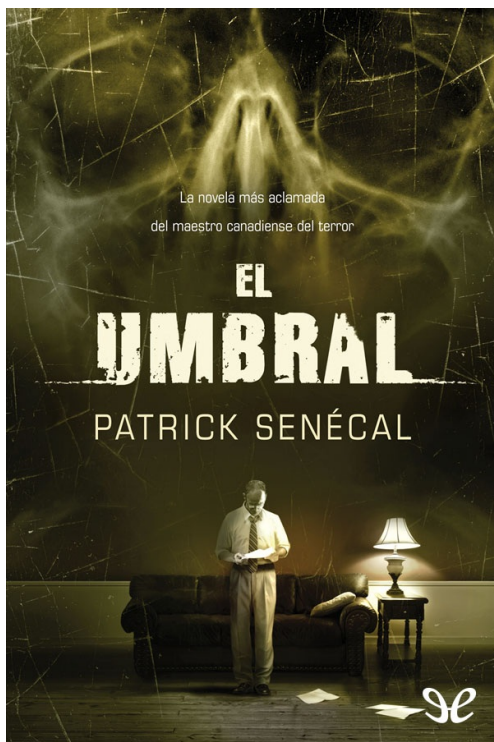


La novela más aclamada
del maestro canadiense del terror

EL UMBRAL

PATRICK SENÉCAL



Thomas Roy, multimediático y admirador escritor de Quebec, aparece en su casa catatónico y horriblemente mutilado. ¿Tentativa de homicidio o un suicidio frustrado? Mientras la Policía investiga el suceso, Roy permanece bajo observación en un hospital de Montreal. Al principio, Paul Lacasse, el psiquiatra que trata al escritor, no da demasiada importancia al caso. Sin embargo, el descubrimiento de ciertos hechos inquietantes le obliga a reconsiderar poco a poco su opinión.

Pronto, vacilarán todas las certezas del doctor Lacasse, tanto las personales como las profesionales. Porque, más allá del drama de Roy, algo aterrador se manifiesta lentamente, algo inimaginable y de consecuencias monstruosas...



Patrick Senécal

El umbral

ePub r1.0

lenny 13.06.13

Título original: *Sur le seuil*
Patrick Senécal, 1998
Traducción: Amelia Ros García

Editor digital: lenny
ePub base r1.0



A Julie,
hermana pequeña y gran amiga

PRIMERO, la noche.

Luego empiezas a vislumbrar las figuras. Nubes y sombras. La luna, llena y amarilla, destila una luz pálida. Delante de ti, se yergue una masa oscura e imponente.

Es una iglesia.

Caminas hacia ella. Cuanto más te acercas, mejor la distingues. Se trata de una vieja iglesia, bastante sencilla. Está construida con piedras grises y tiene un campanario alto, muy alto, que se pierde entre las nubes concentradas sobre este lugar sagrado.

No, no es eso, no es una concentración de nubes. Te das cuenta de que el templo está rodeado de niebla, una niebla negra, más negra que esta noche infame. Sientes algo muy extraño y desagradable. No es miedo, es una especie de pesadez angustiosa.

Sabes que no deberías dirigirte hacia esta iglesia, lo sabes muy bien. Te lo repites constantemente, pero cada vez te acercas más.

Llegas a la puerta de entrada y te detienes.

El silencio es casi total. Un rumor flota en el aire cargado de bruma. Un rumor inquietante, una amalgama de llantos y gritos, gemidos y lamentos.

No quieres entrar. Tu malestar aumenta. Sabes que hay algo perverso en esta iglesia, en esta niebla. Sabes que en este momento se manifiesta lo más terrible, lo más antiguo y lo más secreto de la experiencia humana.

Sientes el Mal.

PRIMERA PARTE

El caso Roy

Capítulo 1

Ahora se podía afirmar con certeza que había matado a once niños.

Es lo que decía la radio esta mañana. El día anterior, eran nueve, pero habían muerto dos más en el hospital. Un niño y una niña, ambos de ocho años. De hecho, las once víctimas tenían la misma edad porque participaban en las mismas colonias urbanas. Había veintiún niños en la acera de la calle Sherbrooke, bajo la mirada protectora de dos monitores, cuando el policía llegó.

Esta imagen del policía se impone con crueldad en mi mente y me subleva. Porque esto es lo más terrible: no se trataba de un tipo cualquiera, sino de un agente de policía. Un protector de la población. El que debería haber intervenido para impedir la matanza... Me imagino al agente saliendo del vehículo, mirando a los felices chiquillos ponerse en fila delante de la entrada del jardín botánico... Algunos seguramente le saludaron con la mano.

A continuación, los disparos.

Los testigos —hubo varios; el cruce de Pie-IX y Sherbrooke no es un sitio desierto— debieron de buscar durante un buen rato el lugar de donde provenían las detonaciones. Aunque divisaban al policía empuñando el arma, posiblemente pensaron que también intentaba localizar al tirador loco.

Al final, cuando vieron que los niños se desplomaban uno a uno, cuando se dieron cuenta de que el agente no se movía y que apuntaba precisamente con su revólver a los críos, los cuales huían en todas direcciones..., entonces sí, lo comprendieron. Comprendieron lo inadmisible.

En fin... Es una manera de hablar. En realidad, no podemos comprender esta clase de cosas. Mientras conduzo mi coche, en este martes, 13 de mayo de 1996, y escucho esta historia terrible que la radio cuenta por enésima vez, caigo en la tentación de plantearme la clásica pregunta: ¿qué empuja a la gente a realizar tales actos?

Pero desecho esta cuestión. En mis casi veinticinco años de psiquiatra, nunca he encontrado la respuesta, ni siquiera después de haber tratado algunos casos abyectos, como el de un hombre que descuartizaba a sus víctimas antes de violarlas o el de una mujer que habían encontrado en su casa comiéndose tranquilamente a sus hijos. Ni siquiera después de haber estudiado de cerca a estos individuos, he avanzado un milímetro. La gente los llama «monstruos». Como psiquiatra, no puedo calificarlos de ese modo, pero no es por falta de ganas...

Lo más desconcertante es que estos «individuos peligrosos» (llamémoslos así) con frecuencia parecen cualquier cosa menos monstruos. Apostaría a que ese tal Archambeault (es el apellido del policía loco, un patronímico bastante común) llevaba una vida tranquila y desempeñaba su trabajo desde hacía varios años con un sentido ejemplar de la disciplina. Se ha dicho incluso que es padre de dos niños y que su mujer, en este momento, se vuelve loca intentando comprender lo que ha podido pasar por la cabeza de su marido. Además, en los próximos días, los periódicos no se privarán de darnos este tipo de detalles. También nos preguntarán a los psiquiatras lo que pensamos sobre este tema. Y nosotros llegaremos a la siguiente conclusión: psicosis. De un día para otro. Así es. La víspera, era un padre amante de sus dos hijos. Al día siguiente, mató a once niños en plena calle. Es perfectamente posible. Sin duda, descubriremos que el asesino tenía problemas financieros, amorosos o de cualquier otro tipo. Pero ¿es suficiente?, ¿esto explica el horror de su gesto? Por supuesto que no.

Por esta razón, dejé el Instituto Léo hace cuatro años y pedí el traslado. No podía tratar a más «individuos peligrosos». Es cierto que en el Instituto Léo no hay sólo casos de este tipo, pero de éstos, hay muchos. Además, después de la historia de Jocelyn Boisvert, me resultaba imposible continuar allí. Tengo cincuenta y dos años y deseo terminar mi carrera

profesional con tranquilidad. Aquí, en el Hospital Sainte-Croix, estoy mejor. Mis pequeños esquizofrénicos y mis amables PMD (psicóticos maniaco-depresivos) son menos inquietantes. Cuando tienen problemas, los internamos unos días o unas semanas, los atiborramos de medicamentos y los mantenemos bajo control; luego, si se encuentran mejor, vuelven a su casa o con su familia de acogida. Así, pueden funcionar durante meses, antes de volver a vernos. No los comprendemos, nunca los curaremos de verdad, pero al menos son inofensivos, o casi.

Esto no impide que a veces me aburra. No de los horrores de este mundo (el horror nunca me producirá hastío) ni de la locura humana, sino de mi trabajo. Estoy harto de esta carrera que estoy condenado a perder paciente tras paciente. Al principio, la entendía como un desafío, pero luego llegó la frustración; después, la cólera, y al final, al cabo de unos años, la depre. El hecho de trabajar ahora con casos más sencillos no me satisface tanto. Quizás es menos complicado, pero el fracaso siempre está ahí. Conseguir calmar una crisis de esquizofrenia y enviar al paciente a la calle con una medicación más fuerte para mí no es ningún éxito. Dentro de tres años, cuando me jubile, apenas sabré del ser humano un poco más que cuando entré en la universidad, hace un siglo. Esta constatación basta para que pierda todo el interés por mi trabajo, algo que me sucede desde hace varios años, mucho antes de dejar el Léno.

Por triste que sea esta decepción, sin embargo, es tranquilizadora. Aunque esté aburrido, aunque no crea en lo que hago, al menos he dejado de hacerme preguntas.

Sé que lo que digo es terrible. Un buen psiquiatra no tiene derecho a pensar de este modo, soy consciente de ello. Pero es que no me siento un buen psiquiatra. ¡Ni siquiera un psiquiatra a secas!

De manera que me preparaba para terminar mi carrera profesional con la certeza del fracaso cuando, aquella mañana, Thomas Roy apareció en mi vida.

Y lo trastocó todo. No me refiero sólo a que me devolvió la esperanza en la psiquiatría. Es mucho más complejo.

Thomas Roy me obligó a mantenerme en el umbral.

Salgo del ascensor y me dirijo hacia el ala de psiquiatría mientras repaso sin entusiasmo los pacientes que debo ver hoy. En recepción, justo delante de la puerta de acceso a la unidad, Jeanne Marcoux charla con la recepcionista, café en mano, resplandeciente a pesar de sus ojos aún soñolientos. Es la única mañana de la semana que coincidimos en el hospital y, cada martes, ella me espera (siempre llega antes que yo) para que empecemos nuestra jornada juntos.

—¿La doctora Marcoux la está molestando, Jacqueline?

—En absoluto, doctor Lacasse. Me explicaba las alegrías de la maternidad y confieso que me dan ganas...

Observo burlón el vientre hinchado de Jeanne.

—No hay nada más pesado que una futura mamá, ¿verdad?

Jeanne me lanza una mirada cómplice, sonriente.

—Dentro de dos meses, no incordiaré a nadie, ¡lo prometo!

Nos damos un apretón de manos cariñoso. Cuando nos encontramos fuera, nos besamos en las mejillas, pero entre los muros de esta noble institución hay una ética que debemos respetar. Lo que resulta un fastidio, porque Jeanne Marcoux es más que una compañera, es una amiga. Trabajamos juntos desde hace un año y, a pesar de la diferencia de edad (ella tiene treinta y un años), nos hemos hecho amigos enseguida, sin ninguna intención oculta. Jeanne posee aún el celo y la pasión de los principiantes: cree que puede salvar el mundo, como en las películas. Desde luego, no seré yo quien la desilusione. Pronto lo estará. Además, es tan grato ver su pasión...

Nos volvemos hacia la puerta sobre la que está escrito: SECCIÓN DE PSIQUIATRÍA. SÓLO PERSONAL AUTORIZADO.

—¿Una mañana dura? —me pregunta ella.

—Tengo que ver a siete pacientes. Parece que Simoneau ha pasado una mala semana. Sigue dando la tabarra a las enfermeras con sus historias de agentes secretos que lo buscan.

Entramos y nos encontramos con este decorado habitual: el centro del ala lo forma una gran estancia circular que, entre nosotros, llamamos Núcleo. Personalmente, siempre me ha parecido que el ala se parece más a un pulpo, con sus cuatro pasillos que se abren como una estrella. Tres de los tentáculos encierran las cuarenta camas disponibles, mientras que en el cuarto se sitúan el comedor, la sala de descanso, el taller de ergoterapia y la

enfermería. El punto convergente de estos corredores-tentáculos lo constituye el despacho de la enfermera jefe, que también resultaría una hermosa cabeza de pulpo. Sin embargo, mi sentido de la metáfora no gustó a los empleados y todos rechazaron la alegoría de plano. Jeanne y yo cruzamos el «Núcleo» cuando distingo a Simone Chagnon, una de nuestras pacientes, una PMD que nos visita con regularidad desde hace unos diez años.

—Buenos días, señora Chagnon —la saluda Jeanne—. ¿Se encuentra bien esta mañana?

La señora Chagnon es paciente de Louis Levasseur, el tercer psiquiatra del departamento (con quien no coincidí casi nunca porque él viene los lunes y los miércoles), pero ella sabe quiénes somos Jeanne y yo. Los pacientes que nos visitan con frecuencia acaban por conocernos a todos. Es el caso de la señora Chagnon, que asiente despacio, con una ligera sonrisa.

—Bah... Bah...

Tiene cuarenta y tantos años. Lleva el pelo entrecano recogido en un moño y el vestido, demasiado grande para ella, parece caerle pesadamente sobre sus hombros flacos. Su sonrisa desaparece; luego reaparece y vuelve a desaparecer.

—En cualquier caso, se la ve mejor que la semana pasada —añade Jeanne.

—Bah... Bah...

Sólo repite esta expresión, señal de que está más bien tranquila en este momento. La semana pasada se encontraba en plena crisis. Parece que los medicamentos la dejan bastante aturdida. Hasta su mirada, por lo general viva y algo inquietante, vaga en el vacío.

—Me voy a desayunar —añade con voz apagada.

Y se aleja hacia el comedor. Jeanne se inclina hacia mí.

—Se la ve mejor. Seguramente, Louis la dejará salir la semana próxima.

«... y volverá dentro de seis meses», pienso.

—Doctor Lacasse, doctora Marcoux...

Es Nicole, la enfermera jefe, que camina hacia nosotros. Tan dulce, amable y sonriente como siempre. Nos comunica una noticia poco agradable.

—Tenemos un paciente nuevo que ha ingresado esta noche.

—¿Un paciente nuevo?

—Sí... Nunca ha estado hospitalizado en psiquiatría. Llegó a urgencias la noche del domingo al lunes, hacia las cuatro de la mañana. Lo tuvieron en observación durante veinticuatro horas y, esta noche, el psiquiatra de urgencias llamó para saber si disponíamos de una cama libre. Como quedaban algunas, lo subieron a las cinco de la mañana. Aquí tienen.

Y nos tiende un *dossier* con una sonrisa ligeramente divertida. Le dirijo una mirada sombría. Ella se divierte porque ve venir la clásica pelea entre Jeanne y yo. Una pelea no para determinar quién se ocupará de este nuevo caso, sino para saber el que no lo hará.

Mi compañera y yo nos miramos, incómodos. Aunque Jeanne es celosa de su trabajo, no es masoquista. Al final, sonrío mientras me pregunta con fingida ingenuidad:

—Tú tienes un cupo de casos muy bajo últimamente, ¿verdad?

—¿Me tomas por imbécil o qué?

Jeanne suelta una carcajada, encogiéndose de hombros. Yo suspiro al tiempo que me miro los pies. Luego me dirijo a Nicole. Ella nos tiende aún el *dossier* y su sonrisa, cada vez más radiante, indica que aprecia el espectáculo.

—¡Vaya, le provoca risa!

—En absoluto —miente sin el menor escrúpulo.

Jeanne señala su vientre con aire trágico.

—¡Me cogeré la baja maternal dentro de seis semanas, Paul!

¡Una buena razón!

—Esperen a saber de quién se trata —añade Nicole de pronto.

Nos volvemos hacia ella, vagamente intrigados. Es preciso aclarar que cada vez resulta más difícil despertar nuestra curiosidad ante un caso, pero cuando se trata de alguien conocido, eso nos anima un poco.

—¿Una personalidad? —pregunto.

—¡Desde luego! Lo crean o no, es Thomas Roy.

—¿Thomas Roy? —repite Jeanne—. ¿El escritor?

Hago una mueca, impresionado. Por supuesto que también conozco a Thomas Roy, el escritor más célebre de Quebec, conocido internacionalmente y traducido a una decena de idiomas. Incluso Hollywood ha producido varias películas basadas en sus novelas. Un caso único en nuestra literatura nacional.

—El mismo —responde Nicole.

Entonces oigo que mi joven compañera suelta una observación algo fuera de lugar.

—¡Vamos, no puede ser!

Digo «fuera de lugar» porque un psiquiatra no tiene la costumbre de sorprenderse hasta este punto ante un nuevo caso. Hace unos años, recuerdo que le comunicaron a Claude Letarte, un colega de entonces, que iba a ocuparse del caso de un político muy conocido (cuyo nombre omitiré) que acababa de tener un brote esquizofrénico. Letarte arqueó ligeramente las cejas y comentó con voz sobria: «¿De verdad? Quién lo hubiera creído...»; luego se dirigió con toda tranquilidad hacia la habitación de dicho paciente. Una actitud perfecta: serena, pausada..., en resumen, profesional. La reacción de Jeanne (que, en mi opinión, siempre actúa de forma profesional) me parece excesiva y poco objetiva.

La miro con extrañeza, pero ella aún tiene los ojos fijos en Nicole y, con el mismo aire de incredulidad, pregunta:

—¿Está segura de que es él?

—Por supuesto —responde la enfermera jefe, también sorprendida por la reacción de la doctora.

Jeanne se pasa una mano por su pelo corto, desconcertada. Si se hubiera enterado de que su amante es un cura que colgó los hábitos, habría reaccionado igual.

—¡Vaya! ¡No salgo de mi asombro!

Estoy a punto de preguntar las razones de su sorpresa cuando ella se vuelve hacia mí y casi me suplica:

—Paul, ¿me permites que me ocupe del caso?

Ahora me toca a mí quedarme atónito y suelto una carcajada:

—¡Por favor, Jeanne! Si insistes...

Me siento feliz de librarme del asunto con tanta facilidad. Jeanne coge el expediente de las manos de Nicole y lo hojea rápidamente. Luego arruga el ceño.

—¿No ha firmado la hoja de ingreso?

—No, se encontraba en estado catatónico. Además, aunque hubiera querido, no habría sido capaz de firmar nada.

—¿Por qué? —pregunta Jeanne sin levantar la vista del informe.

Nicole se aclara la voz antes de responder:

—Porque no tiene dedos.

Jeanne le lanza una mirada perpleja a la enfermera jefe.

—¿Cómo?

Confieso que el dato me intriga también y observo a Nicole, interesado. Ella se rasca la oreja y precisa:

—Le han cortado los diez dedos.

El expediente contiene una buena dosis de misterio. Conozco el contenido porque Jeanne ha insistido mucho en ello. «Tienes que leer esto», me ha dicho mientras me tendía la carpeta.

Thomas Roy vive en un lujoso edificio del barrio de Outremont, en el tercer piso de un inmueble de la calle Hutchison. La noche del domingo al lunes, los vecinos oyeron unos ruidos terribles que procedían de la casa del escritor, como si hubiera una pelea. A continuación, un estrépito de cristales rotos y, luego, nada. Un inquilino llamó a la policía. Llegaron dos agentes y derribaron la puerta de Roy.

—¿Por qué la derribaron? —inquiero—. No tenían un mandamiento...

Jeanne se encoge de hombros y continúa con la lectura del informe. En el interior, los policías descubrieron al escritor atravesado en la ventana. La mitad inferior de su cuerpo estaba en el interior de la casa, pero la otra mitad colgaba en el vacío.

—Por eso los policías derribaron la puerta —explica mi compañera—. Seguramente, vieron desde la calle el cuerpo que colgaba por la ventana.

Los agentes liberaron a Roy de su precaria posición: unos centímetros más y habría caído desde una altura de tres pisos. Al romper el cristal, el escritor había sufrido algunos cortes, pero nada serio. En cuanto a los dedos, la ventana no tenía nada que ver: los habían encontrado sobre su gran mesa de trabajo, justo al lado de una guillotina (esa clase de instrumentos provistos de una bandeja y una larga cuchilla que sirven para cortar cincuenta hojas a la vez).

No había nadie más en el apartamento y el ordenador de Roy estaba encendido. Condujeron al escritor al servicio de urgencias del Sainte-Croix; había perdido mucha sangre a causa de las amputaciones. Le curaron las heridas y recuperó la conciencia poco

después, aunque se encerró en un mutismo total. Lo tuvieron veinticuatro horas en observación. Como es soltero y no tiene hijos, llamaron a su agente, pero no estaba. Dejaron un mensaje en su casa. Durante todo este tiempo, Roy no tuvo ninguna reacción, ni a las intervenciones de los médicos ni a las preguntas del psiquiatra de urgencias, a nada. Cuando lo ponían de pie, se quedaba inmóvil, sin pestañear. Catatonía. Una roca se habría mostrado más colaboradora. Esta mañana, sobre las cinco, lo subieron a psiquiatría.

—¡Te das cuenta, Paul! —me dice Jeanne con discreción mientras recoge el expediente—. ¡Esta historia es demencial! ¡Thomas Roy! ¡Es tan famoso como un actor o un cantante! ¡Salía en los programas de televisión, en los acontecimientos importantes, en todas partes!

Nos encontramos en la sala de personal, que a esta hora se halla desierta, por suerte. Podemos hablar sobre Roy sin problemas.

—No sigo su carrera de cerca, pero me parece que lleva un tiempo fuera de la circulación, ¿no?

Jeanne hace un gesto afirmativo y los ojos le brillan de excitación.

—¡En efecto! Desde hace unos seis meses, ni entrevistas ni apariciones en público ni un libro nuevo... Desde el punto de vista mediático, había desaparecido. Los periodistas sabían dónde vivía, pero Roy no recibía a nadie ni devolvía las llamadas. ¡Él, que siempre le había gustado ser una estrella! Eso intriga a la gente, compréndelo...

La miro, impresionado.

—¿Cómo sabes todo eso, Jeanne?

Ella suelta una risita, entre divertida e incómoda.

—¿Aún no te has dado cuenta de que soy una admiradora de Roy, una gran admiradora?

Efectivamente, lo había pensado.

—Escribe novelas de terror, ¿no? ¿Te gusta este tipo de literatura?

—¡Mucho!

Y continúa con pasión:

—La semana pasada, un periódico titulaba: «¿Por qué Thomas Roy ignora a su público desde hace seis meses?». ¡Y, mira por dónde, lo encuentran atravesado en la ventana de su apartamento, catatónico y con los diez dedos cortados!

Jeanne levanta los brazos y los deja caer, suspirando.

—No entiendo nada.

—Sí, creo que me he dado cuenta... Incluso lo demuestras en exceso...

Es evidente que no ha captado mi alusión, porque prosigue:

—Oye, es la habitación número nueve, voy a verlo enseguida... ¿Vienes?

—No, tengo que visitar a mis pacientes.

—¡Vamos, Paul, pásate dos minutos! Una celebridad aquí es poco frecuente, ¿no?

Tiene razón. Esta noche, estoy seguro de que sorprenderé a Hélène si le cuento que hoy he visto a Thomas Roy. Un poco de emociones fuertes en casa, para variar...

—Sí... Sí, ¿por qué no? Dos minutos pues...

Entramos en el pasillo número uno y nos dirigimos hacia la habitación número nueve. Por el camino, nos cruzamos con el señor Lavigueur, uno de nuestros esquizofrénicos regulares. Le doy los buenos días, pero Jeanne apenas lo mira, ella que siempre saluda a los pacientes. Por suerte, el señor Lavigueur no parece muy consciente de lo que le rodea...

Al llegar a la puerta nueve, Jeanne vacila; luego da dos ligeros golpes. Ninguna respuesta.

—Te recuerdo que sufre catatonía.

—Nunca se sabe.

Jeanne duda de nuevo y se muerde una uña. Parece un obispo joven que se dispone a encontrarse con el Papa. Su actitud de fan empieza a irritarme. Al final, abre la puerta y entramos.

La habitación nueve es como las otras treinta y nueve habitaciones de la planta: una mesa pequeña, dos sillas, unos estantes y una cama sencilla. Las paredes son de color azul pálido. Thomas Roy está sentado en la cama. Lleva una camiseta blanca y negra y un pantalón vaquero. Lo primero que veo son sus brazos, que reposan sobre los muslos. Las manos desaparecen bajo las vendas, pero observo que, efectivamente, se encuentran cortadas por la mitad. No tiene dedos.

Por fin, examino el rostro del individuo. Desde luego, lo he visto varias veces en la televisión o en los carteles de las librerías, pero contemplar a una estrella en persona siempre supone descubrir una imagen diferente de la que suelen proyectar los medios de comunicación. En primer lugar, parece más viejo que en las fotos. Le echo cuarenta y cinco

años, aunque cuando busco en mi memoria creo recordar que está al final de la treintena. Su cabello se está volviendo gris. Su cara es más bien larga y angulosa: mentón cuadrado, pómulos puntiagudos, nariz casi triangular y una boca extremadamente delgada. Surcan su piel pequeñas arrugas que huyen hacia la parte superior. Tiene barba de una semana y varios cortes que no revisten gravedad, causados por el cristal de la ventana, y que, además, no sangran. Está sentado, pero no me lo imagino muy alto. Es más bien delgado. En la tele, parecía más gordo...

Por supuesto, están sus ojos. Recuerdo que, en las fotos, su mirada era sorprendente: brillante, viva, llena de energía y sagacidad, unos ojos negros que destacaban sobre el resto de la cara, bastante corriente. Pero, en este momento, sus ojos no seducirían a nadie. Están ausentes, vacíos, sin emoción. Unos ojos que me resultan familiares, que he visto muchas veces en las personas catatónicas. Una mirada que la primera vez provoca un escalofrío en la espalda porque representa la nada.

En realidad, tengo la impresión de estar ante un «caso» como tantos otros, sin nada nuevo ni sorprendente. Salvo las manos. La ausencia de dedos me fascina.

Además, se trata de Thomas Roy en cualquier caso... Nunca habíamos recibido a un personaje famoso en el hospital. Y, digámoslo francamente, encontrarme frente a él, aunque jamás haya leído ninguno de sus libros, me produce cierto cosquilleo en el estómago. Pero nada comparable a la excitación de Jeanne.

Por fortuna se encuentra de repente más tranquila. Lo observa en silencio, minuciosamente. Ha recuperado su actitud profesional. Como prueba, pregunta con una voz serena y uniforme:

—Señor Roy, soy la doctora Marcoux. Éste es mi compañero, el doctor Lacasse. ¿Me comprende?

El escritor no reacciona. Sigue con la mirada fija en el vacío; la boca un poco abierta; el rostro desprovisto de emoción; los muñones vendados, apoyados dócilmente en los muslos...

Jeanne consulta el expediente y susurra:

—Ni una palabra desde que lo encontraron en su casa.

Lo observamos aún unos instantes. Roy permanece tan inmóvil que parece una estatua.

Me encojo de hombros y me dirijo hacia la puerta. Jeanne me sigue y, en el pasillo, me pregunta:

—¿Qué haces?

—¿Cómo que qué hago? ¡Me voy a trabajar! Roy es tu paciente, no el mío...

—Los dedos cortados... Es terrible, ¿verdad?

—Es impresionante, en efecto... Pero he visto personas en plena crisis psicótica infligirse mutilaciones mucho peores que cortarse los dedos...

Me aseguro de que el pasillo está vacío y le cuento:

—Hace diez años, en el Léno, una mujer fue al aseo y se puso a gritar como si la estuvieran matando. Cuando abrieron la puerta, se estaba desgarrando la vagina con las uñas. Decía que el diablo había entrado en ella por esa parte y que debía sacárselo. Había sangre por todas partes, Jeanne. La mujer se arrancaba el sexo con las dos manos y salpicaba las paredes.

El rostro de mi compañera se ensombrece. La historia es repugnante, cierto, pero la utilizo siempre para poner las cosas en su sitio.

—Estás empezando, Jeanne. Verás casos espantosos... Incluso aquí, en el Sainte-Croix, a veces nos pasan cosas poco agradables...

Mi pequeño sermón resulta paternal, pero no me importa. Lo digo como lo pienso.

—Eso si admitimos que Roy se ha cortado los dedos él mismo —observa ella.

—El informe de la policía nos lo dirá.

Miro de nuevo alrededor, incómodo por discutir sobre un caso en mitad del pasillo. Decido orientar el tema hacia algo menos confidencial.

—Yo no me sorprendo tanto como tú. ¡Y a ti te gustan las novelas de terror!

—Roy no escribe novelas de terror. ¡Escribe sobre el Horror con mayúsculas! Por esta razón, se le admira y se le traduce en todo el mundo. Por eso es el escritor más popular de la historia de Quebec. ¡Tiene una manera única de describir el horror! ¡Por Dios, Paul, te juro que sus novelas son terroríficas! ¡De verdad!

Se acerca un paso y pone cara de sincerarse.

—Aunque sea psiquiatra, aunque conozca los mecanismos de la mente humana, caigo en la trampa con cada uno de sus libros: me engancha hasta la última página, ¡como si tuviera dieciséis años! Te lo juro, soy incapaz de leer sus novelas de noche. ¡Incapaz! La última vez

que lo intenté, me entró un miedo como nunca me había pasado... Posee la habilidad de introducirnos en cosas insoportables... Sus descripciones son tan detalladas... Y el ambiente, Paul, el ambiente de sus historias...

Jeanne reprime un escalofrío y concluye con toda la seriedad del mundo:

—Nunca había leído nada parecido.

Me limito a mover la cabeza algo desconcertado. En cualquier caso, ¡resulta sorprendente la fascinación que la gente siente por el terror! ¿Cómo puede alguien tener ganas de leer una novela que provoca un sentimiento que, de entrada, se debería querer evitar? Sin embargo, ahí están los hechos: Thomas Roy vende millones de libros en todo el mundo. Algo que me resulta incomprensible.

¡Y Jeanne! ¡Que la delicada y pacífica Jeanne lea eso!

—Entonces, ¿entiendes? —continúa ella—, encontrar al maestro del terror atravesado en una ventana, con los dedos cortados por una cizalla de oficina... Es algo especial...

—No más que si le hubiera sucedido a un mecánico, a un boxeador o a un parado, Jeanne. No más.

—Lo sé —admite ella con una ligera sonrisa—. Sólo me parecía una casualidad sorprendente. Pero no te preocupes, soy una admiradora, no una fanática...

Con un gesto le indico que se calle. Un paciente se acerca a nosotros.

—Doctor Lacasse...

Es el joven Édouard Villeneuve. Me mira con sus ojos eternamente inquietos.

—Se supone que hoy venía a verme, ¿eh, doctor Lacasse?

—Sí... Sí, Édouard, voy dentro de unos minutos...

Llevo seis años tratando a este muchacho. Estos últimos meses, vivía con su familia de acogida sin problemas. Pero luego, ¡paf!, volvió al hospital hace unos días, en plena crisis de paranoia. Una recaída catastrófica.

—No me olvide, ¿eh, doctor Lacasse?

Me vuelvo hacia Jeanne.

—Oye, tengo que hacer mi ronda... ¿Hablamos en otro momento?

Nos despedimos y me alejo en compañía de mi joven paciente.

Paso la mañana viendo a mis pacientes. Édouard aún tiene tendencias paranoicas agudas. Pienso en aumentarle la medicación. Seguramente, tendrá que quedarse unas semanas. Julie Marchand, otra joven de unos veinte años, sigue maquillándose de forma exagerada. Está convencida de que le van a ofrecer un papel en una película y me acusa de interponerme entre el productor y ella. Jean-Claude Simoneau tampoco va mejor. La semana pasada estaba tranquilo, pero ahora ha vuelto a entregar mensajes a las enfermeras para que los envíen en secreto a la Gendarmería Real de Canadá. Además, persiste en su idea de que Nathalie Girouard, nuestra ergoterapeuta, es una espía que se ha infiltrado en el hospital con intención de eliminarlo. Con él, he hablado más tiempo que con los demás, hasta que parecía algo más tranquilo. Pero al final, cuando me dirigía hacia la puerta, me ha deslizado un mensaje en la mano mientras murmuraba:

—Envíe esto rápidamente al Gobierno. Ellos lo entenderán.

Los demás pacientes se encontraban estables. Hasta Louise Choquette, que me ignora casi siempre, me ha regalado una hermosa sonrisa y me ha preguntado qué tal estaba mi hijo (y por décima vez le he dicho que no tenía un chico, sino dos chicas). Incluso se veía más joven que sus cincuenta años. Alentador.

En resumen, mi ronda de rutina acaba hacia las once y media. Mientras subo a mi consulta, en la quinta planta, me digo que voy a pasar por la de Jeanne. Ella debe de haber terminado también su ronda y decido invitarla a comer.

Jeanne no está en su consulta. Le pregunto por ella a la secretaria.

—Sí, ha acabado su ronda —me responde—, pero estará ausente un par de horas. Si desea ponerse en contacto con ella, ha dicho que se encontraba en esta dirección.

Y la secretaria me tiende un papel donde leo: «3241 Hutchison, Outremont». Outremont, Hutchinson... ¿De qué me suena? De repente, lo comprendo: ¡esta pequeña descerebrada ha ido corriendo al apartamento de Roy! ¿Para hacer qué? ¡Sólo Dios lo sabe!

Jeanne se ha extralimitado. Enseguida, decido ir a buscarla para traerla inmediatamente, antes de que se ponga en ridículo.

Veinte minutos después, aparco delante de un lujoso edificio. Desde la acera, levanto la cabeza y veo una ventana rota: la del apartamento de Roy. Luego bajo los ojos hacia el asfalto, aproximadamente hasta el lugar donde el escritor se habría estrellado si hubiera atravesado la ventana por completo. Sin duda, se habría matado.

Entro en el inmueble. En la pequeña escalera bien conservada, me cruzo con dos policías que bajan hablando. Deduzco que la policía continúa con su investigación en el apartamento y que Jeanne ha venido a ver cómo iban las pesquisas. Suspiro cansado. Me la imagino presentándose a los policías: «Soy la psiquiatra de Thomas Roy y vengo a informarme». ¡Ridículo!

Llego a la puerta 3241. Está abierta. Entro en un salón coqueto, decorado con profusión y buen gusto. Dos hombres de traje y corbata están hablando. Me acerco y me presento. Me miran durante un rato. Dos psiquiatras en el mismo día, ¡les va a dar un infarto! Me siento grotesco y mi enfado hacia Jeanne aumenta de forma considerable.

—Su colega está en el despacho, por allí... Coudon, esto de que los psiquiatras se desplacen es nuevo, ¿no?

Ignoro el comentario y paso a la habitación del fondo.

El salón del apartamento está limpio y ordenado, pero por el despacho parece que ha pasado un huracán. El suelo se halla cubierto de hojas, figuras decorativas y fragmentos de todas clases. En las paredes, todos los cuadros están torcidos. En un rincón, la biblioteca ha sido saqueada y casi todos los libros yacen en el suelo, en un estado lamentable. Arrimado contra una de las paredes laterales, el escritorio se encuentra repleto de hojas de papel, lápices y libros, formando todo ello un tremendo revoltijo. En medio de este batiburrillo, se alza el ordenador, milagrosamente intacto. Sigue encendido y, de lejos, distingo un texto en la pantalla. Hay cuatro personas más en el despacho. Dos recogen los fragmentos del suelo y los depositan en bolsas. Un tercer hombre, de unos cuarenta y tantos años, vestido con un traje de tres piezas, habla con Jeanne. Me acerco lo más discretamente posible, cojo a mi compañera del brazo y murmuro:

—Bueno, ¿ya ha visto bastante, doctora Marcoux? ¿Qué le parece si regresa al hospital conmigo y espera a que la policía nos envíe el informe?

—¡Paul! —exclama Jeanne—, ¡has venido a buscarme! —hago una mueca; su discreción deja mucho que desear—. Te presento al sargento detective Goulet. Él se encarga de la investigación. Sargento, le presento a mi colega, el doctor Lacasse.

Goulet me tiende una mano, que yo estrecho de mala gana mientras le dirijo una mirada sombría a Jeanne.

—Investigación es mucho decir —precisa el hombre—. De hecho, tengo la sensación de que vamos a cerrar este expediente hoy y que el resto deberán descubrirlo ustedes.

Su comentario me intriga y, casi a mi pesar, le pregunto:

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, durante los dos últimos días hemos tomado huellas de todas partes. Las únicas que hemos encontrado han sido las de la víctima. Ninguna otra. Además, hay una cámara de vídeo en el portal del edificio. Hemos visto la cinta. En la noche del domingo al lunes, entre la medianoche y las seis de la mañana, nadie entró ni salió de la casa. A excepción de los agentes, por supuesto. El sargento Caron derribó la puerta del señor Roy. El cerrojo estaba echado por dentro y también la cadena de seguridad. En idéntica situación, se encontraba la puerta de cristal que da a la galería. ¿Cómo habría podido el agresor cerrar las dos puertas por dentro después de salir de la vivienda?

—Entonces, sargento, ¿cuál es su conclusión? —le pregunta Jeanne, mirándome.

Está claro que ella conoce la respuesta, pero quiere que Goulet la repita para mí. No hace falta. Lo he comprendido perfectamente. No obstante, el sargento se encoge de hombros y dice:

—Bueno, todo indica que Roy quiso suicidarse.

—¿Y los dedos? —insiste mi compañera.

—Se los cortó antes de lanzarse contra la ventana.

—¿Está seguro?

—Venga a ver...

El sargento camina hacia la mesa de trabajo, seguido de Jeanne. Yo voy detrás, suspirando por dentro. En el punto en que nos encontramos, es mejor escuchar el razonamiento de Goulet hasta el final, pero en cuanto lleguemos al hospital... ¡Jeanne me va a oír!

Junto al ordenador, el policía nos muestra la guillotina. La gran cuchilla está bajada, contra la bandeja; hay mucha sangre alrededor. Goulet señala la parte delantera de la bandeja, donde se concentra más cantidad de sangre.

—Descubrimos los diez dedos aquí, justo delante de la cuchilla, ordenados en una fila.

Luego señala la palanca de la cuchilla.

—En la palanca, hay algunas huellas de la mano derecha de Roy. Y también algunas gotas de sangre. Sin embargo, no hay ninguna razón para que la sangre haya salpicado la palanca, que se encuentra detrás.

Goulet se mete las manos en los bolsillos y explica con el mismo aire indolente:

—Roy se cortó primero los dedos de la mano izquierda con ayuda de la mano derecha. A continuación, seccionó los dedos de la derecha utilizando la mano cortada para bajar la palanca.

Jeanne y yo nos quedamos mirando al sargento. Debemos de parecer un poco alelados. Aunque ya he visto varias automutilaciones, la interpretación de Goulet me impresiona un poco.

—Es la única explicación —añade el policía.

Mis ojos vuelven a posarse en la guillotina. Intento imaginar a Roy colocando los dedos de la mano izquierda debajo de la cuchilla, bajando la palanca de un golpe seco... y, luego, después de esta horrible mutilación, colocando la otra mano bajo la cuchilla y utilizando el muñón ensangrentado y dolorido para repetir este acto terrible. No puedo evitar un escalofrío.

—Además, con toda seguridad, se cortó los dedos después de haber destrozado todo lo que había en la habitación; si no, habríamos encontrado sangre en los libros y por las paredes. Localizamos una pequeña cantidad en el suelo, delante del ordenador, pero no en éste.

Goulet se cruza de brazos y, metódico, enumera los hechos:

—Por tanto, en orden cronológico, sucedió más o menos así: Roy estaba escribiendo en el ordenador, sufrió una crisis y rompió todo lo que tenía a su alcance; a continuación, se cortó los dedos; volvió al ordenador (para hacer qué, no lo sé) y, finalmente, se lanzó contra la ventana, con intención, imagino, de atravesarla, pero se quedó atrapado y perdió el conocimiento. Después, según me ha contado usted, doctora Marcoux, no ha dicho ni una palabra.

—Ni una.

—Entonces, ya está.

Jeanne mira de nuevo la cuchilla llena de sangre. De repente, palidece y se lleva las manos a su vientre abultado.

—Tengo que ir al cuarto de baño.

—¿La sangre la indispone, doctora?

Jeanne exhibe una ligera sonrisa de disculpa.

—Normalmente, no, pero digamos que mi metabolismo es menos tolerante desde que estoy embarazada...

Yo también esbozo una sonrisa mientras Goulet, con gesto comprensivo, la acompaña fuera de la habitación.

Solo, no sé muy bien qué hacer. Los otros dos individuos continúan con su trabajo, sin prestarme atención. De forma mecánica, echo un vistazo a la pantalla del ordenador, que muestra un texto. Me pongo las gafas y leo las dos últimas frases:

«Se dirigía a la última cita. Incluso con el revólver, pasaba desapercibido, gracias a su...».

La frase estaba inacabada.

Observo el teclado del ordenador. Me fijo en que hay pequeñas marcas negras en varias teclas, como rayas minúsculas. Del uso, supongo. Luego contemplo el desorden que rodea el aparato: los papeles, los disquetes... Un lápiz parece flotar en medio de toda esta confusión. Distráido (sin pensar en que la policía no estaría de acuerdo), lo cojo. Cerca del extremo donde se encuentra la goma de borrar, el lápiz está casi partido en dos. Lo examino de cerca: huellas de dientes. Sonríe. Otro que tiene la costumbre de morder los lápices. Aunque, en este caso, la verdad es que parece obra de un castor...

Cuando voy a depositar el lápiz en el escritorio, mi movimiento es detenido por alguien que me tira del brazo: Jeanne ha regresado y, aunque aún está un poco pálida, ha recuperado su interés.

—¿Qué piensas?

—Pienso que hablaremos de esto a solas y que deberíamos marcharnos de aquí enseguida.

Goulet se acerca con las manos en los bolsillos.

—De todas maneras, en lo que a nosotros respecta, la investigación ha terminado. No hay agresor, sólo un intento de suicidio. ¿Por qué sufrió una crisis? ¿Por qué se cortó los dedos?

Su trabajo consiste en descubrirlo...

Luego señala el ordenador con el mentón.

—Por eso no hemos apagado aún el ordenador. Queremos grabar todo el texto en un disquete. Roy estaba escribiendo cuando quiso matarse... Tal vez tenga alguna relación y podría ayudarles a comprender mejor lo que ha pasado... Quiero decir, lo que ha pasado en su cabeza. Por lo demás, si necesitan ayuda...

Saca una tarjeta y nos la tiende. Le doy las gracias y la guardo en mi chaqueta. Entonces Goulet nos examina durante un par de segundos y algo parecido a la sorpresa cruza sus ojos sin brillo.

—Es la primera vez que veo a unos psiquiatras venir al lugar de la investigación... ¿Es un nuevo método?

—No, no... Es exceso de entusiasmo, simplemente —comento con frialdad mientras cojo a Jeanne del brazo—. Nos vamos. Gracias, sargento. Si necesitamos más información, nuestra trabajadora social se pondrá en contacto con usted...

Jeanne quiere replicar, pero, por mi expresión, comprende que ya ha hecho bastante y, sin decir una palabra, se deja conducir hacia la salida.

Bajamos los escalones en silencio. Fuera, ella echa un vistazo a la ventana rota; luego se dirige a su coche.

—Quiero verte en mi despacho —le digo—. Tengo que hablar contigo.

Ella no pone ninguna objeción. Creo que adivina perfectamente lo que la espera. Parece una niña pequeña que sabe que su padre la va a regañar.

Al montar en mi coche, me doy cuenta de que tengo todavía el lápiz que he cogido del escritorio de Roy. Se me ha olvidado dejarlo en su sitio. Lo guardo distraídamente en el bolsillo de la chaqueta y no pienso más en ello.

—¿Has perdido la cabeza, Jeanne Marcoux?

Apenas ha cruzado la puerta cuando le lanzo esta frase sin más miramientos. Yo estoy de pie, con los brazos cruzados, apoyado contra la mesa. No grito, por supuesto, pero mi tono es lo bastante duro y elevado como para que Jeanne me mire fijamente, sorprendida de verdad.

—Vamos, Paul, ¿por qué te...?

—Tu entusiasmo juvenil delante de Nicole y de mí puede pasar. ¡Pero ir al apartamento de Roy! ¡Por Dios, Jeanne, eres psiquiatra, no detective!

—El trabajo de campo para comprender el comportamiento de un paciente es algo que se hace, ¿no?

—Eso le corresponde a la trabajadora social, ¡lo sabes muy bien! ¡Podrías haber delegado esta tarea en Josée, que la habría realizado a la perfección!

Jeanne levanta los brazos y suspira, un poco exasperada.

—¡Vale, he obrado con exceso de celo! ¡Lo siento! No vamos a hacer un drama, ¿verdad, papá?

Me lanza una sonrisa maliciosa. Yo permanezco impasible, con las dos manos apoyadas en la mesa a mis espaldas.

—Es la primera vez que te veo actuar así, Jeanne.

—También es la primera vez que voy a tratar a Thomas Roy —se justifica sin convicción, como si supiera muy bien que no tiene excusa.

—Precisamente, has caído en la contratransferencia.

—¡Paul, por favor!

Levanto una mano y continúo más tranquilo:

—Admiras mucho a Thomas Roy y es evidente que esto te impide tomar la distancia necesaria para tratar el caso con total objetividad...

Ella me mira.

—Sabes que tengo razón, Jeanne. Tu comportamiento de esta mañana es bastante revelador al respecto.

Se muerde los labios, su cara está sonrojada. Abre la boca, pero yo levanto la mano.

—Antes de decir nada, piensa un segundo: no debe responder la admiradora, sino la psiquiatra.

Guarda silencio y reflexiona; abre la boca y la vuelve a cerrar haciendo una mueca. Adivino la clase de dilema al que se enfrenta y no sé si compadecerme de ella o divertirme con la situación.

Al final, lanza un suspiro, con gesto resignado y triste a la vez.

—¡Ah, mierda! Tienes razón, Paul, lo sé perfectamente... No puedo ocuparme de Roy,

me... afecta demasiado.

Asiento satisfecho. De repente, me siento orgulloso de Jeanne. No esperaba menos de la profesional con quien me codeo desde hace año y medio.

—¿Lo coges tú o se lo pasas a Louis? —me pregunta, aún apesadumbrada.

Me encojo de hombros, resignado.

—Louis no viene hasta mañana... Además, ya tengo mucha información sobre Roy.

Y le guiño un ojo para demostrar que no le guardo rencor. Ella esboza una sonrisa. La atmósfera se relaja. Papá y su hija mayor se reconcilian.

—Un paciente más para tu cupo, Paul...

—Sí..., pero me debes una...

—Sólo una cosa. Permíteme..., digamos, seguir el caso de lejos, contigo... De un modo informal... Vamos, que me tengas al corriente.

Es sencillamente adorable. Ahora me toca sonreír a mí.

—¿Tengo elección?

—En realidad, no...

—En esas condiciones...

—Gracias, Paul.

Jeanne parece realmente contenta con este trato y eso me satisface a mí también. Se alisa el pelo, señal de que está dispuesta a volver al trabajo. Se sienta en un sillón y me pregunta:

—Bueno, ¿qué piensas?

Me instalo detrás de la mesa.

—Su retirada del mundo durante seis meses es un síntoma claro de depresión. Además, un escritor que se corta los dedos sólo puede significar una cosa: que no quiere escribir más. No hay que ser Freud para comprenderlo...

—Tal vez, pero me gustaría entender por qué se toma el trabajo de cortarse los dedos si quería suicidarse. No encuentro una explicación. ¿Por qué hace las dos cosas?

—Quizás en un principio no quería morir, sólo cortarse los dedos.

—No es muy lógico —aventura Jeanne, medio convencida.

—Porque piensas que aquí tratamos con personas lógicas, ¿no?

Ella suspira y se levanta.

—Bueno, de todas maneras, es demasiado pronto para anticipar cualquier hipótesis, ¿eh? Cuando Roy vuelva a hablar, lo veremos todo más claro... De momento, debo irme. Tengo una cita a la una y media en la universidad.

—Está bien... Yo voy a tomar un bocado rápido... Quería invitarte a comer, pero lo dejaremos para otro día.

—¿Nos vemos el jueves en el Maussade?

—Por supuesto...

Nos separamos. Antes de salir, paso por la habitación número nueve. Roy no ha experimentado ningún cambio. Sigue en la cama, aunque ahora está tumbado de espaldas, mirando el techo con cara inexpresiva. Seguramente, alguna enfermera lo ha colocado así.

—¿Está mejor acostado, señor Roy?

Ninguna respuesta. Decido ponerme las gafas para examinar mejor su mirada. Mientras busco en el bolsillo de la chaqueta, siento algo largo y duro bajo mis dedos y lo saco: es el lápiz mordido que he cogido distraídamente del apartamento de Roy.

Una idea curiosa se me pasa por la cabeza. Sin saber muy bien por qué, me acerco al escritor y deslizo despacio el lápiz entre sus labios. Él se deja hacer, sin mirarme. Lo estudio un par de minutos mientras tiene el lápiz en la boca. Su imagen parece querer decirme algo. Por supuesto que mordía el lápiz, eso explica las marcas de los dientes; pero hay algo más, aunque no sé de qué se trata. Lo estudio aún unos segundos mientras me acaricio la barbilla, y luego, sintiéndome un idiota, cojo el lápiz y lo tiro a la papelera.

—Me gustaría ayudarle, señor Roy... Puede confiar en mí, ya lo sabe...

Nada. Intento un par de acercamientos más, sin resultado. Observo sus manos vendadas. Se corta los dedos e intenta quitarse la vida a continuación... Curioso. Cuando los periodistas se enteren de que el célebre escritor se encuentra aquí, esto va a ser una locura. Suspiro pensando en este alboroto inminente y, por fin, salgo de la habitación.

Por la tarde, sobre las tres, mientras paso consulta a los pacientes externos, se produce la temida llamada de teléfono.

—Los periodistas —anuncia sencillamente Jacqueline, al otro extremo del hilo telefónico, con una voz fría.

Cierro los ojos un instante. Ignoro dónde tienen sus fuentes, pero siempre acaban por enterarse.

—Estoy ahí dentro de diez minutos.

Acabo la consulta y bajo al Núcleo. Camino hacia la puerta de acceso con el entusiasmo de un galeote que realiza su primera travesía por el Atlántico. Cuando me encuentro en el pasillo, veo a los periodistas. Son tres. No es tan grave como me temía; parece que aún no se han enterado todos los medios. Discuten alterados con Jacqueline, que, detrás del mostrador de recepción, no parece impresionada lo más mínimo. Deben de preguntarle por qué no tienen derecho a entrar en el ala de psiquiatría, también protestarán porque esto atenta contra los derechos de la opinión pública y cosas así. Bandada de buitres...

—¿En qué puedo ayudarles, señores? —pregunto tranquilo mientras cruzo la puerta.

Los tres me miran fijamente. Uno de ellos (cabello rubio y rizado, aire arrogante) me interroga sin más preámbulos:

—¿Es usted el responsable de la unidad de psiquiatría?

—Soy uno de los psiquiatras que trabajan aquí, el doctor Paul Lacasse.

—¿Trata usted a Thomas Roy?

Esta vez, ha hablado un hombre grueso, bajo y con gafas. Jadea como si acabara de correr el maratón de Montreal. Vacilo un segundo.

—Sí, en efecto.

—¿Qué le ha pasado exactamente a Thomas Roy? —pregunta Rubiales.

—¿Desde cuándo se encuentra aquí? —inquieta Gordo-Bajo.

—¿Es grave? —(Rubiales).

—¿Ha cometido un delito? —(Gordo-Bajo).

—¿Podría saber con quién hablo? —digo en un tono tranquilo, pero seco.

—Joseph Fraser, *La Presse* —se presenta Rubiales.

—Paul Sirois, *Dernière Heure* —responde Gordo-Bajo.

Me vuelvo hacia el tercero, que aún no ha dicho ni una palabra. Es alto, tiene el pelo negro y la barba del mismo color, bien recortada. Saca un cigarrillo del bolsillo de la camisa y se lo lleva a los labios. Con un rostro neutro, se presenta:

—Charles Monette, *Vie de Stars*.

Asiento con la cabeza. Se trata de la revista más sensacionalista de la ciudad, la que utilizo para cubrir el fondo del cesto donde duerme el gato. Aunque no tenga gato.

—No puede fumar aquí, señor Monette. Como en ningún hospital.

—¡Oh!

Se guarda el tabaco en el bolsillo mientras una gran sonrisa surca su barba.

—No me he dado cuenta...

Lo miro un segundo. Su sonrisa es francamente desagradable. Una sonrisa de ave rapaz que ha visto a los demás buitres y que nunca suelta los trozos de carne que atrapa con el pico.

Me dirijo a los tres hombres:

—Señores, saben perfectamente que no puedo comentarles nada sobre el caso del señor Roy.

—Entonces, ¿confirma que se encuentra aquí? —pregunta Sirois con su voz asmática.

—Sí, está aquí. Pero no les diré nada más.

—¿Podemos verlo?

La pregunta ha salido de Monette. Tranquilo. Relajado.

—Por supuesto que no.

El periodista no reacciona, como si esperara esta respuesta. Me sonrío de nuevo.

—Perfecto. Muchas gracias, doctor Lacasse.

Y se aleja con paso regular. No me gusta ese hombre. Es evidente.

—Les aconsejo que imiten a su colega, señores. No les diré nada más.

Ellos protestan. Aprovecho para inclinarme hacia Jacqueline y susurrarle:

—Si dentro de cinco minutos no se han marchado, llame a seguridad.

Me hace una seña para indicar que lo ha comprendido. Me vuelvo hacia la puerta en medio de un clamor de protestas que ignoro de forma magistral. Entro y, una vez que se ha cerrado la puerta detrás de mí, lanzo un profundo suspiro.

Vuelvo a mi consulta.

Termino la jornada sobre las cuatro y cuarto de la tarde. Antes de marcharme, redacto una nota. Como no vuelvo hasta el jueves y entonces tendremos la reunión interdisciplinaria semanal, dejo una serie de instrucciones para mañana miércoles. Uno: encargo a Nathalie

Girouard, la ergoterapeuta, que examine al escritor mañana y elabore un primer informe. Dos: pido a Josée, la trabajadora social, que investigue un poco sobre Roy. Le sugiero que se ponga en contacto con Goulet si quiere ir al apartamento del escritor y anoto el número de teléfono del sargento detective. Por ahora, nada de medicación. Entrego la nota a Nicole y salgo del ala de psiquiatría.

Mientras camino hacia el coche, estacionado en el aparcamiento interior del hospital, oigo una voz detrás de mí:

—Como pensaba, un psiquiatra no acaba su jornada a las cinco...

Me doy la vuelta. Entre los coches, un individuo con barba se dirige hacia mí. Lo reconozco enseguida. Esa sonrisa detestable, ese aire tranquilo y controlado... Es Monette, del *Vie de Stars*.

—Fíjese que a mí me viene bien. Así no tengo que esperar tanto...

Me inunda una oleada de cólera y hastío. ¿Este miserable me ha esperado una hora larga en el aparcamiento para sonsacarme más información? Me parece increíble. Inmóvil, veo cómo se acerca. Cuando le hablo, mi voz se mantiene serena y fría:

—Señor Monette, mucho me temo que ha esperado todo este tiempo para nada. No le daré más información que antes.

Él se detiene frente a mí, saca un cigarro y me pregunta burlón:

—¿Aquí puedo?

Ni me molesto en responder, ligeramente irritado. Me ofrece uno. Digo que no con la cabeza. Soy fumador, pero es impensable que acepte nada de él. Enciende el cigarro, se toma su tiempo para dar una buena calada y expulsa el humo despacio. Estoy a punto de continuar mi camino, exasperado por ese aire insolente, cuando se lanza:

—Escuche, no voy a andarme con rodeos. Estoy escribiendo un libro sobre Roy... y, francamente, confieso que me ayudaría mucho saber lo que le ha pasado. Para el libro, ¿lo comprende?

—Lo siento, no hacemos excepciones. Del hospital no puede salir ningún tipo de información, debería entenderlo...

Monette hace un leve signo de asentimiento, pero añade:

—Lo sé muy bien, pero... podríamos ayudarnos mutuamente. Con motivo del libro, he recogido mucha información sobre Roy. Nunca se sabe, quizá lo que he averiguado le ayudara a curarlo...

Lo miro arqueando las cejas, divertido de repente. Él adopta un «aire misterioso de película policiaca» y no puedo evitar que me resulte completamente grotesco. Monette debe de tener poco más de cuarenta años y seguramente ha trabajado en el *Vie de Stars* toda la vida. Aún soñará con escribir un artículo extraordinario que lo eleve al rango de los auténticos periodistas, a quienes envidia y, por eso mismo, desprecia. Mientras espera mi respuesta, pone cara de duro para hacer creer que está al corriente de todo. Imagino que esto debe de funcionar en algún caso. Antes, por ejemplo, en el hospital, su silencio y su seguridad me han causado cierta impresión. Desagradable, pero posiblemente era lo que él buscaba. Sin embargo, ahora, en el aparcamiento, con su cigarrillo y sus alusiones a ese beneficio mutuo, me parece más bien ridículo. Sin intentar disimular cierta dosis de burla, replico:

—Francamente, señor Monette, no creo que los cotilleos sobre Roy puedan ser una auténtica ayuda, pero se lo agradezco...

Su sonrisa vacila; luego desaparece. He dado en el blanco. Me vuelvo y me alejo, mientras él responde a mi espalda, siempre educado:

—Perfecto, doctor... Hablaremos en otra ocasión...

—Eso es —añado en voz baja.

Llego al coche, me monto y, cuando ya estoy en la carretera, Monette se encuentra en la carpeta «olvido» de mi cerebro.

Ceno solo, Hélène me ha avisado de que no saldría de trabajar antes de las siete. En este momento, está rematando el montaje del último documental que ha rodado para Radio-Canadá. Se trata de un reportaje sobre los discapacitados físicos, un proyecto que la entusiasma.

Por la noche, cuando llega a casa, me planta un fogoso beso y saca del bolso una cinta de vídeo que exhibe con orgullo.

—¡Aquí lo tengo! ¡El montaje final está terminado!

—¿Podré verlo esta noche?

—¡Sí! ¡Ahora mismo, si quieres!

—¡Por supuesto! —digo haciendo todo lo posible por parecer tan entusiasmado como ella.

El hecho de ver a H       ejercer su oficio de directora de cine con tanto entusiasmo pone de manifiesto, de una forma aún más amarga, mi apatía profesional. A veces, ella reprime su excitación delante de m  , al verme con un semblante triste y aburrido. Me doy cuenta (sobre todo, cuando ceno solo) de que siento un poco de envidia de mi mujer, a pesar de la mezquindad que encierra este sentimiento.

Dos minutos después, nos encontramos instalados en el salón: H       con un sándwich que se ha hecho a toda prisa y yo con un cigarrillo. Vemos el documental respetando el ritual del silencio. De hecho, cada vez que H       me enseña una de sus nuevas películas, la visionamos sin decir nada y, sólo al final, le comunico mis comentarios. Y no siempre soy considerado. Como cuando me mostró el documental sobre los niños de la calle, *Callejón sin salida*. Le dije que me parecía melodramático y moralizante y que carecía de perspectiva analítica. Ella respet   mi opinión, pero no cambi   nada de la cinta. El futuro le dio la razón: seis meses después, *Callejón sin salida* gan   un premio. Lo que no impide que siga encontrándolo demasiado edulcorado.

Una vez vistos los diez primeros minutos, mi impresión es bastante positiva. La cinta presenta un buen número de discapacitados bastante profundos, pero no cae en el patetismo (después de todo, quizá H       se ha acordado de mi crítica a *Callejón sin salida*). Veo el documental sinceramente interesado, mientras siento la mirada nerviosa de mi mujer, que acecha cada una de mis reacciones cuando alguna escena, de repente, suscita algo en mí.

La pantalla muestra a un adolescente parapléjico de diecisiete o dieciocho años. Está sentado delante de un ordenador, en una silla de ruedas, al tiempo que la voz de la narradora explica:

«Para Beno  t, todo es cuestión de voluntad. Su discapacidad no le ha impedido leer, estudiar e, incluso, escribir...».

La cámara muestra en primer plano cómo Beno  t coge con la boca un largo palo de plástico. Luego, controlando el palo con la punta de los dientes, alcanza el teclado con el otro extremo. La cámara hace zum sobre el extremo del palo, que hunde las teclas con una precisión sorprendente.

En ese momento, una asociación de ideas me invade la mente. Visualizo el lápiz mordisqueado de Roy, junto al ordenador... Las pequeñas marcas negras sobre las teclas... Como rayitas oscuras...

—  maldita sea!

H       me apunta con un dedo, reprobadora.

—  Paul!   Ya sabes que no se hacen comentarios hasta el final!

—No es eso, H      , es..., es sólo que... Para el vídeo,   quieres?

Ella obedece, algo ofendida.

—Adivina quién ha ingresado hoy en el hospital.

H       es la única persona ajena al hospital a quien hablo de mis pacientes. Al menos, a quien *hablaba* de mis pacientes, porque en realidad ya no le comento ningún caso. Como no le cuento nada de mi jornada en general. De hecho, apenas le dirijo la palabra.

Ella se encoge de hombros, sorprendida.

—Debe ser importante para que me hables de ello...

—Es una bomba, H      ... Más que nunca cuento con que no dirás nada a...

—  Paul, me conoces lo bastante bien como para no tener que repetirme eso!

Tiene razón. S   que puedo contar con su discreción. En veintisiete años de matrimonio, nunca me ha decepcionado sobre este tema.

—Te lo juro, es una bomba...

Ella arquea las cejas. Esta vez, est   intrigada de verdad.

—Thomas Roy —anuncio por fin.

Primero, la incredulidad; luego, la sorpresa y, al final, las preguntas. Le cuento toda mi jornada laboral, sin omitir nada. Dios mío,   desde cuándo no me pasaba algo así? Pero lo hago sobre todo por ella: sabía que esta historia le interesaría.

—  Es una locura! —exclama al final—.   Cortarse los dedos es espantoso!   Sobre todo para un escritor!

—S  ... Y en el documental he visto una escena que me ha dado una idea sobre Roy...

—  Qu   quieres decir?

Dudo mientras hago un signo impreciso con la mano.

—Es un poco pronto para hablar, quizás est   completamente equivocado..., pero...

Miro el reloj: las ocho de la noche. Me levanto, voy al teléfono, busco en mi agenda profesional y marco un número.

—¿Sí? —contesta una voz femenina.

Es la enfermera de noche de la unidad de psiquiatría. Me identifico y le pido que añada una indicación a la nota que he dejado para Josée Poitras.

—Me gustaría que se trajera el teclado del ordenador del señor Thomas Roy para la «inter» del jueves. Si es posible...

Oigo que la enfermera me repite el aviso y me asegura que lo ha anotado. Le doy las gracias y cuelgo.

Si Jeanne me viera actuar así, seguramente diría que yo también me dejo contagiar por la fiebre del «caso Roy». Sin embargo, estaría equivocada, porque, en cuanto acaba la conversación telefónica, saco por completo al escritor de mis pensamientos, vuelvo al salón y le digo a Hélène:

—¡Ya está! ¿Continuamos con el documental?

Capítulo 2

Al hospital, sólo voy los martes y los jueves. Los otros tres días laborables de la semana, paso consulta en casa o investigo en la universidad. Durante todo el miércoles, no pienso ni un segundo en Thomas Roy, al menos hasta la hora de la cena (sin compañía, una vez más). Mientras hojeo el periódico, doy con un artículo en la segunda página titulado «Thomas Roy en un centro psiquiátrico».

Hago una mueca y leo el artículo. Los periodistas saben más de lo que creía. La crónica cuenta que el escritor ha intentado suicidarse después de haberse cortado los dedos. Los vecinos se habrán ido de la lengua o, tal vez, algunos policías... El artículo finaliza con la evocación del misterio que rodea este drama: «¿Acaso los seis meses de reclusión de Thomas Roy ocultaban en realidad una profunda depresión que desembocó en un intento de suicido?».

—¡Guau! ¡Un auténtico psiquiatra! —exclamo con ironía mientras paso la página.

A continuación, leo un artículo sobre un nuevo escándalo que salpica al ejército canadiense. Poco a poco, Thomas Roy sale de mi pensamiento.

El jueves, a las nueve de la mañana, se celebra nuestra reunión interdisciplinaria. Alrededor de la gran mesa están sentadas las enfermeras (la gente me dice que soy sexista porque siempre utilizo esta palabra en femenino, pero aquí no hay enfermeros y eso ¡no es culpa mía!), la ergoterapeuta, Nathalie Girouard, y la trabajadora social, Josée Poitras. Durante una hora aproximadamente, pasamos revista a mis pacientes. Édouard Villeneuve ha tenido una crisis de llanto el día anterior y sigue convencido de que todos estamos contra él. Tampoco mejoran el señor Simoneau, Julie Marchand y la señora Bouchard. Sin embargo, el señor Picard, el señor Jasmin y la señora Choquette están lo bastante bien como para marcharse. Los demás pacientes permanecen estables. Aumentamos o disminuimos la medicación, proponemos nuevos ejercicios terapéuticos; en fin, la rutina habitual de este tipo de reuniones.

Por último, llegamos al expediente de Roy.

—Dejé una nota sobre este caso. ¿Han tenido tiempo de consultarla?

Nathalie se retira un mechón rebelde de la frente. Este tic me parece encantador. Aunque hace todo lo posible por no aparentar su edad, este gesto revela que sólo tiene veintiocho años.

—Ayer pasé una hora con él —explica—. Hice de todo para estimularlo, pero fue inútil. Música, pintura, cuentos, estimulaciones táctiles..., de todo. Un par de veces, sentí que me miraba vagamente, pero nada más. Su mirada está vacía. Hasta tal punto que apenas aprecio la diferencia entre su ojo verdadero y su ojo artificial.

Me sorprende.

—¿Tiene un ojo artificial?

—Sí..., perdió el ojo izquierdo hace alrededor de un año... Salió en los periódicos. ¿No se acuerda?

Reflexiono un momento. Luego me encojo de hombros.

—Continúe.

—Ni una palabra, casi ningún gesto. Cuando lo ponemos de pie, no se cae, pero es imposible conseguir que camine. Si le empujásemos un poco, perdería el equilibrio.

—¿Y la comida?

—Se deja alimentar, pero no tomaría ningún alimento por propia voluntad.

—¿Y... sus necesidades?

Nuevo movimiento para retirar un mechón negro.

—Tuvimos que ponerle pañales.

Me acaricio la perilla mientras tomo algunas notas.

—Está bien. Josée, ¿algo qué añadir?

Se despereza. Siempre parece que está cansada. Tiene treinta y siete años, pero aparenta diez más. Da la sensación de que su trabajo no le interesa mucho y, sin embargo, hace gala de un perfeccionismo sorprendente.

—Roy no tiene familia, a excepción de una hermana. Tampoco se le conoce ninguna novia. Ayer visité su apartamento. Los vecinos me dijeron que sólo lo vieron salir un par de veces en las dos últimas semanas. Encontré su agenda de teléfonos. Lo primero que hice fue llamar a su agente, un tal Michaud. Acababa de llegar de viaje y aún no había escuchado los mensajes ni había leído ningún periódico. Yo le di la noticia. Se preocupó mucho y quería ver a Roy a toda costa. Le dije que usted lo recibiría hoy.

Esbozo una sonrisa sin alegría.

—Muy amable, Josée...

—También llamé a su editor. A pesar de sus intentos para ponerse en contacto con él, no tiene noticias de Roy desde la publicación de su último libro, en septiembre.

Luego la trabajadora social adopta un gesto contrariado.

—Telefoneé también a su hermana, Claudette Roy, de Saint-Hyacinthe. Empecé a explicarle que su hermano había ingresado en psiquiatría, pero ella me soltó enseguida que no le interesaba, que no mantenía contacto con él desde hacía varios años. Se mostró muy fría y casi me cuelga el teléfono. He anotado todos esos números en el expediente —dice mientras señala el informe que tengo en las manos.

A continuación, Josée abre su maletín y saca una especie de cuaderno escolar.

—He encontrado algo interesante entre las cosas de Roy: un cuaderno donde pegaba artículos de periódicos. He pensado que a Nathalie le podría resultar útil.

Acto seguido, la trabajadora social empuja el cuaderno hacia la ergoterapeuta, que se pone a hojearlo allí mismo.

—¿Qué tipo de artículos periodísticos?

Josée pone cara de enterada.

—Accidentes trágicos, asesinatos, catástrofes diversas. En resumen, una colección de dramas sangrientos, publicados por los periódicos en los últimos veinte años. Debe de haber unos cincuenta artículos en este cuaderno...

Asiento con la cabeza, aunque no me sorprende.

—Imagino que tener semejante colección no es tan extraño en el caso de un escritor de novelas de miedo...

—Estos artículos debían de servirle de inspiración para sus libros —añade Josée—. Eso explicaría su efectismo.

Le lanzo una mirada casi recelosa.

—¿Es una admiradora de Roy, Josée?

—He leído un par de libros suyos. Digamos que me ha hecho pasar algunas noches en blanco...

Al ver la aprobación de la mayoría de las personas sentadas alrededor de la mesa, comprendo que soy casi el único de los presentes que no ha leído nunca una novela de Roy. Cambio de tema:

—¿Le servirá de algo, Nathalie?

Sin dejar de hojear el cuaderno, responde:

—No sé... Siempre lo puedo utilizar para suscitar alguna reacción en él...

—Bueno... ¿Algo más, Josée?

—Sí, sobre lo que me pidió...

La trabajadora social se inclina hacia el suelo y, a continuación, coloca sobre la mesa un teclado de ordenador mientras comenta:

—Confieso que no sé demasiado bien a dónde quiere ir a parar con esto...

—Ah, sí..., pásamelo, por favor.

El teclado da la vuelta a la mesa hasta que acaba delante de mí. Me pongo las gafas sobre la nariz y lo examino de cerca. Las rayitas negras siguen en las teclas.

Me acuerdo del documental de Hélène. Tomo mi propio lápiz, me lo meto en la boca y acerco el rostro a la mesa. Con la punta del lapicero, pulso penosamente el teclado, muy despacio porque debo concentrarme para alcanzar la tecla deseada. Siento sobre mí las miradas atónitas de mis compañeras y eso hace que me divierta como un niño. Confieso que, en cierto modo, buscaba este efecto. Nos divertimos tan poco en este hospital...

Cada vez que la punta del lápiz golpea una tecla, la mina pinta una rayita negra.

Me paro, me saco el lápiz de entre los labios y observo el extremo que tenía dentro de la

boca. Se pueden ver claramente las huellas de los dientes.

—¡Vaya! Entonces... —murmuro.

—¿Ha descubierto algo, doctor Lacasse?

—Thomas Roy siguió escribiendo después de cortarse los dedos.

—¿Qué?

Levanto el lápiz como si se tratara de una prueba irrefutable.

—En casa de Roy, descubrí un lápiz como éste, pero roído en sus tres cuartas partes, casi partido en dos. Seguramente, es el que utilizó el novelista para escribir... con su boca. Esto explica las rayitas negras de las teclas.

Después de un corto silencio, Nathalie objeta:

—Tal vez escribía antes con su lápiz. Es decir, que podía cogerlo con las manos y golpear su teclado distraído.

—¿Sabiendo que eso dejaría marcas? Me parece improbable, ¿no? Y las huellas de los dientes en el lápiz eran realmente profundas. Como si hubiera apretado el lápiz en la boca con todas sus fuerzas. Como si sintiera un dolor, por ejemplo. Un dolor muy fuerte.

Reflexiono un momento. Las palabras de Goulet me vienen a la mente.

—Esto explicaría también por qué había tanta sangre en el suelo, delante de la mesa de trabajo. Haciendo un gran esfuerzo, Roy cogió el lápiz con la boca, apretó los dientes debido al dolor de la herida y se puso a escribir como acabo de hacerlo yo. Seguramente, no escribió así más de un minuto; de otro modo, habría perdido el conocimiento a causa de la hemorragia. A continuación, intentó tirarse por la ventana.

Dejo el lápiz en la mesa y miro a mis compañeras, sentadas alrededor de mí. Seis caras atónitas. Las comprendo. A mí también me parece una hipótesis disparatada. Sin embargo, estoy convencido de que sucedió exactamente así. Todo lo prueba. Nathalie es la primera en hablar:

—Pero ¿por qué se pondría a escribir después de cortarse los dedos?

—No lo sé.

—Por un lado, se corta los dedos porque está asqueado de la literatura y, por otro, continúa escribiendo después de la mutilación... Contradictorio, ¿no?

—Tal vez este terrible dilema era insoportable para él y por eso quiso matarse —propone Nicole, la enfermera jefe.

—Tal vez —digo—, pero es un poco pronto para llevar las hipótesis más lejos.

Empujo el teclado sobre la mesa y suspiro, con más fuerza de lo deseado.

—Muy bien. Josée, intente obtener una copia de lo que Roy estaba escribiendo cuando lo encontraron. La policía puede ayudarla. Nathalie, continúe con los ejercicios, quizá lo hagan reaccionar después de todo. Nada de medicación de momento.

—En fin, ¿continuamos?

Continuamos. De repente, siento que toda mi carrera se resume en este verbo. Continuar. Ni «encontrar» ni «resolver». Continuar.

—Sí —respondo con una voz monocorde—, continuamos.

El hombre está sentado delante de mí, al otro lado de la mesa. Una sola palabra basta para describirlo: aterrado. Se quita las gafas continuamente para restregarse los ojos, se alisa sin cesar el pelo (por otra parte, escaso) y suspira a cada momento. Acabo de contarle todo lo que sabemos. Su sorpresa es mayúscula.

—Comprenda —me explica Patrick Michaud mientras se pone las gafas por décima vez— que no sólo soy su agente, también soy un gran amigo.

—Lo sé, me lo ha dicho al entrar. Por esta razón, se lo he contado todo. Sus padres han muerto y no tiene familia, a excepción de una hermana que no muestra ningún interés por él...

—¡Hace varios meses que Tom cortó todo contacto con sus amigos! —añade el agente con despecho.

—Según parece, no tenía novia.

Michaud esboza una sonrisa triste.

—No, en realidad no. Tom es un soltero empedernido. Ha tenido varias amantes, pero nada serio. Nunca se ha visto con la misma mujer más que algunas semanas... Creo que... —los ojos del agente brillan—, creo que le gusta demasiado el sexo para casarse.

Asiento despacio y retomo nuestro tema:

—Entonces usted es la persona más allegada a él...

El agente suelta una carcajada amarga.

—Era, más bien...

—¿Por qué dice eso?

Suspira de nuevo. Llevo la mano al magnetófono que se encuentra encima del escritorio.

—¿Me permite? Así no tengo que tomar notas...

Él asiente con un gesto.

—Hace exactamente once semanas que no hablamos. ¡Lo sé porque las he contado! Le he llamado un montón de veces, pero no ha respondido a ninguno de mis mensajes. Incluso he ido a su casa, he llamado a la puerta, ¡y ni siquiera me ha contestado! Hace un mes me coloqué delante de su casa ¡y me dije que me quedaría allí hasta que lo viera! ¡Cuando al fin salió, casi me abalancé sobre él! Le dije que su silencio era inaceptable y que no entendía por qué me ignoraba, a mí, ¡su amigo! ¡Pero él no pronunció ni una palabra! Siguió caminando, incómodo... ¡Parecía casi aterrorizado! ¡Era ridículo! Le cogí del brazo y le dije: «¡Oye, si no quieres escribir, es cosa tuya! ¡No te volveré a mencionar la escritura! ¡Sólo quiero entender lo que te pasa!». Pero se liberó de mi mano... y ¡huyó!

Michaud levanta los brazos en un amplio gesto incrédulo y contrariado.

—Huyó, doctor, ¿se lo imagina? ¡Eché a correr como si yo lo estuviera atacando! ¡Me sorprendió tanto su reacción que no pude mover ni un músculo! ¡Vi cómo huía, completamente desorientado!

Me acaricio el mentón, impasible. Siempre me impongo la obligación de no expresar mis reacciones a las personas que están relacionadas con un paciente. De todas formas, últimamente experimento más bien el problema inverso: tengo que hacer esfuerzos para no mostrar una indiferencia total.

—Usted ha dicho que él no quería seguir escribiendo...

Se encoge de hombros.

—Es lo que me confesó la última vez que nos vimos..., que nos vimos de verdad, quiero decir... Que hablamos...

Voy a pedirle que me cuente ese encuentro, pero no hace falta. Michaud ya se ha lanzado:

—Desde la publicación de su última novela, *La última revelación*, en septiembre, Tom no se dejaba ver en ningún sitio. Me prohibió formalmente que le concertara entrevistas promocionales con ningún periódico o programa de televisión. Yo acepté. Pensé que quería pasar algunos meses en paz, para escribir tranquilo. Quizá la fama empezaba a resultarle agotadora, lo comprendía. Seguimos viéndonos de vez en cuando, pero no por cuestiones de trabajo. Sólo como amigos. Me daba la impresión de que tenía la mente en otra parte, pero, bueno, no iba a enfadarme por eso. Estaba más cansado. Más apagado. *La última revelación* superaba récords de ventas, aunque esto no le impresionaba. En el mes de febrero, hace once semanas (se lo he dicho, ¡las he contado!), lo invité a un restaurante pensando que había llegado el momento de que saliera de su hibernación. Antes incluso de que empezáramos a comer, le pregunté si estaba escribiendo una nueva novela. Me dijo que no.

El agente me lanza una mirada cómplice. No reacciono.

—¡Me quedé realmente sorprendido! «Venga, vamos —le dije—. Cuando me comunicaste que no querías entrevistas, ¿no era para poder escribir tranquilo? ¿Qué has hecho los cinco últimos meses?». Él no respondió nada. Yo estaba cada vez más extrañado. Le pregunté si tenía intención de reaparecer en público. Había al menos cien invitaciones de medios de comunicación sobre mi mesa. Me dijo que no quería conceder más entrevistas, ¡que la televisión y los periódicos se habían acabado para él! ¡Yo no salía de mi asombro! «¿Qué sucede, Tom? —le pregunté—. ¿Necesitas más tiempo para escribir?». Entonces...

Michaud se quita las gafas y se frota los ojos. Me parece que acabará por arrancárselos. Se pone las lentes de nuevo y continúa con aire incrédulo:

—¡Entonces me dijo que no volvería a escribir! ¡Nunca jamás! ¡Creía que bromeaba, pero nada de eso! ¡Estaba muy serio! Pensé que se encontraba enfermo. Tenía ojeras y la tez pálida... Además, le diría que Tom presentaba este aspecto apagado desde hacía bastante tiempo. Comenzó cuando perdió el ojo..., pero a partir de la publicación de *La última revelación*, su deterioro fue muy rápido...

—Falta de inspiración. Se había aislado para escribir, las ideas no vinieron y estalló la crisis.

Michaud mueve frenéticamente la cabeza.

—¡No, no! ¡Eso es lo que yo creía, doctor, en efecto! Además, se lo dije en el restaurante: «Quizás en este momento no tienes ideas, querido Tom, pero no te desanimes, ¡ya verás como vienen! ¡Hay autores que no han encontrado nada que contar durante años!». Pero él me lanzó una sonrisa extraña, casi despectiva, y me respondió: «¡Ideas! ¡No quiero ideas!

¡En cinco meses, he sido capaz de reprimirme! ¡No he escrito ni una línea, Pat! ¡Ni una! ¡Y espero continuar así!». ¿Se da cuenta?

Frunzo ligeramente el ceño. El relato resulta diferente de lo que me imaginaba.

—¡Él no quería ideas! ¡Hacía un esfuerzo para no escribir! ¿Ha visto antes a un escritor actuar así?

Me acaricio el cabello entretejiendo mientras observo el interruptor situado en la pared, detrás de mi interlocutor. En el pasado, sentado en esta consulta, coloqué este mecanismo con la esperanza de que provocara una chispa en mí, de que me enviara una descarga eléctrica que me ayudara a resolver numerosos interrogantes.

El interruptor nunca ha funcionado.

—¿No le reveló por qué no quería volver a escribir?

—¡Desde luego, yo se lo pregunté! Y él me respondió...

Michaud corre ligeramente la silla hacia mí, como si fuera a decirme algo confidencial. También baja el tono de voz.

—... él me respondió: «Hace demasiado daño...».

—¿Demasiado daño?

—Demasiado daño...

Me mira como si esperara una reacción por mi parte. Ante mi silencio, continúa:

—Yo empezaba a encontrar todo aquello ridículo. Le pregunté de qué hablaba. «¿Escribir libros te hace daño? ¿Vender millones de ejemplares de tus diecinueve novelas en todo el mundo te hace daño?». Me replicó que yo no entendía nada. En esto tenía razón: ¡yo no comprendía nada en absoluto!

Michaud se alisa el pelo con las dos manos mientras suelta el suspiro más grande desde que está aquí.

—Yo... yo estaba confuso, doctor. Es la palabra más precisa que puedo encontrar: confuso. No entendía lo que él quería expresar. Me serené y empecé a decirle que seguramente estaba muy cansado, que quizá tenía una ligera depresión y que debería acudir a un... ¡En fin, todo el repertorio! Esto lo exasperó. Al final, se levantó y me miró a los ojos. ¡Dios mío!, parecía tan desgraciado, doctor, que tuve una corazonada... Luego me dijo: «Pat, no te pido que me comprendas. Sólo quiero que sepas que no volveré a escribir jamás. Al menos, si tengo fuerzas para ello. ¡Se acabó!». ¡Y se marchó! ¡Sin haber probado bocado! ¡A pesar de mis gritos para que volviera! ¡Se marchó!

Mueve la cabeza con aire triste.

—Y no volví a verlo hasta hace un mes, cuando lo abordé en la calle, como le he contado antes...

El agente baja la cabeza y un silencio planea sobre nosotros durante unos segundos. Creo que él lo ha dicho todo. Como para confirmar esta impresión, levanta el rostro y me pregunta, lleno de esperanza:

—¿Qué le ha sucedido, doctor? ¿Cómo explica usted esto?

Me arrellano en el sillón mientras emito un ligero silbido.

—Usted espera una respuesta precisa, pero es bastante más complicado, señor Michaud... El mecanismo del cerebro no se reduce a una serie de ecuaciones matemáticas que dan invariablemente el mismo resultado.

Mi respuesta pomposa lo irrita. No se lo tengo en cuenta. A las personas les gustaría que se lo explicaran todo a la primera. ¿Cuántos padres, hijos o amigos de pacientes esquizofrénicos he visto sentados en este mismo sillón, haciendo la misma pregunta?

—¿No tiene ninguna idea? —pregunta él extrañado.

—Es un poco pronto para afirmar nada...

Michaud se observa las manos, aterrorizado de repente...

—¡Cortarse los dedos! ¡Voluntariamente! ¡Es espantoso! ¿Y usted afirma que después escribió en su teclado con un lápiz en la boca?

Está atónito.

—Pero ¿por qué?

—Señor Michaud, le repito que aún es pronto para anticipar explicaciones...

Por supuesto, tengo un par de hipótesis que me rondan en la cabeza, pero está descartado discutir las con él. Le propongo otra cosa:

—¿Quiere verlo?

Se levanta, casi trastornado.

—¡Joder! ¡Pero si he venido para eso! ¡No me habría marchado sin verlo, puede estar seguro!

—Me gustaría que le hablara, aunque no responda, aunque no reaccione a su presencia. Usted es el primer rostro conocido que se presenta ante él y espero que eso le provoque alguna reacción. ¿Me comprende?

Michaud se embala de repente.

—¿Cree que conseguiré curarlo?

No puedo reprimir una sonrisa. Este hombre bajo, gordo y cuarentón, detrás de su aspecto serio de hombre de negocios, manifiesta una ingenuidad tan sincera que me parece estar frente a un adolescente. No hay ninguna duda: quiere profundamente a su amigo Roy.

—Curar no es el término apropiado, señor Michaud, pero tal vez usted sea el primero que lo haga reaccionar. Es posible, aunque más vale no anticiparse, para evitar decepciones. Sígame, por favor...

Tomamos el ascensor privado y bajamos al Núcleo. Michaud mira alrededor, un poco intimidado. Para él, ahora estamos «en el manicomio» y esto no debe de tranquilizarle nada. Nos cruzamos con un paciente, el señor Marcotte, que nos ignora por completo. Por su parte, Michaud lo sigue un rato con los ojos, intrigado.

En la puerta número nueve, doy dos golpes cortos. Como esperaba, no hay ninguna respuesta. Abro y me aparto.

—Después de usted.

Sin vacilar, el agente literario entra en la habitación; yo le sigo.

Roy está sentado en una silla y apoya dócilmente las manos vendadas sobre las rodillas. Lleva un pantalón negro y una camisa de rayas del mismo color. Como todas las mañanas, las enfermeras lo han lavado, afeitado y peinado. El escritor contempla la nada, exactamente igual que el martes pasado. Aprovecho para examinar sus ojos, pero soy incapaz de distinguir cuál es el artificial. El izquierdo, si la memoria no me falla. Sin embargo, los dos parecen verdaderos. Un auténtico logro.

La mirada de Michaud se posa enseguida en las manos de su amigo.

—¡Dios mío! —masculla, como si necesitara verlo para creerlo.

Luego, después de humedecerse varias veces los labios, pregunta:

—Tom, ¿qué..., qué ha..., qué ha pasado?

No es muy sutil como entrada en materia, pero no rechisto. Las visitas a menudo reaccionan con torpeza ante una persona allegada que se encuentra en tratamiento. Hace unos años, un hombre vino a ver a su hermano, que había tenido su primera crisis esquizofrénica. El visitante estaba afectado, pero no quería que se le notara. Delante de su hermano, mostraba un aire relajado y, con voz de falsete, le soltó: «¡Siempre te ha gustado ser el loco de la familia y esta vez te has superado!». En ese momento, tuve que fingir un ataque de tos para no estallar en carcajadas.

Roy no tiene ninguna reacción. Michaud no puede evitar colocarle una mano en el hombro, un gesto banal que a mí me parece especialmente conmovedor. El agente continúa, con la voz rota:

—¡Thomas, joder, no es posible! ¡No sigas así! ¡Vuelve con nosotros, tío! ¡Tienes que salir de esto!

El escritor se humedece los labios. Es todo. Michaud me lanza una mirada impotente.

—Continúe, señor Michaud.

Él duda, reflexiona; luego se sienta a horcajadas en una silla y se pone a hablar a toda velocidad. Evoca los recuerdos comunes, cuenta viejas anécdotas, menciona el éxito de la última novela... Durante casi cinco minutos, Michaud demuestra realmente tener buena voluntad y se empeña en hacer reaccionar a su amigo. En vano. Un par de veces, el escritor lo mira estupefacto, sin más.

Cuando salimos de la habitación, el agente está más aterrado que nunca. Le prometo mantenerlo informado y, al final, se marcha con la cabeza baja.

En el Núcleo, me sorprende cuando veo a Jeanne caminar hacia mí.

—¿Qué haces aquí un jueves?

Ella parece avergonzada. Enseguida lo comprendo.

—Quieres saber lo que pasa con Thomas Roy, ¿verdad?

Ahora esboza una sonrisa de disculpa.

—No dejo de pensar en él... ¿Hay alguna novedad?

—Un par de cosas..., pero te lo cuento esta tarde, en el Maussade...

Jeanne hace una mueca, como un niño que se entera de que habrá Navidad este año. Rápidamente, añade:

—Mientras, si quieres algo para hincar el diente, ve al taller de ergoterapia. Hemos

encontrado un cuaderno en casa de Roy. Échale un vistazo, ya que eres una admiradora... Esta tarde hablaremos de ello.

Ella enfila hacia el despacho de la ergoterapeuta. Yo continúo mi camino, divertido y desconcertado a la vez.

O Jeanne es aún una adolescente, o yo soy demasiado viejo...

Es una tradición desde hace casi un año: todos los jueves por la tarde, a las ocho, Jeanne y yo tomamos una copa en el Maussade, un bar pequeño y tranquilo de la calle Saint-Laurent. Allí nos vemos para hablar de toda clase de cosas, tanto laborales como personales.

Algunos podrían creer que hay algo interesado en nuestros encuentros semanales, pero se equivocarían. Además, Marc, el «churri» de Jeanne (ella insiste en llamarle así, aunque a mí me resulta espantosa esta palabra) y mi mujer nos conocen lo bastante como para no preocuparse. De hecho, en estas citas, parecemos más un padre y una hija que un viejo verde y su joven magnate. Esto me permite comprobar cada vez hasta qué punto nuestra relación está teñida de paternalismo: durante estos encuentros, Jeanne habla mucho y yo escucho bastante. La joven psiquiatra confía sus esperanzas y sus dudas al hombre experimentado. La futura mamá pide consejo al viejo papá. Lejos de molestarme, este papel me viene muy bien. El entusiasmo, la excitación y la juventud de Jeanne representan un bálsamo semanal para mí.

Pero esta tarde, la joven psiquiatra no desea hablarme de su trabajo ni del pequeño que se mueve cada vez más en su vientre. Sólo le interesa una persona: Thomas Roy. Estamos sentados en la terraza desde hace una media hora, un poco apartados (cuando hablamos de trabajo fuera del hospital, siempre lo hacemos con discreción), y yo le cuento cómo ha ido la jornada. Jeanne me escucha sin decir una palabra, lo que es estupendo: tiene los ojos muy abiertos y, de vez en cuando, levanta el vaso de zumo de pomelo en dirección a la boca.

—¡Interesante! —suelta al final de mi informe—. Aunque es macabro: escribir con los dedos cortados, ayudándose de un lápiz metido en la boca... ¡Brrr!

—¿Y tú has echado un vistazo al cuaderno esta tarde?

—¡Desde luego!

Saca una hoja de papel del bolso y la despliega. Aprovecho para coger mi paquete de cigarrillos.

—¿Puedo?

—Si no me echas el humo a la cara, sí.

Enciendo un cigarro, satisfecho, mientras Jeanne consulta su hoja.

—Varios artículos de periódicos del cuaderno de Roy parecen haberlo inspirado... Por ejemplo, uno de ellos relata un accidente ferroviario que sucedió hace unos doce años en la zona de Sherbrooke. Hubo algunos muertos y muchos heridos. Al leer el artículo, me he acordado de que en una de sus novelas, *La sangre de los condenados*, hay un descarrilamiento espectacular, muy parecido al que se describe en este recorte de prensa. La novela en cuestión fue publicada ocho o nueve meses después del accidente, lo he comprobado.

Expulso una bocanada de humo lo más lejos posible de mi compañera. Jeanne continúa:

—Hay otro artículo también, más antiguo, que cuenta una tragedia ocurrida en el zoo de Granby: un tigre se comió a un guardia vivo, ante los ojos horrorizados de los visitantes. Algo menos de un año después, Roy sacó una novela, *Dolor y sufrimiento*, que contiene una escena parecida.

—¡Encantador!

Otro artículo, que apareció en los periódicos unas semanas después de la noticia del tigre devorador de hombres, narra la historia de una gasolinera que explotó en Montreal. Balance: dos muertos, quemados vivos. También en *Dolor y sufrimiento* hay una escena de este tipo. En el libro, en lugar de una estación de servicio, se trata de un restaurante, pero el contexto es idéntico.

Muevo la cabeza con una ligera sonrisa de admiración.

—¡Diablos, eres una auténtica exegeta! ¡Parece que conoces las novelas de Roy de memoria!

—¡He leído las diecinueve que ha escrito y te juro que no estoy dispuesta a olvidarlas! ¡Describe el horror de tal manera que esas escenas resultan inolvidables!

—Sí, ya me lo has dicho... ¡Y, además, te gusta!

Jeanne adopta una expresión maliciosa.

—A las mujeres siempre nos han gustado las sensaciones fuertes, Paul, ¿aún no lo sabes?

Hago una ligera mueca de asentimiento, tomo un trago de cerveza y vuelvo al escritor:

—Esto que me cuentas viene a confirmar lo que ya pensaba...

—Imagino que si nos tomamos el tiempo de leer los cincuenta artículos del cuaderno, los podríamos relacionar con cada una de las novelas de Roy. He mirado la fecha del primer artículo: 1973. Me parece que Roy empezó a publicar en esa época. Tal vez novelas no, pero sí relatos...

—¿En 1973? Debía ser muy joven.

—Diecisiete o dieciocho años... Es un prodigio, ya te lo he dicho.

Tomo otro trago de cerveza. Jeanne dobla su hoja y añade:

—Supongo que hay personas que ya han establecido la relación entre algunas de sus novelas y las tragedias correspondientes...

—Quizá, pero Roy no es el único escritor que se inspira en la realidad. Incluso es algo corriente...

Reflexiono unos segundos antes de continuar:

—Excepto por el hecho de que él tal vez se sentía culpable de inspirarse en las desgracias ajenas. Quizá coleccionaba estos «artículos inspiradores» a escondidas, sin hablar de ello con nadie. Al cabo de los años, este ligero remordimiento se convierte en un complejo de culpabilidad cada vez mayor... Hasta el punto de que, hace unos meses, comunica a Michaud, su agente, que no quiere seguir escribiendo. Porque «hace demasiado daño...».

Jeanne asiente mientras adivina la continuación de la historia. Además, continúa ella misma:

—Es evidente que no es responsable de las tragedias del cuaderno, aunque, al inspirarse en ellas, tiene la impresión de que las reproduce. Esto se convierte en una obsesión enfermiza y decide acabar con ello. Sin embargo, su naturaleza de escritor es más fuerte que su voluntad. Durante algunos meses, consigue no escribir nada, pero la realidad no se detiene y los dramas sangrientos se suceden en la vida cotidiana, inspirando a Roy a su pesar. Entonces surge en él un terrible dilema: ¿debe dejarse inspirar por todos esos acontecimientos y escribir una nueva novela o ignorarlos y luchar para no reproducir ese «daño»?

—Además, Michaud ha comentado que Roy necesitaba hacer un gran esfuerzo para no escribir. Y que, de hecho, consiguió resistirse unos meses. Se encerró durante largas semanas, no vio a nadie, luchó solo... Cayó en una depresión... Pero llega un momento en que no puede más... Enciende el ordenador y se pone a escribir. En ese momento, se da cuenta de que ha vuelto a narrar el «daño»... El dilema reaparece. La crisis psicótica estalla. En su delirio, sólo ve una solución...

—Cortarse los dedos para no escribir más...

—Eso es.

—Pero continúa escribiendo de todas maneras. Con la ayuda de un lápiz que sostiene en la boca...

—Sí, era más fuerte que él. Cortarse los dedos no fue suficiente para detener la..., digamos, la «energía negativa» que llevaba dentro. Entonces recurre al último medio: el suicidio.

—Sin embargo, falla el golpe. Ante el fracaso de su intento de suicidio, decide aislarse y se sume en un estado catatónico. Al menos, está muerto para el resto del mundo.

Sonrí a Jeanne mientras aplasto la colilla del cigarro.

—Bravo, doctora... Acabamos de dar una pequeña clase de análisis ante un aula vacía...

—Es preciso admitir que no era un brujo...

Ella bebe de su zumo y luego mueve la cabeza con aire afligido.

—¡Thomas Roy! ¡Parecía tan... tan equilibrado, tan sereno! En las entrevistas, tenía un carisma, un control...

Miro alrededor para asegurarme de que nadie escucha lo que decimos. Los otros clientes están bastante alejados y nos ignoran por completo.

—Cada vez que veo a una persona equilibrada víctima de una crisis psicótica, me impresiona, Paul... ¡Creo que nunca me acostumbraré!

Luego Jeanne se encoge de hombros.

—En cualquier caso, nuestra explicación se sostiene...

—No hemos explicado nada en absoluto —replico con semblante sombrío mientras miro mi vaso.

—Vamos, acabas de explicarme todo el proceso que...

—He explicado el posible razonamiento que Roy ha seguido para llegar a su intento de suicidio: ha tratado de matarse porque creía que hacía daño. Muy bonito todo eso. Pero ¿cómo puede llegar un ser humano a creer algo así? ¿A realizar tales actos? ¿A perder el contacto con la realidad de ese modo? Eso no lo he explicado...

Suspiro.

—Nadie lo ha explicado nunca, por otra parte.

Jeanne parece irritada. Ella ha sido muchas veces testigo de mis crisis de pesimismo. Incluso me pregunto cómo esta muchacha idealista ha podido entablar amistad con el individuo desilusionado que soy yo. Quizás espera rescatarme. ¡Buena suerte!

—Vaya, vas a interpretar el papel del psiquiatra hastiado...

Sonríó con picardía.

—¡Pues sí!

—¡No, gracias! Dime mejor lo que tienes intención de hacer con Roy.

—¡Curarlo, por supuesto! ¿No estamos aquí para eso?

—¡Ya vale, Paul!

Hago un vago ademán con la mano, más serio.

—Desde mañana, le administraremos antidepresivos.

—¿Zoloft?

—Sí, cincuenta miligramos al día. Comenzamos con algo suave; luego veremos.

Mi compañera asiente con la cabeza. No puedo evitar añadir con sarcasmo:

—Cuando empiece a hablar, escucharemos lo que tenga que contar; luego lo medicaremos en consecuencia para que recupere el equilibrio. Después lo dejaré marchar con una bonita prescripción...

Jeanne me fusila con los ojos; mi cinismo no la divierte nada. Levanto la cabeza hacia ella con una gran sonrisa.

—Y si, dentro de un par de años, tiene otra crisis, ¡pues bien!, volverá a vernos y le daremos más pildoritas, y...

—Vale, está bien, lo he entendido —gruñe.

Suelto una carcajada mientras ella termina su zumo a toda velocidad. Se levanta y hace un gesto al tiempo que se lleva las manos al vientre.

—Tengo la impresión de que a Antoine no le gusta el zumo de pomelo. Cada vez que lo tomo, protesta.

—Antoine... ¿Y si es una niña?

—Es un chico, me he hecho una ecografía. Te lo dije el otro día, viejo chocho...

—Dentro de diez años, las clases de primaria estarán llenas de Antoinettes, Alices y Florences. Todos los nombres antiguos vuelven a estar de moda. ¿Sabes cómo deberíamos llamar hoy a nuestros hijos para ser originales? Nathalie, Stéphane, Martin...

—¡Déjalo!

Me besa en las dos mejillas.

—¿No te vas?

—Me voy a quedar unos minutos...

Apenas se ha alejado, cuando se vuelve hacia mí.

—Me gustaría examinar el cuaderno de Roy con más detenimiento. ¿Puedes arreglarlo para que me lo lleve a casa?

—Si quieres...

—Perfecto. Y gracias.

Miro cómo se marcha y enciendo un cigarrillo. Recorro lentamente la terraza con los ojos. Debe de haber unos veinte clientes que beben y charlan, felices y confiados. Los observo.

«Uno de vosotros sufre en este preciso momento una enfermedad mental. Y quizás aún no lo sabe...».

Me río sin alegría. No comprendo por qué Jeanne no aprecia mi cinismo. A mí me parece bastante divertido.

Aplasto la colilla y me levanto. Abandono a todas esas personas con paso tranquilo.

Al día siguiente, hacia el final de la tarde, Hélène y yo nos preparamos para marcharnos a Charlevoix. Este fin de semana en pareja lo planeamos hace tiempo. Llevamos varios meses que no compartimos ratos juntos, lejos de la vida diaria. Esto nos sentará bien, pues mi fibra sentimental pasa por una época de inercia.

Antes de salir, llamo por teléfono al hospital y pido que me pasen con el despacho de la ergoterapeuta.

—Buenas tardes, Nathalie, soy el doctor Lacasse. Querría que le dejara el álbum de artículos a la doctora Marcoux. Ella me ayuda en el caso. Seguramente pasará a pedírselo.

—¿El álbum de artículos?

—Sí, ya sabe, el cuaderno en el que el señor Roy ha pegado unos cincuenta artículos de periódicos.

Se produce un corto silencio.

—¿Nathalie?

—Sí, sí, ya me acuerdo. Quiere que se lo preste a la doctora Marcoux, ¿es eso?

Su voz es vacilante.

—¿Hay algún problema?

—Es que... no lo tengo aquí. Me lo he dejado en casa... Quería examinarlo con tranquilidad anoche, y... se me ha olvidado.

Parece verdaderamente incómoda. Incluso, añade con una voz apenada:

—Lo siento, doctor...

—Vamos, no es tan grave, Nathalie. Sólo tiene que traérmelo el martes próximo. Se lo daré a la doctora Marcoux yo mismo...

—Perfecto, doctor —responde aliviada, con una voz más tranquila—. Sin falta.

Me despido y cuelgo. ¿Por qué parecía Nathalie tan angustiada?

Hélène, en la calle, toca el claxon impaciente. Por fin, salgo de la casa.

Durante tres días, me esfuerzo por vaciar mi mente de toda preocupación relacionada con el trabajo. Leo mucho. Doy largos paseos con Hélène. Montamos un poco en bicicleta. Estas actividades me relajan bastante y me hacen un bien enorme.

La intimidad con mi mujer, sin embargo, resulta más problemática. Intentamos hacer el amor tres veces. Sin éxito. Es por mí, lo que resulta violento. No he conseguido tener relaciones sexuales completas con Hélène desde hace al menos cuatro meses. Ella nunca lo ha mencionado, pero el domingo por la noche, después de un nuevo intento fallido, se atreve a romper su silencio. Mi mujer me confiesa por fin su inquietud, acostada en la cama de nuestra habitación del hotel.

—En casa, pensaba que se debía al estrés, pero aquí... ¿Qué es lo que no funciona, Paul?

Estoy sentado en el borde del colchón y, con los brazos apoyados en las rodillas, me estudio los pies. Me parece que el izquierdo es más largo que el derecho.

—Ya no soy tan joven —digo con intención de ser jocoso—. Tardo más en «arrancar».

—¡Tienes cincuenta y dos años...! ¡Hay hombres que tienen una vida sexual activa hasta los setenta y cinco!

—Estaba de broma.

—No es divertido.

Lo sé muy bien. Sin embargo, no lo encuentro tan dramático. La longitud de mi pie izquierdo me parece más importante.

—¿Ya no me deseas?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿Me deseas o no?

Mi mujer empieza a ponerse nerviosa. Es realmente lo último que quiero: una pelea.

—Escucha, Hélène, te digo que no lo sé, ¡no puedo ser más honesto!

«¡Y deja de interesarte por tu pie!».

Hélène se calla un momento; luego pregunta con voz insegura:

—¿Deseas a otras mujeres?

Esta vez, me vuelvo hacia ella.

—Dios mío, no... Si tú supieras...

—Entonces, ¿aún me amas?

—Sí, desde luego...

¿Por qué adopto este tono defensivo?

—Es por tu trabajo, ¿eh? —continúa mi mujer.

Suspiro.

—¡Los años, todos estos largos años!... Y todo lo que se ha acumulado... ¡Son callejones sin salida!

Me siento de nuevo en el colchón; de repente, me noto demasiado pesado. ¿Cómo puedo sentirme tan pesado y tan vacío a la vez?

Hélène debe de estar harta de oír mis incesantes lamentos, pero no manifiesta ningún signo de impaciencia. Al contrario. Sus manos acarician despacio mi cuello, mis hombros. No reacciono. Aunque querría.

—Paul, si no puedes esperar tres años para jubilarte, ¡deja de trabajar ahora! ¡De inmediato!

—¡No puedo! Perdería la mitad de la pensión y...

—¡Podemos permitirnoslo, lo sabes perfectamente! Tienes que pensar en ti, no en la pensión... En ti..., y en nosotros dos.

Cierro los ojos. Sé que tiene razón. ¿Pero la ausencia de trabajo será suficiente para alejar esta nube negra que me engulle cada vez más? Cuando esté solo en casa, sin nada que hacer, ¿le dejaré el campo libre para que me trague por completo?

«¡Esa nube no está en tu cabeza! —me dice una voz—. ¡Está en el hospital, en tu trabajo! ¡Lo sabes!».

Y sin embargo...

Me froto la frente con suavidad. Tardaría unos meses en cerrar algunos expedientes y luego...

La paz, por fin. ¿Es posible?

—Lo pensaré, Hélène... En serio.

Ella no responde nada. Me acaricia aún durante largos minutos. Y, en todo este tiempo, no vuelvo la cabeza en ningún momento para mirarla.

Así termina nuestro fin de semana romántico.

Capítulo 3

Volvemos a casa el lunes por la mañana. En cuanto deshacemos las maletas, Hélène me anuncia que debe marcharse de inmediato a Radio-Canadá, que ha quedado con una becaria. Desde el salón, le respondo:

—Espera un segundo...

Ella se detiene en el vestíbulo y se vuelve hacia mí. Por mi tono, ha comprendido que es importante. Nos miramos unos instantes, de pie, a unos metros de distancia. Después de una larga vacilación, le digo:

—Sabes que dentro de un mes tengo un simposio en Quebec.

—Sí —dice intrigada.

—Será el último.

Ella frunce el ceño, yo bajo la cabeza un segundo; luego la miro a los ojos.

—Me voy a jubilar, Hélène. De aquí a fin de año.

Ella no dice nada de momento. Algo brilla en su mirada. ¿Lágrimas? ¿Sorpresa? ¿Alegría?

Al fin, habla. Su voz es más aguda, más débil.

—¿Piensas...? ¿Estás seguro? ¿No es un poco precipitado? Si te lo comenté ayer...

—He reflexionado toda la noche.

Y es verdad: no he dormido apenas, consumido por este dilema que se negaba a dejarme en paz. Luego, al amanecer, he abandonado el combate. Ha perdido la soberbia. Ha perdido el orgullo. Ante todo, debo sobrevivir.

Y, en este momento, mi tono es firme. No hay ninguna duda en mi mente. Pocas veces he estado tan convencido de haber tomado la decisión correcta.

—Creo que puedo dejar el trabajo dentro de cuatro meses, cinco a lo sumo.

—¿Piensas que esto va a mejorar después? ¿Qué te vas a encontrar mejor?

Ella duda, luego continúa:

—¿Que nosotros vamos a estar mejor?

Sostengo su mirada.

—Eso espero.

No puedo ser más franco. Al final, ella sonríe. Es una sonrisa curiosa: inquieta y, a la vez, llena de esperanza. Se acerca hacia mí.

—Estoy contenta, Paul. De verdad.

Me coge entre sus brazos y yo la rodeo con los míos. Me gustaría experimentar nuestro amor en este abrazo, sentir esperanza y calor.

Pero no siento nada.

Tras la partida de Hélène permanezco inmóvil unos minutos. Me siento un poco aturdido, pero casi bien.

Luego me muevo al fin: ¡vamos, la vida continúa! Voy al buzón a buscar el correo y lo reviso en el salón. El último sobre contiene una carta personal a mi nombre, sin sello. El remitente ha debido dejarla en el buzón. La abro, intrigado. Se trata de un párrafo corto, escrito a máquina, en medio de una página en blanco:

«Thomas Roy no sólo se ha inspirado en los artículos de periódicos que coleccionaba en su cuaderno. Hay alguna relación entre él y esos artículos».

En la parte inferior de la hoja, unas iniciales, C. M., y un número de teléfono.

Releo estas breves palabras, desconcertado. ¿Quién es C. M.? ¿Cómo conoce él o ella la existencia del cuaderno de Roy? Parece que la persona que me envía este extraño mensaje quisiera despertar mi curiosidad para que la llamara, parece...

La luz no tarda en hacerse en mi mente: Charles Monette. El miserable periodista del *Vie de Stars*. Sin duda.

Suspiro al tiempo que corro la silla hacia atrás. No estoy tan sorprendido. Nuestro cara a cara de la semana pasada me demostró claramente que no es de la clase de individuos que sueltan una presa con facilidad.

Pero ¿cómo sabe lo del cuaderno? ¿Y cómo se ha enterado de nuestra hipótesis sobre la influencia de esos artículos en la obra de Roy?

¿Y esa alusión a la existencia de otra conexión?

En cualquier caso, su mensaje es claro: posee información sobre Roy y está dispuesto a dárnosla si nosotros nos avenimos a colaborar...

Pero ¿por quién nos toma? ¿Acaso cree que nuestro código ético es tan elástico como el suyo?

Vuelvo a la carta y me muerdo el labio inferior con rabia. Pero ¿cómo diablos está al corriente de ese cuaderno? Es lo que más me intriga. ¡Como si él mismo hubiera tenido acceso a la libreta...!

De repente, me viene a la memoria la llamada telefónica que realicé a Nathalie el viernes pasado: su voz nerviosa para explicarme la ausencia del cuaderno del hospital, su malestar... y su alivio cuando le dije que podía traerlo el martes...

Aprieto los dientes furioso. Carta en mano, me dirijo con paso decidido al teléfono y marco el número escrito junto a las iniciales. Una voz femenina responde rápidamente:

—*Vie de Stars*, ¿en qué puedo ayudarle?

—Con Charles Monette, por favor...

Mi voz es glacial.

—Un instante...

Después de una música anodina, oigo una voz apagada:

—Monette.

—Soy el doctor Lacasse.

Al otro lado del teléfono, el tono pasa del aburrimiento tranquilo a la excitación arrogante.

—¡Doctor Lacasse! ¡Qué sorpresa! ¿De repente le interesan los nuevos cotilleos sobre la cantante Michèle Richard?

Es evidente que se venga de mí y que disfruta haciéndolo. Con la misma voz fría pero tranquila, me apresuro a rectificar:

—No cante victoria tan rápido, señor Monette. No llamo para hacerle una invitación, ni mucho menos.

—¡Oh, nunca lo hubiera pensado!

Pero percibo claramente su ligera decepción.

—Sólo quiero saber cómo conoce la existencia del cuaderno del señor Roy.

—¡Vamos, doctor, que usted me hablaba de ética profesional el otro día!

—Déjese de jueguecitos, ¿quiere?

—No pienso revelar mis fuentes —dice con una voz más grave.

—Se trata de una de nuestras empleadas, ¿verdad? ¿Nathalie Girouard tal vez? ¿Cuánto le ha pagado?

—Doctor, sus acusaciones son graves y me parece insultante que...

—¡Váyase al diablo, Monette!

Cuelgo con brusquedad. Luego guiño los ojos, un poco aturdido. No estoy acostumbrado a perder el control de ese modo, pero lo que Monette ha hecho es indignante. Y que Nathalie haya participado, más aún.

Voy a la cocina, rompo la carta de ese tipo en cuatro pedazos y la tiro a la basura. ¡Nunca he pedido ayuda a los periodistas para curar a mis pacientes y, desde luego, no voy a empezar a hacerlo hoy! Famoso o no, Thomas Roy es un caso como los demás.

Ya está.

¿Y Nathalie?

Mañana veremos. Respiro profundamente. Me tranquilizo.

Continúo con mis ocupaciones de la jornada y, al cabo de una hora, Roy, Monette y Nathalie vagan por el limbo del olvido.

—¡Hola, veterano! —me suelta alegremente Jeanne—. ¿Preparado para una hermosa jornada de trabajo?

Como todos los martes, ella me espera delante del mostrador de Jacqueline. Yo no estoy en absoluto de humor para reír. Saludo brevemente a la recepcionista y, mientras me acerco a la puerta, Jeanne me susurra:

—¿Dónde está el cuaderno de Roy? El viernes, Nathalie me dijo que me lo darías hoy...

Espero a que hayamos entrado en el Núcleo para decirle con discreción:

—Hay un problema, Jeanne. Aquí han pasado cosas... Filtraciones...

—¿Qué?

—Pasa por mi consulta esta tarde y te lo cuento...

Intrigada, asiente con la cabeza; luego nos separamos. Realizo mi ronda como de costumbre.

Mis pacientes se encuentran bastante estables. Édouard Villeneuve es el único que no mejora. Está tranquilo, pero aún se siente demasiado frágil. Y no se le borra ese miedo en los ojos...

—Nadie se interesa por mí —repite, acurrucado en la silla—. Nadie.

Sentado frente a él, muevo la cabeza.

—Vamos, Édouard, eso es falso... Su familia de acogida le echa de menos, me lo han dicho.

Un brillo de esperanza cruza su mirada y una sonrisa tímida estira sus finos labios.

—¿Es verdad? Me alegro de saberlo...

Pero siempre duda. ¡Dios, parece un niño! Con sorpresa, me doy cuenta de que Édouard es el único paciente que consigue emocionarme un poco. ¿Por qué? ¿Debido a su juventud? Desde luego que no. Tengo al menos otros tres pacientes de veintitantos años que me resultan completamente indiferentes. ¿Entonces? Salgo de su habitación, pensativo.

Finalizo mi ronda con Roy. Está sentado, inmóvil, con la mirada perdida en la bruma.

—¿No ha dicho ninguna palabra desde que ingresó? —pregunto a la enfermera que me acompaña.

—No, doctor. Apenas reacciona. A veces, vuelve la cabeza hacia nosotras, pero eso es todo.

—¿Le suministran cincuenta miligramos de Zolofit al día?

—Por supuesto.

Muerdo el lápiz y echo un vistazo a sus manos vendadas. Luego examino sus ojos. Su ojo intacto y su ojo artificial. Vacíos los dos.

Salgo encogiéndome de hombros.

De regreso al Núcleo, pregunto a Nicole, la enfermera jefe, si está Nathalie.

—Hoy sólo viene por la tarde, doctor.

—Bien. Dígale que vaya a mi consulta sobre las tres.

Salgo a comer.

Por la tarde, mientras acabo la consulta con mi último paciente externo, la secretaria me comunica que Nathalie Girouard está aquí.

—Hágala pasar en cuanto termine con el señor Bolduc.

Cinco minutos después, me encuentro solo en la consulta y aprovecho para prepararme psicológicamente. Los próximos minutos se anuncian desagradables. Aprecio mucho a Nathalie, siempre me ha parecido muy competente. Su aspecto juvenil me resulta encantador. Pero nada de eso cuenta hoy. La situación no permite signos de piedad o debilidad.

Nathalie entra y, tras saludarme, me entrega el cuaderno de Roy. Cuando se da la vuelta para marcharse, le digo que se siente. Ella obedece, un poco intrigada.

—Ha prestado este cuaderno a alguien, ¿verdad, Nathalie?

He decidido ser directo. Mi voz es tranquila. Casi neutra.

Después de un momento de pavor, Nathalie niega con todas sus fuerzas. Sin embargo, su mano nerviosa enrolla frenéticamente una mecha de pelo, su voz tiembla y su mirada me esquiva: todo su aspecto constituye una confesión. Ahora que no me cabe duda, me quedo impactado. Y, sobre todo, decepcionado.

—¿Cómo ha podido hacer algo así, Nathalie? Prestarlo a un periodista, además... ¿En qué estaba pensando? ¡Ha perdido su sentido de la ética!

La muchacha estalla en sollozos, de pronto, sin avisar. Y no es algo fingido, noto que es sincero. Suspiro cansado. Dios mío, ¿necesitábamos también esto? Nathalie se disculpa, lo lamenta, pide perdón... Imperturbable, le pido que se explique. Y así lo hace.

El jueves pasado, al final de la jornada, un hombre la abordó cuando salía del hospital. El individuo se presentó como Charles Monette, periodista. Le explicó que preparaba un libro sobre Roy y que necesitaba saber lo que ocurría con el escritor dentro del hospital.

—¡No se anduvo con rodeos! —balbucea ella, la voz aún lacrimosa—. ¡Me ofreció abiertamente dinero para que se lo contara todo! ¡Le dije que no, por supuesto! Pero él insistió. «Vamos, haga un pequeño esfuerzo —decía—. Seguramente, hay algo que puede

darme sin comprometerse demasiado... Alguna información, un detalle... Una pista...». En ese momento, me... me propuso una cantidad concreta...

Ella baja la cabeza, turbada; su cara está cubierta de lágrimas.

—¿Cuánto?

—Mil dólares...

La cuantía me deja estupefacto. ¿Monette ha insistido hasta ese punto?

—¡Eso me hizo vacilar, doctor! ¡Mil dólares! ¡Aquí estoy a tiempo parcial y no nado en dinero! ¡Y mi chico, con su diplomatura en historia, no consigue encontrar trabajo! ¡Mil pavos son dos meses de alquiler para nosotros! Son dos meses sin esa preocupación, son..., son...

Solloza unos instantes. Me recuesto en el sillón, incómodo. Una parte de mí la comprende, se compadece de su historia. Pero no quiero. No debo.

—¡Entonces, yo... cedí! Le dije que habíamos encontrado un cuaderno en casa de Roy con artículos de periódicos... Que se lo podía prestar, aunque sólo unos días, que...

Se echa a llorar de nuevo. De todas maneras, ya ha dicho bastante.

—¿Le ha pagado?

De inmediato, lamento haber hecho esta pregunta.

—Sí —dice sollozando—. Me pagó al contado, al mismo tiempo que le entregaba el cuaderno...

Pobre consuelo.

—¿Se... se lo ha dicho él? —me pregunta mientras se seca los ojos.

—No..., no directamente...

Y, ahora, la parte más difícil. Una decisión que tomo por primera vez en mi carrera profesional. Nathalie adivina lo que se le viene encima y, retorciéndose los dedos, implora con una voz inquieta:

—Doctor, no me... Lo siento muchísimo, he cometido un error, lo sé, pero...

—Nathalie, ya conoce el reglamento. En un trabajo como el nuestro, no podemos permitir esta clase de... conductas desviadas... Debo redactar una queja y...

Ella estalla una vez más en llanto. Repite sus excusas, hace promesas, casi se pone de rodillas. Y yo la miro con la cara impasible, pero con el estómago hecho trizas y el corazón acelerado. Mi decisión está tomada. No cambiaré de idea, aunque no pueda dormir las dos próximas noches. Ahora bien, ¿cómo terminar este patético encuentro? ¿De golpe? ¿Con cortesía? ¿Es que habrá alguna diferencia para ella, de todas maneras?

Con torpeza, le aseguro que le escribiré una buena carta de recomendación. Por fin, ella comprende que no tiene nada que hacer y, sin dejar de llorar, sale de la consulta rota y anonadada.

Estoy solo.

Me siento cansado, ¡muy cansado! Aunque sé que he tomado la decisión correcta, esta certeza no me reconforta.

Me paso diez minutos largos así, inmóvil en el sillón. Mis ojos se posan sobre el cuaderno de Roy. Lo hojeo sin ganas. Incendios, asesinatos, accidentes mortales... Incluso me acuerdo de alguno de ellos... Veinte años de tragedias sangrientas resumidos en cincuenta artículos de periódicos.

Se abre la puerta sin que nadie haya llamado. Aparece Jeanne.

—¡Vaya! ¡Hola! —digo mientras cierro el cuaderno—. Ha ocurrido algo bastante embarazoso...

—¿Te refieres a lo que ha pasado con Nathalie?

Cierra la puerta y avanza hacia mí. Su actitud resulta extraña. Está tranquila, pero, al mismo tiempo, siento la cólera hervir en su interior. Una cólera dirigida contra mí.

—Precisamente de eso quería hablarte. ¿La has visto?

—Sería difícil no verla. ¡Ha cruzado el Núcleo hecha un mar de lágrimas! Me la he llevado a un rincón y me lo ha explicado.

—¿Todo?

—Creo que sí.

Me encojo de hombros.

—Entonces comprendes mi decisión.

—No estoy tan segura.

—¿Cómo?

Me corta en seco.

—Paul, ¡tiene veintiocho años y ha cometido un error! Son cosas que pasan, ¿no?

La cólera aumenta. Al mismo tiempo, Jeanne mantiene una lucha interna. Sabe que tengo razón, pero se niega a aceptarlo.

—Un error tan grave, no.

—En el fondo, ¿es tan grave? ¡Un cuaderno de artículos!

—Ésa no es la cuestión.

—¿Ah, no? Entonces, ¿cuál es?

—¿Quieres sentarte, por favor?

—¿Cuál es la cuestión? —repite ella, ignorando mi invitación por completo.

Con la mano, hago un gesto de hastío. Sabía que esta jornada sería espantosa. Empiezo a sentirme exasperado y se nota en mi tono de voz.

—¡La cuestión son los principios, Jeanne, ya lo sabes! ¡De aquí no puede salir nada, aunque sea algo insignificante! ¡Nathalie ha traicionado nuestra confianza!

—¡Y está muy arrepentida!

—No lo dudo, pero es demasiado tarde.

Jeanne mueve la cabeza con amargura. Entonces añade en tono fatalista:

—De todas maneras, la decisión final no me corresponde a mí, sino al departamento de recursos humanos. Y sabes muy bien que ni siquiera el sindicato podrá reparar este «error», como tú dices.

—Si hubieras querido, esto no habría salido de tu consulta.

—Jeanne, el reglamento...

—¡Déjame en paz con el reglamento! —exclama dando por fin vía libre a su enfado—. ¡Te relacionas con seres humanos, Paul, no con máquinas! Tratas a tus compañeros igual que a tus enfermos: ¡sin emoción!

Ella se calla, insegura a pesar de su indignación. Se pregunta si no ha ido demasiado lejos. No rechisto. Esta vez la veía venir. Mi voz se vuelve dura.

—¡Si te imaginas que me resulta divertido despedirla...! ¡Pero la psiquiatría y la emoción no tienen nada en común, mi pobre Jeanne! ¡Lo aprenderás enseguida! ¿Recetar cien miligramos de Zoloft es un gesto emotivo para ti? ¡Tu humanismo siempre me ha parecido hermoso, encantador..., tranquilizador incluso! Sin embargo, en este caso, creo que exageras. ¡Si no prestas atención, te ahogarás en tus propios sentimientos, Jeanne!

—¿Y piensas que tú no te ahogas en este momento? ¡Te ahogas en un desierto, Paul, en un vacío!

—¡Lo sé! ¡Por eso voy a jubilarme!

Pone unos ojos como platos. Su cólera desaparece de golpe, como si hubiera cambiado de cadena de televisión.

—¿Qué?

—¿De verdad que no quieres sentarte? —digo en un tono casi suplicante.

Se sienta lentamente, sin dejar de mirarme. Se lo explico despacio, con las manos cruzadas sobre la mesa:

—Que estoy desmotivado y que no creo realmente en lo que hago no es ninguna sorpresa para ti. Me lo acabas de decir hace un minuto. Pero es peor aún. ¡Estoy incluso distanciándome de Hélène! Las chicas sólo nos visitan cinco o seis veces al año, aunque es suficiente para que se den cuenta. Mi apatía hacia el trabajo está invadiendo toda mi vida, Jeanne. Por eso he tomado una decisión. Iré al simposio de junio; después pondré en orden mis expedientes, prepararé mi marcha... y dejaré de trabajar. Dentro de cinco meses como muy tarde, se acabó.

Jeanne se ha quedado boquiabierta. Resulta difícil creer que hace apenas dos minutos estaba enfadada. Yo me siento muy tranquilo y, sobre todo, contento de habérselo dicho.

—¿Qué te parece?

Ella tuerce la boca en una mueca de perplejidad y deja caer las manos sobre los muslos.

—Bueno... Mira, la idea de dejar de trabajar contigo me afecta mucho, pero... honestamente creo que es lo mejor para ti...

—Yo también lo creo...

Luego, después de una ligera sonrisa, añade:

—Espero que eso no nos impida tomar una copa en el Maussade de vez en cuando...

—¡Por supuesto que no!

También sonrío. Jeanne ha olvidado su resentimiento hacia mí y se lo agradezco. Puede gritar, enfadarse, pero nunca muerde. ¡Ah, mi pequeña Jeanne...! Será el único elemento del hospital que echaré de menos.

De repente, se pone seria.

—¡En cualquier caso, Paul, no puedes marcharte con un balance tan pesimista! ¿Nunca has tenido ningún caso en tu carrera que te... que te haya dado alguna satisfacción?

Con el mentón apoyado en la palma de la mano, me encojo de hombros. No me apetece abordar este tema.

—¿No te gustaría acabar tu carrera con un éxito, a modo de colofón?

—¿Un éxito?

Añade con expresión divertida:

—Thomas Roy, por ejemplo...

Arrugo el ceño.

—Imagina, Paul..., justo antes de tu jubilación, ¡curas al gran Thomas Roy!

—¡Curar!

Suspiro al pronunciar este verbo.

—No juegues con las palabras, sabes lo que quiero decir: lo sacas de la catatonia, consigues que vuelva a su vida diaria... Esta mañana lo has visitado. ¿Tienes nuevos elementos sobre él?

Suelto sin pensar:

—Yo, no... Sin embargo, algunos pretenden saber más que nosotros...

—¿Quiénes?

Casi lamento haber hecho la insinuación, he hablado demasiado deprisa. Pero ¿por qué no?

—Si Nathalie te lo ha explicado todo, seguramente sabes que le prestó el cuaderno de artículos de Roy a Monette, un periodista del corazón...

—Sí.

—Ayer por la mañana, recibí una carta.

Se lo cuento. Al final, acabo en estos términos:

—Quiere que muerda el anzuelo.

Un corto silencio. Jeanne, con las manos detrás de la cabeza, reflexiona sobre todo esto un momento; luego pregunta:

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—¿Vas a llamarle? ¿A quedar con él?

—¡Jamás!

—¿Por qué no? ¡No estás obligado a revelarle nada! ¡Mira si puede decirte cosas realmente interesantes sobre Roy! ¡Comprueba si la famosa relación a la que alude es algo serio o no!

—¡Sabes perfectamente que querrá información a cambio!

—¡Llámale, no tienes nada que perder!

Muevo la cabeza. ¡Ahora sale a flote la admiradora que Jeanne lleva dentro! ¡Y pensar que, al principio, ella era la que debía tratar a Roy!

—Escúchame, Jeanne... Ahora sabemos que Roy se inspiró en una serie de tragedias para escribir sus libros y que ha desarrollado una psicosis... ¿Por qué intentar ver algo más?

—¡Porque Monette parece decirnos que hay más que ver!

Hace una ligera mueca.

—Como fuente, no es muy fiable, te lo concedo... Sólo digo que no cuesta nada llamarle. En caso de que...

No respondo nada y me limito a examinar mis uñas con aire gruñón. No quiero hablar más de Monette, esta conversación me parece tan ridícula como inútil. Sin embargo, Jeanne, casi en tono de confidencia, me susurra:

—Sólo te quedan unos meses de trabajo, Paul... ¿No te apetece profundizar en un último caso? ¿Una última vez? ¿Una última oportunidad?

Durante un segundo, pienso en enfadarme, pero, al final, me echo a reír.

—¡Cómo puedes ser tan manipuladora!

Jeanne sonrío, divertida y ofendida a la vez. Asiento con la cabeza, incapaz de enfadarme de verdad.

—Ya basta... Déjame trabajar, especie de fan en pleno delirio... Creo que estás más tarada que todos los pacientes de este hospital...

—¿Y Monette?

¡Ah, no! ¡Si vuelve sobre el tema, me va a enojar de verdad! Suspirando, respondo de forma vaga, sólo para desembarazarme de ella:

—Lo pensaré...

Esto parece dejarla satisfecha. Por fin, se levanta:

—El cuaderno de Roy, ¿me lo prestas?

Vacilo. Lo observo durante unos instantes; luego muevo lentamente la cabeza.

—Me parece que este cuaderno se ha paseado demasiado en pocos días. Me gustaría quedármelo un tiempo. Lo veremos juntos otro día, si no te molesta...

Jeanne se siente desilusionada, pero no insiste. Se levanta, abre la puerta y me dice antes de salir:

—Piensa en lo que te he dicho...

No respondo. Ella sale.

La calma, el silencio. Dios mío, la paz por fin.

Durante un buen rato, me paso las manos por la cara. No tengo la cabeza para trabajar. Y, con la jubilación que se perfila en el horizonte, cada vez encontraré más dificultades para concentrarme... Consulto el reloj. Son las cuatro. Pues lo siento, pero me marchó. Ya no podría hacer nada a derechas. ¡Y parece que no he fumado desde hace dos semanas!

En la carretera que conduce a Lachine, pienso en Monette. Llamarle está descartado. Le he dicho a Jeanne que lo pensaría sólo para acabar con esa discusión absurda. Es la primera vez que la veo así, desprovista de toda objetividad. Pierde el control en lo relativo a Roy, es exasperante...

En casa, me tumbo en el sofá del salón y me voy quedando dormido mientras suspiro de bienestar.

Capítulo 4

Jueves. Roy no ha dicho todavía ni una palabra. En la reunión interdisciplinaria, decidimos aumentar la medicación a cien miligramos diarios.

Durante la tarde, recibo un mensaje de Hélène donde dice que tiene una cena de trabajo. ¿Verdad o estrategia para huir de un marido cada vez más aburrido? Lo peor es que me da igual.

Como he quedado con Jeanne a las ocho en el Maussade, decido cenar en la ciudad, en un pequeño restaurante francés. Me tomo mi tiempo y leo el periódico mientras saboreo una copa de coñac.

Hacia las ocho, deambulo por la calle Saint-Laurent con el ánimo tranquilo. La tarde es magnífica y la avenida parece una fiesta. Ante mí, surge la terraza del Maussade. Busco con los ojos a Jeanne, que debe estar sentada en una mesa cerca de la acera, para ver a los chicos pasar. (Ya le he dicho que esa clase de diversiones no son propias de una buena chica, pero ella me tacha de estar chapado a la antigua). Por fin, la distingo, aunque al parecer no está sola. ¿Será Marc? ¿O un compañero? Jeanne me ve desde lejos y me saluda con la mano. Su sonrisa resulta tensa. Mientras me acerco, el invitado de Jeanne se vuelve más preciso. Barba, pelo negro...

Aminoro el paso, hasta que me detengo por completo, estupefacto.

—¡Joder!

Rara vez digo tacos. Sólo cuando estoy enfadado de verdad. Además, he debido pronunciarlo en voz alta, porque un peatón que pasaba me mira descaradamente. Jeanne, cada vez más ansiosa, me hace una seña para que me acerque.

De repente, pienso en dar media vuelta y marcharme. Pero sería un poco ridículo, ¿no? Sigo caminando con un paso más pesado, lleno de una rabia tan silenciosa como terrible. El invitado de Jeanne me mira mientras me acerco, sin decir una palabra, con una vaga sonrisa en los labios. Sólo por esta maldita sonrisa llena de suficiencia, no puedo equivocarme sobre la identidad del individuo.

Entro en la terraza y me paro delante de la mesa, con las manos en los bolsillos. Fulmino a Jeanne con la mirada. Se me ocurren tantos insultos que no sé por cuál empezar. Por su parte, ella se funde literalmente en su silla. Por fin, dice:

—Creo que es inútil presentarte, Paul...

Me digno a mirar al invitado procurando adoptar una expresión lo más despreciativa posible.

—En efecto, es inútil. Y creo que este encuentro también.

Me siento extrañamente humillado y esto aumenta mi enfado.

—Eso no es lo que parecía decirme la doctora Marcoux —replica Monette sin borrar su ligera sonrisa—. Incluso, tenía la impresión de que este encuentro era muy importante para ella.

—¿De verdad?

Le lanzo una mirada penetrante a mi colega. Ella casi me suplica:

—Paul, siéntate...

—No sé. Me pregunto si no debería marcharme ahora mismo...

—¡Paul, por favor!...

Monette encuentra la escena muy divertida. Hace girar el vaso de cerveza entre las palmas de las manos, con una pequeña sonrisa que le flota en la barba. Lo observo con frialdad. Entonces comprendo el porqué de este vago sentimiento de humillación: una parte de mí quiere quedarse. Ahora que Monette está delante de mí, debo admitir que tengo ganas de hacerle un par de preguntas. ¡Pero no es cuestión de que él se dé cuenta!

Lamentándolo ya, me siento enfrente del periodista mientras doy un suspiro.

—Ya hablaremos, Jeanne...

Ella no dice nada y mantiene la mirada baja. Divertido, Monette comenta:

—Si he comprendido bien, este encuentro es una iniciativa personal de la doctora Marcoux, ¿no?

—Le confieso que sí, señor Monette. Anoche le llamé por propia iniciativa. El doctor Lacasse no estaba en absoluto al corriente de que usted estaría aquí esta tarde. Aunque no había descartado la idea de quedar con usted en algún momento. Sólo que aún no había tomado la decisión.

—¡Ah! Entonces, ¿pensaba hacerlo? Esto ya es interesante...

Su tono es cínico. Yo preciso:

—Pero luego decidí no hacerlo.

—¿De verdad? —replica el periodista.

¡No voy a soportar ese aire fanfarrón toda la velada! Por eso, decido aclarar las cosas enseguida:

—Señor Monette, si mantiene ese juego con demasiada insistencia, me levanto y me voy. ¿Está claro?

—Desde luego, doctor Lacasse, no se ponga nervioso...

Sigue sonriendo, pero mi advertencia ha dado fruto. Monette me tiene por fin sentado frente a él y no piensa dejarme marchar. Jeanne empieza a relajarse.

—Perfecto... Podremos hablar como gente civilizada.

Pido una cerveza al camarero. Jeanne dice con un tono grave:

—Señor Monette, la carta que ha enviado a Paul nos ha dejado muy intrigados, hay que admitirlo...

El tipo se hincha de orgullo. Yo me apresuro a añadir:

—Por otra parte, la manera que ha utilizado para conseguir ese cuaderno de artículos no es muy brillante, señor Monette. ¿Sabe que la señorita Girouard ha sido despedida por su culpa?

—¿De veras? —pregunta el periodista fingiendo un gesto afligido—. ¡Oh!, es una lástima... De haberlo sabido...

—Ahórrenos sus pésimas dotes de comediante. Sé muy bien que no le importa lo más mínimo...

—Juzga demasiado rápido, doctor... Para que haya compradores de información, hacen falta vendedores...

A continuación, nos observa a Jeanne y a mí con aire irónico.

—Además, los dos deberían saberlo, puesto que están aquí...

—¿Eso qué quiere decir?

—¡Señores, vamos, cálmense! —interviene Jeanne desesperada.

El camarero, muy sonriente, vuelve con mi cerveza. Pago y doy un trago largo. Esto me tranquiliza un poco. Monette toma también un buen trago de su vaso. Saca su paquete de cigarrillos, pero le digo con sequedad:

—Hay una mujer embarazada delante de usted, señor Monette, por si no se ha dado cuenta.

Sé perfectamente que Jeanne tolera que se fume en su presencia, pero considero una pequeña victoria privar a Monette de ese placer (aunque eso signifique privarme yo también). El periodista duda; luego guarda el paquete en la chaqueta, contrariado.

—Bueno —empieza Jeanne al tiempo que coloca las dos manos encima de la mesa—, es cierto que el cuaderno de artículos de Roy es interesante. Ahora bien, en su carta, usted parece insinuar que sabe más que nosotros sobre ese cuaderno. Y si ese «más» pudiera ayudarnos a avanzar en el caso Roy, entonces...

Hace un gesto vago.

—En cualquier caso, deben de estar intrigados, puesto que se encuentran aquí —señala el periodista con aires de listo.

—Hay que añadir una matización —corrijo—. Personalmente, no estoy nada convencido de que su supuesta información sea tan interesante.

—Pero tiene una ligera duda; en caso contrario, no habría aceptado sentarse aquí, conmigo... Habría podido dar media vuelta y marcharse...

Soporto en silencio su mirada burlona. Se ha apuntado un tanto y ahora le odio aún más.

—Le escucharé, señor Monette, aunque espero por su propio bien que lo que diga sea pertinente e importante. Si me hace perder el tiempo, si mi sentido de la ética queda en entredicho por nada, nunca se lo perdonaré.

Monette hace una mueca ridícula.

—No sé si mi información puede ayudarle, pero sin duda no puede perjudicarlo...

—Le escuchamos.

Levanta la mano izquierda con una risotada.

—¡Bueno, bueno! ¡Un momento, no es tan sencillo! Voy a contarles algo... muy particular. Se trata de una información... ¿cómo decirlo?... muy extraña..., que podría perjudicar a Roy...

¡Jodido farolero! ¡Diablos, se cree que está en una película policiaca! Pero, en lugar de ponerme nervioso, decido utilizar también la ironía y le digo con una ligera sonrisa:

—¿Por qué no ha ido a contar todo esto a la policía?

Monette esboza un gesto vago, escéptico, y toma su vaso.

—No hay nada lo bastante tangible, suficientemente concreto como para abrir una investigación... Además, la policía no tendría nada interesante que decirme.

A continuación, bebe un trago mientras nos lanza una mirada socarrona. Mi sonrisa se desvanece. De repente, le apunto con el dedo.

—Vamos a aclarar esto enseguida. Usted no obtendrá ninguna información de nuestra parte, ¿entendido?

—El doctor Lacasse tiene razón, señor Monette —insiste Jeanne con más suavidad que yo—. No tenemos ningún derecho a contarle lo que sucede en una clínica psiquiátrica, debe comprenderlo...

Por primera vez en toda la velada, Jeanne dice algo que me agrada. Parece que no ha perdido la cabeza hasta el punto de olvidar su sentido de la responsabilidad.

El periodista apoya ambos codos en la mesa y junta las palmas de las manos con la misma actitud de un político que se prepara para soltar un discurso particularmente brillante. Una vez más, sus ínfulas me dan náuseas.

—Escúchenme bien —comienza con un tono pausado—, estoy escribiendo un libro sobre Roy, creo que ya se lo he dicho. Tenía la intención de entregarlo para su publicación dentro de unas semanas, pero cuando supe que había ingresado en una clínica psiquiátrica, me dije que no podía dejar pasar este hecho, que debía mencionarlo en mi libro. Profundicé sobre el tema y luego me encontré con el cuaderno de artículos...

—Porque pagó por ello —añado con desprecio.

—Poco importa —continúa Monette sin inmutarse lo más mínimo—. El caso es que he tenido ese cuaderno en mis manos... De ese modo, he descubierto cosas..., cosas que no pueden ni imaginarse... Pienso incluirlo todo en mi libro, por supuesto..., pero quiero una conclusión, un informe psiquiátrico, una explicación de lo que pasa con Roy: cómo lo atienden, cómo está viviendo ahora, encerrado entre cuatro paredes...

Nos mira a cada uno y continúa:

—En este momento, en el caso Roy, están atascados. El mero hecho de que se encuentren aquí lo demuestra...

Aprieto los dientes. Otro tanto para este individuo pretencioso.

—Tal vez mi información les ayude a avanzar. Al final...

Sus ojos brillan de orgullo.

—... al final, ustedes me necesitan más a mí que yo a ustedes.

—¡Qué presunción! ¡Al oírle, Monette, parece que la suerte de Roy depende de usted!

—Yo no iría tan lejos. Sólo digo que sé cosas que pueden cambiar su punto de vista sobre Roy...

Me mira a los ojos con una cara impasible. Hay que darle algo: sabe ser convincente. Tiene sentido del suspense. Un auténtico periodista manipulador. Echo un vistazo a Jeanne. Ella mira su vaso de zumo de pomelo, pensativa. Al final, levanta los ojos y pregunta:

—Si nos negamos a darle alguna información, señor Monette, ¿qué hará usted?

Él se encoge de hombros con gesto relajado.

—Publicaré mi libro en cualquier caso, incluyendo todo lo que sé, que ya es mucho.

—En esas condiciones, sólo tenemos que esperar a la salida de su libro y leerlo —comento—. De este modo, conoceremos por fin su famosa «información misteriosa».

Monette me mira un instante totalmente estupefacto, aunque se repone enseguida y se echa a reír:

—¡Vamos, eso no es serio!

Me doy cuenta de que he arañado su armadura y esto me da una repentina confianza.

—¿Por qué no? De todas maneras, de aquí a que salga su libro, ¿quién le dice que Roy no se ha curado y ha abandonado el hospital? No sabemos lo que va a pasar dentro de dos días

o de una semana... Ni usted ni yo.

Monette arruga el ceño. Cada vez me siento en una posición de mayor fuerza y continuo con seguridad:

—Si usted lo publica en este momento, ¿cuál será su conclusión? ¿Que Roy está en tratamiento psiquiátrico, aunque usted no tiene la menor idea de lo que le pasa? ¿Y si Roy, al salir del hospital, explica a los periodistas lo que ha ocurrido de verdad? ¿Su versión de los hechos coincidirá con los supuestos descubrimientos impactantes de su libro? No, sacar su libro ahora es demasiado arriesgado, usted lo sabe...

Acerco la cabeza al periodista, que no deja de mirarme. Una mirada cada vez más sombría.

—Le voy a decir lo que usted quiere. ¡Quiere decirnos lo que sabe sobre Roy! Nos ha hecho creer que no está obligado a ello, que no nos necesita, pero eso es falso. En realidad, se muere de ganas de divulgar esa información porque desea que Roy salga lo antes posible del hospital. ¡Su recuperación sería un final perfecto para su libro! Eso le permitiría hablar de su colaboración con los médicos de Roy y de su contribución a su restablecimiento gracias a la valiosa información secreta que ha descubierto usted mismo... ¡Cuánta gloria para usted! Y ¿quién sabe? ¡Tal vez sueña rematar toda esta historia con una entrevista de Roy! ¡Su propio testimonio inédito! Pero, para eso, ¡debe recuperarse! ¡Y pronto! Entonces, aunque no le digamos nada sobre Roy, usted nos va a contar lo que sabe, porque lo hace en su propio beneficio.

Me callo, bastante orgulloso de mi pequeño discurso. Por primera vez en toda la velada, Monette está completamente desestabilizado. Me mira boquiabierto y no se le ocurre nada en absoluto que decir. Sólo por ver este gesto aturdido valía la pena encontrarse con él esta tarde. Si no me controlara, me reiría de satisfacción. Sin embargo, me limito a tomar tranquilamente un trago de cerveza, un buen y largo trago, tan placentero como los que se toman junto a la piscina, bajo el sol del verano. Dejo en la mesa mi vaso casi vacío y miro con calma a Monette, cuya expresión atónita no ha cambiado ni un ápice.

Al final, se vuelve hacia Jeanne, como para buscar su ayuda, pero mi compañera no dice ni una palabra. Ella también se limita a beber de su zumo, mientras me lanza una furtiva mirada de admiración. Decido, por puro orgullo, llevar más lejos mi ventaja y le explico señalando mi vaso:

—Dentro de unos treinta segundos, me terminaré la cerveza. Si en ese momento no ha empezado a explicarnos lo que tiene, me levantaré y me iré. Y me da la impresión de que la doctora Marcoux va a hacer lo mismo.

Jeanne asiente con la cabeza. Monette mira mi vaso como si esperara que explotara; luego se dirige a mí, furibundo:

—Pero ¿por quién me toma, Lacasse? ¿De verdad cree que necesito contárselo todo? ¿Que no puedo sacar mi libro si Roy no se cura?

—Es lo que vamos a ver dentro de veinte segundos.

Entorna los ojos. Su estrategia ya no funciona, se ha dado cuenta. ¡Qué satisfacción que se le haya borrado la sonrisa de la cara! Se inclina hacia mí, nervioso de repente.

—Escuche, comprendo que no pueda decirme nada de lo que pasa en este momento, pero... no sé, yo... Bueno, tiene razón, espero conseguir una entrevista en exclusiva de Roy cuando salga, aunque estoy seguro de que la voy a obtener... ¡Pero usted también puede concederme una! ¡En exclusiva! Podría explicarme el tratamiento, cómo se ha desarrollado...

—Eso depende de que Roy esté de acuerdo.

—¡Estará de acuerdo! ¡Roy adora la fama, le encantará que se haya escrito un libro sobre él!

—Lo veremos cuando se encuentre mejor.

Dirijo la cerveza a mis labios. Con un gesto seco, Monette me agarra la muñeca y detiene mi movimiento.

—¡Escúcheme! —chilla en un tono rabioso—. ¡Escúcheme un segundo!

Uno o dos clientes de la terraza nos miran un instante. Monette se calma bastante, aunque no me suelta. Aprieta los dientes; en su mirada, hay cierta desesperación. Desesperación y frustración.

—Si Roy, al salir del hospital, acepta que se hable de su caso, ¡júreme que me concederá una entrevista en exclusiva! ¡Júremelo!

Lo miro unos segundos. Sabía que lo había calado, pero no hasta este punto. La recuperación de Roy no es importante en sí para este periodista sediento de gloria. Todo

esto le interesa únicamente en función de su libro. Por un momento, pienso en responderle que no. El mero hecho de concederle una entrevista a esta rata me da un asco tremendo. Pero si Roy está de acuerdo (suponiendo que vuelva a hablar algún día), ¿por qué no? Si la información de Monette nos ayuda de verdad, siempre podría hacerle este pequeño favor.

—Si Roy da su consentimiento, sí.

—¡Júrelo!

Sonríó con condescendencia.

—Se lo juro.

El periodista me mira a los ojos y me suelta la muñeca con un gesto tranquilo y decepcionado a la vez. Comprendo muy bien lo que siente. Las cosas no se han desarrollado en absoluto como él esperaba. Se hace un silencio. Nos llegan los ruidos de las conversaciones de los otros clientes. Acabo mi cerveza de un trago, mientras que Jeanne, menos conciliadora que antes, habla por fin:

—Ya hemos perdido quince largos minutos, señor Monette. Esperemos que valga la pena.

El hombre se relaja. Al decir esto, Jeanne le ha devuelto las riendas y eso le encanta. Hace que se sienta de nuevo importante. Coge un maletín del suelo y lo coloca encima de la mesa.

—Les juro que no les decepcionaré...

Se dispone a abrirlo cuando ve al camarero y detiene su gesto con aire suspicaz. Muevo la cabeza, algo cansado. Pero ¿dónde se cree que está? ¿En una película de James Bond? Pido una segunda cerveza y Jeanne otro zumo de pomelo; Monette, irritado, hace una seña de que no quiere nada. Cuando el camarero se ha alejado, el periodista abre por fin su maletín. Jeanne mira con atención, intrigada. Yo tengo mis dudas.

Monette saca un montón de hojas, que deposita sobre la mesa.

—Cuando tuve el cuaderno de Roy en mis manos, se pueden imaginar que me apresuré a fotocopiarlo íntegro. Contiene cuarenta y tres artículos y los he estudiado uno por uno. Esto me ha llevado a confeccionar la siguiente lista: he escrito los títulos de las novelas y los relatos de Roy y los he relacionado con los artículos del cuaderno que le sirvieron de inspiración.

El periodista nos tiende una lista a cada uno.

—Como pueden ver, en ocasiones, varios artículos han sido utilizados para una sola novela o un relato breve.

Leo las primeras líneas de la lista:

FE MORTAL, relato publicado en marzo de 1974.

Artículo relacionado: «Un sacerdote muere en un accidente de circulación», aparecido en diciembre de 1973 (*Le Journal de Québec*).

UN GOLPE DE MÁS, relato publicado en noviembre de 1974.

Artículo relacionado: «Suicidio de un vagabundo», aparecido en abril de 1974 (*Le Journal de Montréal*).

LA VOZ MALÉFICA, novela publicada en febrero de 1976.

Artículos relacionados: «Un ladrón asesinado en una tienda de comestibles», aparecido en mayo de 1975 (*La Tribune*), e «Incendio mortal en Saint-Denis», aparecido en octubre de 1975 (*Le Journal de Montréal*).

Y así sucesivamente. El camarero nos trae las consumiciones y, cuando se ha marchado, Monette continúa:

—Los artículos están publicados unos meses antes de la salida de la novela en cuestión, lo que confirma aún más la tesis de que han inspirado realmente a Roy para escribir sus historias.

Jeanne observa la hoja, bastante impresionada.

—Un auténtico trabajo de exegeta —comenta.

Monette sonríe con orgullo. Mi compañera exagera un poco: si ella hubiera tenido tiempo, habría podido hacer lo mismo. Para restablecer un cierto equilibrio, digo con lasitud:

—Eso ya lo sabíamos, señor Monette. La única diferencia es que usted ha llevado el ejercicio más lejos que nosotros.

El periodista levanta un dedo.

—Pero falta un detalle: todos los artículos están relacionados con una historia de Roy,

excepto el último.

Coge una fotocopia del montón y la vuelve hacia nosotros. Leemos el título: «Dos punks muertos en Sainte-Catherine». El artículo procede del periódico *La Presse* y data de hace un año. Monette nos resume:

—En el mes de mayo de 1995, encontraron a dos jóvenes punks muertos en una callejuela de Sainte-Catherine. Según la investigación, se habrían apuñalado mutuamente.

Examino el artículo un instante; luego miro al periodista esperando la continuación. No se hace de rogar.

—La última novela de Roy, *La última revelación*, salió a la venta en septiembre pasado, unos meses después de los asesinatos. Sin embargo, no incluye ninguna escena que se asemeje de cerca o de lejos a este artículo de periódico.

Lo observo, cada vez más impaciente.

—¿Entonces?

—Esperen.

Monette coloca la mano izquierda sobre la pila de artículos fotocopiados.

—Eso me intrigó. Entonces volví a examinar todos estos artículos, pero con una minuciosidad casi obsesiva. Lo hice durante todo el fin de semana. Luego...

Sus ojos brillan de repente.

—... descubrí algunas cosas muy interesantes...

Busca en el montón de hojas, saca la fotocopia de un artículo y nos la tiende. Jeanne se acerca para verlo y yo, suspirando, la imito. El título del artículo es «Colisión en cadena a la entrada del túnel Lafontaine» y data de 1985. Una foto muestra a una mujer cubierta de sangre bajo un montón de chatarra, rodeada de un equipo de rescate que intenta liberarla. Levantamos la cabeza hacia Monette con una mirada interrogativa.

—Fue un accidente horrible, no sé si se acuerdan... Doce coches chocaron con una violencia inaudita como consecuencia del patinazo de un conductor ebrio. Hubo siete muertos y doce heridos graves. Se tardaron horas en socorrer a los supervivientes, que gritaban atrapados en los vehículos.

—Gracias por los detalles morbosos —digo exasperado—. Nos acordamos también. ¿Adónde quiere ir a parar?

Monette señala el artículo con el dedo.

—Lean el párrafo, hacia el final. Lo he rodeado en rojo.

Leo en voz alta:

—«Además de los doce vehículos implicados de forma violenta, otros tres automóviles sufrieron ligeros daños. Uno de ellos iba conducido por el célebre escritor Thomas Roy, que afortunadamente no resultó herido. El escritor declaró a nuestro reportero que temió por su vida y que da gracias al cielo por haber salido sano y salvo del accidente. Él mismo y otras personas ilesas echaron una mano a los equipos de rescate, tarea noble, pero de las más duras...».

Sorprendido, levanto la cabeza hacia Monette y, luego, me echo a reír. Podría gritar de enfado, pero esto es demasiado ridículo como para no divertirse un rato. La rabia de haber perdido el tiempo vendrá más tarde, imagino.

—Entonces, ¿ésta es su bomba informativa? ¿Qué Roy estuvo implicado en una de las tragedias de su cuaderno? ¿Con esto espera despertar nuestro interés?

Jeanne también tiene una expresión de decepción. Sin embargo, Monette, muy tranquilo, levanta de nuevo la mano.

—Esperen, no he terminado...

Busca de nuevo en el montón de fotocopias y dejo de reírme. Bueno, ya está bien. Una vez es divertido, pero dos no. Estoy a punto de decirle que ya he visto bastante cuando el periodista exhibe un segundo artículo y nos lo pone delante de las narices, encima del recorte del accidente.

Esta vez, el artículo está fechado en 1975. Se titula: «Incendio mortal en Saint-Denis». Lo acompaña la foto de un inmenso edificio en llamas.

—Cuatro muertos —resume el periodista—, dos de los cuales saltaron del tercer piso, convertidos en auténticas antorchas humanas.

Esta vez, mi voz suena casi amenazante:

—Monette, ¿qué es lo que...?

—Mire la foto atentamente —me corta—. He rodeado una cara.

De mala gana, saco las gafas. En la fotografía, se ve una multitud de curiosos reunida enfrente del edificio. Jeanne y yo examinamos el rostro marcado por Monette. Aunque está

borroso, parece...

Arrugo la frente.

Sí, parece Thomas Roy. Un Roy con veinte años menos, pero el parecido es impresionante.

La sonrisa de Monette se ha acentuado.

—Es curioso, ya no se ríe.

—¿Piensa que es Roy? —pregunto ignorando su sarcasmo.

—No lo pienso, estoy seguro.

Jeanne, que sigue observando la foto, murmura estupefacta:

—Sí..., sí, seguramente es él... He visto fotografías de Roy de sus comienzos y... juraría que es él...

—¡Un momento! ¡Roy es una celebridad mundial y su nombre no se menciona en el pie de foto! ¿No se habría percatado el fotógrafo de su presencia?

—Esto pasó en 1975, doctor Lacasse. Roy era muy poco conocido en esa época. Había publicado dos relatos en revistas importantes, pero no se le conocía aún realmente. Publicó su primera novela, *La voz maléfica*, seis meses después de este incendio. Novela en la que, por otra parte, aparece un incendio espectacular..., como he indicado en la lista que les he dado hace un momento.

Examino de nuevo la foto, que Monette recupera rápidamente. Ha conseguido sorprenderme por un instante, pero en el fondo no hay nada interesante en todo esto. Jeanne debe de pensar lo mismo, porque dice:

—Bueno, resulta que Roy no sólo se ha inspirado en todos esos artículos, sino que ha presenciado dos de esas tragedias. ¿Y qué?

—Pues que eso no es todo —dice Monette con suavidad.

Toma un trago con aire calculado y luego continúa, mirándonos a cada uno:

—Cuando leí por primera vez todos estos artículos me acordé de una cosa. Como soy periodista, conozco cientos de anécdotas que cuentan los compañeros. Entonces recordé que, en 1992, un colega que trabajaba para otro periódico me dijo que había acudido al lugar donde se había cometido un salvaje asesinato, para escribir un artículo. Este artículo.

Al tiempo que habla, saca otra fotocopia que nos alarga a su vez. El artículo tiene el título feliz de «Un hombre asesina a su familia y se mata en plena calle». En esta ocasión, no espero a que Monette lo resuma y lo leo en diagonal, mientras que Jeanne, a mi lado, hace lo mismo. Delante de un banco del centro de Sherbrooke, se detuvo un coche y se bajó un hombre armado con un revólver. A continuación, dirigió el arma hacia el vehículo, donde se encontraba su mujer, aterrorizada, y sus dos hijos pequeños, llorando. Entonces se puso a gritar que todos los bancos se negaban a prestarle dinero, que no conseguía mantener a su familia, que no podía más y que prefería matar a todo el mundo antes que vivir en la miseria y la vergüenza. Durante diez largos minutos, apuntó a su familia sin dejar de vociferar su patético mensaje, mientras se congregaba alrededor de él una multitud cada vez más numerosa. En el momento en que llegaba la policía, el hombre disparó al parabrisas. Fueron cinco balas, que mataron a los tres miembros de su pequeña familia. La policía abrió fuego contra él. Los disparos le alcanzaron en una pierna, pero el demente reunió la fuerza suficiente para introducirse el cañón del arma en la boca y disparar la última bala. Esta espantosa escena se desarrolló delante de docenas de testigos y saltó a los titulares de todos los periódicos. Me acuerdo de que, en su momento, a Hélène y a mí nos había impresionado mucho la tragedia. El artículo estaba firmado por Pierre Valois. Monette nos cuenta:

—Pasé por Sherbrooke unos meses después de la matanza, conocía a Valois y me explicó lo horrible que le había resultado cubrir esta noticia. Cuando llegó al lugar de los hechos, todavía había gente alrededor del coche, a pesar de los intentos de la pasma de dispersar a la multitud. Luego me dijo...

Monette acerca ligeramente la cabeza. Jeanne, sin darse cuenta, lo imita. Yo no me muevo. Ya sé lo que va a decir. De repente, un gusto amargo me invade la boca.

—... me dijo que había visto a Thomas Roy entre los curiosos...

Se calla y nos mira un rato con una ligera sonrisa de suficiencia en los labios. Jeanne abre unos ojos como platos. Yo sigo desconfiando, pero el gusto amargo persiste en mi boca. Monette continúa:

—Por supuesto, Valois quiso entrevistarle para saber lo que había visto, pero Roy se alejó al cabo de unos segundos y mi colega lo perdió de vista. Le pregunté por qué no lo había mencionado en su artículo y él me dijo que no valía la pena porque no había podido hablar

con él. ¿Qué habría aportado señalar la presencia de Roy entre los curiosos? Me pareció que tenía razón... Al menos, hasta que di con este cuaderno y encontré en su interior el artículo en cuestión.

Monette apoya la espalda contra la silla, se pasa una mano por el pelo y, con aire enigmático, añade:

—Testigo de tres dramas sangrientos...

Jeanne me lanza una mirada perpleja. Yo replico con una voz monocorde:

—Quizá no fue testigo del asesinato como tal. Quizá llegó después.

—¡Es posible, pero eso no le resta importancia! Tiene el arte de encontrarse en el lugar donde aparece la muerte, ¿no creen?

Me acaricio el mentón un par de segundos, escéptico. Jeanne pregunta de pronto:

—Esta historia de su amigo periodista... ¿quién nos dice que no se la ha inventado?

—¿Por qué iba a hacerlo? —responde Monette sin enfadarse—. ¿Con qué finalidad? De todas maneras, puedo darles la dirección de Valois, en Sherbrooke. Llámenle y díganle que yo les he informado. Les contará su versión. Hace cuatro años, pero debe de acordarse.

No respondo nada. Aguardo la continuación, tranquilo, aunque confieso que este gusto amargo en la boca empieza a incomodarme. Trago saliva haciendo una mueca. Monette prosigue:

—Entonces empecé a hacerme preguntas... Roy coleccionaba todos los artículos que le inspiraban para sus novelas. Lo que no está mal de entrada. Pero, además, se encontraba en el escenario de tres de estos dramas, cosa que resulta más extraña. Una idea loca me pasó por la mente. Apunté el nombre de los periodistas que habían escrito los artículos del cuaderno. En total, conocía a nueve. Me puse en contacto con ellos y les pregunté sobre dichos artículos. En algunos casos, el suceso había ocurrido mucho tiempo atrás, pero todos se acordaban perfectamente porque se trataba de historias sangrientas.

De nuevo, Monette acerca la cabeza, con ojos brillantes.

—Dos de estos nueve periodistas recordaban haber visto a Thomas Roy en el lugar de la tragedia. Dos. Por supuesto, quisieron saber por qué les hacía esta pregunta, pero les dije que esperaran a la publicación de mi libro.

Vuelve a su montón de hojas y saca dos artículos más. Uno se remonta a 1978: «Anciana arrollada por un tren»; el otro data de 1983 y se titula «Niño quemado vivo dentro de un coche». Jeanne y yo miramos los dos artículos. Monette coge su vaso y explica:

—Son los artículos de los dos periodistas que afirmaban haber visto a Roy entre los curiosos. Sólo lo divisaron entre la multitud, pero han sido categóricos: él estaba allí. En ambos casos, parece que Roy permaneció unos instantes y luego se alejó... No lo habían mencionado en su artículo porque no merecía la pena.

Monette se coloca las manos detrás de la cabeza, en una pose de superioridad.

—Por tanto, son cinco veces. Roy ha sido cinco veces testigo de tragedias sangrientas.

Durante un instante, miro los cinco artículos extendidos sobre la mesa, delante de mis ojos. Luego digo con una voz seca:

—Todo esto no es muy verosímil. Es verdad que cuando sucedió el incendio, en 1976, Roy no era conocido. Pero en el caso de las otras cuatro tragedias ¡ya era una celebridad mundial! ¿Y nadie de la multitud reaccionó?

Monette suelta una risa sarcástica.

—¡Vamos, doctor! Roy es una estrella, ha salido mucho por la tele, es archiconocido..., todo eso es verdad, ¡pero se trata de un escritor! Los escritores no tienen el mismo estatus que los cantantes o los actores. En la calle, doctor, ¿usted lo habría reconocido?

Reflexiono. Efectivamente, no estoy seguro de ello. Incluso, cuando me lo nombraron en el hospital, tardé un rato en acordarme de su cara.

—Yo, no. ¡Pero gente como Jeanne o como usted, sí! ¡Sus seguidores lo reconocerían!

—Tiene razón —concede el periodista—. Entre la multitud de curiosos, seguramente algunas personas lo reconocieron. Pero ¿cree que esa gente se habría abalanzado sobre él dando gritos de histeria? ¡Vamos! ¡Que no es Roch Voisine ni Brad Pitt! ¡Se trata de un escritor! ¡Los fans no se precipitan sobre los escritores como sucede con los actores o los cantantes! ¡Su éxito se debe a sus obras, no a su físico ni a su imagen! Las personas que reconocen a Roy por la calle, posiblemente se limitan a decir: «¡Pero si es Thomas Roy, el gran escritor de Quebec!». Lo siguen unos segundos con los ojos y, por la noche, le cuentan la anécdota a la familia. ¡Nada más!

Monette se vuelve hacia Jeanne.

—Doctora, usted es admiradora de Roy. Si le viera por la calle, ¿qué haría?

Ella se frota la nuca.

—Es cierto que me gusta mucho, pero... no creo que llegara a abordarle. Me quedaría impresionada, aunque todo acabaría ahí...

Monette me mira con aire de decirme: «¿Lo ve?»... Y luego añade:

—En cualquier caso, es probable que algunas personas lo pararan en la calle para pedirle un autógrafo. En todas partes hay gente así. Sin embargo, una multitud reunida en torno a un asesinato, una muerte violenta, un incendio o cualquier drama de este tipo está mucho más interesada en la tragedia en cuestión que en Thomas Roy. Aunque algunas de las personas de la muchedumbre lo hubieran reconocido, quizá se sorprendieron un instante, pero sin duda el escenario del drama recuperó su atención enseguida. Ni siquiera los periodistas que lo identificaron hablaron de ello. Excepto uno, el de la colisión múltiple de vehículos.

Me muerdo los labios. Aún no estoy convencido, pero en el fondo sé que Monette tiene razón. Jeanne parece más impresionada que yo. El periodista saca una hoja de papel de su maletín y me la alarga.

—Como temía que usted se mostrara escéptico, aquí tiene los nombres de los periodistas en cuestión. Llámeles, dígales que yo le he dado su número de teléfono...

Rechazo la hoja con aire gruñón. Monette se la tiende a Jeanne, que la coge, un poco azorada, y la mira sin más.

—¡Cinco veces en el lugar de dramas violentos y mortales! —repite Monette con complacencia.

Jeanne parece por fin recuperarse de la sorpresa.

—¿Cómo es posible que la policía no lo haya interrogado nunca si ha sido testigo de tantas catástrofes?

Monette separa las manos; no parece que la pregunta le haya pillado de improviso.

—¡Puede que la policía lo haya interrogado! ¡Tal vez sí, tal vez no! Admitamos que le hayan tomado declaración en dos o tres de los casos. ¿Esto cambia las cosas? ¿Cómo encontrar una relación? Miren los artículos de los periódicos, las tragedias ocurrieron en diferentes lugares de Montreal, ¡incluso una tuvo lugar en Sherbrooke! Si la policía de Montreal lo interrogó en 1976 como testigo; luego la de Anjou en 1983 y, más tarde, la de Sherbrooke en 1992, ¿cómo establecer una conexión? ¡Demasiada dispersión en el tiempo y en el espacio! ¡Y eso si admitimos que lo han interrogado, algo que estamos lejos de poder asegurar!

Monette posa su mano de nuevo sobre la pila de papeles.

—El cuaderno de Roy ha reunido todos esos dramas, los ha colocado unos al lado de los otros. Esto me ha ayudado.

Nos mira. No sonrío, pero su rostro rebosa de orgullo. Me muerdo los labios una vez más.

—De acuerdo. Ya habíamos descubierto que Roy se inspiraba en todos esos artículos para escribir sus libros. La única información que usted añade es que se encontraba en el lugar donde ocurrieron cinco de esos dramas. Bueno. ¿Adónde nos conduce esto?

Monette abre unos ojos como platos.

—Pero ¿no le sorprende? Cinco veces testigo de muertes violentas...

—¡No sabemos si ha sido realmente testigo! Quizá llegó justo después de la tragedia...

—Bueno, antes, durante, después, ¿qué cambia eso? —insiste el periodista nervioso—. ¡Él estaba allí! ¡Cinco veces en veinte años! ¡Cinco! ¿No le parece... extraordinario?

Me enfurruño y no despego los ojos de la cerveza. Por fin, concedo:

—Es cierto que la casualidad es sorprendente.

—¡Casualidad! —repite el periodista riendo con sarcasmo—. ¡Su mala fe me contraría, doctor Lacasse! ¿Conoce a muchas personas que puedan presumir de haberse encontrado en el lugar de un drama mortal cinco veces en su vida? ¡Sobre todo cuando sabemos que Roy se gana su pan escribiendo historias de ese tipo! ¡Que se inspira en ello!

Levanto los brazos al cielo, exasperado:

—Pero ¿a dónde quiere llegar, Monette? ¡Sea claro, por Dios! Usted no piensa que sea una casualidad, ¿verdad? ¿Roy se las habría arreglado para asistir a estas tragedias? ¡Por favor, seamos serios!

Jeanne bebe un trago de zumo. Está impresionada con estas revelaciones, es evidente, pero consigue mantener la objetividad.

—Señor Monette, el doctor Lacasse tiene razón. Es cierto que todas esas coincidencias son extrañas, pero de ahí a imaginar que...

Ella no completa su idea y hace un gesto vago, desconcertado. El periodista se defiende.

—Yo no imagino nada. Nada en absoluto. Sólo les enumero los hechos.

Suelto un ruidoso suspiro. Bebo un trago de cerveza mientras echo un vistazo alrededor. Algunos clientes nos observan furtivamente. Tendré que ser más discreto si no quiero llamar la atención.

Monette se encoge de hombros, pero se ve que está muy satisfecho con el efecto de sus palabras.

—Yo sólo he pensado que todas esas... curiosidades podrían interesar a los doctores que tratan a Roy...

—¡Por eso no ha acudido a la policía! ¡Porque no tiene material para acusar a Roy!

—¡No he acudido a la policía porque no quiero acusar a Roy de nada! —se impacienta el periodista recalcando sus palabras—. ¡Sólo pretendo informarles de cosas reales! ¡Reales! ¡Tengo el cuaderno para probarlo, los testimonios de los periodistas, todo! ¡He descubierto dos puntos en común: la influencia de estos artículos en la obra de Roy y el hecho de que ha presenciado estas tragedias!

—¡Va un poco deprisa! ¡Sólo se encontraba en el lugar en cinco casos!

—Cinco que nosotros sepamos —precisa Monette.

Arrugo la frente, sin estar muy seguro de comprender con claridad. De repente, Jeanne abre mucho los ojos y murmura, estupefacta:

—Vamos, señor Monette, no creerá que...

Ahora consigo entenderlo. La indignación me golpea con tal fuerza que, a mi pesar, me levanto de un salto, como si el periodista tuviera una enfermedad contagiosa. Lo miro pasmado y suelto en un susurro:

—¡Está loco, Monette!

—Cuidado con lo que dice, doctor...

—¡Pero hay que estar loco para creer que Roy habría asistido a cada uno de los dramas! Porque es lo que usted cree, ¿verdad? ¡Que habría sido testigo de todos los sucesos! ¡Que se encontraba en el lugar todas las veces! ¡Las cuarenta y tres veces!

—Escúcheme... —protesta el periodista con suavidad.

—Pero, señor Monette —interviene Jeanne más tranquila—, usted ha dicho que conocía a nueve de los periodistas que habían escrito estos artículos. Les ha llamado y sólo dos le han confirmado que vieron a Roy en el lugar de los hechos...

—¿Y qué? ¡Tal vez los otros siete sencillamente no se fijaron! ¡Tal vez Roy ya no estaba cuando ellos llegaron!

—¡Está realmente loco!

—¡Escúcheme! —repite el periodista con autoridad—. ¡Siéntese! ¡Está llamando la atención!

Me siento a regañadientes. Monette se explica, muy serio de repente, mirándonos a los ojos.

—¡Sabemos que Roy ha sido testigo de cinco de esos dramas! Cinco. ¿Estamos de acuerdo? ¡Ya es mucho! ¡Pero imaginemos que yo soy Roy! Colecciono todos los artículos en los que me inspiro y los pego en un cuaderno. Este cuaderno es lo que los reúne, lo que demuestra que tienen un punto en común, un nexo. ¿Vale? Bueno. Ahora bien, además de inspirarme en estas tragedias, he presenciado, por casualidad, cinco de ellas. ¿Qué hago? ¿Qué sería lo normal que yo hiciese? ¿Que las dejara entre el resto de artículos, sencillamente pegadas, sin nada que las identifique?

Monette se calla un segundo, a la espera de nuestra reacción. Yo no digo nada y lo miro de frente, como si lo desafiara.

—No —continúa él—. No, los rodearía con un lápiz rojo, haría una pequeña marca en el margen o escribiría un signo en un lado, no sé, cualquier cosa, pero ¡los distinguiría del resto! ¡Porque estos cinco artículos tienen una particularidad! ¡No sólo me han servido de inspiración, como los otros, sino que, además, yo me encontraba en el lugar de los hechos cuando ocurrieron, al contrario de los otros! ¡Yo indicaría, de alguna manera, que estos cinco artículos tienen un segundo punto en común que los relaciona entre ellos y los distingue de los demás!

Señala los artículos que tiene delante de él.

—¡Pero aquí, nada! ¡Ni un signo, ni lápiz rojo, nada! ¡Estos cinco sucesos que Roy ha presenciado no parecen distinguirse en absoluto de los otros! ¿Por qué? ¡Precisamente porque no son diferentes de los demás! Lo que podría indicar...

—¡Eso no se sostiene!

—... que Roy ha sido testigo de todos esos sucesos...

—¡Su razonamiento es absurdo!

—... y si se encuentran todos en el mismo cuaderno, sin distinción, se debe a que ¡todos tienen esos dos puntos en común!

—¡Sólo es una suposición, Monette! —replico indignado—. ¡Usted habría marcado esos artículos con un signo distintivo, pero eso no quiere decir que Roy lo habría hecho!

—¡Habría sido lo lógico!

—¡En absoluto! ¡Roy era capaz de recordar los sucesos que había presenciado sin necesidad de rodearlos o subrayarlos! ¿Cómo puede insinuar que... que...?

—¡Paul, cálmate!

Ha sido Jeanne quien me lo ha suplicado. Me callo, un poco aturdido. Varios clientes me miran con aire reprobador. Incluso mi compañera se encuentra algo incómoda. En realidad, no es mi estilo comportarme así. Es la segunda vez que pierdo mi sangre fría por culpa de Monette. Y él, por increíble que parezca, está radiante. No le violenta ni lo más mínimo.

—¡Doctor Lacasse, le repito que no insinúo nada! ¡He comprobado una serie de hechos que, debe reconocerlo, son inquietantes! ¡A partir de ahí, se pueden imaginar muchas cosas! Incluso, se puede creer que se trata de la casualidad. Pero...

Su sonrisa se alarga y un destello de pura excitación cruza su mirada.

—Pero reconozca que todo esto es bastante insólito..., bastante increíble..., que hay motivos para pensar toda clase de cosas...

Consigo dominar mi indignación y, de repente, lo comprendo: ¡Monette se divierte! ¡Eso es! Ha hecho toda esta investigación, pero encuentra esta historia emocionante, ¡como un juego! ¡Este descubridor de cotilleos está a punto de escribir la historia más grande jamás publicada sobre una estrella!

¡Aunque no se da cuenta, no percibe la magnitud de lo que aventura! En última instancia, le resulta del todo indiferente que esto sea verdad o no. ¡Lo único importante es el potencial mediático de su historia!

Después de mirarle un buen rato en silencio, me levanto despacio y le apunto con un dedo tembloroso de rabia contenida. Mi voz es baja. Apenas la reconozco.

—No intente nunca... nunca ponerse en contacto conmigo.

No reacciona, sólo me mira a los ojos. Yo me doy la vuelta, a punto de marcharme, pero Monette me espeta, con una seguridad desarmante:

—No debería irse tan deprisa, doctor. Tengo cosas aún más increíbles que contarle... sobre ese último artículo, que parece ser el único que no ha servido de inspiración a Roy... Pero para saber más, deberá venir a mi casa...

Lo miro una última vez.

—Si piensa que voy a seguirlo hasta su casa, está aún más loco de lo que imaginaba.

Y, después de lanzar una mirada sombría a Jeanne, me marcho de la terraza con un andar erguido. Oigo que mi compañera me sigue y me llama:

—¡Paul! Paul, escúchame...

En la acera, me vuelvo y le indico con la mano que se detenga.

—Ni una palabra más, Jeanne... Podría ser muy... muy maleducado.

Ella entorna los ojos, aterrada. Le doy la espalda y continúo con paso rápido. Soy incapaz de hablar más. Estoy demasiado enfadado.

Contra ella. Y contra mí.

En casa, Hélène ya está arriba, leyendo en la habitación, imagino. Me sirvo un gran vaso de agua en la cocina y lo bebo de un trago. Esto me calma ligeramente.

Me lo he buscado. Cuando lo he reconocido en la terraza, debería haberme marchado en el acto. ¡Pero me he quedado, lo he escuchado y he perdido el tiempo! *Veni, vidi... stupidi!* ¡Espero que me sirva de lección!

Que Roy haya presenciado cinco de esas tragedias es bastante increíble, lo admito. La casualidad es impresionante. Pero cómo... cómo deducir que...

Con la espalda apoyada contra el fregadero, suelto entre dientes:

—¡Miserable y estúpido Monette!

¡Y Jeanne! ¡Ella no pierde nada por esperar!

Subo por fin a la habitación. Al ver que me desnudo con gestos bruscos, Hélène levanta la vista del libro y me pregunta sorprendida:

—¿Qué te pasa?

—Nada. Acabo de perder toda una noche.

Cojo un libro a mi vez y me deslizo entre las sábanas.

—¿Y eso?

—Nada importante.

Hélène no insiste y vuelve a su lectura, aunque yo percibo su decepción, la amargura de su silencio. Debería contárselo, lo sé, pero no me apetece.

Los dos leemos, sin decir una palabra.

La iglesia se alza ante ti. Es gris y amenazante. Los gemidos que salen de ella te dan escalofríos. Experimentas el gran sentimiento, la gran emoción del Horror.

El Mal está muy cerca.

Abres la puerta y entras. Está oscuro, pero, a lo lejos, distingues el altar; delante, hay alguien. Que espera.

Caminas. Mientras avanzas, adivinas presencias a los lados, entre los bancos. Algo se mueve. Algo gesticula. Y, sobre todo, algo sufre. Gemidos, gritos, ruidos inmundos. Como siempre, miras hacia delante, te niegas a volver los ojos hacia los bancos. Pero con el rabillo del ojo percibes pequeños detalles. Chorros rojos; miembros retorcidos; bocas abiertas, agonizantes; instrumentos que brillan...

Una vez, miraste. Sólo una vez. Y fue suficiente.

Sigues avanzando, en medio de estos gritos y estos espasmos de dolor. La silueta que está delante del altar se perfila con precisión. Es alguien alto. Delgado. Vestido de oscuro. Con alzacuellos. Por supuesto, sabes de quién se trata. Es el cura calvo. No distingues su rostro con claridad. Sólo divisas sus ojos verdes; clavados en ti, te miran con un brillo inquietante.

Y, a pesar de tu malestar, te acercas, rodeado de ese clamor. Avanzas bajo la mirada fulgurante del cura calvo.

Capítulo 5

Me siento furioso. Por suerte, estoy solo en el ascensor: debo de dar miedo. Como todos los martes, Jeanne me espera frente al mostrador de Jacqueline, pero no tengo ganas de verla. No tan pronto. Ha intentado ponerse en contacto conmigo este fin de semana, pero le dije a Hélène que no quería hablar con ella. Evidentemente, Hélène me preguntó la razón y yo le conté que Jeanne había permitido la intervención de un periodista en el caso Roy sin mi consentimiento. A mi mujer no le pareció tan grave como a mí y le repliqué que ella no podía entenderlo. A continuación, ella contestó que era difícil que lo comprendiera si yo no le explicaba nada. Y así seguimos hasta la discusión inevitable.

Demasiadas discusiones...

Salgo del ascensor y me dirijo al ala de psiquiatría. Me pongo tenso cuando veo a Jeanne delante del mostrador de la recepcionista. Ella me ve, pero no me lanza un alegre «¡buenos días!». Una expresión de malestar sustituye a su habitual sonrisa.

La obsequio con una mirada tan cálida como un iceberg; luego me encamino hacia la puerta.

—Paul, tenemos que hablar.

—Tienes razón, pero no tan pronto.

Jacqueline nos mira con curiosidad.

—Escucha —responde mi compañera con una voz donde se mezclan la incomodidad y la irritación—. Creo que...

—Ya te lo he dicho: no tan pronto, Jeanne.

Abro la puerta y me vuelvo hacia ella. Debe de ser la primera vez que me ve con una expresión tan hostil; entorna los ojos, intimidada.

—Después de comer, ven a mi consulta.

Asiente en silencio.

Entramos y nos separamos sin decir ni una palabra.

Son las dos menos cuarto. En mi consulta, hojeo el cuaderno de artículos de Roy. Hasta dentro de una hora, no veo a mi primer paciente externo. Eso me deja tiempo suficiente para echarle una buena reprimenda a Jeanne.

Los artículos desfilan bajo mis dedos. Reconozco los que Monette nos enseñó la otra tarde.

Testigo de cinco dramas mortales.

Tal vez más...

Muevo la cabeza. Aquí, un artículo habla de una mujer que ahogó a sus dos bebés en la piscina... Y allá, otro trata sobre el suicidio de un hombre en una casa abandonada, en plena noche... ¿Cómo podía encontrarse Roy en esos lugares?

¡Ridículo!

Cierro el cuaderno haciendo una mueca. En este momento, llaman a la puerta.

—Entra, Jeanne.

Me saluda con un breve «¡buenas tardes!», incómodo, mientras que se acerca a mi mesa. La visión de esta mujer encinta con su aire apenado hace que casi se aplaque mi cólera. Pero enseguida me recupero. ¡Nada de sensiblería! Durante un segundo, tengo la impresión de revivir la escena de la semana pasada, con Nathalie. Conflicto con Nathalie, conflicto con mi mujer, conflicto con Jeanne... Parece que últimamente tengo serios problemas en mis relaciones con las mujeres...

—¿Puedo sentarme? —pregunta.

No respondo. Se sienta y se pasa una mano nerviosa por su pelo corto.

—Paul...

La corto con una voz baja y seca:

—¿Quieres decirme en qué estabas pensando?

Y estalla la discusión. Por un lado, le digo que ha pisoteado la ética de la profesión y que nos ha hecho pasar por dos payasos... Por otro, Jeanne me responde que exagero, que no hemos dado ninguna información a Monette y que la ética de la profesión está a salvo... Cada uno esgrimimos nuestros argumentos, nos ponemos nerviosos, suspiramos. Un circo, vamos.

—¡Confiesa que hemos perdido el tiempo, Jeanne!

—No estoy tan segura...

La miro a los ojos. Ella precisa:

—Ahora sabemos que Roy presencié cinco de esas tragedias mortales...

—¿Y bien?

Estoy exasperado. Jeanne parece desorientada por mi reacción excesiva. Se explica:

—Pues que eso arroja luz sobre su crisis, ¿no? El hecho de que haya sido testigo de cinco dramas ha reforzado seguramente la culpabilidad que ya sentía.

Me callo porque su respuesta me ha pillado de improviso.

—¡Ah!, ¿ahí... ahí querías llegar? —balbuceo como un tonto.

Mi compañera parece sorprendida.

—Por supuesto. ¿Qué te crees? ¿Que comparto las hipótesis de Monette? Vamos, Paul, ¿por quién me tomas?

Asiento despacio. Se me ha pasado todo el enfado. Me siento un poco ridículo y me recuesto en el sillón.

—Lo siento, Jeanne... Creía que la admiradora había ganado a la psiquiatra...

—Deberías confiar un poco más en mí...

Pone cara de ofendida. No digo nada, incómodo. Es extraño, en cualquier caso. Al principio, yo debía reñir a Jeanne, pero ahora ella me reprocha mi actitud...

Carraspea; luego adopta un aire más conciliador. Jeanne no es rencorosa. Aunque sólo fuera por esto, ella vale más que yo.

—Entonces, ¿qué piensas? —me pregunta.

—¿De qué?

—¿De lo que acabo de decirte sobre la crisis de Roy?

Reflexiono.

—Sí..., sí, es coherente. Roy se inspira en esas tragedias y se siente culpable. Además, a lo largo del tiempo, asiste por casualidad a cinco de los dramas. Esto lo perturba y le lleva a convencerse de que él causa el mal... Sí, puede ser...

—¡Ves! —dice Jeanne triunfal, con unos ojos que brillan de nuevo—. ¡Al final, teníamos razones para encontrarnos con Monette!

Suspiro irritado. ¿Lo hace adrede o qué?

—Jeanne, aunque sepamos un poco más sobre esos artículos, ¿qué cambia eso? ¿Qué nos aporta en concreto?

Me mira con sorpresa, como si le hubiera preguntado con toda la seriedad del mundo cuánto es uno más uno.

—¡Pero..., pero, Paul, esto sirve... para entender al paciente! ¡Para entender lo que pasa por la cabeza de Roy!

—¡Entender al paciente! —exclamo con condescendencia.

Esta vez, ya no leo sorpresa en sus ojos, sino una amarga comprensión. Incluso creo percibir un ápice de desprecio, aunque espero equivocarme.

—Haces bien en jubilarte, Paul. Creo de verdad que es el momento...

No respondo. Estas duras palabras confirman lo que ya sabía. Sin embargo, me hieren terriblemente.

Nos miramos en silencio durante largos segundos cuando suena el interfono. Se oye la voz de mi secretaria.

—Al señor Michaud le gustaría verlo, doctor.

El agente de Roy. Vacilo, pero Jeanne me reta:

—¿Por qué no? Tal vez podría arrojar luz sobre este cuaderno... Quizá sepa cosas al respecto, sobre los dramas que Roy ha visto... No sólo era su agente, sino también su amigo.

Sus ojos brillan. Ella quiere saber. Casi ha olvidado nuestra disputa.

Cree de verdad en lo que hacemos.

Me vuelve el cansancio.

Roy. Mi último caso.

Pulso la tecla y respondo con una voz desprovista de entusiasmo:

—Hágalo pasar.

Vuelvo a mirar a Jeanne. En un tono neutro, le pregunto:

—Tú me reprochas algo, ¿verdad? ¿Crees que estoy equivocado, que no tengo corazón?

No dice nada, pero sostiene mi mirada. Continúo:

—¿Piensas que nunca he sido como tú? ¿Que nunca he tenido ilusión? ¿Que jamás he tenido fe?

Esta vez, arruga el ceño y desvía ligeramente los ojos, turbada. Miro su vientre. Su gran vientre donde palpita una vida futura. Su vientre lleno de esperanza.

¿Cómo guardarle rencor?

Llaman a la puerta. Entra Michaud, con el mismo aire nervioso de nuestro primer encuentro. Le presento a Jeanne y le indico el sillón situado a la izquierda de mi compañera.

—¿Alguna novedad sobre Thomas? —me pregunta sin preámbulos.

—Ninguna, señor Michaud, lo siento mucho.

Suspira haciendo un gesto exagerado y ridículo con los brazos.

—¡Es increíble! ¡Ingresó aquí el doce de mayo y estamos a veintisiete! ¿Qué han hecho con él durante estas dos semanas? ¿Cambiarle de ropa interior?

—No es tan sencillo, señor Michaud...

—De momento, probamos el Zoloft con él —tercia Jeanne.

—¿El qué?

—Un antidepresivo.

—¿Se supone que le va a sacar de su mutismo, ese Zuluf?

—Zoloft. Eso esperamos, pero aún no ha dado los resultados previstos. El jueves pasado aumentamos la dosis.

—¿Mucho?

—Una cosa moderada.

—Quizá no es suficiente...

Me recuesto en el sillón. Empiezo a estar harto de estos individuos histéricos que no saben nada de nuestro trabajo y pretenden decirnos cómo hacerlo... Jeanne conserva su tono meloso.

—Hay que ser prudentes, señor Michaud.

Por fin, el agente parece recordar que él no es psiquiatra. Se quita las gafas y las limpia, suspirando.

—Tiene razón, discúlpeme..., no sé por qué me meto, en realidad... Estoy un poco nervioso... Dentro de un mes, es el cumpleaños de Thomas...

—El veintidós de junio, en efecto —precisa Jeanne.

Michaud la mira con sorpresa.

—Usted es una auténtica seguidora...

Ella se sonroja ligeramente. El agente continúa:

—Cumple cuarenta años... Su editor y yo hemos preparado una gran fiesta... Espero que, para entonces, él..., en fin, que se encuentre mejor, ¿me comprende?

—No podemos prometer nada, señor Michaud.

Se pone las gafas, angustiado. Jeanne y yo nos miramos; luego saco el cuaderno del cajón de la mesa.

—Eche un vistazo a este cuaderno, señor Michaud. Lo encontramos en casa de Roy.

Intrigado, el agente coge el cuaderno y lo abre. Al cabo de unos minutos, lo comprende todo perfectamente. Impresionado, comenta:

—¡Vaya! Pero ¿a cuándo se remonta el primer artículo?

Va a la primera página del cuaderno. El primer artículo data de 1973.

—¡Desde el principio! —manifiesta—. ¡Se inspira en tragedias reales desde que publica sus relatos! ¡Algunos periodistas ya habían establecido ciertas conexiones, pero... nunca de una forma tan concreta!

—¿Y jamás le habló de este cuaderno?

—Jamás... Sabía que se había inspirado en ciertos acontecimientos, pero... Una vez se lo comenté. Me había dado cuenta de que se había inspirado en un suceso para una escena de una de sus novelas, no me acuerdo de cuál... Él me dijo: «Sí, tienes razón me he inspirado en eso... Es un poco desalmado, ¿eh, Pat? ¡Inspirarse en auténticos horrores para escribir historias que producen sensaciones fuertes!». ¡Enseguida, me apresuré a tranquilizarlo! ¡Todos los escritores lo hacían! Hugo, Zola, Balzac... ¡Todos se inspiraron en la realidad para escribir sus obras maestras! ¿Por qué él no?

Comparar la literatura cruenta y popular de Roy con las novelas sociales y realistas de

Balzac me parece de dudoso gusto, pero me abstengo de realizar ningún comentario. Jeanne debe de leerme el pensamiento porque gira la cabeza para disimular una sonrisa. Michaud vuelve al cuaderno y prosigue:

—¡Pero no sabía que se inspiraba tanto! ¡No de una forma tan sistemática!

Mueve la cabeza.

—Es cierto que incluso se inspiró en su propio accidente para una escena de *La última revelación*, su última novela...

—¿Qué accidente?

—Ya sabe, cuando perdió el ojo, el año pasado...

—Es cierto —continúa Jeanne—. En *La última revelación*, a uno de los personajes, un loco furioso le arrancan un ojo. El dolor se describe con tal realismo que es evidente que Roy se inspiró en su propio sufrimiento.

—Por supuesto, todos los medios de comunicación mencionaron la relación —confirma Michaud—. Algunos críticos incluso aclamaron el coraje de Tom por haber utilizado su propio dolor con un fin artístico...

Me controlo para no explotar. ¡Un fin artístico! ¡Lo que hay que oír! Por curiosidad, pregunto de todas maneras:

—¿Y cómo perdió el ojo en realidad?

Michaud mueve la cabeza afligido.

—En un accidente estúpido. Caminaba por la calle con un lápiz en la mano. Se cayó y se lo clavó en el ojo.

Enarco las cejas; de repente, me entran unas ganas locas de reír. En otro contexto, habría parecido un gag. Ya había oído en alguna parte que el horror y el humor son dos emociones muy similares. Y quizá no sea falso del todo... Por fin, consigo articular:

—Es... algo singular como accidente...

Michaud se encoge de hombros mientras sigue hojeando el cuaderno. De pronto, se detiene ante una página y su rostro se ilumina.

—Esta colisión en cadena, dentro del túnel... ¡Es verdad! ¡Tom estaba allí! ¡Incluso ayudó a los equipos de rescate! ¡Esto le inspiró un libro, ahora me acuerdo!

Jeanne aprovecha la ocasión.

—¿Y ha sido testigo de algún otro suceso de este tipo?

Michaud se dirige a mi compañera, perplejo.

—¿Qué quiere decir?

—Si habría podido presenciar otras tragedias de este cuaderno...

El agente la mira y es evidente que no comprende a dónde quiere llegar.

—Bueno..., bueno, en fin, no, creo que no... ¿Por qué se le ha ocurrido esa idea?

Jeanne me mira y nos entendemos al instante: es inútil revelar a Michaud lo que Monette nos ha contado. Me pongo en pie y, cortésmente, doy por concluida la conversación:

—Le tendremos al corriente, señor Michaud, no hay nada más que hacer.

Él se levanta, observa el cuaderno que tiene entre las manos y pregunta sin mucha esperanza:

—¿Puedo llevármelo a casa?

—Lo siento, pero no es posible. Quizá lo necesitemos, entiéndalo...

Asiente con la cabeza, un poco decepcionado. Después de despedirse, sale al fin, muy triste.

Me vuelvo hacia Jeanne.

—En realidad, no hemos descubierto nada nuevo. Roy nunca habló de este cuaderno a Michaud. Jamás le dijo que había presenciado cinco de estas tragedias. Se lo guardaba todo para él. Otro síntoma de depresión.

Ella asiente en silencio, decepcionada. Consulto el reloj.

—Bueno, discúlpame, pero mi primer paciente externo está a punto de llegar, así que...

—Entonces, ¿zanjada la discusión? —me pregunta con una sonrisa maliciosa—. ¿Me has perdonado?

La observo, con las manos cruzadas sobre la mesa. Soy incapaz de estar enfadado con ella durante mucho tiempo, absolutamente incapaz.

—No vuelvas a hacerme una cosa así, Jeanne. En serio.

—Lo juro —me lo promete.

Se levanta, duda y, luego, añade:

—Lo quieras o no, Paul, Monette nos ha dado algunas pistas. Al final, desvariaba, es cierto, pero nos ha contado un par de cosas interesantes...

Ordeno los papeles de mi mesa. Luego, con voz gruñona:

—Si te parece...

De repente, recuerdo un detalle.

—Cuando me marché del Maussade, ¿te quedaste con él?

—No, le dije que yo también había oído bastante...

—Me sorprende de ti. Porque él tenía más cosas que revelarnos... Sobre el último artículo del cuaderno, el único que no había inspirado a Roy...

Ella mueve la cabeza.

—No, no, ya había oído suficiente, de verdad...

—Eso me tranquiliza.

Se dirige hacia la puerta y, justo antes de salir, me dice con una voz infantil:

—¿Amigos?

—Por supuesto que sí —mascullo mientras vuelvo a mis papeles.

Ella me lanza un beso con la mano y sale.

Sigo ordenando mis cosas; luego veo el cuaderno de Roy. Lo cojo y lo hojeo pensativo.

Este último artículo que no ha inspirado a Roy...

Dudo. Mientras espero a que llegue mi paciente, ¿por qué no? Voy al final del cuaderno y leo rápidamente el artículo: dos punks se pelearon a navajazos, en mayo pasado, y los encontraron muertos en un callejón. Exactamente lo que nos contó Monette.

¿Por qué Roy utilizó todos los artículos excepto éste? ¿Por qué lo conservó?

Monette parecía saberlo...

Muevo la cabeza exasperado. Roy guardaba probablemente este artículo para una futura novela... Sin duda, la que estaba escribiendo cuando lo encontraron. Precisamente, le pedí a Josée que se informara al respecto... Tendría que saber cómo va con el tema.

Suena el interfono. La secretaria me anuncia que mi primer paciente ha llegado. Guardo el cuaderno en un cajón.

Antes de salir del hospital, sobre las cuatro y media de la tarde, decido pasarme por la habitación de Roy. Le pido a Lise, una enfermera, que me acompañe.

Roy está acostado en la cama, boca arriba. Cuando entramos, vuelve ligeramente la mirada hacia nosotros y nos observa unos instantes; por fin, me fijo en el ojo de cristal, que permanece inmóvil. Luego, sin expresión, se sume de nuevo en la contemplación del techo.

Me coloco delante de él y lo examino con atención.

—No tiene que sentirse culpable, señor Roy. Que se inspire en tragedias de la vida real no lo convierte en un malhechor. Aunque haya presenciado cinco de esos dramas, es una casualidad. Una simple casualidad. No tiene que castigarse por eso.

Después de unos segundos, Roy gira la cabeza despacio y posa su mirada en la mía. Siento que me recorre un largo escalofrío: por primera vez, tengo la impresión de que me ve de verdad. En su ojo bueno, titila un resplandor de emoción, pero es demasiado impreciso, furtivo y lejano. Me inclino hacia él y, con una voz baja y tranquila, le pregunto:

—¿Comprende lo que digo, señor Roy?

Su mirada, que sigue puesta en mí, oscila entre el vacío y la emoción; luego su cabeza recupera lentamente su posición inicial. Si ha habido algún destello en su ojo, ahora ha desaparecido.

Cuando salgo de la habitación, casi me doy de bruces con una paciente que estaba plantada delante de la puerta. Reconozco a la señora Chagnon. Me sorprende: ¿no tenía Louis la intención de darle el alta la semana pasada? Tal vez haya sufrido una recaída.

—Vaya, ¿aún está con nosotros, señora Chagnon?

En sus ojos, se ve ese miedo familiar que ella siente cuando está a punto de sufrir una crisis. La miro con cierta inquietud.

—¿Se encuentra bien, señora Chagnon?

No me responde. Mira hacia la habitación de Roy, cuya puerta aún está abierta.

—Thomas Roy está ahí dentro, ¿verdad? —me pregunta con su voz un poco ronca, esa voz extraña que nunca pone los acentos tónicos en su sitio.

Cierro la puerta, pero la señora Chagnon sigue mirando en esa dirección, como si esperara ver a través de la madera.

—Es él, ¿verdad?

Hago una seña a la enfermera para que nos deje solos y se retira.

—Sí, es él —digo mientras observo con atención a esta mujer menuda e inquieta—. ¿Lo conoce?

Parece que no me escucha, lo que es muy mala señal. Sigue con los ojos clavados en la

puerta y la boca apretada. Al final, suelta:

—No puede quedarse aquí.

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué?

Por fin, me mira. Sus ojos algo desorbitados y esa mirada llena de confusión contrastan curiosamente con sus cabellos grises recogidos con esmero en un moño; su vestido amarillo, demasiado grande, pero limpio y sus manos tranquilamente cruzadas por delante de su cuerpo.

—Está lleno de mal —dice a toda velocidad—. Lleno de mal.

Me meto las manos en los bolsillos y adopto un aire tranquilo, aunque en mi interior se encienden las luces de alarma. Temo que la paciente estalle de un momento a otro. En un tono cordial, pregunto:

—¿Lleno de mal? ¿Qué quiere decir, señora Chagnon?

Ella mira de nuevo la puerta, sin responder.

—¿Habla de sus libros? ¿Sus libros están llenos de mal?

—No lo sé. No leo.

Ahora parece más relajada, pero no quita los ojos de la puerta.

—Sabe de quién se trata... ¿Lo ha visto en la televisión?

—Sí, con frecuencia.

Monosilábica. La señora Chagnon nunca ha sido muy habladora. Su mirada permanece clavada en la puerta, sus manos se agitan.

—Lleno de mal —repite vagamente, como para sí misma.

Ladeo un poco la cabeza, en un intento de llamar su atención.

—¿Qué quiere decir?

Ninguna respuesta.

—¿Que sufre? ¿Que está lleno de dolor?

Me mira de nuevo con una expresión curiosa, como si yo le resultara estúpido. Es evidente que no voy por el buen camino. Insisto con paciencia, aunque siempre alerta.

—¿Qué quiere decir, señora Chagnon? Explíquemelo.

De repente, sin avisar, agarra el cuello de mi camisa con las dos manos, haciendo alarde de un vigor sorprendente. Sus ojos miran enloquecidos y, durante un instante de pavor, recuerdo una vieja escena, un antiguo pero terrible recuerdo... Cuando trabajaba en Léno, me atacó un loco furioso... Boisvert... La impresión es lo bastante potente para que yo permanezca paralizado de terror.

—¡Lleno de nada bueno! —escupe la señora Chagnon con la boca torcida de rabia—. ¡Lleno de maldad! ¡Lleno de mal!

Me pongo tenso, pero me obligo a relajarme. En el fondo, sólo se trata de una mujer menuda de cincuenta años. Nada que ver con el asesino psicópata que era Boisvert...

—¡Tiene que irse! ¡Lleno de mal! ¡Tiene que irse!

Levanto las manos a ambos lados del cuerpo para intentar apaciguarla.

—Cálmese, señora Chagnon. Vamos, cálmese.

Con el rabillo del ojo, veo que se acercan dos enfermeras dispuestas a intervenir, pero tranquilas. Si algo aprendemos todos aquí, es a permanecer siempre imperturbables. Siempre.

De repente, la señora Chagnon adopta una expresión curiosa, casi enfurruñada, y me suelta al fin. Pongo despacio las manos sobre sus hombros.

—Eso es. ¿Se encuentra mejor ahora? ¿Está más calmada?

—Tiene que irse.

Ahora su tono de voz es bajo.

—Ya veremos, señora Chagnon... Nosotros le ayudaremos y luego se marchará. Vaya a descansar un poco...

A continuación, hago una seña a las dos enfermeras, que están muy cerca de mí. Cogen suavemente a la señora Chagnon del brazo, sin brusquedad, y esperan con paciencia a que camine de motu proprio. La mujer permanece inmóvil un instante, con la cabeza dirigida de nuevo hacia la puerta; luego me lanza una curiosa mirada, donde se mezclan el miedo y la decepción. Por fin, empieza a andar y las dos enfermeras la acompañan con amabilidad a su habitación. Alcanzo a decirle:

—Confíe en nosotros, señora Chagnon, y descanse un poco.

A mi vez, observo la puerta de Roy.

«Lleno de mal».

Curiosa expresión.

Al final, me marchó.

Al día siguiente, doy una conferencia en la universidad, ante un centenar de estudiantes de psiquiatría. Se supone que debo alabar las virtudes y beneficios de mi profesión.

En mitad de la presentación, me callo de repente.

Delante de mí, no hay estudiantes. Sólo veo su ropa. Vacía. Una multitud de pantalones, camisas y chaquetas de lana, en posición sentada, sin nadie en su interior.

Interrumpo la conferencia alegando encontrarme mal.

Por la noche, le cuento el incidente a mi mujer. Estamos en el salón y ella me escucha en silencio.

—Sencillamente, me he dado cuenta de que no podía contarles nada, Hélène. Ya no creo en ello.

Doy una calada al cigarrillo y suspiro mientras expulso el humo.

—En verdad, es una buena idea que deje todo esto dentro de unos meses.

—¿En qué no crees ya, Paul? —me pregunta de pronto mi mujer.

—Pues... en mi trabajo.

—¿Es eso todo?

Permanece absolutamente impasible.

—¿Es en lo único en lo que ya no crees?

Aplasto el cigarro en el cenicero de arcilla, un recuerdo que nos trajimos de nuestro viaje a Guatemala, hace diez años.

Diez años...

Entrecruzo las manos, con los codos sobre las rodillas.

—No sé...

—Yo creo que sí lo sabes...

Me vuelvo hacia ella, desconcertado. Esta vez, algo triste flota en sus ojos. Triste y resignado.

—Hélène...

—Te quiero, Paul —se limita a decirme.

La miro. Abro la boca, pero no sale nada.

¿Por qué? Dios mío, ¿por qué no sale nada? ¿Por qué este vacío?

¡Este vacío, este maldito vacío!

Ella se levanta y, sin decir una palabra, sale del salón. Contemplo el cenicero, con las manos entrecruzadas.

Cierro los ojos.

Capítulo 6

Jueves. Hospital. Ronda de pacientes. Villeneuve: crisis de llanto. Simoneau: un poco mejor, ya no me toma por un agente a sueldo del gobierno enemigo. Julie Marchand: está convencida de que pronto va a rodar una película. Roy: nada. Rutina.

Estoy de un humor sombrío.

En la reunión interdisciplinaria, decidimos cambiar la medicación de Roy. Pasamos al Haldol, dos miligramos, tres veces al día. Nos presentan a la nueva ergoterapeuta, Manon Thibault. Al final, pregunto a Josée si ha podido conseguir lo que Roy estaba escribiendo cuando lo encontraron en su casa.

—Quería ocuparme de ello esta semana, pero la policía tiene el disquete.

—¿La policía? ¿Por qué razón?

—No lo sé. Hace dos días, los agentes volvieron a registrar la casa de Roy. Me dijeron que se iban a poner en contacto con usted para hablar de este tema.

Pero ¿la policía no había cerrado este caso? Me encojo de hombros. Ya veremos cuando me llamen...

Precisamente, un poco más tarde, la secretaria me anuncia que el sargento detective Goulet ha llamado. Le gustaría que me comunicase con él lo antes posible.

Marco el número escrito en el bloc de notas. Al cabo de un momento responde una voz indolente:

—Goulet.

—Buenos días, sargento, el doctor Lacasse al aparato.

—¡Ah, sí! Buenos días, doctor. No sé si se acuerda de mí...

—Sí, desde luego. Usted se encontraba en casa de Thomas Roy. ¿Cómo va todo?

—Tirando. ¿Y el señor Roy? ¿Ha recuperado el habla?

—Ni una palabra. No avanzamos.

—Vaya... Es una contrariedad...

Dudo. Me siento en una esquina de la mesa.

—Me han dicho que tiene el disquete del ordenador de Roy... ¿Vuelve a interesarse por el caso?

—No se trata de mí. Digamos que a unos investigadores les habría gustado tener el testimonio de Roy; yo sirvo de intermediario.

—¿Su testimonio? ¿Sobre qué?

—Ya sabe, esa espantosa matanza de la calle Sherbrooke...

Una especie de escalofrío desagradable me recorre todo el cuerpo. Sé lo que va a decir Goulet y, durante un segundo, me cuestiono con angustia sobre los límites de la casualidad. Como si quisiera convencerme a mí mismo, me sorprende:

—¡Pero Roy no tiene nada que ver con esa historia!

—Es un testigo —corrige Goulet—. Estaba allí cuando el policía mató a los once niños...

Observo a una pareja joven sentada en una mesa, no lejos de la nuestra. Rebosan juventud y se miran a los ojos continuamente. No paran de sonreír. De vez en cuando, se besan. Se susurran palabras tiernas. Están muy enamorados. Mucho.

Parecen creérselo...

—¿Estaba allí?

Mi mirada se vuelve hacia Jeanne. Me observa con una expresión sinceramente incrédula.

—¿Estaba allí? —repite más alto.

—Sí, estaba allí. Cuatro testigos pueden asegurarlo.

No hay mucha gente en la terraza del Maussade; hace un poco de fresco esta tarde. Sin embargo, Jeanne afirma que se asfixia de calor (¡ah, los antojos de las mujeres

embarazadas!) y ha insistido en que charlásemos fuera.

—Y no hables tan alto, por favor. No olvides que se trata de un caso profesional...

Enciendo un cigarrillo y sigo contándole la llamada de Goulet:

—La policía está interrogando a los testigos que presenciaron el tiroteo. Ya han tomado declaración a dieciséis...

—¡Dieciséis! —exclama mi compañera.

—Ocurrió en la esquina de Sherbrooke y Pie-IX, no lo olvides... Sin duda, habría más, pero sólo han localizado a dieciséis. Les han preguntado si observaron algo particular justo antes del tiroteo, un detalle que pudiera anunciar lo que iba a pasar... No notaron nada anormal, pero cuatro de ellos han afirmado que vieron a Thomas Roy justo antes de que se produjeran los disparos. Se acuerdan porque les pareció curioso encontrarse con una gran estrella en persona... Luego empezó el tiroteo...

—Pero ¿dónde estaba exactamente? ¿Qué hacía?

—Tres de los cuatro testigos coinciden en afirmar que se encontraba en la acera oeste de Pie-IX, al otro lado de la entrada del jardín botánico. No caminaba, permanecía inmóvil y miraba hacia el jardín, mientras los niños se colocaban en fila para entrar. El cuarto testigo dice lo mismo, aunque no ha podido concretar hacia dónde miraba Roy...

Jeanne se encoge de hombros.

—¡No me sorprende que estuviera inmóvil! ¡Durante el tiroteo, todo el mundo debía de estar petrificado!

—Me has entendido mal, Jeanne. Él se encontraba en esa posición justo antes del tiroteo. Inmóvil en la acera. Dos testigos han declarado que se le notaba nervioso. Otro ha dicho que parecía buscar algo en dirección al jardín. El cuarto no ha comentado su expresión.

Sonríe.

—Hay que ver en los detalles que se fijan algunas personas cuando reconocen a un personaje famoso...

—Hay contradicciones en sus testimonios, ¿no?

—En realidad, no. Diferentes percepciones, tal vez, pero los cuatro coinciden en señalar que Roy estaba allí, delante del jardín botánico, al otro lado de Pie-IX y que no se movía...

Jeanne hace girar su vaso entre las palmas de las manos, pensativa.

—Y durante el tiroteo, ¿qué hacía?

—¡Nadie se fijó, por supuesto! Como acabas de decir, la matanza captó toda la atención. En cualquier caso, cuando los policías llegaron y tomaron los nombres de los testigos que se encontraban en el lugar, Roy ya no estaba allí. Sin duda, no fue el único que se marchó.

—¿Y qué cree la policía?

—Si los testigos están en lo cierto, Roy miraba desde el otro lado de la calle, en dirección al jardín, más o menos en el momento en que Archambeault, el asesino, llegó. Se cree que Roy habría visto a Archambeault sacar el fusil o hacer un gesto extraño, lo que explicaría su aspecto nervioso...

—Sólo dos testigos de cuatro han dicho que tenía ese aspecto...

—Lo sé, Jeanne. La policía emite una hipótesis, nada más. Goulet ha resumido los hechos así: Roy vio la matanza y se marchó antes que los policías llegaran... y, unas nueve horas después, se corta los dedos e intenta suicidarse.

Miro a Jeanne con intensidad. Ella deja de mover el vaso que tiene entre las manos.

—¿No pensará la policía que Roy tiene algo que ver con la masacre?

—Como Goulet me ha dicho, las masacres de ese tipo se realizan casi siempre en solitario, sin cómplices. Hay muchos ejemplos que lo demuestran. Eso no impide que la actitud de Roy justo antes de la matanza intrigue a la policía. Y su intento de suicidio, unas horas más tarde... Esta casualidad resulta curiosa.

Jeanne bebe un trago de zumo, pensativa. Yo doy una larga calada al cigarrillo y observo de nuevo a la pareja de enamorados. Siempre en la misma posición. Siempre los ojos en los ojos. Siempre confiados. De repente, me siento triste. ¿Cuándo fue la última vez que Hélène y yo salimos así, como enamorados? ¿Cuánto tiempo hace que no miro a los ojos de mi mujer para perderme en la felicidad que su mirada me propone?

¿Cuándo me lo he creído por última vez?

Pongo de nuevo mi atención en Jeanne. Ella señala con el dedo mi vaso, lleno en sus tres cuartas partes.

—¿Esperas a que las bacterias se desarrollen en su interior?

—No tengo mucha sed...

Después de un corto silencio, pregunta:

—¿Y bien?

—Pues Goulet me ha dicho que han reabierto el expediente de Roy. Al menos, a dos detectives les gustaría hacerle algunas preguntas sobre el caso Archambeault. Así que esperan que sepamos sacarlo de la catatonia lo antes posible.

Al final, bebo un trago de mi vaso.

—La policía también ha impreso lo que Roy estaba escribiendo aquella noche...

Los ojos de Jeanne brillan.

—¿Y qué es?

—Evidentemente, el comienzo de una novela.

—¿De qué trata?

—Adivina.

Mi compañera mueve la cabeza en gesto de asentimiento, con cara de haberlo entendido:

—La historia de un policía que quiere matar a unos niños, supongo...

—Exactamente. Aunque hay algunas diferencias: no ocurre en Montreal y parece que el policía va a matar a los niños en el patio del colegio en vez de en plena calle... Pero es evidente que está inspirado en la matanza de la calle Sherbrooke. Esto ha dejado impresionado a Goulet. Entonces le he explicado nuestra hipótesis sobre el caso Roy.

—¿Y qué piensa él?

—Le parece coherente. Dice que nosotros somos los especialistas, así que... Aunque, como él no debe dejar nada a la casualidad, el testimonio de Roy sería importante.

Jeanne bebe de su zumo. Esta tarde es de naranja.

—¿Te das cuenta, Paul, que ya son seis dramas mortales los que ha presenciado Roy?

—He pensado en ello y, en el momento, me ha extrañado, lo confieso... Pero después de reflexionar, creo que esto refuerza nuestra hipótesis.

—¿De verdad?

—Por supuesto. Roy no quería seguir escribiendo porque se sentía culpable de inspirarse en la realidad, ¿no? Vale. Fue capaz de reprimirse durante unos diez meses... Sin embargo, por casualidad, hace poco menos de tres semanas, presencia la matanza de la calle Sherbrooke. Esto le inspira a su pesar y vuelve a escribir. La culpabilidad se reproduce... y ya sabemos la continuación.

Aplasto el cigarrillo y concluyo:

—Precisamente, esta serie de increíbles casualidades provocó la crisis de Roy, que acabó por convencerse de que él causaba el daño... El último suceso fue la gota que colmó el vaso...

Jeanne, atenta, parece estar de acuerdo conmigo, aunque percibo cierta perplejidad en su expresión.

—De todas maneras, Paul, seis veces... ¡Seis! ¿No te resultan esas casualidades... desconcertantes?

Sonrío con ironía.

—¿Hasta el punto de creer las elucubraciones de Monette?

—¡No! —responde mi colega con un gesto irritado—. ¡Por supuesto que no! Sólo que...

Tiene un tic, exasperada por su propia reacción.

—¡Mierda, debo de ser demasiado impresionable!

Asiento en silencio, satisfecho de que se haya dado cuenta. De repente, me encuentro muy cansado. Vuelvo la cabeza hacia la joven pareja de tortolitos. Una vez más, me quedo mirándolos.

¿Cómo pueden creer...? ¿Cómo?

Murmuro algo.

—¿Qué? —pregunta mi compañera.

Regreso a la tierra. Mi voz ha perdido gas, como la cerveza que no consigo acabarme.

—Estoy cansado... Creo que me voy a casa...

—Hablamos de otras cosas, si quieres...

—No, no es eso. He tenido una jornada cargada de trabajo.

Jeanne lo comprende. Me levanto, con la espalda dolorida. ¿Tan viejo estoy? Se ha hecho completamente de noche, las discretas luces de la terraza difunden una luminosidad rojiza.

—No vuelvas muy tarde, si no, llamaré a Marc para decirle que te ligas a todos los tíos del bar...

—No lo dudes... ¡Con mi barriga, voy a tener un éxito arrollador!

Nos damos un beso y me alejo. Siento unas ganas repentinas de echar una última mirada a la pareja de enamorados. La pareja de creyentes.

Pero resisto la tentación.

Capítulo 7

Aún no me he terminado los huevos del desayuno cuando me llama Goulet.

—Buenos días, doctor Lacasse. Espero no haberle despertado.

Me apoyo contra la pared mientras suelta una risa sarcástica.

—En absoluto, pero desconfío de sus llamadas telefónicas, sargento... ¿Qué me va a comunicar hoy? ¿Qué Roy se encontraba en Dallas en 1963?

—No, no es nada impactante, no se preocupe. Le llamo para pedirle un favor. Tenemos intención de interrogar a Archambeault para ver si sabe algo sobre Roy...

Me sorprende.

—¿Cree que Archambeault y Roy organizaron juntos la masacre?

—Honestamente, no. Además, su explicación de ayer sobre las posibles causas de la crisis de Roy me parece satisfactoria. Pero también le dije que había que comprobarlo todo: es nuestro trabajo.

—Lo comprendo.

—Y eso me lleva al motivo de mi llamada. El sargento detective Bélair, que se ocupa del caso Archambeault, desea interrogarle hoy mismo. He pensado que usted podría acompañarlo.

Aunque estoy solo en el salón, abro unos ojos como platos. Debo de parecer un personaje de cómic.

—¿Cómo?

—Me parece que, para interrogar a un loco furioso, la presencia de un psiquiatra no está de más. Desde luego, podríamos elegir a otro, pero como usted se ocupa del caso Roy...

—Ese interrogatorio, ¿dónde tendrá lugar?

—Pues... en el Léno, donde está internado Archambeault...

Cierro los ojos y me paso un dedo por la frente. De pronto, lamento haber cogido el teléfono.

—Oiga... ¿Es realmente necesario que sea yo?

Goulet parece un poco desconcertado.

—Eh... No, desde luego que no, sólo que... Pensé que le interesaría... Como usted se ocupa del caso de Roy y es posible que esté implicado en el asunto Archambeault... Poco probable, pero posible... Esto hace que... Me parecía una buena ocasión para usted de...

Se calla, un poco perplejo por mi falta de entusiasmo. Tiene razón. Esta oferta debería interesarme, aunque sólo fuera por motivos profesionales.

Pero en el Léno... Enfrentarme de nuevo a un...

Veinticinco largos años concentrados en un terrible instante.

Suspiro lo más silenciosamente posible.

—Por supuesto... Tiene usted toda la razón.

Me cita con Bélair por la tarde y cuelgo. Hélène se acerca para preguntar quién era.

—El sargento detective Goulet...

—¿Qué sucede? Estás muy pálido...

Sonríó para tranquilizarla, pero mi sonrisa debe de ser tan alegre como un coche fúnebre.

—Vuelvo al Léno, Hélène...

De golpe y porrazo, me duele el estómago. Sin embargo, el trayecto se ha desarrollado bastante bien. Bélair, un tipo fortachón de gesto adusto, me ha dado las gracias por acompañarlo. Según él, no tendría que intervenir, salvo si lo estimo necesario. Esto me ha dejado satisfecho. Hasta me ha tranquilizado. Así que he visto desfilar con cierta serenidad el bulevar Henri-Bourassa por la ventanilla del coche. Incluso, cuando han desaparecido las últimas casas, me sentía relativamente bien. Pero en cuanto el instituto ha aparecido entre

los árboles, el dolor de estómago se ha manifestado con una sádica punzada.

Nos paramos delante de la garita. El guardia sale y nos pregunta. Al Léno no vuelve quien quiere. El policía se presenta y enseña su carnet. Por fin, la barrera que está delante de nosotros se levanta despacio y circulamos en dirección al aparcamiento.

Este trayecto, este ritual de llegada, lo he realizado tantas veces...

Salimos del coche y Bélair, a pesar de su aspecto de mastodonte que está curado de espanto, muestra signos de nerviosismo mientras observa el edificio.

—Nunca he pisado un manicomio...

Manicomio. Este arcaísmo me divertiría si no me doliera el estómago.

—Todo irá bien, ya verá...

Me mira. El tono verdoso de mi rostro no le resulta tranquilizador.

—No parece muy seguro...

Me río sin alegría.

—Para usted, todo irá bien. Aparte de Archambeault y de un par de médicos, no veremos a nadie. Nos van a conducir directamente al locutorio.

Añado en voz baja:

—Para mí, será un poco más duro...

—¿Por qué?

Con un gesto le indico que no es importante y caminamos hacia la puerta de entrada. Nos rodea un silencio total y soy incapaz de quitar los ojos de la puerta que se acerca. Cada paso, me hace retroceder en el tiempo. De repente, los recuerdos que me esfuerzo por olvidar desde hace años surgen dentro de mí, los recuerdos que nacen de mi dolor de estómago y que alimentan mi sufrimiento.

Se llamaba Jocelyn Boisvert. Estaba ingresado en el Léno por haber matado a su mujer con sus propias manos. Le había abierto el vientre con las uñas. Cuando la policía lo descubrió, se encontraba metiendo en la boca abierta del cadáver todos los órganos que podía extirpar del cuerpo. Aquel día en el Léno —una mañana de primavera, me acuerdo bien—, Boisvert había conseguido salir de su habitación en el momento en que yo atravesaba el pasillo. Algunos pacientes tienen derecho a pasear por ciertas zonas, pero Boisvert sólo podía abandonar su cuarto bajo estrecha vigilancia. Sigo sin saber, a día de hoy, cómo salió, aunque, de todas maneras, no tiene ninguna importancia.

Se abalanzó sobre mí. Era alto, fuerte y pesado. Caí de espaldas. Se me sentó encima y me inmovilizó contra el suelo. Luego acercó su cara demente a la mía. Recuerdo hasta los más mínimos detalles. Recuerdo que tenía pelos grises en la barba. Recuerdo que poseía una pequeña cicatriz blanca en el puente de la nariz. Recuerdo que su aliento olía a café. Recuerdo que me dijo que iba a morir.

—¡Míreme! —vociferó con una voz ronca, como si unos guijarros entrechocaran en su garganta—. ¡Míreme a los ojos!

Jadeante, le obedecí, incapaz de gritar, pues el miedo me privaba de toda voluntad.

—¿Qué ve usted? —me gritó en plena cara.

Yo oía un corazón latir a toda velocidad. Aún hoy ignoro si era el suyo o el mío.

—¿Qué ve usted?

Locura, desde luego. Odio. Pero, sobre todo, desesperación. Una inmensa, inconmensurable e inhumana desesperación. Una desesperación que inundaba literalmente sus pupilas.

Aunque había algo más en esa mirada imposible.

Algo peor que no lograba identificar...

Y el miedo paralizaba mi lengua.

De repente, Boisvert dirigió los pulgares hacia su rostro. Durante una fracción de segundo, aún vi la desesperación en su mirada, así como ese brillo indefinible; luego se metió los dos dedos en las órbitas, hasta el fondo.

En ese momento, pude gritar por fin. Sin embargo, mi grito se transformó enseguida en un horrible gargarismo, porque mi boca estaba llena de sangre, de la sangre que salía a borbotones de los ojos reventados de Boisvert. Habría querido volver la cabeza, pero el demente, que se había sacado los pulgares de los ojos, agarró mi cabeza con ambas manos y la mantenía inmóvil, bien derecha. Como un Edipo de pesadilla, se inclinaba sobre mí y, mientras sus órbitas reventadas continuaban vaciándose sobre mi rostro, él gritaba como un animal, gritaba palabras que me atormentaron por las noches durante semanas:

—¡Lo veo! ¡Lo veo! ¡Lo veo!

Al final, dos enfermeros lo agarraron por los hombros y consiguieron tirarlo hacia atrás.

Sin embargo, yo seguía oyendo alaridos. Los míos. Mis gritos, que ya no podía silenciar.

En el informe oficial, yo era el segundo o el tercer médico que había sufrido una agresión por parte de un enfermo desde la apertura del instituto. Una auténtica mala suerte.

Me quedé dos semanas en casa. Durante la convalecencia, me enteré de que Boisvert había muerto a consecuencia de las heridas.

Un mes más tarde, conseguí el traslado al Hospital Sainte-Croix. Desde aquel día, no volví a pisar el Léno.

Mi dolor de estómago empeora.

En el interior, nada ha cambiado. La misma recepción acristalada, con varios agentes de «seguridad estática» detrás. La misma antecámara con dos puertas —es preciso asegurarse de que la primera está bien cerrada antes de abrir la segunda—, que debemos atravesar. Al otro lado, el médico que nos espera es un viejo conocido: Joseph Lucas. Siempre le gustó su trabajo en el Léno y mi marcha lo entristeció mucho.

Cuando nos ve, abre unos ojos como platos. O, más bien, cuando me ve.

—¡Paul! ¡Eh, viejo amigo, ha pasado un siglo!

—No tanto...

Le explico la razón de mi presencia. El policía se presenta. La charla de rigor. Mi estómago sigue en pleno caos. Aunque no nos encontramos en la zona de los pacientes, no puedo evitar mirar alrededor de mí.

—Vamos al locutorio —anuncia Lucas—. Allí veréis al señor Archambeault.

Por el camino, Bélair, que parece haber recuperado su aplomo, pregunta a Lucas:

—¿Habla mucho Archambeault?

—En realidad, no. ¿Estás al corriente de la historia, Paul?

—Como todo el mundo, pero no conozco los pormenores. Cada vez que un artículo del periódico entraba en detalles, yo pasaba la página...

Me lo explican. Como cada mañana, Archambeault empezó su patrulla sobre las nueve, junto con su compañero Boisclair. Por la tarde, los agentes detuvieron un vehículo por exceso de velocidad en la calle Sherbrooke, a menos de cincuenta metros de Pie-IX. Boisclair salió para ir a pedir la documentación al conductor. El agente ha explicado que, en un momento dado, mientras hablaba con el conductor, oyó unos disparos. Tardó unos segundos en darse cuenta de que era su compañero el que disparaba a los niños, en la esquina de Sherbrooke y Pie-IX. Entonces se abalanzó sobre su colega, horrorizado y estupefacto. Y, mientras el policía que se había vuelto loco cargaba una de sus dos armas, Boisclair le disparó una bala en la pierna. Archambeault cayó al suelo y Boisclair estuvo apuntándole con la pistola hasta que llegó la otra patrulla, poco tiempo después.

—Hasta aquel día, Archambeault era normal: un tipo con sentido del humor, sano...

—¿Y Archambeault no da ninguna explicación de su conducta?

—No. Su mujer se encuentra en estado postraumático. Ella nos asegura que todo iba bien. Su marido no tenía ningún problema, nada que pudiera presagiar semejante drama. Él es padre de dos niños pequeños. Todo su entorno comenta que era un padre perfecto, un marido cariñoso... Reina una incredulidad total.

Bélair mueve la cabeza, desconcertado. Lo comprendo. Le debe de parecer inconcebible e indignante que un compañero haya actuado así. Me pregunto si podrá llevar el interrogatorio hasta el final.

—Y tú, Joseph, ¿qué piensas? —le digo a mi antiguo compañero.

—Tiene el perfil de una persona equilibrada, en efecto. Su pasado no encierra ningún signo latente de crisis, ni siquiera ínfimo. Es bastante inquietante.

—Pero no es un caso único —digo con gesto de evidencia.

—No, desde luego. Inquietante, pero no único.

—Y, desde que está aquí, ¿cómo se encuentra?

—Tranquilo como un niño. Tanto que pensamos trasladarlo a un centro de reclusión convencional hasta que se celebre el juicio.

Llegamos a una puerta cerrada. El locutorio.

—Os dejo —anuncia Lucas—. Paul conoce el lugar.

Nos damos la mano y se aleja. Bélair me interroga con la mirada.

Me había jurado que no vería nunca más a un «individuo peligroso» en toda mi vida.

Y estoy a punto de encontrarme con uno. Uno de los de verdad.

—Será la última vez, la última, en serio —digo en un murmullo.

—¿Perdón?

—Nada.

Abro la puerta y entramos.

El locutorio parece un pequeño comedor de colegio, lo que resulta más tranquilizador para los visitantes. Está amueblado con varias mesas, rodeadas de bancos. En un rincón, hay incluso máquinas de refrescos y de aperitivos. En uno de los lados, se encuentran unos ventanales que dan a un patio interior y que dejan pasar ampliamente la luz del día. En resumen, un sitio normal, donde se espera ver a alumnos en lugar de a psicópatas.

Guío a Bélair hasta una de las mesas bajas y nos instalamos en un banco, uno al lado del otro. El policía mira alrededor, como si buscara algo.

—No debería tardar —le digo.

Bélair saca del bolsillo de la camisa un bolígrafo y un bloc de notas, y se pone a hacer garabatos, nervioso. Yo contemplo la puerta, al fondo de la habitación. No por la que hemos entrado nosotros. Otra. La que comunica con el otro mundo.

Por fin, se abre y aguanto la respiración.

Entra Archambeault, escoltado por dos guardias armados. Va vestido con un pantalón de algodón negro y una camisa blanca. Limpio. Peinado y afeitado. Es idéntico a las fotos de los periódicos: cara redonda, ojos pequeños y marrones, mentón con hoyuelo, nariz chata... Un tipo corriente. Excepto que en las fotos sonreía. Aquí, todo lo contrario. Las fotos fueron tomadas cuando él formaba parte de otra vida...

Lleva esposas en las muñecas y en los tobillos, lo que le obliga a caminar con pasos cortos. Cojea ligeramente, y eso me recuerda que su compañero tuvo que dispararle una bala en la pierna.

Se detiene delante de la mesa. Nos mira con aire impasible y se sienta enfrente de nosotros. Los dos guardias se instalan en otra mesa, un poco más lejos. Bélair hace un ligero movimiento de retroceso, pero Archambeault no mira al policía. Me observa a mí. Intensamente. Examino sus ojos. Indiferentes. Cansados. Tal vez, un poco tristes. Tal vez.

Además, percibo en su mirada ese reflejo impreciso, esa sombra misteriosa con la que me he enfrentado algunas veces en veinticinco años y que nunca he conseguido definir ni comprender.

También la vi en los ojos de Boisvert justo antes de que se los reventara.

«¿Qué ve usted?».

Ahuyento este horrible recuerdo de la mente y presto atención a Archambeault, sentado frente a mí.

Este hombre ha matado a sangre fría a once niños.

Mi estómago se contrae con más fuerza. En silencio, respiro profundamente varias veces. Me calmo.

Bélair carraspea. Cuando empieza a hablar, su voz es un poco más aguda de lo que debería, pero, después de todo, se defiende muy bien. Aunque hay algo en su tono, una emoción discreta, que aún no logro identificar.

—Señor Archambeault, soy el sargento detective Bélair. Me ocupo de la investigación. Le presento al doctor Paul Lacasse, psiquiatra. Está aquí para ayudarme.

Archambeault sigue concentrado en mí y no ha mirado a Bélair ni un solo instante.

—Estaba seguro de que no era policía —dice.

En el cine, los psicópatas internados siempre tienen una voz dulce, inteligente, tranquila y educada. La voz de Archambeault no es nada de eso. Resulta más bien lánguida, un poco campesina y ligeramente nasal. Pero tranquila, sí. Muy tranquila.

—¿Y eso por qué?

Sonríe. En un bar, parecería un tipo simpático. Con esta sonrisa, se habrá granjeado muchos amigos, habrá tranquilizado a los criminales que detenía. Es la misma sonrisa de las fotos de los periódicos. Sin embargo, hoy sólo es una apariencia. Un reflejo social. Un mecanismo vacío. Sonríe sin sonreír.

—He sido policía durante diez años. Entre nosotros, nos reconocemos.

A mi vez, esbozo una sonrisa educada. Aunque, al mismo tiempo, lo imagino apuntando con sus dos revólveres hacia los niños. Cuando se ha tratado con estos pacientes durante cierto tiempo, nuestras reacciones frente a ellos resultan complejas. Ya no podemos limitarnos a sentir sencillamente aprensión u odio, como todo el mundo. También experimentamos curiosidad... y fascinación. Esto es lo que más me repugna. Que el horror fascina. Y ya no quiero que este sentimiento me fascine. Lo comprendí cuando Boisvert vació el contenido de sus ojos sobre mi rostro.

Hoy, delante de Archambeault, a quien no comprendo y a quien nadie comprenderá jamás, vuelvo a sentir fascinación, a mi pesar. Como un viejo reflejo que se ha limitado a

dormir durante años, cuando yo creía haberlo aniquilado para siempre. Una fascinación repugnante.

—Señor Archambeault, tengo que hacerle algunas preguntas —interviene Bélair.

Mi acompañante no está fascinado. Por fin, capto cuál es el sentimiento que el sargento intenta ocultar desde la entrada de Archambeault. El odio. El simple y humano odio. Aunque es inútil y caduco, envidio este sentimiento que me permitiría desligarme por completo de Archambeault.

El asesino mira por fin al sargento. Bélair, de repente turbado por esta mirada, se inclina sobre su bloc y empieza a escribir mientras pregunta:

—¿Conoce usted a Thomas Roy?

La pregunta es directa. El sargento espera provocar alguna reacción en Archambeault. Pero éste se limita a fruncir ligeramente el ceño. Sólo duda un segundo.

—Sabe que él estaba allí cuando maté a los niños, ¿verdad?

La frialdad con la que ha evocado la masacre... Si la respuesta ha pillado a Bélair de improviso, no lo aparenta:

—Puede ser... ¿Estaba?

—Sabe muy bien que sí, en caso contrario, no lo habría mencionado...

—¿Lo conocía?

—Por su fama, como todo el mundo.

—¿Personalmente?

—No.

Ninguna vacilación en este «no». Categórico y seguro. Bélair levanta la nariz de su bloc, glacial.

—Entonces, ¿qué hacía él allí?

—Ni idea.

—¿Pasaba por casualidad?

Esta vez, Archambeault no responde. Sus manos esposadas se cruzan sobre la mesa y sostiene la mirada de su interlocutor, impassible. Los dos guardias, sentados un poco más lejos, se desinteresan de nuestra conversación por completo.

Bélair adelanta la cabeza. Ha recuperado la seguridad, ya no siente miedo. Sólo le queda el odio, que no consigue controlar del todo.

—Archambeault, si Roy está metido en este asunto, no hay razón para que usted sea el único que pague por ello...

Para mi sorpresa, el asesino suelta una risa nasal, francamente divertida y, al mismo tiempo, desprovista de alegría.

—Pero ¿qué me está contando? ¿Piensa que Roy y yo hemos organizado la matanza juntos?

Bélair no se deja desconcertar.

—Pero sabía que él estaba allí, lo ha dicho usted mismo...

—Sí, lo vi.

—¿En qué momento?

Archambeault levanta la mano derecha para rascarse la mejilla; la izquierda sigue la misma trayectoria, unida por las esposas.

—Justo antes de realizar el primer disparo. Cuando levanté el arma para disparar, lo vi al otro lado de la calle. Lo reconocí y me puse a pegar tiros.

—¿Eso es todo?

—Es todo.

Un corto silencio. Bélair estudia al asesino, que sostiene su mirada con la misma indiferencia.

—¿Era la primera vez en su vida que lo veía?

—En persona, sí.

—¿Nunca había hablado con él?

—No.

—Entonces, estaba allí por casualidad, ¿no?

De nuevo, Archambeault no responde a esta cuestión. Este detalle me intriga.

—Le he hecho una pregunta, señor Archambeault...

—¿Por qué piensa que Roy tiene algo que ver con esto? —pregunta el ex policía.

Bélair vacila y me mira con aire interrogativo. Comprendo a dónde quiere ir a parar y, después de una corta reflexión, decido que podemos contárselo. Entonces empiezo:

—El día de la matanza, por la noche, encontraron a Thomas Roy en su casa, atravesado

en la ventana...

Le cuento brevemente el estado del escritor. Es curioso, pero hablar me hace bien y, aunque el dolor de estómago sigue ahí, ahora resulta soportable. Archambeault me escucha con atención. No llegaré a afirmar que mi relato le apasiona, pero su máscara impasible se tiñe de una ligera curiosidad. Al final, reflexiona unos instantes y pregunta:

—Cuando lo encontraron, ¿había empezado una novela que narraba mi historia?

—No exactamente su historia, pero se parece mucho. Se trata de un policía que se prepara para matar a unos niños, según me han dicho...

—Pero yo no preparé nada. Fue un arrebato, eso es todo.

Esta sangre fría, esta terrible sangre fría...

—Poco importa: el señor Roy asistió a la escena y eso le habría... inspirado.

—A menos que entre los dos prepararan la matanza —añade Bélair.

El ex policía lo mira, incrédulo.

—Si hay que ser claro, lo seré: Thomas Roy y yo no nos conocemos. No hemos preparado nada juntos y nunca en mi vida lo había visto antes de aquel día. ¿De acuerdo?

—Entonces, ¿usted insiste en que él estaba allí por casualidad? —se empeña en preguntar Bélair.

Silencio de Archambeault. Este silencio obstinado frente a esta cuestión me inquieta cada vez más. Le interrogo con más amabilidad que Bélair:

—Señor Archambeault, ¿piensa que Thomas Roy estaba allí por casualidad?

Me había jurado no intervenir directamente, pero qué se le va a hacer... Archambeault duda. Por primera vez, parece atormentado. Examina sus manos unos instantes, se humedece los labios...

Y yo aguardo. Tan nervioso como un paciente que espera un diagnóstico importante del médico. Con todo mi corazón, con toda mi alma, deseo que responda «sí». ¡Por supuesto que va a responder «sí»! ¿Qué otra cosa podría contestar? ¿Acaso necesito la respuesta de este maniaco para convencerme de la inutilidad de este encuentro?

Archambeault contesta al fin:

—No.

Una descarga eléctrica me recorre la columna vertebral. Bélair levanta el bolígrafo, dispuesto a escribir. El dolor de estómago aumenta un grado. Estupefacto, no se me ocurre nada que replicar. El sargento toma el relevo:

—Entonces, ¿qué hacía él allí?

Archambeault se vuelve hacia Bélair y reflexiona, como si él mismo se hiciera esa pregunta. Al final, explica con voz neutra:

—Aquel día, todo iba bien. Me sentía animado, tenía ganas de ver a mi mujer y a mis hijos después del trabajo. Cuando Boisclair salió del coche para pedir los papeles del tipo que acabábamos de parar, esperé tranquilo dentro del vehículo. Luego vi a los niños que se ponían en fila delante del jardín botánico. A continuación, me dije: mátalos.

Se gira hacia mí. Su cara es como el mármol y su mirada, vacía.

—Mátalos. Así. Sin motivo.

Se me seca la boca.

—Entonces salí con mi revólver y con el que llevábamos en el coche. Caminé hacia el parque y luego me quedé parado. En ese momento, tuve un instante de confusión: ¿qué estaba haciendo allí? A continuación, vi a Roy. Y comprendí que tenía que hacerlo. Que yo estaba allí para eso. Acto seguido, apunté a los niños... y disparé... Todas las balas...

Se impone un largo silencio. No veo a Bélair, pero lo siento paralizado junto a mí. Mi mirada está soldada a la de Archambeault. No se mueve ningún rasgo de su rostro. Sólo una vaga tristeza asoma en sus ojos. Pero ¿es realmente tristeza?

Y ese reflejo, ese maldito reflejo que no consigo comprender..., que nunca he comprendido...

Ya no me duele el estómago. Ahora me duele todo el cuerpo.

Bélair se aclara la voz y pregunta:

—¿Está... está diciendo que Roy lo animó con la mirada a... a disparar?

—No —responde Archambeault volviéndose hacia el sargento—, no digo eso. Roy no me incitó a nada. Sólo digo que salí del coche con la idea de matar a esos niños, sin motivo..., que vacilé en el sitio... y que al ver a Roy sentí cómo mis dudas desaparecían...

—Porque leyó un mensaje de ánimo en su mirada —insiste Bélair.

—¡No, no! —irritado, Archambeault hace un signo violento con la mano—. ¡No vi nada en sus ojos, ni aliento, ni aprobación! ¡Ni siquiera sé si me miraba directamente!

—Pero, entonces, ¿por qué afirma que su presencia despejó sus dudas? —pregunta el policía, nervioso—. ¿Por qué dice que no estaba allí por casualidad?

Archambeault entorna los ojos, pensativo.

—Reflexioné sobre esto después... Cuando me encontré aquí. Pensé en Roy y... me dije que él estaba allí para ser...

Se calla, reflexiona un momento y completa la frase:

—... para ser testigo.

Acuso el impacto. A mi pesar, el eco del encuentro con Monette resuena en mi cabeza.

—¿Testigo de su matanza? —pregunta Bélair, perplejo.

—No lo sé. Testigo, nada más.

Se calla y su mirada se pierde de pronto en el vacío.

¿Por qué estoy tan impresionado? Este hombre es un demente, lo que acaba de contar debe considerarse como puro delirio, como las declaraciones de los asesinos que afirman haber recibido una orden del mismo Dios. Me repongo de la impresión: es el término «testigo» lo que me ha alterado un instante. Recupero con rapidez mi autocontrol y pregunto:

—¿Qué pensaba hacer después de los asesinatos? Si hubiera tenido tiempo de recargar los revólveres y matar a todos los niños, ¿qué habría hecho después?

Archambeault levanta la cabeza, sorprendido.

—Pues... me habría suicidado.

Suele ser el caso: el asesino enajenado, después de su crimen, vuelve el arma contra él y, en un destello de lucidez y de arrepentimiento, se quita la vida. Aunque Archambeault lo confirma con tanta indiferencia que me sorprende.

—Entonces, ¿tiene remordimientos? —pregunta Bélair.

—No son remordimientos. Lo que siento va mucho más lejos.

—¿Y qué siente?

Contempla el silencio durante un rato y articula al fin:

—El Mal.

Me mira de nuevo. Impasible. Con esa luz brumosa que flota en sus ojos...

El recuerdo del Boisvert sale a la superficie.

«¡Lo veo! ¡Lo veo! ¡Lo veo!».

Casi a mi pesar, pregunto:

—¿Y qué es el Mal, señor Archambeault?

Me observa con extrañeza y creo adivinar que, incluso, con cierta ironía.

—¿Cómo, doctor? ¿Después de todos estos años aún no lo sabe?

Su respuesta me sienta como un puñetazo. De repente, tengo la impresión de que no me ha hablado Archambeault, sino alguien más íntimo, más cercano, alguien que me ha perseguido toda la vida sin dejar nunca de reír por encima de mi hombro.

Mi dolor de estómago se vuelve de repente tan agudo que hago una mueca. Me inclino hacia el sargento Bélair y murmuro:

—Vámonos.

—Sí, de todas maneras, no tengo más preguntas —dice fríamente el policía.

Nos ponemos en pie y Bélair da las gracias a Archambeault casi con desdén. Este último no responde nada. Caminamos hacia la puerta y, antes de salir, dirijo una última mirada al asesino.

Los dos guardias están a su lado. Archambeault se levanta. Ha recuperado su impassibilidad. Me echa una ojeada, sin emoción.

Salimos del locutorio.

Mientras Bélair va a dar las gracias al doctor Lucas, yo siento una necesidad urgente de tomar el aire. Camino hacia la salida, perseguido por los gritos de Boisvert en mi cabeza...

Fuera, me detengo y respiro profundamente, al tiempo que me paso la mano por el pelo. El dolor de estómago se aleja, los recuerdos también.

Pero la mirada de Archambeault me persigue todavía.

Hélène me pregunta cómo ha ido la visita al Léno. Miento y le digo que todo se ha desarrollado muy bien.

Me acuesto pronto. Enseguida empiezo a soñar.

Me encuentro en medio de la calle Sherbrooke. No hay circulación. El cielo es de un color malva imposible. En el centro de la calzada, hay una mesita donde está sentada la pareja de enamorados que vi en la terraza del Maussade. Cogidos de las manos, se miran lánguidamente. A su derecha, Hélène graba la escena con una inmensa cámara con trípode.

—¡Es tan bonito! —me grita—. ¡Tan puro! ¡Tan lleno de esperanza! ¡Va a ser el mejor documental del año!

Entonces mi mujer desaparece detrás de la cámara. Le grito:

—¡Es demasiado acaramelado! ¡Demasiado meloso! ¡No creo en ello, Hélène! ¿Me oyes? ¡Ya no creo!

A continuación, irrumpe un coche de policía y se para junto a la mesa. Baja un agente y se acerca a la pareja de enamorados. Es Archambeault, sonriente y simpático, como en las fotos de los periódicos.

Saca el revólver de la funda y dispara sobre el joven enamorado. La cabeza explota y cae blandamente sobre el asfalto, ante la mirada horrorizada de su compañera.

—¿En qué no cree ya, doctor?

La pregunta procede de detrás de la cámara, que sigue rodando. Pero ¿por qué Hélène me trata de usted? Y esa voz áspera, bestial, transformada... ¡Ésa no puede ser la voz de mi mujer!

—¿Ya no cree en sí mismo?

Archambeault dispara por segunda vez. En esta ocasión, brota sangre de la muchacha, que cae, junto a su enamorado, sobre el asfalto rojo. No me muevo, no reacciono. Sólo siento una inmensa e inconmensurable tristeza.

—¿Ya no cree en la vida? —continúa la voz maléfica, detrás de la cámara.

Archambeault me apunta con el arma. No sonrío. En su mirada, ese reflejo tan extraño, tan indefinible, empieza a crecer, a hincharse, hasta que invade sus pupilas, rebasa las órbitas y cubre todo el rostro del demente como una lepra.

—¡Lo veo! —vocifera sin cesar—. ¡Lo veo, lo veo, lo veo!

En ese momento, la persona que está detrás de la cámara se incorpora. No es Hélène. Se trata de Roy. Él lo ha grabado todo, lo ha visto todo, otra vez lo ha visto todo. Acto seguido, el escritor levanta sus manos ensangrentadas hacia mí, sonrío irónicamente y brama con su voz de pesadilla:

—¿Y en el Mal? ¿Cree en el Mal?

Entonces, Archambeault, con el cuerpo cubierto por las tinieblas que emanan de sus ojos, aprieta el gatillo.

El disparo me despierta.

Estoy empapado en sudor. Hélène, a mi lado, duerme tranquilamente.

En silencio, me llamo de todo. Archambeault es un loco, un enfermo, ¿cómo puedo estar tan trastornado por lo que ha dicho? Cuando vio a Roy, justo antes de cometer su horrible acto, se acordó de que escribía novelas de terror y eso alimentó su locura, ¡nada más! ¡Nunca debería de haber ido al Léno! ¡Me ha afectado demasiado!

Suspiro mirando al techo. ¡Soñar con mis pacientes después de todos estos años de experiencia es un signo de que realmente, realmente ha llegado el momento de jubilarme y de que todo esto acabe!

Me pongo de lado y cierro los ojos.

En la oscuridad, una mirada sigue observándome. No es la de Archambeault ni la de Boisvert.

Es la de Roy. Sus ojos catatónicos, ausentes, parecen estar a punto de explotar, de dejar salir cosas terribles y sombrías...

Capítulo 8

Sábado. Estoy solo en casa. Aprovecho para trabajar en el texto que presentaré en el simposio de Quebec, donde expondré las grandes líneas de mis últimas investigaciones sobre la esquizofrenia. Si mis colegas esperan resultados llenos de esperanza y optimismo, se van a llevar una decepción...

Lllaman las chicas. Arianne, sobre las diez; Mireille, a la hora de comer. Es increíble: ¡casi siempre llaman el mismo día, con unas horas de diferencia y sin ponerse de acuerdo! Hélène está convencida de que tienen el don de la telepatía. Les comunico que voy a jubilarme dentro de unos meses. Aprueban mi decisión. Como todo el mundo, según parece. Mireille me nota un tono de voz un poco raro y me pregunta si me encuentro bien. Le aseguro que sí. Siempre ha sido la más sensible...

Después de cenar, Jeanne me hace una visita sorpresa.

—¿Te molesto?

—Estaba preparando el texto para el simposio, pero ya he acabado.

—No pareces encontrarte bien...

—Y tú tienes una expresión extraña...

En una mano, Jeanne lleva el bolso; en la otra, dos cintas de vídeo.

—¿Esto qué es?

—Algo que me gustaría enseñarte..., aunque, al mismo tiempo, no sé si hacerlo... ¿Puedo pasar?

Un mal presentimiento me asalta.

—Has ido a ver a Monette, ¿eh?

Ella se sonroja ligeramente, pero se limita a repetir:

—¿Puedo pasar?

Puede. Dos minutos después, estamos en el salón, sentados uno frente al otro.

—¿No está Hélène?

—Lleva todo el día en Radio-Canadá. Tenía que hacer algunos retoques en su último documental. Volverá tarde. Y tú, ¿Marc te deja salir sola el sábado por la noche?

—Siempre tan anticuado, papá Lacasse...

Me pongo serio.

—Has ido a ver a Monette, confiesa.

Incómoda, se justifica. Desde que la policía ha intervenido en esta historia, Jeanne no ha dejado ni un instante de darle vueltas. Y también ha pensado en Monette: ¿no había asegurado conocer otros detalles extraños sobre Roy? Al final, la curiosidad ha sido superior a ella y esta noche ha acudido a casa del periodista.

Siento una profunda inquietud.

—¿Tú también crees que Roy ha presenciado cada uno de los dramas del cuaderno?

—¡Claro que no! —se enfada Jeanne—. ¡Te lo dije el otro día! ¡Deja de repetirlo! Escucha, Paul, quiero contártelo porque las revelaciones de Monette no son delirios ni necedades. Ignoro aún si tienen una importancia real, pero... pienso que vale la pena que estés al corriente...

Suspiro exasperado, aunque más tranquilo.

—No olvides que la otra tarde Monette nos aportó un par de cosas interesantes, a pesar de sus ideas descabelladas...

Me rasco la barbilla. Después de todo, ¿por qué no? En la comodidad del salón, solo con Jeanne, mi sentido de la ética no corre peligro de quedar de nuevo en ridículo...

Ella empieza por aclarar las cosas:

—Yo te digo lo que Monette me ha dicho, no lo olvides.

—Estaría contento de verte...

—Bastante, sí...

—Una gran victoria para él...

—Bueno —dice Jeanne para retomar el tema—, sabemos que todos los artículos sirvieron de inspiración a Roy para sus novelas, excepto uno. El último, de mayo de 1995. El que relata el hallazgo de los cuerpos de dos punks que se habían apuñalado en un callejón de Sainte-Catherine.

Saca del bolso una fotocopia del artículo en cuestión.

—Este artículo.

Lo reconozco.

—Sí, me acuerdo...

—En la última novela de Roy, *La última revelación*, publicada en septiembre pasado, no aparece ninguna escena que se parezca a la muerte de los punks apuñalados, ni siquiera de dos adolescentes. A primera vista, este artículo no tiene utilidad en el cuaderno. Por otra parte, da la impresión de que Roy no se inspiró en ningún suceso real para su último libro. Esto le resultaba extraño a Monette. Entonces se dijo que debía haber alguna relación entre el artículo y la novela, aunque no se hubiera determinado aún...

Frunzo el ceño. Jeanne precisa:

—En apariencia, Roy no utilizó este artículo, pero seguramente hay algo en esta historia de esos punks que lo inspiró. Algo que no aparece escrito en el periódico.

—Pero si no está escrito en el periódico, ¿cómo pudo inspirar a Roy?

Jeanne duda; luego comenta:

—Pudo haber sido testigo del drama...

—¿Qué?

Alzo el brazo, dispuesto a levantarme.

—¡Vaya, el regreso de las teorías descabelladas! ¡Roy, el hombre que está en todas partes! ¡Sin embargo, tú me has dicho que no creías en esto, Jeanne!

—¡Habla Monette, no yo! Escucha hasta que...

La corto alargando la mano.

—¡Dame el artículo!

Me pongo las gafas, recorro el papel rápidamente con los ojos y muevo la cabeza.

—Esto no tiene ni pies ni cabeza. Aquí dice que la policía encontró dos cuerpos en un callejón, a las cuatro de la mañana, mientras hacía una ronda de rutina. No hay testigos, nada. Sólo los agentes y la ambulancia, sin gente ni curiosos.

Jeanne se pasa una mano por el pelo. Sabe que anda por terreno minado.

—Monette parece creer que Roy presencié la escena mientras ocurría y luego se marchó...

Levanto los brazos.

—¡Monette cree que Roy estaba presente en todas las tragedias, en todas sin excepción!

—¡Lo sé, y he reaccionado igual que tú cuando me lo ha dicho! ¡Incluso, estaba dispuesta a marcharme, Paul, sintiéndome una idiota! Pero me ha pedido que esperara. Ha hablado del último libro, *La última revelación*. Se sabe que, para esta novela, Roy se inspiró en un suceso personal...

—La pérdida de su ojo —digo suspirando—. Michaud nos lo contó el otro día...

Jeanne asiente.

—Eso es. Un loco, en un momento dado, revienta un ojo a uno de los personajes de la novela. Roy admitió en algunas entrevistas que se había inspirado en su propio sufrimiento para dar más credibilidad al personaje. Él contó su accidente a los medios de comunicación varias veces: salía de un bar, en plena noche; caminaba por una calle desierta, mientras apuntaba sus ideas en una libreta; tropezó, se cayó y se clavó el lápiz en el ojo. Al menos, esto es lo que él dice...

—¿Cómo que lo que él dice?

Jeanne se humedece los labios. A continuación, me muestra una de las cintas de vídeo.

—Monette me ha enseñado esto...

Se levanta y se dirige hacia el vídeo. Yo suelto un ligero gruñido de indignación.

—¡Y te ha dejado las cintas! ¡Eso quiere decir que estaba seguro de que vendrías a verme! ¡Probablemente, era lo que quería! ¡Qué contento debe de estar!

Jeanne ignora mi comentario y, de pie, delante de la televisión, explica:

—Monette escribe un libro sobre Roy, ya lo sabes. Por sistema, graba todas las entrevistas que le hacen en televisión desde hace algunos años. Primero, me ha enseñado la grabación de un programa en el que participó, en septiembre de 1995, cuatro meses

después de la pérdida de su ojo y una semana después de la salida de *La última revelación*. Era su primera aparición pública desde el accidente.

Inserta la cinta en el vídeo, le da al *play* y, mientras se incorpora, me dice:

—Mira bien, pero, sobre todo, escucha con atención.

Me quito las gafas, bastante intrigado.

En la pantalla, aparece el decorado de un programa muy famoso. Al lado del presentador, reconozco a Thomas Roy, instalado en un horrible sillón amarillo. Un Thomas Roy chic y sonriente, muy distinto del que ahora trato como médico. La voz del presentador surge de la televisión:

—*Thomas Roy, su último libro acaba de llegar a las librerías y esta noche es su primera aparición desde el terrible accidente que, como todos sabemos, le ha costado un ojo... Por suerte, la medicina hace milagros, porque ¡prácticamente no se aprecia!*

—*Sí, tengo un ojo artificial, pero es difícil darse cuenta. De hecho, sólo se nota si miro de lado, si no...*

—*¿Se puede decir, a pesar de todo, que ha tenido suerte?*

Roy reflexiona. Ahora percibo que su aire distendido y sus sonrisas parecen un poco forzados. Más allá de la imagen, algo lo atormenta.

—*En cierto sentido, sí* —responde como a regañadientes—. *Porque, verá, durante la caída, mi rostro impactó literalmente contra mi mano, que agarraba el lápiz, entonces...*

Se oye a la gente, que suelta exclamaciones de horror. El presentador, compasivo, continúa:

—*Debió de ser espantoso...*

—*Sí, desde luego... Pero el lápiz podría haber alcanzado el cerebro o... Bueno, en cualquier caso, he tenido suerte* —frunce el ceño y adopta un rictus nervioso—. *Aunque, en efecto, fue bastante... penoso.*

—*Y parece dar la razón a los que dicen que los escritores lo aprovechan todo, ya que en su última novela, La última revelación, un loco sádico revienta el ojo de uno de los personajes. ¿Su experiencia le ha..., digamos, inspirado?*

Roy asiente con la cabeza, como si esperara esta pregunta.

—*Sí, en efecto... He utilizado mi accidente para comprender mejor el sufrimiento humano y reflejarlo con más precisión en el libro... Hacer que parezca real, en cierto modo...*

Jeanne aprieta la tecla de *stop*.

—¿Has oído bien?

—Sí —respondo con impaciencia—. ¿Y qué? ¡Todo eso ya lo sabíamos!

Ella saca la cinta del aparato e introduce la segunda. Se vuelve hacia mí, muy seria, como si diera una conferencia delante de varios colegas.

—Ahora veremos otra entrevista en otro programa, tres semanas más tarde.

Suspiro. ¿Acaso piensa enseñarme todas las apariciones públicas de Roy? Rezongo, pero ella aprieta el *play*. Nuevo decorado, nuevo presentador, mismo invitado. El presentador está a mitad de una frase:

—... *sin embargo, horrible como accidente. ¡Horrible y... un poco absurdo!*

—*¡Incluso, estúpido!* —sonríe Roy sin auténtica convicción—. *No sé por qué me puse a escribir en mi libreta, mientras caminaba, en mitad de la noche...*

—*Cuéntenos cómo sucedió...*

—*Pues bien, lo he contado muchas veces...* —Roy duda; luego, como buen jugador, explica—: *Tropecé mientras caminaba y, al caer, mi mano, que sostenía el lápiz, chocó contra mi cara. El lápiz fue derecho al ojo y ya sabe...*

—*Es realmente horrible. ¿Acaso para superar esta tragedia, en su último libro, usted...?*

Jeanne aprieta el *stop*.

—¿Te has fijado?

Enarco las cejas. No comprendo a dónde quiere ir a parar. Ella asiente con aire de lista:

—La primera vez, tampoco me fijé. Pero Monette volvió a poner la segunda entrevista y entonces lo vi.

—¿Viste qué?

Ella rebobina la cinta hasta un momento muy concreto. Roy reaparece y repite:

—*Tropecé mientras caminaba y, al caer, mi mano, que sostenía el lápiz, chocó contra mi cara. El lápiz fue derecho al ojo y...*

Jeanne detiene el aparato. Saca la cinta con rapidez y vuelve a poner la primera. El Roy de la entrevista anterior invade la pantalla y repite:

—... verás, durante la caída, mi rostro impactó literalmente contra mi mano, que agarraba el lápiz, entonces...

Jeanne le da al *stop* y se vuelve de nuevo hacia mí. Esta vez lo he comprendido:

—No describe el accidente de la misma manera.

—En un caso, dice que su rostro impactó contra el lápiz —precisa Jeanne—. En el otro, que su mano condujo el lápiz hacia el ojo, que el lápiz subió hasta el ojo.

Me encojo de hombros.

—¡Se estaba cayendo, quizá no recuerde los detalles, ponte en su lugar!

—Si no se acordara, no insistiría en estos detalles... En su momento, vi las dos entrevistas. ¿Por qué no me fijé entonces en la contradicción? Monette me ha dado una respuesta muy pertinente. Las dos entrevistas se producen con un intervalo de tres semanas. ¿Cómo podría recordar este detalle de una vez para otra? Él escribe un libro sobre Roy. Se ha tragado todas sus entrevistas docenas de veces, las conoce de memoria, pero ha necesitado el cuaderno de Roy para recordar esta contradicción...

—Pero ¿a dónde quiere llegar con esta contradicción? —pregunto, cada vez más irritado—. Roy se ha equivocado, ¿y bien? ¿Qué demuestra eso? ¡Sin duda, otros espectadores se habrán dado cuenta y nadie le ha dado importancia!

Jeanne duda una vez más; luego aventura con prudencia:

—Eso podría demostrar que se ha inventado el accidente. Y que, al contar su mentira, se ha contradicho de forma inconsciente.

Me quedo mudo durante unos segundos.

—Pero, por el amor del cielo, ¿por qué? ¿Por qué se habría inventado Roy eso? ¡En cualquier caso, se ha reventado el ojo, que yo sepa!

Jeanne vuelve al sofá y coge el artículo sobre la muerte de los dos punks. Esta vez, se muestra más excitada, más segura de sí misma.

—En el artículo, se dice que los dos cuerpos fueron descubiertos la noche del 11 al 12 de mayo de 1995.

—¿Y bien?

—¿Sabes en qué fecha Roy perdió el ojo?

Siento como si la sangre se paralizara en mis venas. Mientras sostiene el artículo delante de mí, Jeanne, lentamente, hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Sí, Paul, la misma noche.

Sentado, miro a mi compañera a los ojos. De pie, por encima de mí, sostiene mi mirada y continúa con una voz monocrorde:

—Roy no tuvo un accidente, está implicado en el asesinato de los dos punks. Así perdió el ojo. Ésta es la relación entre el artículo y su última novela.

Sigo sin decir nada. Tengo la absurda convicción de que Monette está escondido detrás de una ventana y observa mi reacción, mientras se ríe de forma maquiavélica. Tímidamente, hago de abogado del diablo:

—En cualquier caso, habría testigos del accidente de Roy...

—Ninguno, justamente. Era de noche, después de que cerraran todos los bares. Él dijo que caminaba por una callejuela desierta del centro de la ciudad. Una calle completamente desierta, en el centro, la misma noche, es excepcional, ¿no? Después de su supuesta caída, llamó al novecientos once desde una cabina de teléfono. Los primeros testigos fueron el conductor y los enfermeros de la ambulancia y los policías que lo encontraron en la cabina, medio desvanecido, con el lápiz aún en el ojo.

—¡Ah! —exclamo en tono victorioso—. ¡Era un lápiz de verdad!

—¡Eso no quiere decir que se lo clavara él mismo en el ojo!

—¿Qué? ¿Tú crees que le atacaron los punks y le hicieron eso? ¿Y luego, con el lápiz en el ojo, él los apuñaló? ¡Vamos, Jeanne, no tiene sentido!

—Monette no sabe cómo sucedió, pero está seguro de una cosa: Roy está implicado en el asesinato de los dos punks. Y eso está relacionado con la pérdida de su ojo, que le ha servido de inspiración para su última novela. ¡Es la única manera de explicar la presencia de este artículo en el cuaderno! ¡Es la única manera de explicar la contradicción en su forma de contar el accidente! Además, si comparamos las fechas de los dos sucesos... ¡Joder, Paul, reconoce que hay razones para tomar esta idea en serio!

Me froto la cara gruñendo. De repente, hace demasiado calor. Reflexiono a toda velocidad. Deben de existir otros detalles que se le han escapado a Monette...

—Pero si los dos punks atacaron a Roy y él se defendió, ¿por qué no se lo dijo sencillamente a la policía? ¿Por qué contó una mentira?

Jeanne duda; luego dice:

—Tal vez porque no lo atacaron, precisamente...

Levanto la cabeza con brusquedad. Esta vez ha ido demasiado lejos. ¡Mejor para mí! ¡Así puedo volver a creer que todo este montaje es un camelo!

—¡Ah, sí, eso es! ¡Volvemos al delirio de Monette! ¡Roy habría provocado voluntariamente esa matanza! ¡Como ha provocado el resto de las tragedias del cuaderno!

—¡Paul, ya te he dicho que no lo creo! Pero creo..., sí, creo que Roy tiene algo que ver con el asesinato de los dos punks y que perdió su ojo por esa razón... El razonamiento de Monette es bastante correcto, bastante lógico como para permitirnos contemplar esta hipótesis... Y si no se lo contó a la policía, pudo ser por temor al escándalo...

—¿Al escándalo?

Jeanne se sienta enfrente de mí.

—¡Claro! Imagina, Paul, que eres una gran estrella. Sales de un bar algo ebrio y, en un callejón, te atacan dos punks... O tal vez... Sí, tal vez Roy presencié la pelea... Hubo una bronca... Quizá quiso intervenir... Uno de los punks le clavó un lápiz en el ojo... Roy se defendió, lo apuñaló... Quizás el otro ya estaba muerto...

—¡Eso no se sostiene, Jeanne! ¿Escuchas lo que estás diciendo? ¡Es una locura! ¡Ni siquiera los americanos se atreverían a meter una escena así en una película!

Ella se enfurruña cuando se da cuenta de que su reconstrucción de los hechos es inverosímil.

—¡Bueno, supongo que no ocurrió exactamente así! ¡Pero poco importa! Si Roy se encuentra implicado en este asesinato, de una manera o de otra, tendrá mucho interés en que esto no se sepa, ¿lo entiendes? ¡Su reputación está en juego! Entonces se inventa una historia...

Se inclina hacia mí.

—¡Paul, reconoce que es posible!

Dudo; luego pregunto:

—¿Crees que Roy provocó voluntariamente el asesinato entre los dos punks?

—¡Por supuesto que no! ¡Eso es lo que piensa Monette, no yo!

Reflexiono de nuevo y me levanto para dar unos pasos por el salón.

—Vale, admitamos que es cierto, que Roy está implicado en la muerte de los dos punks, que perdió el ojo en el suceso y que mintió para ocultar un escándalo. ¿Qué nos aporta esto a nosotros?

—Esto puede ser la causa de su depresión.

Barajo esta idea unos instantes y asiento.

—En efecto..., si se sintiera culpable de inspirarse en la realidad para escribir sobre el horror... Si ya estuviera tocado por haber presenciado algunas de esas tragedias... La matanza de los punks representaría una causa suplementaria...

Jeanne suelta una risita.

—¡Lo comprendo, pobre!

La observo, confuso. Ella levanta la cabeza hacia mí, vacila un momento y comenta:

—¡En cualquier caso, Paul, con esta historia de los punks llegamos a siete! ¡Siete dramas mortales que tuvieron lugar ante los ojos de Roy! ¡Siete!

La miro sin decir una palabra, como si la desafiara a continuar. Ella mueve la cabeza y se limita a añadir:

—Son... muchos.

La inquietud me invade de nuevo. Mi compañera mira el suelo, perdida en sus pensamientos, silenciosa. Al final, dice como para sí misma:

—Casi se puede entender que Monette formule unas hipótesis tan absurdas.

Camino hacia ella con paso rápido.

—¿Qué quieres decir, Jeanne?

Sorprendida, se echa a reír.

—¡Vaya, el Guardián de la Razón se preocupa! ¡No lo hagas, Paul, aún estoy en el planeta Tierra! Aunque todas esas casualidades sobre Roy resultan extraordinarias y no es sorprendente que algunas personas acaben por creer que... que...

Hace un gesto vago.

—... que no son precisamente casualidades y que algo se esconde detrás de todo esto.

Pienso entonces en mi jornada de ayer y hago una mueca. Jeanne se da cuenta.

—¿Qué pasa?

—Me acordaba de Archambeault, ayer, en el Léno...

—¿Es verdad! —afirma con excitación—. ¡Te encontraste con él! ¿Y bien? ¿Conocía a Roy?

—No, en absoluto. No hay ninguna relación entre los dos... Pero lo que acabas de decir me hace pensar en una cosa, en una observación de Archambeault...

—¿En cuál?

No estoy seguro de que resulte una buena idea revelárselo, pero callarme sería como darle demasiada importancia...

—Dijo que Roy no se encontraba allí por casualidad..., sino para ser testigo...

Los ojos de Jeanne se agrandan... Para mi gusto, la revelación causa demasiado efecto en ella.

—¿Dijo eso?

En voz baja, le recuerdo:

—Es un loco, Jeanne... No lo olvides...

—Lo sé muy bien.

Sin embargo, me parece que ella ha palidecido ligeramente.

De pronto, me viene a la cabeza el sueño de la noche pasada.

Nos quedamos inmóviles, en un silencio total. El tipo de silencio que evidencia que no hay nada más que añadir, aunque los dos sentimos que es falso.

Pero ¿qué pasa? Adivino el mismo interrogante en la mirada de Jeanne.

Al final, el teléfono nos saca de esta extraña situación. Lo cojo rápidamente.

—¿Dígame?

—¿Doctor Lacasse? Soy el sargento detective Goulet. ¿Qué tal?

—Tirando.

—Oiga, le llamo para decirle que no le molestaremos más con Thomas Roy. El expediente está cerrado.

Hago una pequeña pausa antes de reaccionar.

—¿De verdad?

—Sí, acabamos de conocer el informe del sargento detective Bélair... No hay ninguna posible relación entre Archambeault y el escritor. Roy se encontraba allí por casualidad, nada más...

Por casualidad... Esta palabra suena de un modo extraño en mi cabeza.

—Archambeault afirma lo contrario, pero, según Bélair, lo que cuenta es absurdo —continúa el sargento—. Una especie de delirio. Y usted, ¿qué piensa?

—Lo mismo —digo tranquilamente.

Goulet suspira.

—Entonces, después de la investigación, podemos afirmar con total seguridad que Archambeault actuó solo en esta masacre. Roy se encontraba en el lugar inoportuno, en el momento inoportuno. La investigación ha terminado.

«¿Sabe cuántas veces se ha encontrado en el lugar inoportuno, en el momento inoportuno?», tengo ganas de preguntarle de repente. Pero me callo, sorprendido por tal pensamiento.

—Es todo —insiste Goulet, extrañado por mi silencio.

—Gracias, sargento.

—De nada. El lunes le enviaré a la consulta el texto de Roy, el que estaba escribiendo cuando lo encontramos. Podría ayudarle para su... curación.

—Tal vez sí.

—Buena suerte, doctor.

Cuelgo y me vuelvo hacia Jeanne. Me inunda una gran calma.

—¿Quién era?

Le resumo la llamada. Después concluyo:

—Ya está. Terminado. Solucionado.

Jeanne asiente despacio, pensativa. A continuación pregunta:

—¿No le has dicho lo de los dos punks? ¿Que seguramente Roy está implicado en esta historia?

—¿Para qué? Tenemos argumentos, pero no pruebas reales. Además, la policía investiga sobre Archambeault, no sobre esta vieja historia de hace un año...

—Es cierto.

Ella reflexiona de nuevo y añade:

—Imagino también que es inútil decirles que Roy ha presenciado varios dramas mortales..., ya que son casualidades...

—Exactamente.

Se pone de pie. Aún planea este silencio lleno de sobreentendidos... Este silencio embarazoso... Una sonrisa incómoda florece tímidamente en su rostro.

—Parece que esta historia nos afecta un poco, ¿verdad?

Estoy a punto de decirle que no, que en absoluto, pero pienso en el sueño de anoche. Sonríe a mi vez...

—Sí... Tal vez un poco... Pero ahora que la policía ha cerrado el expediente todo volverá a estar en orden, espero...

Jeanne asiente. De su rostro ha desaparecido todo rastro de duda. Añade en tono burlón:

—Por tu parte... ¿crees que Monette ha vaciado su saco del todo o...?

Ella se ríe y me tranquiliza:

—Me ha contado todo lo que sabía. Le he dado las gracias y le he dicho que podría sernos útil. Parecía decepcionado. Creo que le hubiera gustado impresionarnos más. Habría querido convencernos plenamente de sus ideas paranoicas...

—Le queda mucho camino por andar...

—Tiene intención de descubrir lo que ocurrió en realidad con los dos punks apuñalados...

Muevo la cabeza, suspirando. Jeanne levanta los brazos y los deja caer.

—Bueno, imagino que la próxima etapa empezará cuando Roy recupere el habla. Hasta entonces, no esperamos nada interesante...

—Tal vez sí, tal vez no. Quizá no descubramos nada más...

Esta eventualidad no alegra mucho a Jeanne, pero sabe que es posible.

Conversamos aún brevemente y la acompaño hasta la puerta. Cuando me quedo solo, vuelvo a mi sillón y me sumerjo en el vacío de la pantalla del televisor.

Debería sentirme tranquilo y contento, pero no lo consigo.

Pienso en mi sueño.

Testigo por séptima vez... y tal vez incluso implicado en el caso de los dos punks...

Casualidades...

Suspiro. Jeanne tiene razón, esta historia nos ha trastornado un poco. Recuerdo las palabras de Goulet.

«El expediente está cerrado», ha dicho.

Sí, el expediente está cerrado. Ya no habrá más sorpresas, ni más casualidades... Eso desafiaría toda lógica, iría en contra del sentido común... Hemos alcanzado los límites de lo verosímil.

Ha terminado. De verdad.

Cojo el mando a distancia y enciendo la televisión. Pero, mientras miro los personajes desconocidos que se mueven por la pantalla, una imagen se superpone en mi mente y, a pesar de mis esfuerzos, no consigo ahuyentarla del todo.

La imagen de Monette que sigue hurgando, buscando, incansable...

Capítulo 9

Édouard Villeneuve está sentado delante de mí, con los codos apoyados en la mesa. Se muerde las uñas mientras mira por la ventana.

—Édouard, no se encuentra bien, ¿verdad?

Gira la cabeza hacia mí. Sus grandes ojos de perro apaleado, eternamente inquieto... Sólo tiene veintiocho años, pero cuando tenga cuarenta o cincuenta conservará esa cara de niño aterrorizado por este mundo de adultos que no llega a comprender ni a controlar...

—¿Por qué dice eso?

Su voz es frágil y aguda. Sus ojos azules me suplican. Pero ¿qué exactamente?

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, Édouard?

Reflexiona un momento mientras cuenta con los dedos.

—¿Seis años? —responde con la angustia del alumno que tiene miedo de haber dado la respuesta equivocada.

Sonrío conciliador.

—No, no le pregunto cuánto hace que le trato, Édouard, si no cuánto tiempo ha pasado desde su ingreso.

Reflexiona de nuevo.

—¿Casi cuatro semanas?

—Exactamente. ¿No le parece que es un periodo más prolongado que sus visitas habituales? ¿Por qué, según usted?

Suspira y su mirada regresa a la ventana. Se muerde de nuevo las uñas. La crisis de llanto es inminente. Su estado no sólo no mejora, sino que parece empeorar desde hace dos semanas.

—¿Le gustaría salir de aquí, Édouard?

—Fuera, nadie se preocupa por mí —gime el joven.

—Vamos, Édouard, los Beaulieu le quieren mucho y usted lo sabe, ya se lo he dicho...

Mueve la cabeza mientras se muerde los labios. Sus ojos, fijos en el cristal, se llenan de lágrimas.

—Todo lo que hago me sale mal... Estoy cansado de luchar, de hacer esfuerzos... Es tan... tan... inútil...

Entonces se vuelve hacia mí con las mejillas inundadas de lágrimas silenciosas.

—¿No tiene a veces esta sensación, doctor? ¿No tiene la impresión de que lo que hace es inútil?

Encajo mal el golpe, hasta el punto de que no sé cómo responder. Al final, balbuceo un consejo ridículo:

—Sí, también me pasa, por supuesto... Pero hay que luchar contra esa sensación, Édouard...

Nunca me he visto tan poco convincente. ¡Luchar! ¿Contra qué? ¿Y con qué finalidad? Como si comprendiera la estupidez de mis palabras, él mira de nuevo la ventana con las uñas en la boca; sus lágrimas ya no desbordan sus ojos, pero la tristeza emana de él como el calor de un horno.

—No saldré de aquí —murmura con una voz rota y lejana.

—Claro que sí, Édouard... Las estancias siempre son de corta duración, ya lo sabe... Nadie puede quedarse aquí mucho tiempo.

—No saldré —repite obstinado—. Nunca.

Continúo la ronda, un poco afectado por esta visita. De pronto, creo descubrir al fin por qué este muchacho es el único paciente que aún me conmueve: su lucidez inconsciente me toca el corazón. Édouard lo percibe todo, sabe que lo rechazan, que siempre lo rechazarán. Se siente enfermo sin entenderlo.

Édouard Villeneuve me conmueve porque es la prueba de mi fracaso...

Roy está sentado en una silla, con las manos sobre las rodillas. Lleva un pantalón negro y una camiseta gris. Delante de él, la televisión emite un documental sobre animales salvajes. Es una idea de Manon, la nueva ergoterapeuta: instalar un televisor en cada habitación y dejarlo siempre encendido. Roy contempla la pantalla con la boca entreabierta, aunque le presta la misma atención que a una grieta de la pared.

Me acerco a él y lo observo durante un rato. Me ignora por completo.

—¿Ningún cambio, Julie?

—Ninguno —me responde la enfermera con aire aburrido.

Al principio, Roy fascinaba a todo el mundo, pero ahora se ha convertido en una especie de mueble que hay que mantener todos los días. El personal se ha olvidado de que se trata del gran escritor quebequés.

Me inclino sobre él doblando las rodillas, que crujen con fuerza. Hago una mueca. No hay duda: estoy envejeciendo.

Le hago algunas preguntas y le hablo en diferentes tonos. Nada. Salgo de la habitación. En la reunión del jueves, nos plantearemos aumentarle el Haldol...

En el pasillo, me encuentro con Louis Levasseur, el tercer psiquiatra de la unidad. Nos saludamos. No lo conozco mucho, pero es bastante simpático, a pesar de su aspecto estirado.

—Es raro que vengas un martes, Louis...

—Se me había olvidado un expediente.

Al verlo, me acuerdo de la señora Chagnon, de la extraña actitud que tenía el otro día...

—Dime, Louis, la señora Chagnon... ¿qué tal está?

Mi compañero suspira.

—No muy bien. Hace dos semanas que debería haberse marchado, pero su estado ha empeorado últimamente... Incluso se ha vuelto paranoica y esto me desconcierta un poco...

Ladea la cabeza.

—¿Te interesa su caso?

Hay un ápice de condescendencia en su voz. Lo comprendo: debe de resultar sorprendente que yo, el gran escéptico del hospital, me interese por un paciente que no es mío. Yo mismo me sorprendo, pero recuerdo lo que la señora Chagnon dijo el otro día, delante de la puerta de Roy...

«Lleno de mal...».

—No, sólo es que...

¿Que qué exactamente?

—Me sorprendió verla aún por aquí, nada más...

Seguimos charlando un poco. Me pregunta si he preparado mi conferencia, que será dentro de quince días. Le contesto que sí, que sólo me queda revisar algunas cosas. Nos separamos.

¿Cómo me ha dado por hablarle de la señora Chagnon? Actuó de un modo extraño el otro día. ¿Y qué? ¿Acaso esta unidad no está precisamente llena de seres extraños?

Salgo a comer.

Solo en el restaurante, termino sin apetito una frugal comida. La pregunta de Édouard Villeneuve me ronda en la cabeza.

«¿No tiene la impresión de que lo que hace es inútil?».

Por una curiosa carambola mental, las últimas palabras de Boisvert vuelven a atormentarme.

«¡Lo veo! ¡Lo veo!».

¿Qué vio? Y Archambeault, cuando disparó contra los niños, ¿qué vio? ¿Qué vio Roy cuando se cortó los dedos y quiso matarse? ¿Qué veía en ese momento?

¿Qué vieron ellos que yo nunca he conseguido aprehender en toda mi carrera? ¿Que apenas vislumbré a través de la extraña sombra de sus ojos, furtiva pero tenaz?

Si Roy pudiera hablar...

Juego con el tenedor. Aunque hablara, ¿diría algo más que Boisvert? ¿O que Archambeault? ¿O que los demás enfermos que me he encontrado en esta caverna sin luz? ¿Sería más claro?

Testigo, siete veces...

Suspiro y miro hacia la derecha. Una pareja está comiendo cerca de mí y charla en voz baja, sin dejar de sonreír. Me recuerda a los jóvenes tortolitos del Maussade. Todos los enamorados se parecen, es evidente...

Enciendo un cigarrillo y observo a la pareja unos instantes. Y ellos, ¿qué ven? ¿Qué ven todos estos grandes ingenuos llenos de esperanza en la vida?

Sin embargo, yo he visto lo mismo que ellos. Pero hace tanto tiempo que ya no me acuerdo...

Tal vez mi experiencia no me lo permite. Hay personas que ven cosas tan diferentes...

Me froto la cara. Estoy delirando. Soy demasiado pesimista. Mi trabajo me ha desgastado, blanqueado, se ha comido todos mis colores...

Aunque deje de trabajar dentro de unos meses, ¿no será demasiado tarde?

Hélène...

Ocultos por mis manos, mis ojos se cierran con fuerza. Una terrible amargura forma una bola de dolor agudo en mi garganta.

«Dime lo que ves, Roy... Dime lo que veis tú y los tuyos; si no, toda mi vida habrá sido en vano...».

Permanezco así unos minutos, con los ojos cerrados e irritados; luego me vuelvo hacia la pareja.

Ya no está. Ya no la veo.

Cuando subo a mi consulta, la secretaria me tiende una caja rectangular que trajeron ayer por la mañana para mí: el último texto de Thomas Roy. Además, me informa de que Michaud ha llamado y quiere verme.

Suspiro. Una auténtica gallina clueca, este... En el fondo, nos viene bien. El texto de Roy le gustará. Le digo a mi secretaria que le llame y lo cite para las cuatro.

Veo a mis pacientes externos. Después, sobre las tres y media, abro la caja de cartón y saco una pila de hojas impresas. En la primera, se leen estas simples palabras:

«BORRADOR DE NOVELA, por THOMAS ROY».

Las páginas están numeradas: setenta y tres. Las recorro con rapidez, leyendo un párrafo de aquí y de allá. Este vistazo de quince minutos me permite captar el contenido general: exactamente lo que Goulet nos había dicho. La última frase de la última página está incompleta:

«Incluso con el revólver, pasaba desapercibido, gracias a su...».

—A su uniforme de policía —digo en voz baja.

Leí esta frase inacabada en la pantalla de Roy, hace siglos.

Dejo el texto sobre la mesa y me quito las gafas suspirando. Todas nuestras hipótesis se confirman. Levanto la cabeza y miro el interruptor de la pared. Un profundo hastío se apodera de mí.

En este momento, Jeanne entra en mi consulta y me lanza un radiante «¡buenas tardes!».

—Llegas a tiempo. Mira, el último escrito de tu ídolo...

—¿De verdad? —pregunta mi compañera, pasmada.

La admiradora está de regreso. Se sienta, coge el texto y lo hojea febrilmente. ¡Está tocando una obra inédita de Roy y debe de sentirse en trance! Sonríe, divertido a pesar de mi cansancio.

—¿Lo has leído? —me pregunta sin levantar los ojos del papel.

—En diagonal. Las setenta y tres páginas describen el estado psicológico de un policía obsesionado con la idea de matar a unos niños, como nos dijo Goulet. En la última hoja, se dirige al lugar de la matanza, creo.

Jeanne me mira por fin. Continúa:

—Esta vez, todos los lectores establecerán la relación. La masacre cometida por Archambeault es una tragedia tan espantosa que nadie la olvidará en los próximos veinte años. Cuando Roy se inspiraba en incendios, descarrilamientos o asesinatos familiares, podía pasar. ¡Pero utilizar la matanza de once niños! Apuesto a que hasta sus más fieles lectores no le habrían perdonado esta falta de gusto...

Jeanne observa el texto, pensativa. Luego lo vuelve a dejar sobre la mesa con una especie de aprensión inesperada.

—Sí... Creo que tienes razón...

—Además, el mismo Roy debió de comprenderlo. Sin duda, pensó que esta vez había ido demasiado lejos y...

Ella asiente. Abro el cajón, saco el cuaderno de artículos y lo tiro sobre la mesa, al lado del texto inédito.

—Todo está aquí. Ya hemos cerrado el círculo. Michaud debería llegar de un momento a

otro. Se los voy a devolver. Después de todo, es el agente de Roy, estos documentos le pertenecen a él más que a nosotros.

Mi compañera está sorprendida.

—¿No quieres conservarlos? Los podríamos necesitar para...

—Ya no hay nada que buscar, Jeanne. Nada. Sólo tenemos que esperar a que Roy se despierte. Y aunque se despierte...

—¿De verdad piensas que no descubriremos nada nuevo, Paul? ¿Ni aunque Roy vuelva a hablar?

Dudo un momento.

Esperanza... Vana esperanza...

—No, no lo creo.

Jeanne no parece muy convencida.

En este momento, la secretaria anuncia a Michaud.

Apenas entra el agente de Roy, nos suelta, sin saludarnos:

—¡Figúrense que la policía me llamó la semana pasada! ¡Me dijo que Thomas había presenciado la matanza de la calle Sherbrooke! ¡Es espantoso!

Se deja caer en una silla. Se quita las gafas, las limpia y se las vuelve a poner. Me apresuro a tranquilizarlo.

—La policía no llevará su investigación más lejos, señor Michaud. Considera que el señor Roy está fuera de toda sospecha.

—¡Eso espero!

Por fin, parece vernos y nos saluda con torpeza.

—¿Ha experimentado alguna mejora Thomas?

—No, lo siento.

Añado para consolarlo:

—Usted es el único que se interesa por el estado del señor Roy... Hay muchos periodistas que vienen a vernos de vez en cuando, pero no cuentan...

—Se lo dije: ¡Tom no veía a sus amigos desde hacía varios meses! ¡Además de su editor y yo, me pregunto quién va a venir a su cumpleaños, el día veintidós!

Cambio de tema:

—Me gustaría entregarle esto.

Señalo el texto inédito.

—Es la novela que Roy estaba escribiendo cuando lo encontraron.

La expresión del agente cambia por completo. Coge el paquete de hojas como una persona hambrienta se abalanzaría sobre un trozo de pan. Su reacción se parece tanto a la de Jeanne que me recuerdan a dos actores en una audición para la misma obra. Añado:

—Es justo lo que pensábamos: la historia de un policía que quiere matar a unos niños.

Michaud me mira, casi aterrorizado.

—¡Dios mío! —exclama.

A continuación, se pone a hojear el escrito. Jeanne le explica las causas de la crisis de Roy, pero el agente la escucha distraído. Lee algunas frases de cada página a una velocidad sorprendente.

Jeanne acaba por callarse, indecisa. Observamos a Michaud unos instantes y comento:

—De todas maneras, se lo voy a dejar. Así como el cuaderno de artículos. Los escritos del señor Roy le pertenecen a usted más que a nosotros.

Pero Michaud sigue sin escuchar. Continúa recorriendo el texto de forma febril. A medida que pasa las páginas, aparece la confusión en su rostro. Entonces va a la última y mira abajo, cada vez más desconcertado. Jeanne le pregunta:

—¿Algún problema, señor Michaud?

Por fin, levanta la cabeza, sus ojos parpadean detrás de las gafas, e inquiera:

—¿Dicen que escribió este texto cuando regresó a su casa?

—Por supuesto. Vio el asesinato de los niños y eso le dio la idea de...

El agente me interrumpe:

—¿A qué hora tuvo lugar la matanza?

Un poco sorprendido, me paro a pensar y respondo:

—Por la tarde, me parece... Sobre las cuatro.

—¿Y qué hora era cuando la policía fue a casa de Thomas?

Miro a Jeanne, confuso.

—Alrededor de la una de la mañana —responde mi compañera, igual de intrigada.

Michaud echa otro vistazo a la última página y luego nos mira a cada uno.

—Vamos, esto no es serio.

Lo suelta con un tono de evidencia casi chocante.

—¿Cómo dice?

—¿Creen que Thomas escribió setenta y tres páginas en menos de nueve horas?

Jeanne y yo nunca nos hemos parado a pensar en esta cuestión.

—¿Por qué? ¿Es imposible?

Michaud me mira como si yo fuera idiota. Añado:

—Sé que sería muy rápido, pero bajo el efecto de la pasión o la inspiración se puede escribir a gran velocidad, ¿no? Siete u ocho páginas por hora es muy posible, me parece. Después de todo, es un primer borrador.

—Escuche —explica Michaud con paciencia—, en primer lugar, nunca he conocido a un escritor que produjera setenta y tres páginas en un día, ni siquiera un borrador... En todo caso, si existe, yo no lo conozco... En segundo lugar, Tom escribe despacio, como mucho produce diez páginas al día, y sin revisar... Además, lo que tengo en mis manos no es un primer borrador. Las hojas que he leído al azar demuestran que es un texto trabajado, estructurado y riguroso, ¡sin incoherencias! Las últimas páginas parecen un poco más confusas, ¡pero son las únicas! ¡Un rápido vistazo es suficiente para darse cuenta!

Como para desafiarla, Michaud le tiende el escrito a Jeanne. Ella, al principio dubitativa, lo coge y lo hojea a su vez. Reflexiono un instante. Antes, el texto me ha parecido bastante bien redactado...

—Bueno, habría empezado a escribirlo antes, nada más. La escena de la matanza solo es un esbozo al final, luego...

—¿Lo ha leído? —me interrumpe de nuevo.

Empiezo a ponerme nervioso.

—Por encima, señor Michaud, como usted. He visto que trataba de un policía que se preparaba para matar a unos niños en...

—Entonces se habrá dado cuenta de que esta idea no sólo aparece al final. ¡Todo el texto se basa en ella! ¡Desde la primera página, la intención se menciona! Léala, por favor.

Jeanne comprende que se dirige a ella, vuelve a la primera hoja y lee en voz alta:

—«Ya está, será pronto. Debe matar. Y sabe que lo hará. Su trabajo de policía no le servirá de coartada. Tampoco podrá alegar legítima defensa. Su gesto será gratuito. Esta ausencia de sentido levantará un vendaval de horror que barrerá el país de un extremo a otro. Pero al horror le añadirá la abominación: matará a unos niños. Esto lo convertirá en un monstruo para siempre. Y es lo que más le excita...».

Jeanne parece un poco desconcertada. Michaud repite:

—¡Desde la primera página! Y si me fío de lo que he leído, ¡todas estas páginas describen el estado mental del policía obsesionado por esta idea! ¡Al empezar la novela, Thomas sabía de lo que hablaba!

—¡Pues ésta es la prueba de que escribió todas estas páginas después de la masacre de Archambeault! —insiste Jeanne.

—Pero ¡eso es imposible! ¡Hay demasiadas páginas! ¡Y están muy bien escritas! —replica el agente.

Jeanne, que hojea el texto, se muestra insegura.

—Tiene razón, Paul. Esto no parece un borrador o un primer esbozo...

Esta vez empiezo a sentir cólera.

—Señor Michaud, ¿qué intenta decirme?

—¡Le digo que Tom no escribió estas setenta y tres páginas entre las cuatro de la tarde y la una de la mañana! ¡Lo conozco lo bastante como para poder jurarlo!

—Pero las escribió en ese lapso de tiempo. Es imposible que fuera de otra forma, ¿lo comprende? ¡Imposible! ¿Cómo se habría podido inspirar en un hecho real antes de que sucediera?

—¡Eso es lo que yo le pregunto! —protesta Michaud.

Un pesado silencio invade la habitación. Los tres nos miramos. No decimos nada.

Esto no encaja. No encaja en absoluto. Algo da vueltas en mi cabeza, algo chirría. Una cosa que no comprendo. Una intención, una idea. Un ligero vértigo se apodera de mí.

Después de un desagradable minuto de silencio, Jeanne propone al fin, muy tranquila:

—Señor Michaud, cuando alguien está en plena crisis psicótica, algunas de sus facultades pueden incrementarse de forma considerable. La fuerza física, por ejemplo. Incluso la velocidad de ejecución.

El agente la observa sin comprender. Yo veo perfectamente a dónde quiere llegar Jeanne

y siento un alivio tan bienhechor como excesivo. ¿Qué he temido exactamente en este corto silencio? ¿Una duda? ¿Una fisura en el orden lógico de las cosas?

—Durante la crisis, todo debía de ir muy, muy deprisa en la cabeza del señor Roy —explica Jeanne—. Roy tenía una necesidad irrefrenable de escribir esta historia. Su delirio, si me permite utilizar esta expresión, debió de multiplicar su imaginación por diez; incluso es probable que escribiera con sus facultades alteradas, que apenas se diera cuenta de lo que hacía. El alcohol y la droga pueden tener efectos similares. ¿Cuántos artistas han sido capaces de crear a una velocidad meteórica mientras se encontraban con sus facultades alteradas? William Burroughs se hallaba tan perdido en las nubes de la droga que no recuerda haber escrito una sola línea de *El almuerzo desnudo*...

Michaud hace un gesto poco convencido. Mi compañera añade:

—Balzac, por ejemplo, escribió *Papá Goriot* en sólo tres días. Y es una obra maestra de la literatura francesa...

—Balzac no estaba loco ni drogado, me parece... —protesta tímidamente Michaud.

—La cuestión no reside ahí...

—¡Aunque la cuestión resida en cualquier otra parte, no me harán creer que Tom escribió este texto en tan poco tiempo!

Al final, intervengo:

—Que usted lo crea o no en realidad no tiene importancia, señor Michaud. La lógica no necesita de su aprobación. Es la única explicación y punto.

Por la mirada que me lanza Jeanne, comprendo que he estado un poco seco, pero qué le vamos a hacer. Empezaba a exasperarme de verdad con sus dudas y sus teorías sobre la relativa rapidez de los escritores... De todas maneras, la explicación de Jeanne es más que satisfactoria.

Michaud opta por guardar silencio, aunque no parece muy conforme. Me pongo de pie y en un tono educado añado:

—Entonces, señor Michaud, se puede llevar el texto inédito y el cuaderno de artículos. Nosotros le tendremos al corriente.

Con cara de enfado, el hombre deja el texto sobre sus rodillas, coge el cuaderno de artículos y se pone a hojearlos también. Dirijo una mirada impaciente a Jeanne, quien con un gesto me indica que me tranquilice. El agente se detiene en una página y la examina despacio.

—Miren este artículo...

Vuelve el cuaderno en dirección a nosotros: «Una mujer ahoga a sus bebés en la piscina». Michaud habla del artículo con una sonrisa amarga.

—Esto tiene fecha de 1988. ¡Me acuerdo de que Tom me había dicho que pensaba escribir una escena de este tipo en su siguiente novela!

—Es verdad, aparece en su libro *Noche secreta* —confirma Jeanne—. Es una escena horrible.

—Era la fiesta de mi cuarenta y dos cumpleaños —evoca Michaud con voz lejana—. Le pregunté qué escandalosa novela me preparaba esta vez. Al principio, no quería decírmelo, pero ¡me lo debía por mi cumpleaños! A regañadientes, me habló de una idea para una escena: una mujer que ahoga a sus hijos. Me gustó mucho.

Se ríe, más triste que nunca.

—¡Joder! Y pensar que se le ocurrió al leer el periódico... Ni siquiera lo relacioné...

Me controlo para no suspirar. Un poco más impaciente, le digo:

—Señor Michaud, si es tan amable...

—Sí, por supuesto...

Se apresura a cerrar el cuaderno, pero de repente suspende su gesto y vuelve al artículo con el ceño fruncido.

—Hay algo que no encaja...

—¿El qué? —pregunta Jeanne.

Michaud estudia de nuevo el recorte mientras se acaricia despacio el mentón.

—No sé, pero... me parece que algo no encaja...

Estoy más que harto.

—Señor Michaud...

—Sí, sí...

Desiste de hacer ningún comentario y, con el cuaderno y el escrito bajo el brazo, se marcha al fin.

Jeanne me mira en silencio. Veo algo en sus ojos... Una especie de incertidumbre que me

recuerda su visita del sábado pasado...

—¿Qué sucede, Jeanne?

Está a punto de decir algo, pero se contiene, incómoda. Sé que le gustaría hablar, que siente unas ganas locas de confiarme lo que la preocupa. Sin embargo, de repente, esboza una sonrisa artificial, de una falsedad espantosa, y me suelta:

—Nada... Nada en absoluto. Oye, tengo que irme. He quedado con Marc en el centro...

Me da un beso. Yo no digo nada, me limito a observarla con atención. Pero ella evita mi mirada. Y se marcha.

Me siento en el sillón, terriblemente inquieto. Lo que tanto temía ha sucedido: la duda se ha instalado en Jeanne. Me lo ha querido ocultar hace un momento, pero la conozco demasiado bien. Ella empieza a considerar toda esta historia..., digamos que «anormal». Quiere luchar contra esta impresión, lo veo perfectamente, pero la duda es cada vez más fuerte.

Muevo la cabeza.

«¿Y tú? —me pregunta una vocecita—. ¿No tienes ninguna duda?».

No. Ninguna.

«Tal vez aquí esté la respuesta que llevas tanto tiempo buscando... Tal vez se encuentre en esta dirección “anormal”...».

No, imposible. Aquí no puede haber ninguna respuesta, ninguna.

Levanto la cabeza. Veo la puerta de mi consulta y, justo al lado, la del armario. Las estudio con atención. Sin saber por qué, de pronto me parecen fascinantes. Estas dos puertas cerradas, una al lado de la otra...

¿Qué me pasa ahora?

Llevo unos minutos perdido en mi absurda contemplación cuando suena el teléfono. Vuelvo ligeramente la cabeza hacia el aparato. Suena por segunda vez.

Entonces tengo la férrea convicción de que esta llamada está relacionada con Roy. Además, todos los acontecimientos recientes parecen girar alrededor de él... Sin embargo, esta vez va a ser más importante. Más fuerte. Más impactante.

Un tercer timbrado. Miro el aparato con tanta atención que se me nubla la vista.

¿Y si no fuera demasiado tarde para mí? ¿Y si en Roy estuviera realmente la respuesta a toda mi vida? ¿Un nuevo punto de vista? ¿Un paso hacia delante?

Pero ¿y si, al contrario, con él la pesadilla se volviera aún más profunda, aún más opaca?

Cuarto timbrado.

Boisvert justo antes de reventarse los ojos...

«¿Qué ve usted?».

Casi a mi pesar, alargo la mano hacia el teléfono. Y, mientras pego el auricular a la oreja, comprendo que Goulet no tenía razón: nada ha terminado.

—¿Dígame?

Mi voz es neutra, como si se me hubiera borrado definitivamente toda entonación.

—¿Doctor Lacasse?

Es Nicole, la enfermera jefe. Tiene la voz alterada.

—Se trata del señor Roy, doctor...

Un corto silencio. Creo que mi respiración invade el universo. Por fin, Nicole suelta la bomba:

—Ha hablado...

SEGUNDA PARTE

Las dos puertas

Te acercas cada vez más al altar. Delante, se encuentra el cura calvo. Sus ojos fulgurantes están fijos en ti. Te detienes frente a los escalones que conducen al púlpito. Esperas. Sabes por qué estás aquí, no es la primera vez.

Y, sin embargo, querrías huir.

Detrás de ti, sigues oyendo los ruidos, los gritos y las súplicas...

Por encima de ti, la sonrisa del cura se estira. Irónica. Cruel.

—Quisiste escapar de mí.

Conoces su voz. Como siempre, te encanta. Como siempre, te horroriza. Como siempre.

Él separa los brazos.

—Sabes bien que es inútil. Que nunca podrás escapar de mí.

Querrías cerrar los ojos. No puedes. De todas maneras, esto no te impediría ver.

El cura se ríe con sarcasmo. Y repite en un tono cortante:

—Nunca.

Capítulo 10

No cojo el ascensor, tengo demasiada prisa para esperar. Bajo la escalera corriendo y, a mitad de los escalones, me paro en seco, fulminado por un dolor que me taladra la caja torácica. Contraigo los dedos sobre el pecho mientras hago una mueca de dolor. Alarmado, me apoyo contra la pared y empiezo a respirar profundamente.

El corazón... Joder, es el corazón... Calmarme, tengo que calmarme...

Pasan los minutos y, gradualmente, el dolor disminuye. Abro al fin unos ojos llorosos. Estoy empapado en sudor.

¡Señor! ¡Sólo unos escalones a la carrera y casi me da un infarto! ¿En tan baja forma estoy?

Pero ¿cómo me he puesto tan nervioso? Con asombro, me doy cuenta de que no he sentido tanta excitación desde hace varios años... ¿Será el caso Roy más importante de lo que quiero creer?

Espero aún unos instantes, el tiempo de calmarme del todo, y continúo el descenso a paso normal. De mi terrible dolor en el pecho sólo persisten unos ecos lejanos.

Llego al Núcleo. Mientras me dirijo con rapidez hacia la habitación de Roy, Nicole, pisándome los talones, me explica:

—Lo ha oído Sandra. Entró para apagar la tele y entonces él dijo: «Tengo frío».

—¿Tengo frío? ¿Es todo lo que ha dicho?

—Sí. Sandra ha venido a avisarme enseguida.

—¿Hace frío en su cuarto?

—No, en absoluto.

Entramos en la habitación número nueve. El escritor está en el sillón, su mirada es tan nebulosa como siempre. Sandra, a su lado, se vuelve de inmediato hacia mí.

—No ha vuelto a decir nada.

Me acerco al escritor y lo examino con atención. Ni siquiera levanta los ojos.

—Señor Roy...

Ninguna reacción. Doblo las rodillas (¡ah, estos crujidos!) para ponerme a su altura.

—Señor Roy, ¿me oye?

La tensión es palpable. Dios mío, ¡si se ha vuelto a sumir en su estado catatónico, grito! Me dispongo a repetir la pregunta, pero él vuelve al fin la cabeza hacia mí. Sus ojos me miran; al menos, el ojo sano. Un ojo que me ve, claramente.

—Tengo frío —articula en voz baja.

Una voz algo ronca, pero perfectamente audible. Una oleada de calor me recorre todo el cuerpo.

—Nos ocuparemos de eso, señor Roy. Le taparemos con una manta.

Hago una seña a Sandra, pero Roy murmura:

—No..., no, es inútil...

—¿Está seguro?

Tiene una mirada dura y resignada a la vez. No insisto.

—¿Sabe dónde está, señor Roy?

Mira alrededor. Todos sus gestos son lentos, como si saliera de un letargo de dos siglos. Y su voz, a pesar de que su pronunciación y su cadencia son normales, resulta extrañamente plana, sin auténtica entonación.

—En un hospital, supongo...

—Sí, exactamente.

Todo va bien. Si Jeanne lo viera... Pero Nicole me ha dicho que mi compañera se ha marchado unos minutos antes de que Roy recuperara el habla. ¡Cuando se entere de lo que se ha perdido se hará el haraquiri!

—¿Sabe por qué está aquí?

Reflexiona. De pronto, una tristeza infinita inunda su ojo sano.

—¿Por qué no estoy muerto?

Su repuesta me coge desprevenido. Roy baja la cabeza.

—No estoy muerto —repite con voz cansada.

Dudo un momento, pero decido hacerle la gran pregunta:

—Señor Roy, ¿se acuerda de lo que pasó justo antes de que lo trajeran aquí?

Parece extenuado, aunque también percibo en él una vaga angustia.

—Estoy muy cansado... Me gustaría dormir...

Asiento con la cabeza. Es demasiado pronto para abordar este tema.

—Un par de preguntas más, señor Roy, y le dejo dormir... ¿Cómo se llama?

—Thomas Roy...

—¿Cuál es su fecha de nacimiento?

—Veintidós de junio de 1956...

—¿Su profesión?

Vacila, hace una extraña mueca y responde sin ganas:

—Escritor...

—¿Y su dirección?

—Hutchison, tres mil doscientos cuarenta y uno...

Vuelve la cabeza hacia mí y —algo que me parece increíble, pues no me lo esperaba— me sonríe. Es una sonrisa algo forzada, sin convicción, pero una sonrisa al fin y al cabo. Creo que yo también sonrío como un niño.

—¿Se ha quedado tranquilo, doctor?

—Sí, totalmente tranquilo...

Su sonrisa forzada desaparece enseguida y vuelven la fatiga y la ansiedad.

—Dormir...

Hace ademán de frotarse la frente y ve sus manos vendadas, sin dedos. Ya está...

Contengo el aliento y espero su reacción.

Entorna los ojos, con una expresión ligeramente incrédula, y deja caer la mano sobre la rodilla. Le oigo susurrar:

—Dios mío...

Es todo. Ni una palabra más. Me atrevo a preguntar:

—¿Sabe cómo perdió los dedos, señor Roy?

Nunca un hombre me ha parecido tan exhausto. Como si saliera de un largo combate.

¿Y no es exactamente el caso?

—Dormir —se limita a reiterar.

Hoy no conseguiré más información. Sandra y yo le ayudamos a acostarse. Roy cierra los ojos soltando un profundo suspiro. ¿De felicidad o de tristeza? No lo sé. Un terrible pensamiento me araña la mente: cuando se duerma, volverá a su mutismo y no despertará nunca. En un tono que pretende ser desenfadado, le lanzo:

—¡Esta vez, quédese con nosotros, señor Roy! ¡No se marche!

Entreabre los ojos. Su voz es opaca.

—Sería inútil... Él no me dejaría marchar...

Inclino la cabeza sobre él.

—¿Quién?

Ha cerrado los ojos.

—¿Quién no lo dejará marchar, señor Roy?

Su respiración es regular, su boca permanece entreabierta. Está dormido.

Me incorporo y me llevo a Sandra fuera de la habitación.

—¿Manon está aquí?

—Sí, la he visto hace cinco minutos.

—Perfecto. Reunión ahora mismo...

Unos minutos más tarde, nos encontramos en la sala de reuniones. Las cinco personas presentes esperan mis instrucciones con relación a Roy. Saben que el mueble ha vuelto a la vida.

—Aún no ha dicho nada importante. El jueves espero hablar con él más tiempo. Hasta entonces, no debe dormir más de ocho horas seguidas, ¿de acuerdo? Nicole, transmita esta consigna a las enfermeras de los turnos diurnos y nocturnos. También hay que tenerlo ocupado. Manon, haga muchas actividades con él para ver cómo reacciona. Pero no le mencione el motivo de su presencia aquí. Espere a que él mismo lo comente. Si pregunta lo

que hace aquí, contéstele que qué piensa él. Si quiere saber por qué no tiene dedos, pregúntele si se acuerda de algo. Pero nunca le responda directamente, ¿entendido? Díganle que lo veré pasado mañana. Es todo.

Ellas toman nota mientras suelto la ráfaga de instrucciones. Manon me pregunta:

—¿Cree que se acuerda de lo que pasó?

Reflexiono. Pienso en su reacción cuando se ha visto las manos vendadas: una mezcla de horror y resignación.

—Creo que sí. Pero ya veremos.

Me levanto y, a punto de salir, me vuelvo hacia ellas una última vez.

—¡Ah, sí! Hace un instante, delante de Sandra y de mí, ha comentado que alguien le impide volver al estado catatónico. Si lo vuelve a mencionar, intenten saber más sobre el tema.

Salgo por fin. Tengo que reflexionar con tranquilidad, pero la consulta no me parece el sitio más adecuado. Decido marcharme a casa.

Por primera vez desde hace mucho tiempo, le cuento mi jornada a Hélène. Ella me escucha con atención mientras terminamos el postre.

—No pareces muy entusiasmado —me dice al final.

Levanto la costra de mi trozo de tarta, dubitativo. En efecto, buena parte de la excitación se me ha pasado por el camino de regreso.

—Esta tarde estaba enfebreado. Y luego... Y luego he vuelto a la tierra... No averiguaremos nada más que lo que ya sabemos, mucho me temo...

—Nunca se sabe.

—Tienes razón, pero...

No acabo la frase. Silencio. Años atrás, esta conversación habría sido acalorada, apasionada. No hace tanto tiempo, incluso cuando le contaba a Hélène que se me había roto un cordón del zapato en el trabajo, la charla alcanzaba dimensiones épicas.

El silencio continúa.

Levanto los ojos. Ella piensa lo mismo que yo, lo veo perfectamente. Tomo una cucharada de tarta.

—Muy buena —digo con la boca llena.

—¿Jeanne está al corriente?

—No. Se subirá por las paredes cuando se entere... Mira, voy a llamarla.

Al ponerme de pie, evito la mirada de mi mujer, aunque la adivino sin dificultad; una mirada que debe de decir: «Así puedes levantarte de la mesa más deprisa...». Me siento un cobarde.

Por teléfono, se lo cuento todo a Jeanne, hasta los más mínimos detalles. Como había previsto, ella explota:

—¿A qué hora ha pasado?

—Hacia las cuatro y media...

—¡No puede ser! ¡Acababa de marcharme! ¡Qué mierda!

Sonrío, divertido.

—Vamos, Jeanne, una chica joven debe vigilar su lenguaje...

—¡No tiene gracia, Paul!

Se lamenta aún unos instantes y acaba por resignarse.

—Bueno, nunca me lo perdonaré, pero qué le vamos a hacer. ¿Y el siguiente paso cuál es?

—El jueves por la mañana le interrogaré en serio. ¿Quieres estar presente?

—¡Sí quiero! Cuando le pidieron a Neil Armstrong que fuera el primero en pisar la Luna, ¿qué crees que respondió?

Encuentro la analogía excesiva, pero me guardo muy mucho de decirlo.

—Paul, reconoce que... esto te pone un poco nervioso.

—Un poco, es verdad, pero ya me he calmado. No creo que Roy nos cuente nada extraordinario.

Silencio al otro lado del hilo telefónico. Al final, añadido:

—Después de todo, así es mejor. Quizás esto te devuelva a la tierra...

Jeanne se sorprende.

—Si no hay nada extraordinario en el caso Roy, seré la primera en alegrarme. ¿Crees que deseo que haya algo misterioso en esta historia?

—De todas maneras, esta tarde, reconoce que empezabas a... a tener tus dudas.

Como no responde, le digo:

—Entonces, ¿nos vemos el jueves por la mañana?

—¡Cuenta conmigo!

—Y, como te decía..., no nos hagamos demasiadas ilusiones. Nos podemos llevar una decepción.

—¿Una decepción? Roy ha recuperado el habla. ¡Ya es algo formidable! ¿Cómo podría sentirme decepcionada?

Su respuesta me coge totalmente desprevenido. Ella emite un sonido exasperado.

—Piensas que tengo grandes expectativas, Paul, pero puede ser al contrario. Quizá las tuyas sean demasiado grandes...

«Después de veinticinco años, me parece que estoy en mi derecho de tener grandes expectativas» es la reflexión que me viene a la mente, pero me limito a decir:

—Hasta el jueves, Jeanne.

Cuelgo.

¿Tiene razón Jeanne? En el fondo, ¿pido demasiado? ¿Qué espero del encuentro con Roy el próximo jueves? Si no es esperanza, ¿de qué se trata?

Recuerdo lo que he pensado esta tarde, cuando ha sonado el teléfono de la consulta... La idea de que Roy podía ser la respuesta a todo... o, por el contrario, que lo volvería todo aún más opaco...

Me dirijo a la cocina para reunirme con Hélène.

Ya no está.

Mi consulta está invadida por la niebla. En medio de la bruma, flota el teléfono. Y suena. Un timbre sordo, lúgubre y siniestro.

Es referente a Roy. Van a decirme que ha empezado a hablar.

Pero esta vez no respondo. No quiero. No quiero que Roy vuelva a hablar. No quiero porque... porque...

«Demasiado tarde. Ya has respondido».

El teléfono se dirige hacia mí sin dejar de sonar, como si anunciara el fin del mundo. Su timbre grita cada vez más fuerte, cada vez más agudo...

Me despierto. En la oscuridad de la habitación, el timbre sigue sonando, muy real. Oigo a Hélène gemir a mi lado.

—Deja —baluceo—, ya lo cojo...

A ciegas, alargó la mano hacia la mesilla de noche y, tumbado boca arriba, respondo con voz soñolienta:

—¿Dígame?

—¿Doctor Lacasse, le he despertado?

Muevo un ojo hacia el reloj. Los números rojos brillan en las tinieblas: 6:02.

—¿Qué cree, que estoy jugando al tenis? —respondo en un tono seco.

—Lo siento, yo... yo soy muy madrugador y, como usted es psiquiatra, he pensado... que se levantaría pronto para ir al hospital, así que...

—Hoy no voy al hospital, los miércoles nunca...

—¡Oh! No sabe cuánto..., cuánto...

—Pero ¿quién llama?

Conozco esta voz nerviosa...

—Soy Patrick Michaud...

Si no estuviera acostado, me caería de espaldas.

—Por el amor del cielo, Michaud, pero... ¿cómo ha conseguido mi...?

—Pues... ¡en la guía de teléfonos!

Suspiro. Hélène siempre ha pensado que sería mejor que nuestro número no apareciera en el listín telefónico. ¿Por qué no la habré escuchado? Además, ella se burla ahora roncando a mi lado. Bendita sea.

—Señor Michaud, me parece que se está pasando un poco...

—¡Pero es muy importante, créame! —responde el agente excitado—. ¡Si no, nunca me hubiera atrevido! Escuche, he pasado la noche en blanco, pensando en nuestra conversación de ayer cuando ¡bang! ¡Me ha venido a la mente! ¡A las seis, no podía más y he decidido llamarlo! Porque pensaba que estaría levantado, ya que...

—¡Sí, sí, eso ya me lo ha dicho! Oiga, llámeme dentro de unas horas. Yo también tengo cosas que...

—¡No, no, esto no puede esperar! —replica insolente—. ¡Ya que le tengo al teléfono, es preciso que se lo diga!

Suspiro de nuevo. Michaud es como un niño. Ya lo he catalogado: es un niño caprichoso, que me desarma.

—¿Se acuerda cuando vi el artículo de la mujer que había ahogado a sus dos hijos? Le dije que, en la fiesta de mi cumpleaños, en 1988, Tom me confió que tenía intención de incluir una escena de este tipo en su próxima novela. ¿Lo recuerda?

—Sí, sí...

—Pero el artículo me intrigaba, ¿también se acuerda? Lo leí delante de usted y dije que algo no encajaba...

Empiezo a sentir curiosidad.

—Sí, me acuerdo...

—Pues bien, ¡he releído el artículo y he encontrado lo que no encajaba! ¡Se trata de la fecha! ¡El artículo está escrito el treinta de mayo de 1988!

—¿Y bien?

—¡Mi cumpleaños es en abril!

Guardo silencio. Debo de estar demasiado dormido porque no comprendo a dónde quiere llegar Michaud. Él se explica, muy nervioso:

—¡Doctor Lacasse, el artículo se publicó en mayo! ¡En mayo! ¡Y Roy me habló de esta escena el día de mi cumpleaños, el veintitrés de abril! ¡Me contó su idea antes de que se produjese el suceso real!

No digo nada. De repente, las mantas de la cama se han vuelto gélidas. Durante un segundo, veo la sonrisa de Monette planear en las tinieblas, pero la ahuyento en el acto. Michaud insiste:

—¡Él pensó en la escena de una mujer que ahoga a sus hijos y, un mes después, sucede un drama similar!

«¡Lo he comprendido, lo he comprendido, joder! —tengo ganas de gritarle—. ¡He comprendido lo que quiere decir! ¡Cómo he comprendido lo que Monette intenta insinuar! ¡Cómo he comprendido las dudas de Jeanne esta tarde! ¡Los he comprendido a todos! Pero no puede ser, ¿me entiende usted? ¡No puede ser!».

Por fin, abro la boca y me sorprendo al constatar hasta qué punto mi voz está serena:

—Es una casualidad, señor Michaud.

—¿Perdón?

Me humedezco los labios.

—Una casualidad... Además, seguramente esta casualidad perturbó al mismo señor Roy...

—Una casualidad...

Su tono es dubitativo. Y yo, aunque sigo con ganas de gritar, prosigo en voz baja:

—Es posible, ya lo sabe.

—Sí, salvo que... He pensado en todo eso y...

Cierro los ojos. ¿Cuánto tiempo podré aguantar antes de mandarlo al diablo?

—Ya sabe, el texto de setenta y tres páginas... —continúa Michaud—. Ya le he dicho que no podía haberlo escrito después de la matanza de los once niños... Que, en mi opinión, lo empezó antes... Pero, además, si pensó en la historia de la mujer que ahoga a sus hijos antes de que ocurriera...

Se calla, inseguro, y añade:

—¿Usted piensa que son casualidades?

No digo nada. Otra vez. Vuelta a empezar. El dúo Monette-Jeanne cuenta con un nuevo miembro. Ahora son tres contra mí. No me queda saliva, pero consigo decir, con una voz ligeramente temblorosa:

—Señor Michaud, me parecía que le había convencido de que Roy había escrito el texto después de la masacre...

—¡Oh! ¡Nunca me quedé convencido y usted lo sabe! Y con la historia de la mujer que ahoga a sus hijos además...

Es suficiente. No puedo más. Tengo demasiado frío. Me zumba la cabeza, pero me oigo decir:

—Escuche, señor Michaud, no... no deseo hablar de esto ahora con usted, pero...

Dudo, ya no sé. Voy a estallar, lo noto, diré una tontería si no cuelgo enseguida.

—Venga a verme el jueves al hospital. Hablaremos. Tengo... Hay novedades...

—¿Relacionadas con Roy?

—El jueves por la mañana —digo en un tono agudo.

Y cuelgo.

Todo está tranquilo. Tumbado de espaldas, miro las tinieblas del techo. Oigo susurrar a Hélène:

—¿Quién era?

—El agente de Roy. Nada importante.

Todo está tranquilo, pero en mi cabeza hay una tempestad. Una tempestad que puede llevarse todo a su paso. Y arrastrarme a mí también.

¡No puede ser, no, no, no! ¡No yo, no yo!

«El jueves por la mañana, todos os daréis cuenta de que estabais equivocados. ¡Veréis que Roy es un caso corriente! ¡Lleno de extrañas casualidades, pero corriente! Un loco como los demás...».

¿Como los demás? ¿Acaso todos los locos se parecen?

¿Ven todos lo mismo?

«El jueves lo veréis... ¡Lo veréis!».

Doy un puñetazo contra el colchón y me pongo de lado.

No vuelvo a conciliar el sueño. Imposible. Tengo los ojos abiertos de par en par. En la oscuridad, distingo la puerta de la habitación y la del cuarto de baño.

Dos puertas cerradas en tinieblas.

Sin comprender el motivo, siento un profundo malestar y me quedo mirándolas hasta las primeras luces del alba.

Capítulo 11

Jueves, 5 de junio, nueve y media de la mañana: zafarrancho de combate en el hospital. En la sala de reuniones, estamos todos sentados alrededor de la mesa y siento que hay electricidad en el ambiente. Jeanne, a mi lado, está erguida y serena, pero debajo de la mesa su pierna derecha no deja de moverse.

No le he contado la llamada de Michaud. Incluso yo mismo he intentado no pensar en ello, ahuyentar el malestar que experimenté. De todas maneras, ¿para qué insistir sobre el tema? Muy pronto, todo estará resuelto. Cuando Thomas Roy nos lo cuente, todo volverá a su sitio.

Comienzo la reunión abriendo el expediente que tengo delante de mí.

—Bueno, quiero un informe de lo que ha hecho Roy durante los dos últimos días. ¿Manon?

—Ayer pasé dos horas con él. Habló, pero muy poco. Le pregunté cómo se encontraba y me respondió: «No muy bien». Cuando le pregunté por qué, no contestó nada. Como usted nos indicó, no le mencioné los motivos de su presencia aquí. Y él tampoco me hizo ninguna pregunta al respecto.

—¿Ninguna?

Manon mueve la cabeza.

—Durante dos horas, le formulé preguntas elementales, le enseñé fotos, le hice leer, etc. Todo parece normal. Fue muy dócil, al menos hasta el final, que empezó a manifestar cierta impaciencia.

—¿Sólo se impacientó hacia el final? ¿Antes no? ¿Nunca preguntó por qué le pedía que hiciera todo eso?

—No.

Hago un gesto de sorpresa.

—¿Nada de particular que señalar? —interviene Jeanne.

—Una cosa, tal vez...

La ergoterapeuta coloca un gran cartón encima de la mesa.

—En un momento dado, le pedí que dibujara algo, cualquier cosa. Lo que se le pasara por la cabeza.

Enarco las cejas.

—¿Dibujar sin dedos?

—Lo sé. Quería ver cómo reaccionaba.

—¿Y?

—Miró los lápices de colores, cogió uno entre las palmas de las manos y se puso a pintar. Sin hacer la menor alusión a sus manos sin dedos.

Me rasco la barbilla, perplejo. Desde el principio, las cosas no se desarrollan como había previsto. ¿Es una señal? ¿Una señal de que Roy nos va realmente a sorprender hoy?

«No ha terminado...».

—Entonces, ¿hizo un dibujo sosteniendo los lápices entre las palmas de las manos?

—Eso es. Evidentemente, no es muy preciso, los trazos son gruesos, más bien torpes... Yo debía sostener el cartón, que se deslizaba todo el tiempo, pero el resultado es un dibujo satisfactorio... e intrigante.

Levanta el cartón y, de forma espontánea, todo el mundo acerca la cabeza. A pesar de la tosquedad del dibujo, se reconoce una silueta, aparentemente masculina, vestida de negro. Sobre todo, llama la atención su rostro. Está difuminado, como si alguien hubiera intentado borrarlo, pero se distingue vagamente una sonrisa, una nariz... Los ojos destacan por su nitidez. Roy los ha coloreado de un verde brillante. La figura no tiene pelo.

—¿A quién representa?

—Eso es lo que le pregunté —responde la ergoterapeuta—. Al principio, no respondió nada. Examinaba su dibujo con gesto contrariado, casi inquieto. Luego dijo: «Nunca tendría que haber dibujado esto... Rómpalo». Le pregunté por qué, pero no contestó.

Entonces Manon señala el cuello del personaje, que está rodeado de un anillo blanco, con una pequeña banda negra en el centro.

—Parece un alzacuellos —observa Jeanne.

—Es lo mismo que yo pensé. Le pregunté al señor Roy si había dibujado a un sacerdote. Siguió sin responder nada, un poco huraño. Insistí y entonces él me dijo que estaba harto de mis pequeños ejercicios terapéuticos.

—¿Dijo eso?

—Sí. Era muy consciente de que estaba digamos... «recibiendo un tratamiento». Le pregunté: «¿Por qué dice ejercicios terapéuticos?». Pero nada. Cambié la pregunta: «¿Por qué piensa que le pedimos que haga estas cosas?». Suspiró y me rogó de nuevo que rompiera el dibujo. Entonces decidí dar la sesión por terminada.

Sigo acariciándome la barbilla, pensativo; luego lanzo una breve mirada a Jeanne. Ella continúa observando el dibujo, visiblemente intrigada.

—Gracias, Manon. ¿Nicole?

La enfermera jefe se encoge de hombros.

—No tengo nada que decir. Cuando le preguntamos si todo va bien, se limita a asentir, lo que no resulta muy claro como respuesta. Ve la televisión durante todo el día, sin verdadero interés. Casi nunca sale de su cuarto. Ningún paciente se ha encontrado aún con él. Ha pedido que le llevemos la comida a la habitación. Hemos aceptado. Por supuesto, seguimos afeitándolo y lavándolo. Y le ayudamos a comer.

—¿Les habla?

—Muy poco. «Buenos días», «gracias»... Educado, pero taciturno. A veces, dice algo más, pero se calla de repente, como si...

—Es verdad —confirma Manon—. Cuando la conversación toca temas personales, se encierra en sí mismo, se muestra huraño. A la defensiva.

Escucho con atención y me dirijo a la enfermera jefe:

—¿Tampoco les hace preguntas? ¿Nunca le ha preguntado a usted o a una enfermera qué está haciendo aquí?

—Nunca.

—¿Y sus manos? ¿Nada al respecto?

—Ninguna alusión.

Empiezo a formarme una idea. Me dirijo a la ergoterapeuta:

—¿Qué piensa usted, Manon?

—No tiene ningún trastorno de memoria, de análisis o de comprensión. Ha resuelto varias operaciones matemáticas, sabe en qué año estamos. Le enseñé los periódicos y me nombró sin problemas a las personas que aparecían en las fotografías: políticos, actores... En este sentido, todo va bien. Creo que es perfectamente consciente de lo que le sucede. Si no hace preguntas, es porque se acuerda de todo y se niega a hablar de ello.

Asiento despacio.

—Me parece que todos estamos de acuerdo en eso.

Me pongo de pie.

—¡Bueno, voy a examinarlo más de cerca...!

Las mujeres me imitan, con un ruido desagradable de corrimiento de sillas.

—¿Lo acompaño, doctor? —pregunta Manon.

—No, está bien. La doctora Marcoux y yo lo veremos a solas. ¿Está levantado?

—Levantado, lavado y afeitado.

A punto de salir, me vuelvo hacia Nicole.

—El señor Michaud, el agente de Roy, vendrá esta mañana. En cuanto llegue, indíquele que se reúna con nosotros.

Echo un último vistazo al sacerdote dibujado por Roy. Apenas mejor que el garabato de un niño..., pero hay algo extrañamente siniestro en este dibujo...

Jeanne y yo nos dirigimos a la habitación del escritor. En un momento dado, oigo que ella me susurra:

—Nunca me he sentido así, Paul.

—Ya verás cómo todo tiene una explicación y no hay ningún misterio.

De repente, pienso en la llamada de Michaud.

La puerta de Roy está cerrada. Doy dos golpecitos. Al mismo tiempo, veo a la señora

Chagnon a nuestra izquierda, un poco más lejos, en mitad del pasillo. Nos mira con aire de reproche. Me vienen a la memoria sus palabras del otro día.

«Lleno de mal».

¿Qué me dijo Louis? ¿Que se había vuelto paranoico?

—Adelante —dice una voz apagada al otro lado de la puerta.

Jeanne y yo entramos. Roy, sentado en su sempiterna silla, oye la televisión.

—Buenos días, señor Roy.

—Buenas —musita sin volver la cabeza, indiferente por completo a nuestra presencia.

Nos colocamos a cierta distancia de él. Roy finge que no nos ve. En la televisión, un científico explica el complejo mecanismo del sistema nervioso del caracol.

—¿Podemos hablar con usted?

Se encoge de hombros. Bajo el sonido de la televisión y me vuelvo hacia él.

—¿Se acuerda de mí?

Por fin, se digna a mirarme. De nuevo, me doy cuenta de lo difícil, casi imposible, que es distinguir el ojo sano de la prótesis. Me observa sin sombra de emoción.

—Por supuesto que me acuerdo.

Se vuelve hacia la tele.

—Usted es Martin Luther King.

Su respuesta me coge tan de sorpresa que, por un segundo, pienso en echarme a reír. Pero me contengo, inquieto de repente. Echo una mirada a Jeanne. Se siente insegura, como yo. Me dirijo al escritor y pregunto en tono neutro:

—¿De verdad lo cree, señor Roy?

—Ayer, la ergoterapeuta me hizo realizar una serie de ejercicios —responde con una voz monocorde—. Imagino que esos jueguecitos han demostrado que no tengo problemas en lo que se refiere a...

Termina su frase con un curioso movimiento de muñeca junto a la sien. Asiento, tranquilo. Entonces me lanza una sonrisa desprovista de alegría o de cualquier otra emoción. La misma sonrisa vacía y mecánica con que me obsequió el martes.

—Entonces seguramente soy capaz de acordarme de una persona que he visto hace apenas dos días..., doctor Lacasse.

A mi vez, esbozo una sonrisa.

—Seguramente, sí...

Dudo un segundo, luego vuelvo a la carga:

—Si su memoria es buena, ¿eso quiere decir que se acuerda de todo?

La sonrisa desaparece. Me mira un instante y, a continuación, vuelve a la tele. Me pregunto si debo insistir, pero decido que no.

Despacio...

—Le presento a la doctora Marcoux.

Roy mira a Jeanne por primera vez, con una ausencia de interés total. Siento que mi compañera, a mi lado, se pone tensa.

—Encantada, señor Roy —dice por fin con una voz muy tranquila.

Ella debía de soñar con este momento desde hacía mucho tiempo, pero eso no le impide comportarse de un modo extremadamente sereno.

—Encantado, doctora.

—¡Es su mayor admiradora! —le informó sonriendo.

Jeanne me mira de soslayo y yo me río para mis adentros.

—¿De verdad? —dice él, ligeramente sorprendido.

—Pues... digamos que he leído todos sus libros y... que he disfrutado mucho.

Entonces, Roy la contempla con una especie de decepción, casi de asco y, antes de volverse hacia la pantalla, le suelta:

—Peor para usted.

La cara de Jeanne se derrumba, desconcertada. En este momento, yo también me sorprendo, aunque, pensándolo bien, no es tan extraño: Roy ha querido suicidarse a causa de los remordimientos que sentía por sus libros, entonces...

A continuación, el escritor se levanta y camina hacia la televisión. Consigue apagar el aparato con el codo. Se gira en dirección a nosotros y levanta las manos vendadas, con ironía:

—A la vista de las circunstancias, no me desenvuelvo mal, ¿eh?

Jeanne pregunta entonces:

—¿Qué le ha pasado en las manos, señor Roy?

Él nos mira de arriba abajo. Es la primera vez que le plantean la cuestión de forma directa.

—Lo saben perfectamente —responde con voz sombría.

—Nosotros sí, pero ¿lo sabe usted?

Adopta un rictus altanero.

—¡Vaya con los psiquiatras! Siempre se andan por las ramas. ¡Ninguna afirmación, sólo preguntas!

Entonces me dice con evidente desprecio:

—Una vida llena de preguntas sin respuesta, ¿eh, doctor?

No es la primera vez que un paciente busca el enfrentamiento, pero rara vez han conseguido dar donde me duele con tanta precisión como Roy acaba de hacer. Me siento tan desestabilizado que Jeanne, que ha debido notarlo, me saca del apuro tomando el relevo:

—¿Por qué se ha mutilado de ese modo, señor Roy?

Ella ha decidido precipitar un poco las cosas y tiene razón. El escritor se sienta de nuevo, otra vez a la defensiva.

—Eso también lo saben...

Su voz pretende ser dura, pero se percibe una grieta por donde emana la tristeza y la resignación...

—No quiere volver a escribir, lo hemos comprendido. Sin embargo, continuó haciéndolo con un lápiz metido en la boca durante un corto espacio de tiempo...

Roy levanta la cabeza sorprendido. Debe de preguntarse cómo sabemos eso. Siento un ápice de orgullo infantil. Sherlock Lacasse acaba de apuntarse un tanto.

—¿Por qué continuó escribiendo, incluso con los dedos cortados? —pregunto con calma—. ¿Por qué, señor Roy, consideró el suicidio como la única solución para dejar de hacerlo definitivamente?

Aguardo, sin esperar realmente una respuesta. Si nuestros pacientes supieran por qué pierden el control, ya no habría problemas. Incluso cuando responden, no siempre es de mucha utilidad: suelen decir que es el diablo u otra fuerza análoga lo que les obliga a actuar... Además, Roy, después de cierta vacilación, acaba por darnos la misma respuesta.

—Es él —susurra—. Él me obligaba...

Lanzo una mirada elocuente a Jeanne. Yo tenía razón: el caso Roy va a resultar una vieja y común psicosis. «*The devil made me do it!*».

—¿Quién es ese «él», señor Roy? —pregunta Jeanne, poco convencida.

El escritor mantiene la cabeza baja. Si nos fiamos de sus gestos, es evidente que lamenta haber hecho esta confesión.

—¿El sacerdote que ha dibujado? —continúa ella.

Asiento en silencio. Tiene sentido. Además, explicaría por qué Roy se arrepiente de haberlo pintado, por qué tenía tanto interés en romperlo.

Como para dar la razón a Jeanne, el escritor levanta bruscamente la cabeza, pero esta vez no es sorpresa lo que se lee en su rostro. Es un miedo terrible. Aunque este terror dura poco, la cólera lo sustituye con rapidez.

—¡Joder, le dije que lo rompiera! —gruñe en voz baja.

—Es él, ¿verdad? ¿Es el sacerdote que le obliga a escribir?

Sé que se trata de un asunto delicado, pero Roy lo comprende perfectamente: su sistema de defensa se desmorona y una inmensa tristeza invade su rostro. Su respiración se acelera un poco y, sin mirarnos, pregunta:

—¿Cuántos han muerto?

Frunzo el ceño.

—¿De qué está hablando?

—¡Ya lo sabe, joder, deje de reírse en mi cara!

Ha soltado estas palabras con vehemencia, con los dientes apretados, haciendo un esfuerzo supremo para no gritar. Pero se calma enseguida y cierra los ojos un instante.

—¿Cuántos? —repite.

Su tono no admite réplicas ni mentiras. Jeanne me lanza una mirada de ánimo. Con voz neutra, respondo al fin:

—Once.

Profiere un breve pero potente suspiro. Luego otro. Y un tercero. Parece que está a punto de sufrir una crisis de asma. Aunque es el dolor, que intenta salir, un dolor espantoso, enorme... La expresión de su cara se vuelve desfavorida. Sigue exhalando esos atroces jadeos de angustia. Sin embargo, consigue articular:

—¡Oh, no! ¡Oh, no, no, no...!

Se cubre la cabeza con las manos; si hubiera tenido dedos, creo que se habría arrancado el cabello. Poco a poco, sus jadeos se convierten en sollozos.

—Esta masacre parece afectarle, señor Roy...

Tiene los ojos llenos de lágrimas, aunque no corren por sus mejillas. Mira al techo, como si, debajo de la tarima, viera cosas inmundas...

—Para morir —musita—. Para morir...

—Sin embargo, ha escrito sobre el suceso. Su nueva novela trata de...

—No lo comprenden —me corta indolente mientras mueve la cabeza—. No lo comprenden...

Gime y con el brazo hace un gesto de desánimo.

—Comprendemos más de lo que usted piensa, señor Roy. Su cuaderno de artículos, por ejemplo...

Entorna los ojos, asombrado.

—¿Los artículos? ¿Han descubierto mi cuaderno?

—Por supuesto —prosigue Jeanne—. Esos artículos que le servían de inspiración para escribir sus novelas, los hemos leído...

—Sabemos que se siente culpable por esto, señor Roy. Pero no hay motivo. Entendemos muy bien lo que ha pasado.

Entonces, él hace lo último que me podría imaginar: ¡se ríe! Una risa sincera, francamente divertida, pero también nerviosa, desesperada, un poco loca. Estoy tan estupefacto que me siento aturdido.

—¡Y creen que lo comprenden! —dice entre dos espasmos de risa—. ¡Creen que lo comprenden todo!

Sigue riendo. Casi ofendido, le pido con una voz algo seca:

—Entonces explíquenoslo, señor Roy.

Deja de reír y se levanta. Su palma derecha se posa en mi hombro y, sin que yo sepa cómo, consigue agarrarme sin dedos y me obliga a acercarme a él con una fuerza sorprendente. Tengo su rostro muy cerca y su mirada clavada en la mía. Lo que veo en su ojo sano me produce un profundo malestar. La mirada de alguien que ha visto cosas... cosas que yo nunca veré...

Nunca...

Su voz terriblemente ronca me susurra a la cara:

—¡No lo sé! ¡Ni siquiera yo lo comprendo!

Y, como si esta confesión lo aterrorizara, se queda lívido de pronto, me empuja y se acurruca en la silla.

Lo observo un rato. A mi lado, Jeanne pregunta:

—En cualquier caso, hay un par de cosas que usted sabe, señor Roy, pero no quiere decirnos... Ese sacerdote, por ejemplo... ¿Qué conoce de él?

El escritor guarda silencio. Su cara es sombría e impenetrable.

Es el momento que Michaud elige para irrumpir en la habitación, sin llamar.

Me dispongo a decirle lo que pienso, pero recuerdo que he pedido que nos lo mandaran en cuanto llegara. Ni siquiera nos mira a Jeanne y a mí. Sus ojos se clavan en Roy. Enseguida se da cuenta y balbucea:

—¡Tom! ¡Tom, estás... estás curado!

La elección del término me haría reír en otras circunstancias. Al ver a su agente, Roy tiene una reacción inesperada: de contrariedad.

—Patrick —se limita a gruñir.

Michaud casi se abalanza sobre él. Se cuelga de su cuello, le coge por los hombros. Su cara resplandece, como un padre que encuentra a su hijo pródigo.

—¡Tom, Tom, por fin hablas! ¡Hablas, no salgo de mi asombro! ¡Joder, me has dado un susto! ¡Has dado un susto a todo el mundo! ¡Los periodistas, los lectores, todos se preguntan qué te ha pasado!

De repente, el rostro de Michaud se vuelve trágico.

—¿Qué ha pasado, Tom? ¿Por qué te has...? —señala las manos—, ¿por qué te has hecho eso? ¿Por qué has querido... matarte?

Jeanne me lanza una mirada dubitativa. Le indico que no intervenga. Al final, la llegada sorpresa del agente puede sernos útil. Tengo curiosidad por ver la reacción de Roy frente a la efusividad natural de Michaud. Con nosotros, juega al escondite. ¿Podrá hacer lo mismo con un amigo? Retrocedo unos pasos y Jeanne me imita.

Roy, manifiestamente incómodo, baja la cabeza.

—No tengo ganas de hablar de eso, Pat...

—¡No tienes ganas! ¡Escucha, Tom, hace demasiado tiempo que me ocultas tus cosas y ya está bien! ¡Dime lo que sucede de una vez por todas!

Michaud se ha olvidado por completo de nuestra presencia, de Jeanne y de mí. Los dos observamos la escena con mucho interés.

—¡Hace más de tres semanas que estás aquí! ¡Durante este tiempo, hemos descubierto cosas sobre ti! ¡Como ese cuaderno que guardabas con todos los artículos de periódicos! ¡Nunca me habías hablado de él!

Roy continúa con la vista fija en las rodillas y la cara impenetrable; pero sus rasgos crispados muestran una lucha interior. No quito los ojos de él, sin darme cuenta apenas de que me froto la barbilla con insistencia.

—¡Pero contéstame, Tom, joder! —grita Michaud nervioso—. ¡Igual que la novela que estabas escribiendo cuando te encontraron! ¡Trata de... un policía que mata a unos niños! ¡Como la... la masacre de la calle Sherbrooke! ¡Que tú presenciaste, además! ¿Querías inspirarte también en eso? ¡Es espantoso, Tom!

Con la mención del asesinato de los niños, un débil gemido cruza los labios del escritor. Pero Michaud insiste, sin darse cuenta de lo que dice, porque ya no puede aguantar más las preguntas que acumula desde hace tres semanas.

—Pero ¿cómo has podido escribir setenta y tres páginas en una tarde? ¡Es imposible! ¡Seguro que no has escrito todo eso después de ver el asesinato!

Ya estamos. Roy va a decir por fin que sí, que escribió las setenta y tres páginas después de la masacre y todas las teorías absurdas, todas las dudas malsanas se esfumarán. Por eso, espero la respuesta con impaciencia.

El escritor, con cara de desesperación, me implora en un susurro.

—Hágalo salir, doctor...

Esta súplica me estremece de un modo singular. Después de todo, quizá Michaud ha ido un poco lejos. Estoy a punto de acercarme al agente cuando Jeanne me hace una seña para que me detenga. La observo sorprendido. Ella no le quita ojo a Roy; está como hipnotizada. Ella también espera la respuesta con una especie de pavor.

—Empezaste a escribir el texto antes de la matanza, ¿eh, Tom? —prosigue Michaud, obsesionado con su propia idea—. ¡Díselo! ¡No me creen! ¡Están seguros de que lo has escrito después, pero yo sé que no es posible! Comenzaste antes, ¿verdad?

—¡Hágalo salir! —repite Roy, que empieza a forcejear tímidamente entre las manos de su amigo.

—Señor Michaud, creo que debería...

—Espera, Paul —me susurra Jeanne al tiempo que me retiene decididamente con la mano derecha.

La miro extrañado, casi estupefacto.

—¡Jeanne!

—Lo empezaste antes, ¿sí o no, Tom? —insiste Michaud.

—¡Hágalo salir!

Roy grita, a punto de explotar, con todo el cuerpo en tensión.

—¡Señor Michaud, ya basta!

—¡Deja que responda, Paul!

Todo va demasiado deprisa, todo se precipita. Como si en la habitación hubiera un tornado loco. Michaud repite la pregunta sin cesar; Roy me suplica, sollozando como un niño; quiero sacar a Michaud de aquí, pero Jeanne me lo impide... ¡Qué cacofonía histérica! No logro poner orden en esta leonera, se nos debe de oír hasta en el pasillo. Por fin, consigo agarrar a Michaud por los hombros y empujarlo hacia mí.

—¡Señor Michaud, ya basta!

—Lo empezaste antes, ¿sí o no, Tom? —pregunta el agente por última vez.

—¡Sí! —grita Roy levantándose de un brinco, con una cara demente y enrojecida—. ¡Sí, lo empecé antes! ¡Una semana antes del asesinato de los once niños! ¡Sí, sí, sí!

De repente, todo se paraliza en la habitación. Miro a Thomas Roy, pasmado. Michaud, a quien mantengo agarrado por los hombros, abre unos ojos como platos detrás de las gafas. Ahora parece incrédulo frente a esta respuesta que, sin embargo, quería oír. A mi espalda, estoy convencido de que Jeanne se encuentra en el mismo estado.

Despacio, dejo caer los brazos a lo largo del cuerpo. Entonces pronuncio esas palabras que nunca he dicho a ningún paciente en mis veinticinco años de psiquiatra:

—Eso es imposible, señor Roy...

No se contradice a un paciente durante su delirio. Afirmar que su realidad es imposible resulta completamente inútil. Pero debía decirlo, fuera útil o no.

Debía decirlo por mí.

Por supuesto, Roy mueve la cabeza desesperado, sin tener en cuenta mi comentario. Detrás de mí, oigo a Jeanne preguntar con voz incrédula:

—¿Usted... usted tuvo la idea antes?

Pero Roy no responde. Una vez más, se da cuenta de lo que acaba de decir. Su mirada está llena de pánico y de rencor. Se sienta, cruza los brazos e inclina el cuerpo, como un hombre que tiene frío.

Por fin, me repongo. Cojo a Michaud por el brazo y lo separo con suavidad del escritor. Esta vez, el agente se deja hacer, como si estuviera sonado. Lo conduzco sin brusquedad hacia la puerta y le susurro a Jeanne:

—Acompáñalo a mi consulta, enseguida me reúno con vosotros...

Pero mi compañera sigue mirando a Roy, boquiabierta. Una mezcla de fascinación y de miedo se refleja en sus ojos verdes. Parece que está en trance.

—¡Jeanne!

Por fin, me oye, asiente distraída y sale. Cierro la puerta y me vuelvo hacia el escritor. Persiste en la misma cerrazón.

—¿Se encuentra mejor, señor Roy?

Mi voz es pausada, pero mi corazón late a cien por hora. Pienso en la molestia cardíaca del martes y me obligo a tranquilizarme.

Al fin, él levanta la cabeza. Una inmensa decepción se dibuja en sus rasgos cansados. Luego, en voz muy baja, me dice:

—No quiero más visitas. Nunca.

—El señor Michaud es su amigo, ¿no?

—Nunca.

A continuación, se pone de lado y me oculta el rostro, como un niño enfadado. Insisto:

—¿Quiere que hablemos los dos solos?

No responde. ¿Habrá vuelto al estado catatónico?

—Señor Roy, ¿me oye? Le estoy hablando.

—Y yo no le estoy hablando a usted —contesta con una voz desprovista de emoción.

Me tranquilizo. De todas maneras, ya ha tenido bastantes emociones por esta mañana.

—Ahora le dejo, señor Roy..., pero volveré a verlo. Aquí está seguro, créame. Ningún sacerdote, o quienquiera que sea, podrá alcanzarlo.

Suelta una risa carente de alegría, dolorosa, sin más.

Por fin, me marchó.

Cuando me dirijo a la consulta, veo a la señora Chagnon en el otro extremo del pasillo. Parece que no se ha movido de allí. Paso por delante de ella sin decir una palabra. Siento su mirada en mi espalda.

En el ascensor, me preparo para la tempestad que estallará cuando cruce la puerta de la consulta. ¡Y yo que creía que no nos daría ninguna sorpresa...!

¡Es peor! ¡Peor que antes!

Pero la tempestad no estalla de inmediato. Michaud está de pie, aún estupefacto, y Jeanne, sentada detrás de mi mesa, con el vientre más grande que nunca y cara de preocupación.

En silencio, nos miramos un rato los tres.

Pienso en la jubilación. Una jubilación que esperaba tranquila y serena.

Pienso en Hélène.

Una vez más, el agente literario rompe el silencio.

—¿Qué significa todo esto?

No se puede hacer una pregunta más concreta y más amplia a la vez.

—Significa, señor Michaud, que el señor Roy está más... afectado de lo que pensábamos.

—¿Afectado?

Reflexiona sobre esta palabra durante unos segundos. No parece satisfecho.

—¡Pero han... han oído lo que ha dicho! Si a esto añadimos lo que le conté el miércoles por la mañana, esto... esto empieza a...

—Me gustaría que nos dejara solos, a la doctora Marcoux y a mí.

—¿Qué?

—Me gustaría hablar con mi colega, en privado.

—¿De Thomas?

—No tengo que decirle de quién —replico con frialdad.

Estoy harto de Michaud. Jeanne no protesta, parece hallarse en otra parte.

El agente se siente ofendido.

—De todas maneras, cuando vuelva a verlo, me dirá si...

—No volverá a verlo. El señor Roy me ha dicho que no quiere más visitas. Tengo la intención de respetar sus deseos en este punto. Es por su interés.

Nueva cara de asombro del agente. Luego, el enfado.

—Está mintiendo...

—Ya es suficiente, señor Michaud. Seré cortés, pero quiero que se marche inmediatamente. Por favor.

Está ofuscado, pero lo ha comprendido. Camina hacia la puerta y, con un tono desesperado, me pregunta de pronto:

—Me tendrá al corriente, ¿verdad?

De nuevo, parece un niño. No se puede estar enfadado durante mucho tiempo con este hombre...

—Se lo prometo, señor Michaud.

Una especie de satisfacción triste ilumina su mirada. Añado:

—Por su parte, prométame que no revelará nada de todo esto a nadie. Aún es pronto, ¿lo comprende?

El hombre asiente y nos deja solos. Permanezco frente a la puerta unos instantes. Detrás de mí, está Jeanne. Una Jeanne a quien me da miedo enfrentarme.

Me paso despacio la mano por el pelo, respiro profundamente y me doy la vuelta. Desde mi sillón, me mira con una intensidad que asusta. Hay algo en sus ojos que me desagrada.

Pánico.

El silencio es demasiado largo.

Al final, ella mueve lentamente la cabeza, como si no hubiera hecho este movimiento desde hace lustros y tuviera el cuello oxidado. Habla. Su voz ronca busca la entonación adecuada, sin encontrarla.

—Esto no pinta nada bien, Paul, para nada.

Me esperaba algo así, pero no con tanta angustia. Jeanne parece una mujer perdida en el mar, buscando una tabla de madera para agarrarse.

—Tienes razón —concedo—. Pero decir que para nada...

Me lanza una mirada cargada de significado.

—Has oído lo que ha dicho, Paul... Empezó a escribir la nueva novela antes de los asesinatos...

—Jeanne..., eso sólo demuestra que Roy está más... más...

Me muerdo el labio inferior, algo nervioso. Doy algunos pasos en la habitación moviendo los brazos, exasperado.

—¡Mierda! ¿Por qué tener miedo a las palabras? ¡Siempre, siempre miedo a las palabras...! ¡Esto demuestra que está más loco de lo que pensaba! ¡Que delira, desvaría y dice disparates! ¡Que se inventa historias, que...!

Me callo y me froto la sien. De repente, Jeanne cambia totalmente de tema:

—¿A qué historia se refería Michaud? ¿Qué te contó el miércoles por la mañana?

Maldigo al agente para mis adentros. Luego, demasiado cansado para improvisar una mentira, se lo explico. Jeanne se queda pálida de golpe, como en los cómics.

—¡Por Dios, Paul! ¡Michaud no se lo ha inventado! ¡Roy le contó realmente la historia de la mujer que ahoga a sus bebés antes de que ocurriera!

Me planto frente a mi compañera y apoyo las dos manos en la mesa. Hay que zanjar este tema de una vez por todas. Tenemos que ponernos de acuerdo, si no, todo se vendrá abajo...

—Jeanne ¿con quién estoy hablando? ¿Con la psiquiatra o con la lectora de novelas de terror?

Ella ahoga una exclamación indignada. Luego levanta los brazos y responde impaciente:

—¡Éste es otro de tus problemas! ¡Divides a las personas en secciones! ¡Santo cielo, Paul, con las dos! ¡Estás hablando con las dos! ¡Con la psiquiatra y con la lectora! ¡Y con la mujer embarazada! ¡Y con la joven de treinta años! ¡Y con la que le dan miedo los puentes! ¡Y con la que le gusta montar en bicicleta! ¡Y con la que duda, piensa, afirma, vuelve a dudar, busca...! ¡Estás hablando con un ser humano, Paul, con un ser complejo! ¡Así es como funciona esto!

Hago un gesto de indignación, me giro y doy unos pasos hacia la pared. Oigo que se

levanta.

—Escucha, Paul: cuando Monette aventura ideas descabelladas, podemos reírnos de él... Pero cuando el mismo Roy afirma que...

—¡Él delira, Jeanne! ¡Está loco, ha escrito todos esos libros, se siente culpable y se inventa disparates! ¡Cree de verdad que empezó a escribir la historia del policía que mata a los niños antes de que sucediera, pero no es cierto! ¡Se lo ha inventado!

—¡Pero no se ha inventado las siete tragedias que estamos seguros que ha presenciado! —replica Jeanne—. ¡No se ha inventado lo que Michaud te contó el miércoles! ¡Eso no se lo ha inventado, Paul!

—¡Vale! ¡Vale! ¡Perfecto! Y el sacerdote, ¿tampoco se lo ha inventado? Ese cura que se le aparece y le obliga a escribir, ¿existe realmente? ¿No es una invención o un delirio de Roy? ¿Es un cura auténtico, de carne y hueso? ¿Hay que creer esto también?

Ella no responde, desconcertada e impotente. Nunca la he visto en semejante estado.

La apunto con el dedo y, en un tono grave, le pregunto:

—Jeanne, contéstame en serio y con franqueza. Y quiero que sopeses bien la respuesta.

Dudo. Le voy a preguntar algo tan absurdo, tan ridículo... Pero Jeanne espera. Y lo sabe. Sabe qué pregunta voy a hacerle. Así que lo suelto:

—¿Empiezas a pensar que hay... algo...?

Me rechinan los dientes. ¡Jesús, no logro creer que hayamos llegado a esto!

—¿... algo sobrenatural en esta historia?

Ella suspira.

—Sobrenatural no sé, la palabra es un poco...

—¡Joder, no juegues con las palabras, sabes lo que quiero decir! ¡Sí o no, Jeanne!

Ella sostiene unos segundos mi mirada. No reflexiona. Ya se ha forjado una idea.

—Sí, Paul. Algo irracional, sí.

Y en su tono se mezclan la vergüenza y el alivio.

Esta respuesta debería enojarme; o, al menos, debería dejarme terriblemente decepcionado. Pero no es el caso. Siento pavor. No es que Jeanne me asuste, me asusta lo que ella cree.

Sin embargo, mi decisión está tomada. Hablo despacio, con sequedad:

—Jeanne, no quiero que te ocupes de Roy de ninguna forma, ni como psiquiatra ni como simple observadora. No asistirás a nuestras reuniones, ni lo visitarás, ni te tendré al corriente de mis movimientos.

Ella tampoco está enfadada. Aunque sí decepcionada. Una decepción sin límite, que veo cómo poco a poco recubre sus rasgos e invade su mirada. Me siento incómodo. Sin embargo, sé que tomo la decisión correcta.

—Muy bien, Paul. Quizá tengas razón. En ese caso, seré la primera en reconocerlo.

Su voz suena quebrada, pero orgullosa. Se pone de pie y añade:

—Pero ¿tú serás capaz de hacer lo mismo? ¿Podrás reconocer que te has equivocado?

—Tal vez estoy equivocado desde hace veinticinco años, Jeanne.

—Eso es. Desvía la cuestión. Como de costumbre.

Ella rodea mi mesa y se dirige hacia la puerta. Como un tonto, pregunto:

—¿Nos vemos en el Maussade el jueves por la tarde?

Me arrepiento de haber hecho la pregunta. Jeanne me mira con tristeza y responde:

—No, creo que no...

Hago un gesto de asentimiento. ¿Qué otra cosa podía esperar? Sale.

Estoy solo.

Triste.

Confundido.

Permanezco unos minutos inmóvil. Todo lo veo negro. No comprendo cómo el caso Roy ha podido alcanzar semejantes proporciones. ¿Cómo ha podido desquiciar todo hasta este punto?

«Porque es un caso que desquicia, Paul...», me susurra una voz.

Frunzo el ceño.

«Venga, confíésalo...».

Rápidamente, me siento detrás de la mesa. Venga, al trabajo. No hay nada más que hacer. Además, este enfado con Jeanne no durará mucho tiempo. Me encargaré de ello.

Lo primero, avisar a la señora Claudette Roy. Aunque Josée afirma que a la hermana del escritor le resulta indiferente la suerte de su hermano, debo anunciarle en cualquier caso que ha recuperado el habla. Es su única pariente viva. Quizás esto la conmueva.

Pero, en el fondo, sé por qué quiero llamarla enseguida. Sólo pretendo actuar, con rapidez.

Para no pensar demasiado.

Busco en el expediente de Roy y encuentro el teléfono de su hermana.

Treinta segundos más tarde, Claudette Roy me responde. Me presento y le explico la razón de mi llamada. Se produce un largo silencio al otro lado del hilo telefónico. Al final, dice con rudeza:

—Oiga, el otro día le dije a su compañera que había perdido el contacto con mi hermano desde hacía mucho tiempo.

Josée tenía razón: simpática de verdad.

—No obstante, he pensado que tal vez le gustaría saber que... que está haciendo progresos.

Un nuevo silencio. Luego, con una curiosidad que adivino un poco forzada, pregunta:

—Al final, ¿qué tenía?

—Es complicado. Demasiado pronto para hablar de ello y...

—Pero ¡sí en el fondo no me importa! ¿Por qué iba a fingir que me interesa? —protesta, irritada—. Oiga, ¿dice que se encuentra mejor? Perfecto. Gracias por llamar, doctor, y adiós.

—No parece querer mucho a su hermano, señora Roy...

—¿Mi hermano?

Se oye una carcajada de desprecio.

—No es mi verdadero hermano, así que olvídense de los lazos fraternales...

—¿Cómo?

—Mis padres lo adoptaron cuando él tenía dos o tres meses... Por mi parte, yo tenía ya seis años y... —vacila— la idea de un hermano pequeño no me seducía realmente...

—Es curioso... La mayoría de las niñas de seis años sueñan con un hermano pequeño...

Silencio embarazoso al otro lado de la línea; luego la voz se vuelve aún más fría:

—Bueno. ¿Tiene que decirme algo más?

—En realidad, no. ¿Quiere que la tengamos al corriente de los progresos?

—No es necesario. Incluso... incluso, preferiría que no me volviera a llamar para hablarme de Thomas.

Frunzo el ceño.

—¿Aunque salga del hospital? ¿O tenga una recaída?

—Ocurra lo que ocurra, no me interesa. ¿Lo comprende, doctor?

Es difícil ser más claro.

—Creo que sí.

—Perfecto. Adiós.

Ella cuelga. Más allá de la frialdad de su tono, he creído descubrir, hacia el final de la conversación, una especie de temor.

Roy, un niño adoptado... Por este lado, quizá se pueda buscar... Para un niño adoptado, conocer la verdad puede resultar traumático. Quizá sufrió un trauma que, de forma retardada, le ha...

Suspiro.

Ridículo.

Pienso en las revelaciones de Roy, esta mañana.

Ridículas.

En las dudas de Jeanne.

Ridículas.

En Monette, en Michaud.

Ridículos, ridículos.

¿Y yo? ¿Qué pienso de todo esto en realidad?

Miro un rato el interruptor de la pared de enfrente.

«Acciónate. ¡Vamos, acciónate! ¡Por una vez en veinticinco años!».

Nada, no hay corriente.

Una especie de pánico se apodera de mí sin previo aviso. Un sentimiento que me asfixia de pronto, sin razón aparente.

Llamo a mi secretaria para anular todas las citas de esta tarde. Diez minutos después, salgo del hospital. Respiro profundamente y me siento mejor.

Deambulo durante horas. Voy al Mont-Royal y camino mucho tiempo por la orilla del lago de los Castores. Luego conduzco por la autopista 15 Norte hasta Mirabel. Allí, observo los aviones que despegan. Después vuelvo a Montreal.

Durante todo este tiempo, no he podido evitar pensar en Roy.

Y en las dudas de Jeanne.

Yo no. Yo no, yo no, yo no.

Llego a casa sobre las tres de la tarde. En el buzón, descubro un gran sobre de color pardo, con mi nombre escrito. Sin sello...

Me recuerda algo... A alguien...

¡Dios mío! No puede ser...

A toda prisa, me dirijo al salón y rasgo el papel con rabia. Una cinta de casete y una carta caen sobre el sofá. Leo la carta. Sospechaba de qué se trataba, pero desde las primeras palabras mi duda se convierte en certeza.

Estimado doctor Lacasse:

Soy consciente de que no quiere volver a verme y de que la doctora Marcoux sirve de enlace entre nosotros (pues, a pesar de sus reservas, sé que le interesan mis «descubrimientos», no lo niegue...). Por su intermediación, usted está al corriente de que Roy mintió sobre la pérdida de su ojo. Asimismo, usted tiene conocimiento de que él se encuentra implicado en la muerte de los punks apuñalados el año pasado. Ahora tengo la prueba de todo esto...

Desde hace tiempo, me doy una vuelta de noche por los barrios bajos de Montreal y pregunto a todos los jóvenes punks que me encuentro sobre ese doble asesinato. Ellos no son muy charlatanes y a menudo tengo que sacar la cartera. Incluso han estado a punto de partirme la cara varias veces. Los resultados han sido decepcionantes... hasta ayer noche. En efecto, un punk de unos veinte años que vive en la calle me proporcionó por fin una información muy interesante. Al principio, el joven no quería decir nada, pero el dinero acabó por convencerlo. Por supuesto, he jurado mantener su anonimato, pero, sin que lo supiera, grabé nuestra conversación con un pequeño magnetófono oculto en la chaqueta. Desde hacía dos semanas, llevaba ese magnetófono y, por fin, me resultó de utilidad. La grabación tuvo lugar anoche, en un Dunkin' Donuts.

Esta tarde, he llamado a la doctora Marcoux para ponerla al corriente, pero, en cuanto me ha reconocido, se ha enfadado y me ha dicho que no tenía ganas de oírme. A continuación, ha colgado. ¿Acaso han tenido una pequeña discusión, doctor?

Entonces he decidido acudir directamente a usted. (Sí, desobedezco sus órdenes, lo sé...). Pero creo que esta casete es pura dinamita. Dejo que usted lo juzgue por sí mismo.

C. M.

Juego un buen rato con la cinta entre los dedos.

Soy consciente de que no debo hacerlo. Si la oigo, demostraré que concedo algún interés a todos estos disparates.

Suspiro.

¿Por qué finjo vacilar? Sé muy bien que voy a oírla, y Monette también lo sabe. La voy a escuchar porque...

Porque la tengo ahí, entre las manos. Así de sencillo.

Pongo la casete en el aparato y le doy al play. Me siento en el sofá y enciendo un cigarrillo.

El magnetófono comienza en mitad de una frase:

—... a nadie, ¿eh?

El sonido es sordo, sin duda, amortiguado por la chaqueta donde está camuflado el aparato, pero consigo entender la conversación sin dificultad:

—*Porque podría tener problemas con esto, man. Hasta ahora no he hablado con nadie. ¡Si se lo cuentas a la policía, coño, diré que te lo has inventado todo y mis colegas y yo te partiremos las piernas!*

Es una voz joven. Pronunciación débil y tono agresivo, afectado y un poco nasal; un tono que pretende resultar amenazante, pero donde se percibe un miedo sordo. Es una voz que preferiría no decir nada, pero que acaba atraída por el afán de lucro. A continuación, habla Monette:

—*Tranquilo, tío. Escribo un libro sobre los jóvenes de la calle, sobre la violencia que*

viven. Busco información relacionada con el asesinato de los dos punks que mataron el año pasado, nada más. No se publicará tu nombre. De todas maneras, ni siquiera me lo has dicho...

Monette parece tranquilo, en absoluto impresionado por el tono amenazador del punk. Lo imagino recorriendo las calles de la ciudad, por la noche, mezclándose con esos jóvenes a veces peligrosos, preguntándoles... De pronto, me parece valiente. No por ello simpático, pero sí valiente. Nunca hubiera creído que el caso Roy le interesara hasta ese punto.

En la cinta, el joven habla de nuevo:

—Quiero el dinero que me has prometido ahora, man, si no, me abro...

Se oye el ruido de una cartera y, luego, a Monette, que dice con firmeza:

—Cincuenta pavos ahora y cincuenta cuando me cuentes la historia...

Sentado en el sofá, inclinado hacia delante, escucho con atención, como si me estuviera tragando una película de suspense en la tele. ¡Dios mío, este Monette tiene agallas de verdad! Después de un largo silencio, el punk acepta.

—Sí, OK, me vale también... Pero no intentes joderme, man...

¡Man, man! ¡Esta expresión que odio tanto! Recuerdo que mis hijas la utilizaban hace unos años, cuando eran adolescentes. Cada vez que lo hacían me cabreaba.

¿Y si todo fuera inventado? ¿Y si Monette hubiera pedido a un compañero que interpretara esta comedia? No, es poco probable. Hay un ambiente real en esta grabación: vacilaciones, entonaciones, ruidos que no pueden fingirse... Duplico mi atención.

El muchacho guarda silencio unos instantes, buscando seguramente un modo de comenzar. Luego empieza por fin a decir en voz más baja:

—Yo conocía a los dos punks que murieron el año pasado. Denis y Pineux. Estaba... estaba con ellos cuando... cuando sucedió...

—¿De verdad?

—Sí... Maldita noche...

—Los periódicos publicaron que se apuñalaron entre ellos... ¿Es cierto?

—Bueno... —el joven vacila, su voz se vuelve insegura—. Sí, pero... Era como si no fueran ellos, como si... ¡Ah, man, qué chungo, yo flipaba en colores!

—Empieza entonces por el principio...

La voz de Monette es serena, tranquilizadora, pero noto que disimula cierta excitación. El joven toma un trago de algo (¿cerveza?, seguramente no en un Dunkin...) y habla de nuevo:

—Serían las dos de la mañana o algo así... Nos habíamos metido un chute un par de horas antes y llevábamos un buen colocón los tres... Queríamos comprar otra dosis, pero no teníamos pasta... Entonces Pineux tuvo una idea de locos: ¡dijo que sólo había que robar a alguien, a un tío o a una mujer en la calle, a cualquiera! ¡A Denis le pareció que era una idea de puta madre! ¡Yo, en condiciones normales, nunca habría estado de acuerdo! ¡Era demasiado peligroso! ¡Pero, en ese momento, no sé por qué, me pareció una buena idea! Decidimos un plan: se trataba de elegir a un pringao, llevarlo a un callejón y allí Pineux y Denis lo amenazan con sus navajas. De puta madre. ¡Nunca pensamos lo que haríamos después! Si el tío nos denunciaba a la policía, pongamos. Pero no pensamos en eso, gilipollas de nosotros. Entonces, empezamos a buscar a alguien por Sainte-Catherine.

Sigue un corto silencio y luego su voz se vuelve trágica:

—Man, aún hoy me pregunto cómo nos dio por robar a alguien... Tenemos tantos colegas a los que han trincao... No comprendo por qué decidimos hacerlo precisamente aquella noche... Sería por la droga...

Un extraño malestar me recorre rápidamente el cuerpo, pero desaparece enseguida. El muchacho prosigue:

—No había mucha gente, era entresemana... En un momento dado, vimos a un tío que caminaba por la acera y que, de repente, se metió en un callejón... Un callejón que conocíamos bien, entre dos edificios abandonados... Largo, sucio, estrecho y muy oscuro...

—¿Qué iría a hacer un hombre en ese callejón?

—Ni idea, man... Caminaba y se detuvo allí delante... Se quedó pensativo... Parecía que iba a marcharse, pero al final entró en el callejón... Nos dijimos: «¡Coño, qué potra! Un imbécil que se mete solo en la boca del lobo, let's go!» Y allá fuimos. Entramos en el callejón y caminamos despacio, sin hacer ruido. Al final, vimos al tipo. Estaba al fondo, delante del muro que cerraba la calle, mirando alrededor de él. Como si buscara algo. ¡Cuando nos vio llegar, no se sorprendió en absoluto! Solo dijo: «¡Ah, va a ser así!». Eso fue exactamente lo que dijo, man, ¡me acuerdo como si fuera ayer!

—¿Cómo era ese hombre?

—De mediana estatura... Pelo negro con algunas canas, más o menos por los hombros, ¿sabes? Los ojos negros... Bien vestido...

Roy, por supuesto. Aunque el punk no lo reconoció (los jóvenes de la calle no deben conocer a muchas celebridades literarias), la descripción concuerda. De todas maneras, lo veía venir, ¿no? Siento un escalofrío que me recorre el cuerpo porque adivino lo que sigue. Y Monette debió de sentir lo mismo porque su voz se vuelve un poco más aguda:

—¿Estás seguro de la descripción que me das?

—¡Coño, estoy completamente seguro! ¡Nunca podré olvidar a ese tipo, man! Además, tenía la impresión de que le había visto la jeta en alguna parte, en un periódico o en un escaparate, pero no me acordaba dónde...

—Continúa.

—Denis quería asustarlo un poco... Le dijo: «No deberías pasearte por callejones oscuros, es peligroso» o algo por el estilo... Entonces el individuo nos contestó que dejáramos de hacernos los listos y pasásemos a lo que teníamos que hacer... ¡Imagínate, man! ¡Nos dijo eso! Sin inmutarse, ¿eh?

—¿Tenía miedo?

—Era una cosa un poco rara... No parecía asustado, aunque, al mismo tiempo... —una pausa y luego continúa—, al mismo tiempo, parecía que también tenía miedo. No sé cómo decirlo, como si..., como si temiera lo que iba a pasar, pero estuviera... resignado..., ¿sabes?

—Resignado...

De repente, pienso en el sacerdote del que nos ha hablado Roy esta mañana... Esa especie de guía maléfico... Un gusto amargo me invade la lengua. Miro el altavoz como si fuera a saltar sobre mí. Escucho sin pestañear.

—Entonces, Denis y Pineux sacaron la navaja y le dijeron al tipo que nos diera el dinero. Yo estaba un poco separado, mirando. Me sentía extraño. Me parecía todo de puta madre, pero a la vez me preguntaba qué estábamos haciendo allí... Sin protestar ni nada, el tío sacó la cartera. Era raro, man. Nos oía, pero al mismo tiempo parecía esperar otra cosa, no sé. Entonces...

Un silencio. Escucho suspirar al joven, como si le costara continuar. Tengo todos los músculos en tensión. Sé que después de oír esta casete todo resultará aún más inquietante, desquiciado y confuso de lo que era esta mañana. Pero no tengo elección. Soy un esquiador en una pendiente peligrosa y desciendo demasiado rápido como para detenerme...

La voz del muchacho suena angustiada:

—Man, tienes que jurarme que nunca dirás que yo...

—No te preocupes.

—No sé si voy a poder...

—Te doy veinte pavos más, ¿qué te parece?

Monette está excitado. Creo que yo habría pagado el doble por oír la continuación. Por primera vez, empiezo a comprender la fascinación que pueden sentir los lectores de Roy ante el horror y el suspense.

Se oye el ruido de un billete arrugado; el punk, con voz temblorosa, prosigue:

—Entonces, Pineux como... como que perdió los nervios, man... Él... Hostia, Pineux no era violento... Tuvo un par de peleas, es cierto, pero nunca le había visto hacer... hacer daño a nadie sólo por diversión, ¿comprendes lo que quiero decir? ¡La gente piensa que nosotros, los chicos de la calle, somos todos unos violentos y nos gustan las peleas, pero no es verdad! ¡Algunos lo son, pero no toda la peña! ¡En cualquier caso, yo no era así, ni Denis ni Pineux!

—Te creo, tío...

Monette quiere ganarse su confianza. Y lo consigue, porque el chico continúa:

—Pineux le dijo al tipo que dejara su dinero, que no le interesaba una mierda. «No es tu pasta lo que quiero, ¡eh!», dijo. Yo y luego Denis miramos a Pineux de soslayo. No comprendíamos nada... Pero el tipo no parecía sorprendido. Se guardó despacio la cartera en el bolsillo y dijo algo así: «Ya estamos, ¿no? Va a empezar, ¿verdad?». Me pregunto por qué dijo esto... Como si tuviera una idea de... de lo que iba a pasar en realidad...

En la casete, se oye la respiración de Monette más fuerte que antes. Pero ahora está duplicada, como si hubiera una segunda respiración igual de intensa. Después de unos segundos, me doy cuenta de que es la mía.

—Entonces le dije a Pineux: «¿Qué quieres, Pine, si no es la pasta?». Pineux me miró... ¡Hostia! No era el mismo, man... Sus ojos... Tenía ojos de loco, ¿me entiendes? De loco de

remate. ¡Sus ojos me acojonaron! Luego dijo: «Quiero su sangre». ¡Su sangre! ¡Ni siquiera tuve tiempo de decir nada, cuando Pineux saltó sobre el hombre dando un grito horroroso! ¡Pero el tío no se defendió nada! ¡Los dos cayeron al suelo! ¡El individuo estaba de espaldas, y mi colega, a horcajadas sobre él, sosteniendo la navaja debajo de su nariz! ¡Pero el tío ni se movía!

—¿No tenía miedo?

—¡Ponte en su lugar! ¡Parecía acojonado! ¡Pero no se defendía! ¡Como si..., como si esperara la continuación! En ese momento, a Pineux...

El muchacho se para; se oye de nuevo el ruido de beber un líquido. El regusto amargo de mi boca se vuelve denso, nauseabundo. La voz del joven tiembla aún más:

—En ese momento, a Pineux se le fue la olla, man... Registró la chaqueta del hombre y encontró un lápiz... Miró el lápiz con una sonrisa malévola y dijo: «¡Te reventaré un ojo, puto maricón! ¡Te reventaré un ojo y me mearé en el agujero!». ¡Joder, me puse nervioso! ¡Grité a Pineux que no podía hacerlo, que era una estupidez! Denis se reía, pero no de veras... Creo que pensaba que Pineux sólo quería meterle miedo. Le dijo que dejara de divertirse con tonterías. ¡Entonces el hombre empezó a forcejear por primera vez! Se puso a gritar... También me acuerdo de sus palabras y esto, man, era demasiado extraño... Gritó: «¡Los ojos no! ¡Estoy dispuesto a sufrir, pero los ojos no! ¡No me dijo que sería tan horrible!».

—¿A quién gritaba?

—¡Eso es lo más extraño, man! ¡No lo sé! ¡Al principio, pensaba que hablaba con Pineux, pero creo que no! El tipo miraba por todas partes, como si buscara a alguien... En cualquier caso, estoy seguro de que se dirigía a alguien distinto de nosotros... Pienso que estaba... loco de remate, o algo así...

Trago mi saliva agria y hago una mueca de asco. El joven vacila de nuevo; luego, en un susurro, suelta:

—Entonces... Pineux clavó el lápiz en el ojo del hombre...

Me cubro la boca con una mano húmeda. Sin embargo, lo sabía. Desde el principio de la grabación, sabía perfectamente lo que iba a ocurrir.

—¿Le reventó el ojo fríamente? —pregunta Monette.

Lo dice con una calma increíble; la voz suena algo febril, pero apenas se aprecia. Me pregunto cómo puede conservar esa sangre fría, pero lo comprendo enseguida: Monette no está sorprendido. Hacía mucho rato que lo había adivinado todo...

Tiene razón desde el principio.

Me doy un masaje en la frente, me duele la cabeza. Creo que he soltado un ligero gemido.

—Sí, como te lo cuento. Le metió el lápiz en el ojo. El tío se puso a gritar como un puto loco. Y yo me rayé, man: ¡creo que grité tan fuerte como él! Al final, Denis intervino, se abalanzó sobre Pineux, pero... Yo pensaba que iba a darle un empujón, pero no hizo eso, él... él... ¡le dio un navajazo en el hombro! ¡Le apuñaló, man! Pineux gritó y se levantó de un brinco. Entonces vi a Denis... ¡Joder, tenía la misma mirada que Pineux! ¡De repente, se había vuelto loco también! ¡Luego se... atacaron, empezaron a meterse navajazos, joder! ¡Se apuñalaban el uno al otro, era una locura, man, una completa locura!

Nueva pausa. Me tiembla la mano que me cubre la boca. El muchacho continúa al fin, con la voz quebrada por los sollozos:

—¡Ahí estaban, mis dos colegas, apuñalándose! Y el otro, el tío que gritaba y pataleaba en el suelo, con el lápiz clavado en el ojo... Yo miraba, pero no me movía, me sentía como loco cuando, de repente..., empecé a notar algo... A tener ganas de... de unirme al grupo y de...

Se oye un ruido sordo, como de dos manos que caen sobre una mesa. Un resoplido, un suspiro, y la voz rota que prosigue, casi avergonzada:

—Entonces, huí. ¡Me largué, joder! Corrí durante media hora, completamente sonado. Llegué a un solar que conocía y me escondí en un rincón... ¡Hostia, lloré como un crío! No había llorado desde que tenía diez años, creo... Luego no me acuerdo de nada más...

El ruido de un líquido al pasar por la garganta. De repente, me doy cuenta de que el cigarrillo que tengo entre los dedos no es más que una colilla. Mientras escuchaba la cinta, me he olvidado por completo de darle una calada...

Aplasto la colilla en el cenicero, atontado, mientras el muchacho retoma la narración con una voz más serena:

—Al día siguiente, compré un periódico... En él, se hablaba de mis dos colegas

apuñalados, pero del individuo... Él salía en otro artículo..., en primera página... Era un personaje conocido... Ya sabía yo que lo había visto antes... El periódico decía que había perdido un ojo en un accidente... Nada que ver con lo que había ocurrido la noche anterior... ¡Mierda! ¡Las dos historias no se correspondían en absoluto! ¡Como si no hubiera ninguna relación entre mis colegas y la historia del artista que había perdido un ojo...! No obstante, me dije que no sería yo quien contara la verdad... Y decidí olvidarlo todo...

—¿Lo has conseguido?

—En realidad, no...

Otra pausa; luego habla Monette:

—¿Qué crees que sucedió?

—No lo sé, ni quiero saberlo. Tú buscabas la historia y ya la tienes. Lo único que tengo claro es que... Pineux, Denis y yo no éramos... no éramos nosotros aquella noche... Y ese tío...

—Ese tío, ¿qué?

Pausa. Espero con la respiración entrecortada. Al final, el punk completa rápidamente:

—Ese tío no estaba allí por casualidad...

Un puñetazo en el estómago no me habría hecho tanto daño. Las mismas palabras que dijo Archambeault en el Léno...

Luego, en un tono quebrado, el muchacho termina fríamente:

—Ahora, man, dame el resto del dinero y me abro...

Suena un chasquido, como si alguien parara el magnetófono. El ruido de fondo es diferente: hay un cambio de lugar. La voz de Monette se escucha más audible, más clara:

—Ya ve, doctor. Nuevo material impactante, por cortesía de su humilde servidor. Y continúo con mi investigación, puede estar seguro. Pero ahora que sabe que no deliro tanto como pensaba, creo que dejaré de proporcionarle información de forma gratuita. El voluntariado no es mi fuerte. Así que, la próxima vez que quiera conversar, usted se pondrá en contacto conmigo y usted me dará algún dato a cambio. Porque ahora no soy yo quien lo necesita... Usted también tiene necesidad de mí... Estoy seguro de que nos entendemos...

Otro chasquido. Esta vez, la cinta acaba de verdad.

No me levanto para pulsar el stop. Estoy demasiado aturdido. Una voz burlona resuena en mi cabeza:

«Entonces, Paul, ¿qué explicación encontrarás esta vez?».

Con rabia, me doy un puñetazo en la rodilla y me hago daño. Me cubro la cara con las dos manos y suelto un largo quejido.

«¡Los ojos no! ¡Estoy dispuesto a sufrir, pero los ojos no! ¡No me dijo que sería tan horrible!».

¿A quién hablaba Roy cuando decía esto? ¿Al sacerdote?

¿Y qué fue a hacer en ese callejón? Inspirarse para un libro, no, porque en ninguna de sus novelas aparece una escena sobre dos jóvenes que se apuñalan... ¿Entonces?

«¡Estoy dispuesto a sufrir, pero los ojos no!».

De repente, me levanto de un salto y me dirijo al teléfono, sorprendido por mi propia reacción. Pero ¿qué tengo intención de hacer? Cojo la guía telefónica y me doy cuenta de que busco la dirección de la revista *Vie de Stars*. Apunto las señas y mis pies me conducen al exterior de la casa. Me monto en el coche y arranco a toda velocidad.

«¡Vaya! Parece que voy a ver a Charles Monette», me digo, totalmente estupefacto por esta decisión.

¿Y cuáles son mis intenciones cuando tenga a Monette delante de mí? ¿Preguntarle si es cierto? Sí, por supuesto, pero hay algo más, también... Algo que de momento se niega a aflorar en mi conciencia...

Veinte minutos más tarde, irrumpo en la redacción del *Vie de Stars* y pregunto dónde se encuentra el despacho de Monette. Cruzo una sala bastante tranquila y aparece ante mí el despacho en cuestión, con el periodista en plena conversación telefónica.

—¿Está contento, Monette? —digo plantándome delante de él—. ¡Ha conseguido atraerme hasta su guarida!

Él esperaba atraerme, sí, pero nunca tan deprisa; lo comprendo al ver su expresión atónita. Balbucea una disculpa por teléfono y cuelga. Rápidamente, su aire victorioso y de superioridad sale a la superficie.

—Doctor Lacasse, ¿qué lo trae por aquí?

—Lo sabe muy bien...

Miro alrededor: los otros periodistas que trabajan sin prestarme apenas atención, el

timbre de los teléfonos, los fotógrafos que salen y entran corriendo... No puedo creer que haya venido hasta aquí.

De hecho, ¿por qué he venido?

No tan rápido... Dentro de un minuto, lo sabré, no antes...

Una sonrisa llena de suficiencia surca la barba recortada de Monette.

—¿Le ha impresionado?

Lo miro de arriba abajo despacio. Vacilo porque sé lo que voy a responder. Y eso me desconcierta.

—Sí —digo sosteniendo la mirada del periodista—. Sí, me ha impresionado.

Asiente de forma imperceptible, embriagado literalmente por su victoria.

—¿Me jura que esta entrevista es real? ¿Que no es un montaje?

Lo pregunto sólo por mantener las formas. Monette deja de sonreír.

—Se lo juro.

Estoy seguro de que dice la verdad. Cierro los ojos y suspiro en silencio.

—Jodidamente extraño, ¿eh? Confiéselo, doctor...

El periodista ha recuperado su sonrisa excitada. Una vez más, me digo que no tiene ni idea de la gravedad de una historia como ésta. Si fuera consciente de lo que implican sus descubrimientos, si supiera todo lo que Jeanne y yo sabemos, no podría sonreír así.

No, no podría.

Incluso yo mismo, en el fondo, ¿no he querido creer que no había nada excepcional en el caso Roy? Señor, sí... Me he empeñado en creerlo hasta esta tarde... Pero ahora...

«¿Ahora, qué, Paul?».

Muevo la cabeza como si ahuyentara un insecto de mi nariz.

—Pero usted no ha venido aquí para decirme que está impactado por la entrevista, imagino —continúa el periodista—. Usted ha venido para pedirme algo.

—Tiene razón. He venido para pedirle...

¿Qué me dispongo a decir? Todavía no lo sé. Durante un segundo, tengo la desagradable sensación de que voy a dejar la frase así, inacabada, cuando me oigo articular:

—... que me ayude a consultar unos archivos.

Ya está. Desde que he salido de casa, éste era mi objetivo. Pero acabo de confesármelo ahora.

—¿Unos archivos? ¿Del *Vie de Stars*?

—No, de un diario que cubra la actualidad, como *Le Journal de Montréal* o *La Presse*.

Monette me echa una mirada perspicaz. Sufro. Por su victoria, por rebajarme a pedirle un favor, por dejarme embaucar así, como Jeanne.

Pero tengo que comprobarlo hasta el final.

—He pensado que podría colarme en uno de esos dos periódicos...

Monette se lleva las manos a la nuca. Su sonrisa es más repugnante que nunca.

—¿Empieza a interesarse por mis «delirios», doctor? ¿Va a realizar su propia investigación?

—Tengo que comprobar una cosa.

—¿Cuál?

Me muerdo los labios sin responder.

—¿Se acuerda de lo que digo al final de la cinta, doctor? Ya no le ayudaré de forma gratuita. Usted también debe colaborar un poco...

—Creía que teníamos un acuerdo al respecto...

—Ese acuerdo ya no sirve.

Monette lo ha dicho tranquilo, nada nervioso. Nos desafiamos con la mirada unos instantes y continúa:

—Le propongo lo siguiente: le llevo al *Journal de Montréal*, le acompaño hasta los archivos y me quedo con usted mientras hace su investigación. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

La rapidez con la que acepto me sorprende. Pero quiero saber. Quiero descartar cualquier duda...

El periodista resplandece de satisfacción.

—Perfecto. ¿Cuándo quiere ir al *Journal de Montréal*?

—Hoy. Ahora mismo, si es posible.

Monette hace un gesto impresionado y burlón a la vez.

—Está usted decidido de verdad...

Me rechinan los dientes, pero no digo nada.

—Tiene razón —añade el periodista—. Siento mucha curiosidad por saber lo que busca... ¿Qué es exactamente?

—Lo sabrá cuando lleguemos.

Mira su reloj.

—Casi las cuatro... Bien, vámonos...

Cogemos cada uno nuestro coche y nos encontramos en el *Journal de Montréal*. En la sala de redacción, espero apartado mientras Monette, a unos metros de mí, habla con alguien que parece ser el redactor jefe. Monette me señala con el dedo, el otro me mira y parece de acuerdo. Bajo la cabeza, vagamente humillado. Yo, que siempre he detestado el sensacionalismo, hoy me he tirado al barro: ¡*Vie de Stars* y *Le Journal de Montréal* en el mismo día!

Monette regresa sonriendo.

—No hay problema. La sala de archivos informáticos es nuestra.

—¿Informáticos?

—Estamos a punto de entrar en el siglo veintiuno, doctor Lacasse, ¿recuerda? Ya no se guardan los viejos periódicos. Todos están grabados en CD-ROM. Es más práctico y ocupa menos espacio. Venga.

Nos hallamos en un local reducido. Hay una mesa, un ordenador y una pequeña estantería llena de CD.

Monette se sitúa delante de la estantería y me pregunta:

—Entonces, ¿qué buscamos?

Esto tampoco lo sabía conscientemente hasta que he llegado aquí. Pero ahora lo sé.

—Quiero consultar artículos relacionados con la mujer que ahogó a sus dos hijos hace unos años...

Monette entorna los ojos.

—¿El artículo que se encontraba en el cuaderno de Roy? ¿El que le inspiró el libro *Noche secreta*?

—Exactamente.

El periodista me dirige una mirada intensa.

—¿Por qué le interesa este asunto?

No respondo. Pienso en lo que me comentó Michaud por teléfono...

Soy ridículo. Totalmente ridículo. Pero la duda me acecha. Y debo ahuyentarla. Ahora mismo.

—Monette, tal vez me equivoque por completo y, con franqueza, eso espero. Si encuentro algo, usted estará a mi lado para descubrirlo también. Pero si no hay nada, el silencio atenuará ligeramente mi vergüenza. ¿Puede al menos concederme ese privilegio?

Una sonrisa ilumina la barba de Monette. Esa sonrisa, esa maldita sonrisa...

—Por supuesto.

Se vuelve hacia la estantería llena de CD.

—¿De qué fecha es el artículo?

Reflexiono.

—De mayo de 1988. Pero no me acuerdo del día exacto. De todas maneras, no busco necesariamente ese artículo, puesto que ya lo he leído en el cuaderno de Roy. Me gustaría saber si se publicaron otros artículos sobre este asunto en el periódico. ¿Es posible?

—Desde luego.

Monette elige un CD que lleva la inscripción «1988-1989», lo inserta en el ordenador y se pone a teclear. No entiendo absolutamente nada de lo que hace, pero acaba por encontrar el artículo.

—«Una mujer ahoga a sus dos bebés», del treinta de mayo de 1988 —me anuncia—. Debe de ser esto...

—Sí, en efecto... ¿Hay otros artículos posteriores que traten de este asunto?

Sus dedos corren de nuevo por las teclas. Un minuto después, me comunica con orgullo:

—Aquí están, mire...

Busco las gafas, sin encontrarlas. Las he debido de olvidar en mi casa, he salido demasiado deprisa... Me acerco a la pantalla y entorno los ojos para poder ver bien. Los títulos de cuatro artículos brillan en ella; consigo leerlos con dificultad:

«Una mujer ahoga a sus dos bebés» (30 de mayo de 1988).

«Comienza el juicio de Judith Loiselle» (14 de octubre de 1988).

«La declaración de Judith Loiselle» (27 de octubre de 1988).

«Judith Loiselle: cadena perpetua» (6 de noviembre de 1988).

—Perfecto —digo con estúpida admiración.

—¿Qué artículo desea consultar?

Leo los títulos y reflexiono. ¿Qué busco exactamente?

—Vaya al tercero, «La declaración de Judith Loiselle».

Se oye el ligero ronroneo del ordenador y aparece en la pantalla una reproducción del artículo del *Journal de Montréal* del 27 de octubre de 1988. Hay tres crónicas en la página. Nos interesa la más larga.

Monette me mira.

—¿Qué espera encontrar, doctor?

Examino un buen rato la pantalla. Una angustia sorda me atenaza el estómago.

—Nada. Espero no encontrar nada.

Intento leer sin gafas, pero es demasiado arduo.

—Por favor, ¿me lee el artículo en voz alta?

—Desde luego...

Monette se acaricia la barba y exhibe una sonrisa condescendiente; luego inicia la lectura:

—«Ayer por la tarde Judith Loiselle, la mujer tristemente célebre por estar acusada de haber asesinado a sus hijos, prestó declaración ante el jurado. Desde el primer día del juicio, el abogado había solicitado la absolución por enajenación mental. Ayer la señora Loiselle dio por primera vez su versión de los hechos. Su declaración causó escalofríos en la mayoría de las personas presentes en la sala. La acusada admitió haber ahogado a sus dos hijos gemelos de ocho meses de edad en la piscina por propia voluntad. Ella explicó que los mantuvo sencillamente bajo el agua durante unos dos minutos, lo que, tratándose de unos niños tan pequeños, es más que suficiente para provocarles la muerte. La señora Loiselle afirmó que siempre quiso a sus dos hijos, pero que aquella noche, a las nueve, supo que debía hacerlo. Cuando la defensa le preguntó la razón, la señora Loiselle confesó que no lo sabía, pero que era más fuerte que ella».

Mis manos están húmedas. Monette prosigue:

—«La defensa preguntó a continuación lo que ella pensaba mientras mantenía a sus hijos bajo el agua. La señora Loiselle respondió que no pensaba en nada concreto, excepto que tenía la sensación de que alguien cerca de ella la observaba. Alguien que, según la acusada, se habría escondido en el seto que rodea la parcela. La señora Loiselle no pudo ver a nadie, pero insistió en que había alguien cerca de ella que la observaba mientras ahogaba a sus hijos».

Monette interrumpe la lectura, entorna los ojos y pregunta:

—¿Lo ha oído?

Me mira. Yo observo la pantalla, petrificado. Un frío terrible entumece mis miembros. De pronto, pego la cara al monitor y entorno los ojos. Quiero leerlo por mí mismo. Busco la última frase. La descifro con dificultad.

Una vez, dos veces. Diez veces.

No cambia. Todas las palabras están ahí, inquebrantables, inalterables. No se borran. Permanecen intactas y me desafían.

Retiro la cabeza despacio. Algo se desmorona en mi interior. En silencio.

Monette continúa leyendo. Su voz me llega como si yo estuviera bajo el agua.

—«Con esta declaración, la defensa espera demostrar la inestabilidad mental de su cliente. El juicio debería terminar en los próximos días».

El periodista guarda silencio y se queda un rato contemplando la pantalla. Luego suelta un largo suspiro. Al final, se vuelve hacia mí.

—Es evidente que no la creyeron. No creyeron que alguien la observaba, escondido... Pero nosotros, doctor... Con todo lo que sabemos, con todo lo que hemos descubierto en estas tres semanas...

Lo miro. La sensación de estar bajo el agua persiste. Veo a Monette borroso, pero distingo con claridad su sonrisa de carnívoro. Él prosigue:

—... Lo sabemos, ¿eh? Sabemos que él estaba allí, escondido en el seto..., mirando...

Mantengo la mirada clavada en él, incapaz de reaccionar de ningún modo.

—¿Se imagina lo que esto quiere decir, doctor? ¿Se lo imagina? ¡Yo tenía razón en todo! ¡Roy estaba siempre allí, en cada una de las tragedias!

El agua donde me encuentro se enturbia, se vuelve glauca. Tengo que salir; si no, me ahogaré; si no...

Una luz atraviesa la ola oscura y me alcanza en los ojos. Exclamo:

—¡Léame el último artículo! ¡El del veredicto! ¡Léame!

Monette, sorprendido por esta prisa repentina, aporrea el teclado y, unos instantes más tarde, aparece otra página del periódico, la edición del 6 de noviembre. Él empieza a leer en voz alta:

—«El jurado no ha apreciado enajenación mental en Judith Loisselle y la ha declarado culpable. El juez ha condenado a la acusada a cadena perpetua. La señora Loisselle cumplirá la pena en la cárcel para mujeres Charlemont de Laval, donde ella...».

En cuanto Monette dice estas últimas palabras, me levanto y me dirijo a la puerta. El periodista, desconcertado, me lanza:

—¡Eh, doctor! ¿Adónde va?

Pero no le doy ninguna importancia. Cruzo la sala de redacción a toda velocidad, corro por el pasillo y me meto en el ascensor. Mientras se cierran las puertas, tengo justo el tiempo de ver a Monette, en el extremo del pasillo, que me busca con los ojos. No me ha visto.

Me importa un carajo Monette y todo: ¡sólo quiero ir a Laval, a esa cárcel, para obligar a la tal Loisselle a confesar que miente! ¡Que no había nadie detrás del seto! ¡Que se lo ha inventado todo!

La idea es una locura, lo sé..., pero eso también me importa un carajo. Judith Loisselle es la última persona que puede detener la duda que se me acerca cada vez más...

Diez minutos más tarde, estoy en el coche y conduzco hacia la prisión de Laval. Monette no me ha encontrado. Mejor.

Durante cuarenta minutos, circulo bajo la tempestad, una tempestad mental que me aterra. A través de las borrascas de mis pensamientos, distingo las palabras de Monette:

«¡Yo tenía razón en todo!».

Y si supiera lo que sabemos nosotros, Jeanne y yo... Si él supiera...

La tempestad sopla, aúlla en mis oídos. Y, a través del viento, la duda sigue avanzando, como una locomotora loca...

Por fin, llego a la prisión. Corro hacia la entrada, pero siento el corazón a punto de estallar y me obligo a aminorar el paso. Me encuentro en una sala grande, llena de columnas, sin ninguna ventana. Me dirijo hacia un mostrador detrás del cual hay un empleado sonriente.

—Querría ver al director, por favor.

Su sonrisa se vuelve confusa. Debo tener un raro aspecto.

—El director se ha marchado, caballero, son las seis y cuarto...

Suspiro y me paso una mano por el pelo. Me pongo un poco nervioso.

—Querría ver a una de las reclusas...

—Pero, señor, el horario de visitas ha terminado... Y hay que avisar con veinticuatro horas de antelación para...

—¡Escuche...!

La tempestad en mi cabeza... El empleado frunce el ceño, perplejo.

—Escuche, soy psiquiatra y... mañana me marchó a Europa... Tengo que ver esta tarde a una de las reclusas, Judith Loisselle...

—¿Todo bien por aquí?

Una vigilante que más parece un levantador de pesas camina hacia nosotros.

—Este señor quiere ver a una interna. Es psiquiatra y quiere ver a... Eh..., ¿cómo ha dicho? ¿Judith qué más?

La vigilante me observa sin ninguna simpatía.

—Las visitas han terminado.

Voy a explotar, lo noto. ¡Dios mío! ¡Nunca, nunca, nunca me he sentido en semejante estado! Sin saber cómo, consigo mantenerme relativamente tranquilo, aunque mi voz suena demasiado aguda.

—Le explicaba a su... compañero que soy psiquiatra. Escribo...

En un segundo, me invento algo:

—Escribo un libro sobre mujeres que han matado a sus hijos, y... busco a Judith Loisselle, que...

—¿Judith Loisselle? —pregunta la vigilante.

—¡Sí!

Hace una mueca y anuncia:

—Judith Loisselle se suicidó.

Contengo la respiración.

—¿Qué?

—El año pasado. Se ahorcó. Salió en los periódicos... Para ser alguien que escribe un libro sobre el tema, no tiene unos archivos muy actualizados...

La miro boquiabierto y me vuelvo hacia el empleado, como si quisiera que él contradijera sus palabras. Pero el hombre se limita a observarme. Me dirijo a la vigilante:

—¿Está segura?

—¡Yo era una de las vigilantes que la descubrió! ¡Me acuerdo como si fuera ayer!

Un poco perdido, pregunto:

—Pero... ¿cómo... cómo sucedió?

La vigilante ladea la cabeza y me observa con suspicacia.

—¿De verdad es usted psiquiatra?

Busco en los bolsillos, saco la cartera y le enseño mi carnet. Ella lo examina minuciosamente, vacila una vez más y me lo devuelve. Se nota que ha tomado una decisión.

—La encontramos una mañana, colgada en su celda. Nunca había conseguido integrarse con las demás y siempre estaba sola. De todas maneras, las otras presas la detestaban. No es sorprendente, con el crimen que había cometido... Si quiere mi opinión, creo que tenía demasiados remordimientos y...

Hace un gesto fatal. Entorno los ojos, incapaz de decir nada. La vigilante continúa:

—Hasta su muerte, sostuvo que ella no era la responsable del asesinato de sus dos hijos...

—¿Qué quiere decir? Porque confesó el crimen, ¿no?

—¡Oh, sí! Siempre reconoció que los había ahogado ella misma, pero decía que no era culpa suya. Como le he comentado, yo era una de las vigilantes aquella mañana... Ella dejó un mensaje sobre la mesita... Me acuerdo muy bien, era tan... extraño...

Mi respiración se acelera aún más.

—¿Qué escribió?

La vigilante se muestra muy colaboradora de pronto. Cree que habla con un escritor y se siente importante. El empleado también la escucha, fascinado por la historia.

—No recuerdo las palabras exactas, pero en resumen decía: «No es culpa mía... Ha sido él... Él me miraba, ha sido él... No es culpa mía». ¿Se hace una idea?

El suelo se mueve bajo mis pies... y me hundo aún más.

—Gracias —balbuceo—. Gracias, ahora... me marchó.

—¡Eh! ¿Me va a citar en su libro? —pregunta la vigilante—. Me llamo Andrée Choquette.

—Perfecto —respondo con voz apagada mientras me alejo—. Perfecto...

—¿Lo ha apuntado?

Esta vez no contesto. No soy capaz. Tengo un nudo en la garganta.

Monto en el coche. Arranco. Lo veo todo borroso. Esto no va bien.

Nada bien. En absoluto...

De pronto, me paro en el arcén, abro la puerta y vomito en la carretera. Siento una arcada y vomito de nuevo.

Permanezco inclinado unos minutos mientras recupero el aliento y cierro la puerta.

Me encuentro algo mejor.

«No pienses en nada. Vuelve a casa sin provocar ningún accidente y no pienses...».

Conduzco de vuelta a casa.

El regreso es una pesadilla en sentido literal. Todo se enturbia ante mis ojos. Súbitos destellos de luz, procedentes de ningún sitio, me deslumbran. No causo ningún accidente de milagro. Después de un tiempo, que me ha parecido infinitamente largo, aparco delante de casa. Entro titubeando. En el pasillo, oigo que Hélène me llama desde el salón, pero no respondo. Voy directamente al cuarto de baño, me arrojo y vomito de nuevo.

La voz de Hélène suena a lo lejos...

—¿Dónde estabas? ¿Has visto la hora que es?

Mi estómago está vacío, pero sigo vomitando. Bilis, sufrimiento, locura.

—Paul, ¿estás bien?

Hélène se acerca.

—Todo va bien —consigo farfullar con la voz empañada.

Cierro los ojos y apoyo la frente en el mármol frío del lavabo. Detrás de los párpados cerrados, veo mucha gente. Monette, Jeanne, Archambeault, Judith Loiselle... Todos bailan en círculo, cogidos de las manos. En medio de ellos, se encuentra Roy.

Hélène está a mi lado, la noto.

—Paul, ¿quieres que te ayude? Un paño de agua fr...

—¡Déjame en paz, Hélène!

Vomito una vez más.

Me vacío, me vacío de todo...

Una imagen grotesca que me acosa sin motivo desde hace unos días aparece en mi cabeza hecha pedazos: la de las dos puertas cerradas flotando delante de mí...

Al cabo de unos segundos, oigo a mi mujer alejarse... sollozando. Ruido de pasos que suben por la escalera. Una puerta que se cierra con violencia.

Empiezo a gemir...

Paz, paz, paz...

Me levanto varios minutos después. Titubeando, bajo hasta el sótano. Entro en la habitación de invitados y me dejo caer sobre la cama.

No pensar. No pensar más. Demasiadas emociones, demasiados acontecimientos, demasiados...

Me pongo el brazo sobre los ojos.

Por supuesto, sueño. Lo que he rechazado de forma consciente me atrapa en el sueño.

Me despierto gritando. Literalmente. Un auténtico grito. Como estoy en el sótano, Hélène no ha debido de oírme.

Ya no recuerdo la pesadilla. Sólo unos niños ahogados, unos crímenes terribles, una mirada familiar que observa y lo ve todo...

En la oscuridad de la habitación, miro alrededor, nervioso, y dejo caer la cabeza en la almohada.

Hay algo nuevo dentro de mí, algo que me invade. Es el enemigo, el que he intentado repeler durante todo el día.

La duda está ahí.

Suelto un largo gemido de desesperación, de auténtica angustia.

—¡Oh, Dios mío...!

Pero las tinieblas cubren mi voz.

Capítulo 12

Por la mañana, cuando me despierto, sobre las diez (no recuerdo la última vez que me levanté tan tarde), me encuentro una nota de Hélène sobre la mesa de la cocina. En ella, mi mujer me explica que esta noche, después del trabajo, no regresará aquí. Que irá a casa de su hermana, en Drummondville, donde pasará el fin de semana.

«Debo reflexionar, Paul. No puedo quedarme sin hacer nada, pasiva, esperando a que tú te intereses de nuevo por mí. Meditemos cada uno por nuestro lado. Después, si te parece bien, hablaremos. De verdad».

Doy vueltas a la nota entre los dedos. Ella tiene razón, lo sé muy bien. Tengo que reflexionar seriamente. ¿Amo aún a Hélène? ¿Puedo quererla todavía? En su nota lo dice con claridad, no me esperará eternamente, y la creo. Hélène siempre ha sido una mujer de acción, audaz e independiente. Incluso con cuarenta y nueve años es capaz de dejarme y comenzar una nueva vida. Es lo bastante fuerte para hacerlo.

Pero lo cierto es que esta mañana sólo me obsesiona una idea: debo hablar con Jeanne. Por encima de todo. Los viernes por la mañana, ella va al hospital. Decido hacerle una visita.

«¿Y tu pareja, Paul? ¿Cuándo vas a pensar en ello? ¿Cuando Hélène esté harta y te deje?».

Muevo la cabeza.

Después de tomarme media naranja (me siento tan mal que la idea de comer me da náuseas) y de ducharme, conduzco hasta el hospital y entro en el ala de psiquiatría sobre las once menos cuarto. En el Núcleo, Manon me saluda y me sigue con unos ojos perplejos. Debo de tener un aspecto extraño.

Seguramente, Jeanne no ha terminado la ronda de sus pacientes; decido esperarla en su consulta. La secretaria me deja pasar sin problemas.

La consulta de Jeanne está más decorada que la mía, es menos sombría, tiene más colorido. Hay muchas plantas, algunas reproducciones de Monet, de Renoir... Observo los cuadros sin verlos realmente, de pie, con las manos a la espalda. Unos diez minutos después, entra Jeanne. Es patente que mi presencia la disgusta.

—¿Quieres verme?

Su tono frío, su cara glacial... Ella aguarda, de pie, con las manos cruzadas sobre su grueso vientre.

No sonrío. No saludo.

—Quería hablar contigo.

Ella adopta un aire duro, pero percibo un atisbo de inquietud en su mirada. ¿Tan mal estoy? Debo de llevar la angustia escrita en la cara con letras mayúsculas.

Jeanne duda. Al final, se sienta detrás de la mesa y espera. Pero no puede ocultar su preocupación por más tiempo:

—¿No te encuentras bien, Paul? Pareces completamente aturdido...

—Sí, supongo...

Tomo asiento a mi vez. Me miro las manos y muevo la cabeza.

—Escucha, sé que ayer no estuve muy brillante... Que me pasé un poco... Que...

Me callo, incapaz de continuar. Incapaz de lanzarme de verdad. Siento un ligero vértigo. Percibo la mirada de mi compañera sobre mí y su voz, de nuevo preocupada:

—Por Dios, Paul, ¿qué te pasa?

Clavo la vista en los dedos. Me detengo unos segundos en la alianza.

—Ayer, no estabas segura de que fuera capaz de reconocer mi error si me equivocaba con Roy... ¿te acuerdas?

Silencio. Jeanne me mira con expresión distante, preguntándose adónde quiero llegar.

—Pues bien, me he equivocado, Jeanne...

Ella entorna los ojos.

—¿Equivocado? ¿En qué punto?

—Me he equivocado al negar categóricamente tus dudas.

Ya está, lo he dicho, y esto me hace sentir una curiosa mezcla de satisfacción y humillación.

Su expresión glacial desaparece por fin y me mira con prudencia, aún incrédula. ¡Pues sí, Jeanne, pues sí!

—Concreta un poco —me pide.

Y concreto. Mucho. Le cuento absolutamente todo lo que pasó ayer: la carta de Monette, la cinta con el testimonio del joven punk; la consulta, con el periodista, de los archivos del *Journal de Montréal*; lo que descubrí sobre Judith Loiselle, la visita a la cárcel, la noche de terror...

Ella se queda boquiabierta, estupefacta, desconcertada. Al final, habla.

—¡Paul, es... es una completa locura!

Me echo a reír.

—Es lo menos que se puede decir.

Me observa intensamente, temerosa e intrigada a la vez.

—Y... ¿qué conclusión sacas?

Me hundo en el sillón, suspirando. Vuelvo a examinar mis dedos. Cada palabra sale de mi boca con mucha dificultad.

—Ya no estoy tan convencido, Jeanne. Ya no puedo atribuirlo todo a la casualidad, pretender que es un paciente más, que es..., que no hay nada anormal en esta historia. Ya no puedo.

Levanto la cabeza.

—Tengo dudas, Jeanne. Yo también. Quizá no tantas como tú, pero tengo dudas.

—¿Sobre qué?

Mi compañera intenta permanecer tranquila, pero percibo claramente que está tocada. Reflexiono un rato. Debo medir cada una de las sílabas que voy a pronunciar.

—Dudo del orden habitual de las cosas, de la omnipotencia de la lógica. Me digo que tal vez..., tal vez el caso Roy requiere una explicación... no racional.

Permanecemos un momento sin movernos, como si estuviésemos en una fotografía. Al final, ella se dispone a hablar, pero la detengo levantando la mano:

—Digo tal vez, Jeanne. Esto significa que voy a continuar buscando una explicación al caso Roy, pero que esta explicación puede ser racional... o irracional...

Suspiro y me río amargamente, como si una cuerda estirada al máximo acabara de soltarse dentro de mí.

—¡Señor, veinticinco años de psiquiatría para llegar a esto!

Jeanne guarda silencio unos minutos. No está segura de seguirme bien.

—No lo comprendo, Paul... Desde hace varios años, sostienes que no hay explicación a la locura, que buscarla es vano e inútil... Y con Roy dices que la vas a encontrar, sea racional o no...

Mueve la cabeza, curiosa:

—¿Por qué este... cambio?

Sabía que me lo preguntaría. Desde ayer me planteo esta misma cuestión. Pero creo haber hallado una respuesta:

—¿Crees en el destino?

Jeanne se encoge de hombros, divertida.

—No sé. Pero ¡seguro que tú no crees en el destino!

—En efecto, no creo en él. Aunque, desde ayer noche, muchas de mis creencias se han visto cuestionadas. En todo caso, empecé por decirme que tal vez Roy no es mi último paciente por casualidad.

Jeanne arruga el ceño.

—Antes de la llegada de Roy, yo estaba seguro de que nada tenía explicación. Al menos, tenía esa certeza. Ahora, ni siquiera la tengo, porque quizás haya una respuesta..., una respuesta que se encontraría más allá de la lógica y de la ciencia... Entonces tengo que buscar, indagar, si no..., si no me repetiré hasta el fin de mis días que me he equivocado, que a veces puede haber alguna explicación...

Adelanto la silla. No sólo le hablo a Jeanne, sino que me hablo a mí mismo, a mi conciencia.

—Si en el caso Roy descubrimos en efecto algo... irracional, entonces sabré que me he equivocado y podré ver todo desde una nueva perspectiva. Pero si descubro que es un simple loco que delira, como los demás..., entonces confirmaré que todos estos años tenía razón.

Jeanne acusa el significado de mis palabras. Hacía tiempo que nadie me escuchaba tan atentamente. Con voz pausada, dice:

—Pero, en ambos supuestos, se trata de una perspectiva sombría... En uno, te das cuenta de que llevas años equivocado, lo que es un fracaso. En el otro, compruebas que estabas en lo cierto al no creer en ninguna explicación, ¡y es deprimente!

Esbozo una pobre sonrisa.

—La serenidad de espíritu es un lujo que, evidentemente, no podré permitirme en mi jubilación...

Mi compañera se entristece.

—Lo que dices es terrible, Paul...

—Prefiero deprimirme con certezas que con dudas, Jeanne... Por eso, no puedo soltar a Roy, aunque, en el fondo, sería la solución más sencilla... Debo buscar, indagar, llegar hasta el final...

Me callo de nuevo. Recuerdo cuando estaba en la consulta y recibí la llamada de teléfono que me comunicó el despertar de Roy. Tuve la certeza de que eso lo cambiaría todo. Creo que, desde aquel instante, la duda se instaló en mí. De un modo inconsciente y solapado. Por fin, me lo confieso después de la noche pasada.

Me siento de pronto mortalmente triste. Me tiemblan un poco los dedos y tengo un nudo en la garganta.

—Te encuentras mal, ¿eh, Paul? —me pregunta Jeanne con dulzura, conciliadora.

De repente, me echo a llorar. Ni siquiera creo en mí mismo. La última vez que lloré fue cuando Arianne tuvo a su hijo, hace tres años.

—¡Joder, Jeanne, en unos años lo he perdido todo! Mis ideales, mis esperanzas, mi optimismo... ¡Incluso estoy a punto de perder a Hélène por no creer en nada! Y Roy... ¡Roy es como el último combate! ¡Un combate que me permitirá saber si yo tenía razón o no!

Sollozo, incómodo. No me atrevo a mirar a Jeanne, pero sé que me observa intensamente. Murmuro mientras me seco los ojos:

—Aunque en ambos casos me sienta infeliz, al menos, sabré por qué...

Al fin, levanto la cabeza. Jeanne está triste, lo noto, pero sonríe. Sólo por este gesto, comprendo que me quiere. Mucho. Una amistad fuerte y real. Me siento emocionado.

—No te condenes tan rápido a la desgracia, Paul —me aconseja con cariño—. Poco importan las conclusiones sobre Roy, al menos, habrás llegado hasta el final, algo que llevabas mucho tiempo sin hacer. Esto puede aportarte mucho.

Hago un ligero gesto de cansancio.

—No lo sé, Jeanne. No estamos en una película de Hollywood, donde las simples virtudes del héroe le permiten recuperarse... La realidad es bastante más ingrata...

Mi compañera esboza una mueca.

—Una respuesta, Jeanne... No pretendo la felicidad. Sólo saber si tengo motivos para perder la fe o no. Esto sería ya... extraordinario.

De nuevo, nos miramos. Hemos recuperado la complicidad, la complicidad y el respeto. Pero queda algo más. Una especie de miedo latente, tímido, como si no supiera si debe manifestarse abiertamente o no.

—Entonces, ¿nos ponemos a trabajar a fondo? —propone Jeanne.

Y añade con una sonrisa melancólica:

—¿Tu último caso?

Intento sonreír también. No estoy seguro de conseguirlo.

—Mi último caso.

Decidimos comer juntos. Mientras cruzamos el Núcleo, nos encontramos con Nicole. Le pregunto:

—¿Cómo va el señor Roy?

—En este momento, está acostado. Se ha levantado sobre las ocho, ha desayunado, pero cuando he pasado hace media hora, estaba durmiendo. Incluso había corrido las cortinas de la ventana.

—¿Novedades desde ayer?

—Desde ayer a mediodía le hacemos comer en el comedor, con los otros pacientes.

—¿Ofrece resistencia?

—En absoluto. Ayer comió y cenó con los demás, tranquilamente. Aunque se sienta solo, en un rincón, con la enfermera que le da de comer. No habla con los otros pacientes.

—Y ellos, ¿cómo reaccionan?

—Ponen cara de curiosidad, es evidente. Creo que algunos lo reconocen, pero nadie se atreve a hablar con él...

—Es extraño... Normalmente, son más curiosos...

Cuando estamos a punto de separarnos, oímos unos gritos. Los tres intentamos localizar su procedencia: vienen de la habitación de Roy.

Dos enfermeras se dirigen allí cuando les indico que se detengan.

—Dejen, yo me ocupo.

Hago una seña a Jeanne. Los dos nos lanzamos a paso rápido por el pasillo uno.

Los gritos de Roy son aterradores y están mezclados con sollozos. Por el camino, nos cruzamos con Édouard Villeneuve, asustado por todo este trájín.

—¿Qué pasa, doctor? —me pregunta con su voz insegura—. Parece que alguien grita...

—Todo va bien, señor Villeneuve.

—¿Vendrá a verme después?

Esta vez, no respondo. Jeanne y yo entramos en la habitación número nueve y cerramos la puerta detrás de nosotros.

La estancia se encuentra a oscuras. Roy está en la cama, con las sábanas por las caderas y el torso erguido, apoyado en los codos. Tiene el pelo desordenado y grita sin parar, al tiempo que echa miradas enloquecidas a todo lo que le rodea.

—¡Ha venido otra vez! —balbucea entre dos gritos—. ¡Ha venido otra vez!

—Yo me ocupo, Jeanne...

Ella asiente y se queda al margen, curiosa, mientras me acerco a la cama. Me inclino sobre el escritor y le rozo los hombros. Le tranquilizo despacio con una voz apacible:

—Todo va bien, señor Roy... Todo va bien, cálmese... Escuche...

Le hablo de ese modo durante un minuto. Por fin, se recuesta. Ya no grita, pero continúa en estado de choque. Mira alrededor mientras emite ligeros gemidos. Da pena verlo. Me da la impresión de que tengo delante a un hombre distinto al de ayer.

Creo que no me ve. Sabe que hay alguien, pero no se da cuenta de que soy yo. Como si estuviera medio dormido y soñara todavía. Me digo que debo aprovechar este estado para hacerle hablar lo más posible.

Me vuelvo hacia Jeanne. Inmóvil, me dirige una mirada de comprensión. Sin hacer ruido, acerco una silla a la cama y me siento. Pregunto en voz baja, como si hablara a un niño:

—¿Quién ha venido otra vez, señor Roy?

No responde. Sigue mirando alrededor, asustado.

—¿El sacerdote, verdad? ¿Habla del sacerdote?

Gime y asiente con la cabeza. Perfecto. Sobre todo, no forzar.

—¿Cuándo ha venido a verlo? ¿Hace un momento? ¿En sueños, mientras usted dormía?

—Siempre se manifiesta en sueños —replica Roy sin mirarme.

Responde sin tener conciencia de que soy yo. Perfecto, todo es perfecto...

—¿Reconoce entonces que sueña con ese sacerdote..., que no es real?

Su mirada, clavada en el techo, se ensombrece de inmediato.

—No hace falta ser de carne y hueso para ser real...

Asiento despacio. Mientras continúe en este estado semionírico, me hablará...

—¿Cómo es?

Sus pupilas se dilatan. No ve el techo ni la habitación. Le ve a él.

—Alto..., calvo..., de unos cuarenta años..., con ojos verdes..., pero brillantes..., muy brillantes...

—¿Y cuándo se le ha aparecido?

Gime cerrando los ojos. Respira agitado.

—Cada vez que tengo una..., una...

—¿Una idea? —completa, detrás de mí, la voz excitada de Jeanne—. ¿Una idea para una novela?

Me vuelvo y la fulmino con la mirada. Ella lo comprende y me hace un gesto desolado. Inquieto, vuelvo con Roy. Él solloza en voz baja. Jeanne ha dado en el clavo. Pero no puedo perderlo, ahora no. Acerco la cara y bajo el tono:

—¿Por qué se le aparece cuando tiene una idea, Thomas?

Abre los ojos. Su rostro cubierto de lágrimas parece encontrarse en otra parte, muy lejos... En un lugar terrible... Su voz suena etérea:

—Para guiarme. Para ayudarme. Cuando se me ocurre una escena horrible, cuando empiezo a escribir una nueva novela..., sueño con él poco después y..., y él me guía...

—¿Cómo lo hace?

Sus ojos desorbitados siguen fijos en el techo. Su pecho sube y baja con rapidez.

—No..., no sé... La mañana siguiente al sueño, salgo de mi casa... Camino sin rumbo... A veces, cojo incluso el coche para salir de la ciudad... No sé adónde voy, como si alguien me guiara... Camino o conduzco hasta que..., hasta que veo lo que tenía..., lo que tenía...

De repente, se pone el brazo sobre la cara y gime. No termina la frase, pero lo he comprendido perfectamente.

—¿Qué hace usted después?

Mi voz es tan baja que me pregunto si Jeanne me oye.

—Después vuelvo a mi casa... y... escribo... ¡Escribo!

Pronuncia esas dos últimas palabras con un odio terrible y se echa a llorar.

—¿Así ha sucedido cada vez? —susurro.

—¡Yo no quería continuar! —responde de repente, liberando la cara del brazo, con unos ojos enloquecidos—. ¡Cuando tuve la idea del policía que mata a los niños, quise..., quise que todo parara! ¡Era demasiado! ¡Me resistí, no salí de casa, no escribí, pero... la idea estaba allí y no quería marcharse! ¡Así que acabé por escribir! ¡A mi pesar!... Entonces, él volvió a visitarme...

Se lleva las manos vendadas al rostro y llora como un niño.

—¡Y salí a la calle! —solloza—. ¡Dios mío, salí, no puede impedírmelo! Me dejé guiar hasta..., hasta...

El resto desaparece entre las lágrimas. Decido desviar la conversación.

—Pero ¿por qué un sacerdote?

—¡No lo sé, no lo sé! —gimotea con la cara entre las manos.

En su voz, hay un tono de desesperada sinceridad.

Estoy conmovido. Si me lo hubiera contado ayer por la mañana, me habría limitado a escucharlo con oído profesional, sin que me afectara. Pero hoy...

Giro ligeramente la cabeza hacia Jeanne. Al verla con la mano en la boca y una mirada de desconcierto, comprendo que no se ha perdido ni una sílaba. Vuelvo con Roy.

—Y cuando le atacaron los dos punks, ¿el sacerdote le había... guiado también hasta aquel lugar?

Roy murmura algo. Creo reconocer un sí.

—¿Sabía que le atacarían?

Separa los brazos. Mantiene los ojos cerrados, como si se obligara a no abrirlos.

—No..., pero sabía que iba a sufrir.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral.

—Pero ¿por qué?

Vacila. Su mandíbula se crispa. Por fin, balbucea:

—El sacerdote... Me decía... Me decía que, gracias a él, ahora sabía escribir buenas escenas de terror..., pero que faltaba un pequeño..., un pequeño detalle...

—¿Cuál?

—¡La experiencia del sufrimiento! No podría reflejar a la perfección el sufrimiento hasta que..., hasta que no lo hubiera experimentado...

—¿Usted aceptó?

—¡No tenía elección! —suelta en un largo grito de angustia.

Un profundo malestar se apodera de mí; de nuevo, me vuelvo hacia mi compañera. Ella está exactamente en la misma posición, petrificada por completo. Debería parar, pero tengo tantas cuestiones que plantearle... Debo aprovechar este estado secundario todo lo que pueda. Me humedezco los labios y pregunto:

—Y..., y los dos punks, cuando se... apuñalaron entre ellos..., cuando se volvieron como locos... ¿Quién los puso en..., quién hizo que perdieran la cabeza de ese modo?

De repente, Roy deja de llorar. Sus ojos siguen cerrados, pero adivino su perplejidad. Repito:

—¿Quién los volvió locos? ¿El sacerdote?

Por fin, abre los párpados y mira en torno a él con los ojos guiñados, como si se acabara de despertar. Ha vuelto, lo veo claramente. Le ruego, con una voz llena de consideración:

—Respóndame, Thomas.

Por primera vez, él me ve de verdad. Me reconoce y frunce el ceño, desconfiado.

—¿Cómo sabe... lo de los dos punks?

Discurro en mi interior a toda velocidad y decido cambiar de tema. Mi voz suena un poco aguda:

—¿Desde cuándo se le aparece ese sacerdote, señor Roy? ¿Desde sus comienzos? ¿Desde el primer día en que empezó a escribir?

—¿Cómo sabe lo de los dos jóvenes? —reitera, apoyado en los codos.

Retiro mi cara. Se ha terminado, no sacaré nada más de él. Busco algo que decir.

—¿Se lo he dicho yo? —insiste el escritor con una cara torcida por la cólera y el miedo—. ¿He sido yo?

—Cálmese, señor Roy...

—Pero ¿qué le he contado? ¿Qué le he dicho desde que he empezado a hablar?

Cada vez se pone más nervioso. Me pilla desprevenido. Jeanne lo comprende, se acerca y le susurra:

—Pero tiene que hablar, señor Roy. Es preciso, si quiere que le ayudemos...

—¡Desde luego, no comprenden nada en absoluto! —se pone a gritar, incorporándose de golpe—. ¡No pueden ayudarme! ¡Nadie puede ayudarme!

—¡Claro que sí, confíe en nosotros! ¡Nosotros podemos!

No sé si pienso o no lo que digo. Desde hace varios años, no creo ser de ninguna ayuda para estos desgraciados...

Pero ¿para Roy...?

«¿A menos que sea a mí a quien pretendo ayudar?».

El escritor me mira unos instantes. Al cabo de dos segundos, ha recuperado la calma. En su mirada, veo una mezcla de desprecio, lástima y tristeza. Con suavidad, pero en un tono sombrío, articula:

—Se acabó, doctor... No le diré nada más...

—Señor Roy, por favor...

—Déjeme a solas, si es tan amable.

Se tumba de espaldas y gira su rostro neutro hacia el techo.

—Escuche, señor Roy. Debe confiar en nosotros si...

—¿Me dice la hora?

Su pregunta me desconcierta. Jeanne se ve obligada a responder:

—Sí... Sí, son las doce menos cuarto...

—Debo vestirme para comer. Llame a una enfermera para que me ayude...

—Señor Roy...

—Se acabó, doctor —repite mientras vuelve la cabeza hacia mí.

Y, en sus ojos, hay una resolución tan inquebrantable como desesperada.

Como ese reflejo sombrío..., familiar..., insondable...

Suspiro y consulto a Jeanne con la mirada. Ella asiente despacio. Por fin salimos y, en el pasillo, me propone:

—¿Damos un paseo antes de comer?

El pequeño parque de la calle Notre-Dame, cerca del hospital, está muy concurrido a mediodía. Muchos trabajadores vienen a comer aquí, antes de encerrarse durante cuatro largas horas en una triste oficina. Como el sol se muestra hoy particularmente entusiasta, hay una legión de visitantes que pasean o se sientan en el césped para comerse sus sándwiches. Jeanne y yo caminamos despacio por el pequeño sendero de asfalto, poco sensibles a la animación que nos rodea. Hablamos en voz baja para no llamar la atención.

—Roy guiado por un sacerdote —observa Jeanne—. Un sacerdote que plasma en la realidad las ideas de sus novelas... Que incluso le lleva a conocer el sufrimiento para dar mayor credibilidad a sus libros...

No respondo. Jeanne continúa:

—Y cuando a Roy se le ocurrió la idea del policía que mata a unos niños, él intentó resistirse, pero... fue en vano.

Un corto silencio. Unos niños nos rebasan corriendo, acompañados del sonido de sus risas. Jeanne retoma la palabra:

—Tal vez hay un sacerdote real que se comunica telepáticamente con Roy. La telepatía es un fenómeno que muchos científicos se toman en serio, sabes...

Respondo con prudencia:

—No rechazo la idea de la telepatía, pero no lo explica todo, Jeanne, ni mucho menos... ¿Por qué un sacerdote?

—Y, sobre todo, ¿cómo sabe ese sacerdote que las ideas de Roy van a ocurrir en la realidad? ¿Las prevé? ¿Las provoca?

Suspiro. Hace dos días, me habría negado a mantener una conversación como ésta.

—Vamos demasiado rápido, Jeanne. Antes de elaborar hipótesis irracionales, hay que encontrar pruebas tangibles.

—Pruebas de lo irracional... Algo contradictorio, ¿no?

Me encojo de hombros. De repente, ella señala un banco libre y propone:

—¿Nos sentamos un poco, si te parece?

Jeanne se instala y suspira, más cómoda. Permanezco de pie, delante de ella. Nos callamos unos instantes. Me inclino, recojo una rama rota del suelo y me incorporo.

—¿Qué sugieres, Paul?

Arranco de forma mecánica las hojas de la rama.

—Ayer, llamé a la hermana de Roy. Josée tenía razón: le resulta del todo indiferente la suerte de su hermano. No lo quiere, está claro. Una vieja rencilla familiar, supongo. Pero ella comentó que Roy fue adoptado cuando tenía dos o tres meses... Quizá se pueda buscar por ese lado...

Jeanne parece dubitativa.

—¿Tú crees? Lo encuentro una pista débil...

Tiro con lasitud la rama deshojada.

—¿Tienes una idea mejor?

Ella hace una ligera mueca y propone con timidez:

—Tal vez Monette podría ayudarnos.

No digo nada. Ella añade:

—En todo caso, hasta ahora, él ha sido más que útil...

¿Qué puedo replicar a esto? Jeanne tiene razón, lo quiera yo o no. En cualquier caso, si pretendo avanzar de verdad en este asunto, tendré que rebajar un poco mi orgullo. Al final, digo:

—Es cierto que aún podría sernos de utilidad...

Ella asiente con la cabeza, satisfecha. Añado rápidamente:

—Pero esperemos un poco.

—Está bien. De todas maneras, nos llamará: debe de preguntarse lo que hiciste ayer después de tu «fuga» del *Journal de Montréal*.

Al final, me siento a su lado. Ella sonríe con aire burlón.

—De paso, él te echó el guante...

—¿Y eso?

—No lo necesitabas para consultar los archivos del *Journal de Montréal*. Conozco muchos estudiantes universitarios que acuden allí para buscar información... Tu carnet de psiquiatra habría bastado para abrirte las puertas. Ellos se habrían sentido muy orgullosos de ayudarte... No es el FBI, Paul, es un periódico que lee todo el mundo, no tienen nada que ocultar...

Hago una mueca. ¡Qué idiota! Monette debió frotarse las manos cuando fui a pedirle ayuda...

—Pero es verdad que lo necesitabas para manipular los CD-ROM, porque la informática y tú...

—Vale, vale...

Se ríe discretamente, mientras sigue a un muchacho con los ojos. Vuelvo al tema de nuestra conversación:

—Entonces sugiero que nos reunamos con Claudette Roy. Podría llamarla y quedar con ella. No tengo ni idea si nos va a aportar algo, pero...

Nos quedamos callados. Una pareja sexagenaria pasa delante de nosotros, cogidos de la mano. Se les ve frágiles y arrugados, pero emana de ellos un persistente aroma de adolescencia.

Pienso en Hélène. Me pregunto qué perfume emana de nosotros cuando caminamos así, juntos...

A aceites para embalsamar, tal vez...

—Has dicho «nos»...

Me vuelvo hacia Jeanne.

—¿Qué?

—Has dicho que nos reunamos con ella. Que yo vaya contigo, ¿es eso?

Ella sonríe con malicia.

—Por supuesto —digo—. Estamos juntos en este asunto, ¿no?

Deja de sonreír, su expresión se vuelve grave y pregunta en un tono extraño:

—Ahora ya no es trabajo, ¿verdad, Paul? Lo que hacemos no tiene nada que ver con nuestra profesión de psiquiatras...

Reflexiono unos instantes antes de responder.

—Digamos que, para mí, Roy ya no es un paciente...

—¿Y en qué se ha convertido?

Levanto la cabeza y miro a lo lejos, hacia el fondo del parque, donde la gente es tan minúscula que apenas la distingo.

No respondo.

Por la noche, me llama Hélène desde casa de su hermana. Charlamos un poco. Me pregunta si comprendo lo que ha hecho. Le digo que sí.

—Regreso el lunes por la noche. Ya hablaremos. Hablaremos en serio. Si quieres.

Le digo que me parece bien. Respondo mecánicamente.

Cuando cuelgo, me instalo en el salón con un libro y un buen cigarrillo, pero enseguida desaparece la página, así como el libro y el salón entero. El humo del cigarrillo parece envolverlo todo. En el centro de las volutas, sólo veo dos puertas. Por fin comprendo lo que hacen aquí, la razón de que esta imagen me obsesione desde hace algún tiempo.

En breve, tendré que abrir una de estas puertas... y cruzarla.

Me vienen a la mente las primeras palabras que dijo Roy cuando despertó:

«Tengo frío...».

Ahora entiendo lo que quiso decir.

Hace tanto frío en el umbral...

Permaneces inmóvil delante del cura calvo. Detrás de ti, continúa el concierto de gemidos y ruidos repugnantes. Por fin, decides hablar.

—No quiero seguir.

Sólo te has dirigido a él en contadas ocasiones. Y cada vez te aterroriza.

—Quiero que pare.

El cura levanta una ceja, divertido. Dos llamas infernales forman sus ojos.

—Sin embargo, antes te gustaba... Durante todos estos años... Esto te ha llevado a la gloria...

—Pero ¡se acabó! ¡Ahora ya no me gusta! ¡Es demasiado! Cada vez es peor, no... no quiero seguir, ¿lo oye? ¡Se lo dije la última vez!

Un escalofrío recorre tu cuerpo.

—¡Además, he tomado mis medidas! ¡Mire!

Y le enseñas las manos vendadas, sin dedos.

El cura se ríe como si eso no tuviera importancia.

—¡No quiero seguir! —gritas con voz suplicante—. ¡No quiero seguir!

Te das la vuelta para huir y no lo consigues. Ordenas a tus miembros que se muevan, pero ellos se niegan. Gimes desesperado mientras el cura, amenazador, escupe con desprecio:

—¿Crees que lo que tú quieras o no quieras tiene la menor importancia? ¡Obedecerás hasta el final! Aún debemos realizar juntos una última obra maestra... Después...

Una sonrisa monstruosa estira sus labios finos y blancos.

—Después te reunirás con los que han visto.

Capítulo 13

Al día siguiente, sábado, me levanto tarde. Desde hace dos noches, duermo un mínimo de diez horas seguidas. No es buena señal. Sobre las once y medida, me propongo llamar a Claudette Roy para quedar con ella, pero me acuerdo de que tengo su número de teléfono en la consulta. La idea de volver al hospital no me seduce en absoluto (me parece que últimamente voy con demasiada frecuencia), pero no quiero esperar al martes para localizarla.

Cuando entro en el Núcleo, es la hora de comer y la mayoría de los pacientes están en el comedor. Por curiosidad, voy a ver si Roy se encuentra con los demás.

Habrán unos quince pacientes, sentados en pequeños grupos. Roy está instalado en una mesa, aparte. No mira a nadie, ni siquiera a la enfermera que le da de comer. Hago una seña a Jacynthe, la enfermera jefe del fin de semana, y viene hacia mí.

—¿Por qué come solo el señor Roy?

—Porque lo prefiere así, doctor.

Jacynthe añade que ningún paciente le ha dirigido la palabra. Según ella, parece que le tienen miedo. Observo de nuevo a los pacientes. Comen, hablan y, de vez en cuando, alguno se vuelve hacia el escritor, con curiosidad y recelo.

Me rasco la barbilla y me dirijo hacia la mesa que ocupa Roy. Cuando me ve, su rostro se ensombrece. Me detengo delante de su mesa.

—Buenos días, señor Roy.

—¿Exceso de celo, doctor?

—Hoy no trabajo, sólo he venido a buscar una cosa...

Se me ocurre decirle que se trata del número de teléfono de su hermana, pero descarto la idea.

—¿Cómo se siente esta mañana?

—No tengo ganas de hablar...

Engulle el trozo de carne que le tiende la enfermera.

—Ya se lo he dicho, hoy no trabajo. No le estoy «analizando», sólo me informo, nada más.

Roy no responde y mastica la comida. Ya no confía en mí, es evidente. Tendría que encontrar un modo para animarle a sincerarse, una motivación. Me viene una idea.

—Su cumpleaños se acerca, ¿no?

Frunce el ceño, me mira con ojos furtivos, pero vuelve a la comida.

—El veintidós —responde sin entusiasmo.

—Es dentro de poco. Estaría bien que pudiera celebrarlo fuera del hospital, ¿no le parece? Si le pudiéramos dar el alta para su cumpleaños...

Me inclino ligeramente.

—Es posible, ¿sabe...? Si nos ayuda un poco, no hay razón para que se quede aquí por tiempo indefinido, señor Roy...

—¡Déjeme en paz! —replica en un tono agresivo.

La enfermera, que corta la carne, me lanza una mirada reprobatoria. Me incorporo, un poco decepcionado.

—Muy bien, señor Roy. Lo veré el martes pró...

De repente, una exclamación corta mi frase. Vuelvo la cabeza.

Desde la mesa que comparte con otros pacientes, Luc Dagenais, de pie, grita hacia otra mesa con voz violenta:

—¡Deja de mirarme de ese modo!

Entonces comprendo que se dirige a Édouard Villeneuve, sentado con otro grupo.

—¿Yo? —responde Édouard sorprendido—. ¿Te refieres a mí, Luc?

—¿Por qué me miras de ese modo? —continúa gritando Dagenais, que ahora camina en

dirección a Édouard.

Luc Dagenais no es paciente mío, pero lo conozco. Tiene treinta y cinco años y una buena planta; no es la primera vez que busca bronca con los otros pacientes. Todo lo contrario del pobre Édouard, que estará preguntándose lo que le ocurre. Suspiro. En treinta segundos, llegarán las enfermeras para separarlos dócilmente. Un espectáculo banal que he visto demasiado a menudo y que no voy a presenciar hoy.

Estoy a punto de marcharme cuando observo algo totalmente inesperado. Édouard, que dos segundos antes tenía un aire de total desconcierto, se levanta ahora y se dirige a toda velocidad hacia Dagenais.

—¡Muy bien, ya comprendo! —suelta con una voz desconocida para mí, una voz ronca y excitada—. ¿Es esto lo que buscas, eh? ¿Es esto?

De repente, se abalanza sobre Dagenais. Así, sin previo aviso. El coloso, a quien este giro de la situación le ha cogido desprevenido, cae de espaldas. Entonces Édouard se sienta a horcajadas sobre él y empieza a pegarle en la cara.

—¡Muy bien, muy bien! —repite con una voz siniestramente tranquila—. ¡Muy bien, ya comprendo!

Sus golpes son torpes, pero salvajes. Mientras Édouard pega a Luc, sus labios se tuercen en un rictus perverso y me cuesta reconocer en él al paciente apacible que trato desde hace seis años. Dagenais, por fin recuperado de la sorpresa, tira a su adversario sin ninguna dificultad y los dos hombres ruedan por el suelo golpeándose el uno al otro. Decido intervenir y me dirijo hacia ellos.

—¡Basta! ¡Luc, Édouard, dejadlo ya!

Me abro paso entre los pacientes que forman un círculo alrededor de los contrincantes y agarro a Édouard para levantarlo. Pero él, sin verme, me empuja con brusquedad y salta de nuevo sobre su adversario. Doy un traspiés hacia atrás, estupefacto. Y, de pronto, me doy cuenta de que soy el único que interviene.

Pero ¿qué hacen las enfermeras?

Nervioso, vuelvo la cabeza hacia la salida del comedor. Allí hay tres enfermeras, pero no se mueven. Observan la escena desde lejos, fascinadas. ¡Dios mío! Pero ¿qué les pasa?

—¡Eh, chicas!

Sorprendidas, por fin se ponen en movimiento. Entre los cuatro, conseguimos separar a los dos contrincantes (lo que es un alivio, porque me horroriza tener que recurrir a la seguridad del hospital). Dagenais se dirige hacia la salida, despeinado, pero sin más consecuencias, gritando que está harto de los que lo provocan. Dos enfermeras lo acompañan, mientras la tercera pregunta a Édouard qué ha pasado.

—¡No..., no lo sé! —balbucea el muchacho—. Ha sido... Ha sido... Ha sido él, que...

Édouard ha recuperado su aire pasmado y no queda ni rastro de agresividad en sus ojos. Se toca la nariz, que sangra un poco, como si no comprendiera lo que ha ocurrido.

—Venga —dice la enfermera—, vamos a hablar de ello. Y vosotros, seguid comiendo...

Se lleva al muchacho hacia la salida del comedor. Mientras se deja conducir, Édouard vuelve la cabeza hacia el fondo de la sala. Comprendo que mira a Roy con cierta mezcla de malestar e incredulidad.

Yo también miro al escritor. Él observa un instante la escena con una especie de terror contenido. Luego sigue comiendo.

Pienso en acercarme a él, pero renuncio. Me dirijo a los otros pacientes, todavía aglomerados.

—¡Terminad de comer, todo está en orden!

Cuando salgo del comedor, me encuentro con las dos enfermeras que han acompañado a Dagenais.

—Pero ¿cómo os habéis quedado sin hacer nada? ¿Estabais esperando que llegara la caballería?

Ellas parecen realmente desconcertadas.

—No sé muy bien... Nos ha cogido por sorpresa y...

—Tampoco ocurren tan a menudo las peleas... —se defiende tímidamente la otra.

—Pero ¡no es la primera vez! —replico.

Ellas balbucean algunas excusas más. Luego me alejo, exasperado.

En mi mesa, me encuentro un mensaje de mi secretaria: ha llamado Michaud. Si no lo tengo al corriente, es capaz de perseguirme hasta mi casa... El recuerdo de la llamada a las seis de la mañana termina de convencerme y, suspirando, marco su número.

—Buenos días, señor Michaud. No, no hay cambios reales, señor Michaud. Habla, pero

muy poco. Sí, nos encontramos trabajando en algo, señor Michaud, pero no estamos aún seguros de nada. Sí, señor Michaud, le llamaremos...

Una vez solventada esta formalidad, encuentro el número de Claudette Roy y decido llamar ahora mismo. Tengo suerte: está en casa. Mi llamada no le agrada en absoluto. No comprende por qué deseo que nos reunamos si ella no ha visto a Roy desde hace varios años... Le suelto el rollo habitual: si conocemos un poco la infancia de su hermano, podría ayudarnos, etc. Ella escucha en silencio y la oigo suspirar, contrariada.

—Oiga, creo que no tengo ganas de hablar de todo eso... Además, ¡le había dicho que no volviera a llamarme!

—Señora Roy...

Me humedezco los labios y continúo en tono educado:

—Señora Roy, le agradecería mucho que aceptara colaborar de buen grado con nosotros. Pero, como psiquiatra, si considero que su ayuda es necesaria para el tratamiento de uno de mis pacientes, puedo obligarla por ley a responder a mis preguntas. Por supuesto, me parecería muy lamentable tener que recurrir a esta medida extrema y preferiría que usted consintiera por propia voluntad, considerándolo como un servicio a la psiquiatría...

Por supuesto, es una completa mentira. Psiquiatra o no, nunca puedo obligar a nadie a darme información sobre un paciente, pero ella seguramente no lo sabe. Como mucha gente, debe de creer que mi estatus de médico me confiere muchos derechos. Es una manipulación odiosa, pero me da igual. Con todas las transgresiones que he cometido últimamente, mi moral parece bastante flexible. Además, el desdén con el que Claudette Roy trata a su hermano me hace sentir menos culpable.

Ella se calla unos instantes. Debe de hervirle la sangre al otro extremo del teléfono, pero ha mordido el anzuelo: cuando habla de nuevo, su voz, a pesar de su tono glacial, es más serena.

—Muy bien. Estoy dispuesta a reunirme con usted. Aquí, en Saint-Hyacinthe.

—No hay problema. ¿En su domicilio?

Me propone una terraza cerca de su casa. Anoto la dirección. Acordamos vernos el lunes por la tarde, a las ocho y media. Antes no puede (lo dudo, pero qué se le va a hacer). Le doy las gracias y cuelgo.

Una cosa hecha. Pero ¿será útil? ¿Útil de verdad?

Ya veremos...

Unos minutos más tarde, cruzo la puerta del Núcleo y salgo al pasillo, enfrente de la recepción del ala de psiquiatría. Sonríe a la recepcionista de fin de semana, una muchacha regordeta cuyo nombre se me escapa.

—Adiós, señorita...

—Buenas tardes, doctor —me saluda sonriendo—. ¡Ah! Doctor, quería decirle... Hace cinco minutos ha venido un sacerdote, quería ver a Thomas Roy...

De repente, todo se paraliza. El mundo, el tiempo, mi sangre. Me vuelvo y miro a la muchacha como si me hubiera propuesto que me acostara con ella.

—¿Qué acaba de decir?

A cada lado de la recepcionista, las paredes se han vuelto oblicuas y convergen hacia ella, como un agujero negro que aspirara todo.

—Un sacerdote quería ver a Thomas Roy —repite, un poco sorprendida—. Le he dicho que nadie podía visitar a los pacientes sin autorización escrita del médico que los trata... Me ha parecido que se sentía desilusionado, pero no mucho...

Me acerco a la joven con una lentitud extrema, como si caminara por un espeso barrizal. No llego a convencerme de lo que me acaba de decir. Quizá, porque no llego a creerlo. Quizá porque hasta ahora no quería creerlo...

—¿Eso es todo lo que ha dicho?

La recepcionista me mira inquieta.

—Pues... Después me ha preguntado: «¿El señor Roy sigue aquí?» y le he respondido que sí.

Adelanto la cara hacia la joven. Ella retrocede involuntariamente, casi asustada.

—Pero ¿por qué no me ha avisado?

Mi voz es una granada a punto de explotar. La pobre chica está cada vez más desconcertada.

—Pues porque no lo sabía, yo... sólo estoy aquí los fines de semana, no sé qué médico trata a cada paciente, yo...

Está a punto de llorar, pero no siento ninguna compasión. Empiezo a respirar más fuerte

y giro sobre mí mismo, como una peonza. Dios mío, ¡no puedo creer que se me haya escapado por poco, no puedo creerlo! Si he perdido esta ocasión, yo..., yo...

—¿Cuándo? ¿Cuándo ha ocurrido?

Esperanzada de repente, la muchacha responde con rapidez:

—¡Hace apenas cinco minutos! ¡En este momento, debe de estar saliendo del hospital! Quizá puede alcanzarlo si...

Salgo como una flecha. Mientras que bajo corriendo los escalones, busco en mi memoria para recordar la descripción que Roy hizo del sacerdote de su sueño: alto, calvo, con ojos verdes, de unos cuarenta años...

Señor, ¿es posible?

Esta vez, todo quedará explicado. Alcanzo el objetivo. Esto me excita tanto que, en cuanto franqueo la salida del hospital, vuelo hasta la acera.

La calle Notre-Dame no es en absoluto una vía desierta. Una multitud de peatones aparece ante mis ojos. Estoy a punto de gritar de rabia, pero me obligo a calmarme. Seguramente, acaba de salir del hospital.

«¡Mira! ¡Mira con atención!».

Me subo a un arcén de cemento y busco con la mirada alrededor de mí.

¡Un sacerdote, diantre! ¡No es tan difícil de reconocer!

De repente, veo a un hombre que espera en un semáforo, a unos quince metros a mi derecha. ¡Un sacerdote, es un sacerdote, lleva alzacuellos, es él!

Pero no es muy alto, tiene una mata de pelo blanca y parece haber superado los setenta años.

¡No es él! No es el sacerdote del sueño... No sé si debo sentirme defraudado o aliviado. Una mezcla de ambos sentimientos, tal vez...

Pero ¡es un sacerdote en cualquier caso, un sacerdote que quería ver a Roy! ¡Hay alguna relación, es evidente!

Salto a la acera. El semáforo cambia a verde y los peatones empiezan a cruzar. Corro hacia la intersección, pero choco de frente con un niño pequeño, que se echa a llorar.

—¡Fíjese por donde va! —me increpa la madre.

Balbuceo una disculpa. Cuando llego al cruce, sin aliento, el semáforo se ha puesto rojo y los coches pasan delante de mí a toda velocidad. Me pongo de puntillas y miro a lo lejos. Al otro lado de la calle, veo al sacerdote, que se aleja. Entonces grito:

—¡Padre!

Algunas personas se vuelven hacia mí. ¡Lo siento por el espectáculo que estoy dando!

—¡Padre! ¡Eh, padre!

Parezco ridículo vociferando de ese modo, pero por fin el anciano me oye y se da la vuelta, intrigado. Hago amplios gestos con los brazos; debo de parecer muy grotesco.

—¡Aquí! ¡Aquí, padre!

Me ve. Entorna los ojos, indeciso.

—¡Soy el médico de Roy! ¡El médico de Roy!

Pero hay demasiado ruido: la gente, los coches... El sacerdote se lleva la mano a la oreja mientras hace una mueca. Pero ¿a qué espera este maldito semáforo para ponerse verde?

—¡Médico! —grito apuntando con el dedo al hospital—. ¡El médico de Thomas Roy!

Mi falta de discreción es inexcusable, pero me da igual. Olvido que estoy en plena calle, que docenas de personas pueden oírme.

La mano del sacerdote se separa de la oreja y me señala con el dedo. Su mirada es inquisitiva. Lo ha comprendido. Le sonrío y le indico por señas que voy a cruzar dentro de un segundo.

Entonces el sacerdote tiene una reacción que me deja estupefacto: me da la espalda y se aleja rápidamente.

¡Huye de mí! Me pongo a gritar:

—Pero..., pero..., pero ¿qué hace? Padre, ¿qué...?

Lo pierdo de vista. Me precipito hacia la calzada para cruzar, pero un claxon ensordecedor me revienta el tímpano mientras un coche está a punto de atropellarme. Subo a la acera y fulmino el semáforo con la mirada. Me desespero hasta que por fin se decide a cambiar de color.

Me lanzo a cruzar la calle y, una vez en la acera opuesta, me vuelvo a poner de puntillas. ¿Dónde está? ¡Es un anciano, no puede andar muy rápido!

Lo veo más adelante, en un mar de peatones. Es evidente que huye, pero no va muy deprisa. Corro abriéndome paso sin mucha dificultad entre la gente. Me detengo y me alzo

de nuevo. A unos quince metros, el sacerdote toma una callejuela transversal.

De nuevo, echo a correr. Resoplo ruidosamente, mientras farfullo disculpas a la gente que empujo. De pronto, me acuerdo del dolor del pecho del otro día. Si no tengo cuidado...

Pero ¡no es momento de ser prudente ni de aminorar la marcha! Si se me escapa, nunca me lo perdonaré..., y Jeanne, tampoco. Además, el simple hecho de que quiera huir de mí demuestra que estoy a punto de dar con algo.

Después de un rato que me parece demasiado largo, llego a la esquina de la callejuela. Sin aliento, cubierto de sudor, las manos apoyadas en los muslos, exploro la calle con la vista turbia. Sólo hay algunos peatones y localizo rápidamente a mi fugitivo. Está muy cerca. Se da la vuelta y me ve. Intenta acelerar el paso, pero es inútil. Lo tengo a mi alcance.

Me lanzo a correr de nuevo con el vientre acalambrado. En el pecho, el dolor se intensifica. En mi cabeza, suena una voz alarmada.

«¡Detente! ¡Detente ahora mismo! ¡Si no, tu vieja cafetera va a explotar!».

Pero el sacerdote está muy cerca y cada vez me aproximo más a él... No puedo detenerme, sólo unos segundos más, unas zancadas y...

El dolor resulta fulgurante. A mi pesar, empiezo a aminorar la marcha y me llevo la mano al corazón.

«¡De acuerdo, me detengo! ¡Lo comprendo, me paro!».

Me quedo inmóvil, pero el dolor aumenta cada vez más. Inclinado hacia delante, jadeo presa del pánico. Dios mío, ¡tiene que acabar! Ya no corro, estoy parado, ¿por qué no se acaba? ¿Por qué se sigue hinchando?

Un hacha me parte la caja torácica. El impacto es tan fuerte que suelto un gemido de dolor. Mis rodillas chocan contra el suelo. Veo un destello de luz cegadora. Cierro los ojos y aprieto los dientes.

«¡Demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!».

Abro los ojos. Todo está deformado, pero distingo el cielo azul. Sin darme cuenta, me he tendido sobre la acera. El dolor es tan intenso que no puedo moverme. Tengo la mano crispada sobre el pecho y me falta el aire. Los oídos me zumban y quisiera gritar, pero sólo consigo emitir algunos jadeos patéticos.

«Dios mío, ¡me voy a morir! Me voy a morir de un ataque cardíaco, tirado en la acera, cuando corría detrás de un sacerdote. ¡Es demasiado grotesco! Me voy a morir con la duda; es terrible, espantoso...».

De repente, en mi campo de visión deformado por el dolor, entra el sacerdote. Se acerca despacio y, desde arriba, me mira dubitativo. Así parece muy alto, como una torre. Tiendo una mano hacia él. Quiero decirle algo, pero el sufrimiento aumenta un grado. Mi mano cae y me muerdo los labios, mientras las lágrimas me corren por las mejillas.

Mi visión se nubla cada vez más, sin embargo, aún puedo ver al sacerdote. Se inclina hacia mí. Está sofocado y tiene la cara cubierta de sudor, pero me mira intensamente con sus ojos azules. Comprendo que me va a hablar. Su voz llega a mis oídos distorsionada y lenta, como un viejo disco de vinilo que no gira a la velocidad correcta.

—Nunca lo deje salir...

Estas palabras hacen que me olvide por un segundo de mi sufrimiento. Abro la boca para responder, para pedirle que me lo explique, que me lo explique todo..., pero la larga aguja de metal se clava una vez más en mi corazón y un desgarrador gemido consigue por fin cruzar mis labios.

Mi cabeza cae sobre la acera y mi visión se enturbia aún más. Distingo vagamente a otros peatones que se acercan y me rodean, preocupados. Unas voces etéreas estallan por todas partes...

—Señor, ¿se encuentra bien?

—El corazón, seguramente es un ataque cardíaco...

—Hay una cabina telefónica en la esquina...

—Llame al novecientos once...

Todo se oscurece, excepto las siluetas, que permanecen de color blanco, como en un negativo fotográfico... El sacerdote me mira aún unos segundos con sus ojos azules, tan vivos en medio de un rostro donde se aprecian los estragos de la vejez... Luego se aleja sin decir una palabra... Le grito mentalmente:

«¡No se vaya! ¡Se lo ruego, no se vaya! ¡No me deje en el umbral! ¡Debe decirme más! ¡Debe decirme qué puerta he de elegir! ¡Qué puerta tengo que...».

Las siluetas se vuelven brumas tenebrosas. El dolor lo cubre todo. Cierro los ojos y

naufraigo al fin.

En el hospital, cuando me despierto en una cama blanca, en mitad de una habitación blanca, un médico vestido de blanco me explica que he sufrido una angina de pecho. Me mantendrán veinticuatro horas en observación. Al parecer, he tenido suerte después de todo. La próxima vez, podría ser un infarto.

Me preguntan si quiero avisar a alguien y digo que no. Es inútil alarmar a Hélène, que se encuentra en casa de su hermana. Ya está bastante preocupada, y como voy a salir mañana de aquí...

Veinticuatro horas de mortal aburrimiento, durante las cuales sólo llego a una triste conclusión: estoy viejo. Tan simple como eso. A partir de ahora, formo parte de la gran familia de personas de corazón frágil y un médico me vigilará con regularidad... Buena noticia para Hélène cuando vuelva...

Pienso en el sacerdote que se me ha escapado... Me daría de cabezazos contra la pared... Varias veces he sentido deseos de llamar a Jeanne. Pero no tan pronto. Mañana, cuando esté en mi casa. Si la llamo desde el hospital, se preocupará y vendrá a verme de inmediato.

Al día siguiente, a media tarde, recibo una reprimenda del médico: que trato mi cuerpo como una bolsa de basura, que debo cambiar mi alimentación, hacer un poco de deporte, pasar un reconocimiento completo todos los meses, etc. Escucho como un alumno al que le echan una regañina. Sí, doctor. Bien, doctor. Prometido, doctor. Por fin me deja marchar con los bolsillos llenos de frascos de nitrógeno.

En casa, escucho los mensajes del contestador automático: Charles Monette ha llamado. No parece de muy buen humor y exige que le devuelva la llamada. Dudo. Debería hablar con Jeanne, pero estoy seguro de que nos pondremos en contacto con él...

Sentado en el salón, me dispongo a encender un cigarrillo, pero renuncio. No sería muy inteligente después de lo que me acaba de pasar. Más vale esperar unos días... Lo ideal sería dejar de fumar, pero no me siento capaz...

Luego las últimas palabras del sacerdote me vienen a la mente.

«Nunca lo deje salir...».

Hablaba de Roy, es evidente. Lo ha dicho en un tono implorante, pero también tan... trágico...

Llamo a Jeanne.

—Tienes suerte, estábamos a punto de marcharnos, Marc y yo...

—Vuestros famosos domingos románticos... Es verdad, no lo he pensado. Puedo llamar más tarde, si quieres...

—¿Se trata de Roy?

—Sí.

—Entonces, adelante.

Le cuento mi aventura. Como esperaba, ella empieza por enfadarse: pero ¿por qué me ha dado por correr como un atleta de veinte años? ¿Y por qué no la he llamado desde el hospital? ¡Habría ido a verme enseguida! La tranquilizo durante un buen rato; al final, se calma.

—En cualquier caso, las carreras en plena calle se han terminado, ¿eh?

—Venga, que ya me han dado la charla en el hospital...

Pero sonrío, divertido. Normalmente, soy yo quien se muestra paternal con Jeanne...

Ella retoma el tema del sacerdote y su tono se vuelve febril. Ahora que sabe que estoy fuera de peligro, la excitación estalla sin freno.

—Entonces, ¿el sacerdote existe? ¡Es increíble!

—No es el mismo, Jeanne... Éste era muy viejo, más bien bajo, con una mata de pelo blanco y los ojos azules... El de Roy es calvo, alto, con ojos verdes y más joven...

Jeanne suspira, perpleja.

—Dos sacerdotes... Cuanta más información reunimos, más confusión...

—Cada cosa a su tiempo, Jeanne.

Y le comunico nuestra cita con la hermana de Roy el lunes por la tarde.

—¿Cogemos mi coche? —propone.

—Si quieres...

Vuelve al asunto del sacerdote.

—Cuando te ha dicho que nunca lo dejaras salir..., ¿qué crees que pretendía insinuar? ¿Qué Roy es peligroso? ¿Realmente peligroso?

Me callo. Las dos puertas. Cerradas. A la espera.

—Tal vez.

Cambio de opinión.

—No sé...

Nos despedimos.

Durante toda la tarde, veo la tele haciendo esfuerzos sobrehumanos para no fumar. Casi consigo olvidarme de Roy.

Casi.

Capítulo 14

Espero la llegada de Jeanne. Como Hélène no ha regresado aún, le dejo un mensaje:

«Me he marchado a una reunión de trabajo. Volveré sobre las once. Lo siento, pero no puedo faltar. Si me esperas levantada, hablaremos. Estoy impaciente por verte».

A las ocho menos cuarto, monto en el Honda Civic de mi compañera. En el asiento del copiloto, me sorprendo al encontrar el cuaderno de artículos de Roy.

—¿Qué haces con esto?

—Te lo explicaré por el camino.

Circulamos por la autopista Ville-Marie y luego cogemos la salida del puente Champlain.

—¿Y bien?

—He encontrado el número de Patrick Michaud y le he llamado. Le he dicho que necesitábamos el cuaderno y he pasado a buscarlo esta tarde.

—¿Te ha hecho preguntas?

—Le he contestado que estábamos avanzando. Para tranquilizarlo.

—¿Y por qué el cuaderno?

Jeanne busca en el bolso con mano experta, sin apartar los ojos de la carretera, y saca una hoja de papel. La observo maniobrar con admiración. Muchas veces, he intentado encontrar cosas en el bolso de Hélène sin éxito.

Me tiende el papel y me explica:

—Esto nos lo dio Monette en el Maussade, ¿te acuerdas? Había confeccionado la lista de todos los artículos de periódicos del cuaderno y los había relacionado con los libros de Thomas Roy.

Me acuerdo, sí. Cojo la lista.

—La guardé —continúa Jeanne—. Lee el principio.

—Pero ya lo hice, lo recuerdo...

—Léelo de todas maneras.

Me pongo las gafas suspirando y obedezco.

FE MORTAL, relato publicado en marzo de 1974.

Artículo relacionado: «Un sacerdote muere en un accidente de circulación», aparecido en diciembre de 1973 (*Le Journal de Québec*).

UN GOLPE DE MÁS, relato publicado en noviembre de 1974.

Artículo relacionado: «Suicidio de un vagabundo», aparecido en abril de 1974 (*Le Journal de Montréal*).

Arrugo el ceño y releo el primer párrafo. Es verdad, lo había olvidado: el primer artículo trata de la muerte de un sacerdote...

—Quería comprobar con el cuaderno si esto concordaba —explica Jeanne.

Abro el cuaderno por la primera página. En efecto, se trata de un artículo de diciembre de 1973 que relata la muerte de un sacerdote en un accidente de circulación.

—¿Crees que... todo comenzó entonces? ¿Que en ese momento soñó con el sacerdote por primera vez?

Jeanne se encoge de hombros.

—Tal vez. Pero quizás el sacerdote muerto en el accidente es el que se le aparece a Roy en sueños...

Reflexiono en voz alta:

—Roy tenía diecisiete o dieciocho años... Habría presenciado el accidente de coche y, desde entonces, estaría obsesionado con este sacerdote... Obsesionado hasta el punto de creer que él lo guía...

Tengo la impresión de que algunas piezas del puzzle encajan y, de pronto, siento que respiro con más facilidad.

—Eso —comenta Jeanne— sería la explicación más lógica. La más racional. Pero no lo aclara todo.

—Es verdad...

Examino la lista unos instantes más y la guardo en el bolsillo de la chaqueta.

Poco antes de las ocho y media, llegamos a Saint-Hyacinthe y, después de preguntar en una gasolinera, encontramos el bar en cuestión. Es un sitio sobrio, limpio y con música tranquila. El calor es abrasador y la terraza está casi llena, pero tengo la sensación de que Claudette Roy nos espera dentro.

En la barra, no hay nadie. Jeanne me señala a una mujer sola, sentada en el fondo del local. Nos mira con atención. Nos dirigimos hacia ella.

—¿La señora Claudette Roy?

La mujer, de cuarenta y tantos años, tiene el cabello largo y negro, la cara ovalada y los rasgos delicados. Resultaría más hermosa sin ese aire cansado y esa mirada desafiante.

—El doctor Lacasse, supongo.

Sonríó tendiéndole la mano. Ella la estrecha sin entusiasmo. Echa una mirada sombría a Jeanne.

—Creí que vendría solo.

—La doctora Marcoux trabaja conmigo en el caso de su hermano.

La mujer asiente con la cabeza.

—¿No quiere que vayamos a la terraza? Aquí hace calor, ¿no?

—Preferiría que nos quedásemos dentro...

No insisto y nos sentamos. Pedimos nuestras consumiciones a la camarera mientras la señora Roy mira el vientre de mi colega. Su rostro se suaviza un poco.

—¿De cuánto está?

—De algo más de ocho meses —responde Jeanne con orgullo.

—¿Es su primer hijo?

—Sí, estoy muy emocionada.

—Lo comprendo.

—¿Usted tiene hijos?

—Sí, dos.

Aunque mantiene su cerrazón, la señora Roy parece un poco más conciliadora. Sonríó para mis adentros. Perfecto. Este entendimiento tácito entre madres debería facilitar las cosas.

La camarera viene con nuestras bebidas y luego se aleja. Cruzo las manos encima de la mesa.

—Pues bien, señora Roy, nos gustaría que nos hablara sobre su hermano, cuando era más joven...

—Espero que esto no se prolongue. Como saben, no estoy aquí por propia voluntad...

—Lo sabemos, señora Roy, y se lo agradecemos sinceramente...

Saco una libreta y un bolígrafo; luego me seco la frente. Dios mío, ¡qué calor!

—Usted me dijo que su hermano fue adoptado, ¿verdad?

—Sí.

—Explíquemelo.

La mujer suelta un pequeño suspiro, se cruza de brazos y explica sin ganas:

—No hay mucho que decir... Cuando yo tenía seis años, mis padres se dieron cuenta de que no podían tener más hijos. Entonces decidieron adoptar a un niño.

—¿Cómo fue la adopción? ¿Su hermano procede de un país extranjero?

—No. En esa época vivíamos en Lac-Prévost, cerca de Quebec. Habría un orfanato en la zona... Thomas tenía unos meses cuando se lo dieron a mis padres.

—¿Considera que tuvo una infancia feliz? ¿Que sus padres lo quisieron como a un verdadero hijo?

Siento cómo Jeanne se agita, impaciente. Debe de encontrar mis preguntas demasiado «rationales». Y es evidente que el calor le sienta peor que a mí.

La señora Roy, cruzada de brazos, hace una pequeña mueca y dice por fin:

—Sí... Durante el poco tiempo que lo criaron, diría que sí...

—¿Durante el poco tiempo? ¿Qué quiere decir?

La mujer suspira de nuevo.

—Mis padres murieron en un viaje por Europa. El autobús de turistas donde iban cayó

por un precipicio, en los Alpes. Yo tenía dieciocho años y Tom doce.

—Oh, lo siento...

Ella se encoge de hombros.

—De eso hace ya mucho tiempo...

—¿Cree que esta muerte marcó mucho a su hermano?

Claudette Roy sonríe por primera vez, con cinismo.

—¿Eso es lo que esperan? Un trauma infantil que explique lo que le ha ocurrido, ¿eh? No sé lo que le ha pasado, pero si está en el manicomio, no debe de ser muy divertido...

—No es un manicomio, señora Roy —corrige suavemente Jeanne.

La mujer ignora la observación y suelta con rencor:

—Thomas no se quedó traumatizado por la muerte de nuestros padres. En absoluto.

—¿Está segura?

—¿Si estoy segura?

Su sonrisa se vuelve amarga.

—Yo lo cuidaba en casa mientras nuestros padres estaban de viaje. Cuando la policía nos comunicó la noticia, Thomas no derramó ni una lágrima. ¡Ni una! Por la noche, cuando fui a su habitación para consolarlo, no parecía realmente triste, ¡qué le voy a decir! Yo lloraba como una Magdalena y él sólo dijo: «De todas maneras, no eran mis verdaderos padres...». Es bastante fuerte, ¿verdad?

En efecto, no contaba en absoluto con esto. Jeanne, en tono empático, murmura:

—Imagino que le debió resultar muy duro oír eso...

La señora Roy entorna los ojos y la mira durante un rato. Sin duda, se pregunta hasta dónde debe llegar.

—Le voy a confesar una cosa... Le mentí por teléfono el otro día cuando le dije que no quería a mi hermano. Hasta la muerte de mis padres, quería mucho a Tom. Era mi hermano pequeño y estaba orgullosa de él; no sabe hasta qué punto. Pero cuando me dijo eso sobre papá y mamá... Algo se rompió. Para siempre...

Se recuesta en la silla, con los brazos aún cruzados.

—Entonces decidí que él tampoco era mi verdadero hermano.

Jeanne y yo nos callamos unos segundos, incómodos.

—Después de la muerte de sus padres, ¿se separaron? —pregunta mi compañera.

—Yo tenía dieciocho años, ya era adulta. En el testamento, mis padres deseaban que cuidara de Tom hasta su mayoría de edad. Con el dinero que nos dejaban, podía hacer frente a nuestras necesidades. Además, yo heredaba la casa. Pero ya no quería a mi hermano, como les he dicho. En cualquier caso, cuidé de él hasta que cumplió dieciocho años... para respetar la memoria de mis padres...

—Pero, en las semanas o en los años siguientes, ¿Thomas tuvo... remordimientos por su indiferencia? ¿Esto lo trastornó?

—Quiere saber si ya estaba un poco loco cuando era más joven, ¿no?

Corrijo con paciencia:

—Thomas no está loco.

—No sé cómo está y, además, no me interesa. Pero si quieren saber si ya era raro cuando era un muchacho, puedo afirmar que sí...

—¿Qué quiere decir?

—¿Saben lo que hizo una o dos semanas después de la muerte de mis padres? Me enseñó un cuento que acababa de escribir. ¡Trataba sobre la muerte de dos adultos en un autobús! La redacción era tosca, pero describía los cuerpos hechos pedazos, los supervivientes que pedían ayuda, la sangre sobre la chatarra... ¡A los doce años!

A pesar del calor, siento que se me pone la piel de gallina en los brazos. La señora Roy se deja llevar por la indignación y prosigue:

—¡Lo leía y no lo creía! ¡Le pregunté cómo había podido utilizar la muerte de papá y mamá para escribir semejante horror! ¡No lo comprendió! ¡Se preguntaba por qué me disgustaba! Rompí el relato delante de él y se marchó llorando. ¡Cuando nuestros padres murieron, ni una lágrima! Pero ¡cuando rompí su cuento, entonces sí...!

—¿Había escrito otros cuentos antes?

—En cualquier caso, era la primera vez que me enseñaba uno... Después escribió muchos, pero yo me negaba a leerlos. No quería volver a leer nada escrito por él. Ni siquiera en la actualidad, ahora que es famoso, leo sus novelas...

Siento que vamos a algún sitio con esta conversación, que vamos a llegar más lejos de lo que Jeanne y yo esperábamos..., pero aún no sé a dónde.

—¿Pasaron...?

Me paro. Dios mío, ¡qué calor! Bebo un trago de cerveza.

—¿Pasaron... otras cosas singulares en los años siguientes?

La mujer se frota la frente, vagamente exasperada.

—Escuche, les he dicho más de lo que quería contar al principio, me parece que...

—Un sacerdote murió en un accidente de circulación en 1973, en la zona de Quebec —la corta de pronto Jeanne—. ¿Lo conocía su hermano?

Jeanne ha sido directa, pero, en el fondo, ¿no es eso lo que yo también quería saber? Cuando veo la consternación en la cara de Claudette Roy, comprendo que mi compañera ha dado en el blanco.

La señora Roy nos mira a ambos alternativamente, atónita, como si le hubiésemos comunicado que estuviera acusada de asesinato.

—¿Quién... qué... cómo saben eso?

Siento una especie de satisfacción egoísta al verla tan estupefacta. Desde hace algún tiempo, siempre nos toca a Jeanne y a mí encajar las noticias increíbles, las revelaciones impactantes. Ser el que, por una vez, sorprende a alguien me causa un placer vano, pero legítimo.

—Sabemos que un sacerdote murió en la zona de Quebec en 1973 y que su hermano, poco tiempo después, publicó su primer relato, que trataba sobre un tema similar. Nos preguntábamos si había sido... testigo del accidente...

Por primera vez, la mujer parece tomarnos en serio.

—¿Son psiquiatras o detectives?

En este preciso momento, me costaría mucho trabajo responder. Pero le dedico una gran sonrisa para tranquilizarla, aunque no siento ningún deseo de sonreír, la verdad.

—Tratamos a su hermano y cualquier información sobre él puede ser útil. Además, la muerte del sacerdote salió en los periódicos, no es ningún secreto...

Un destello de inquietud cruza la mirada de la mujer y pregunta con una voz menos firme:

—Es grave lo que le ocurre a Tom, ¿eh? Es más que una ligera depresión..., ¿verdad?

Dejo de sonreír. Ella se da cuenta de que lo que hacemos aquí Jeanne y yo no es un procedimiento «habitual» en psiquiatría.

—Es más que eso, sí...

Ella nos observa un rato; luego, recuperada de la sorpresa, nos corrige:

—El relato sobre el accidente del sacerdote no es su primera publicación, es la segunda. El primer relato que publicó salió en el...

—Volvamos al asunto del sacerdote, señora Roy, si le parece bien —la interrumpe Jeanne lo más educadamente posible.

La hermana de Roy le lanza una mirada sombría y le dice en un tono seco:

—Su primer relato está directamente relacionado con la historia del sacerdote... ¿Quiere saber lo que ocurrió, sí o no?

Jeanne se disculpa, confusa; la señora Roy continúa:

—Su primer relato apareció publicado durante el verano de 1973 en un semanario regional. No era un periódico importante, sólo se distribuía en los cuatro o cinco pueblos de la zona. Como les he dicho, yo no leía lo que escribía Tom, pero la mayoría de los habitantes de Lac-Prévost leyeron el relato de mi hermano en el periódico. Todo el mundo a mi alrededor hablaba tanto de ello que acabé por conocerlo como si lo hubiera leído. Trataba de una secta maléfica que se reunía a escondidas en una iglesia. Todo acababa en una matanza. ¿Ven el género? En cualquier caso, parecía que a todo el mundo le había gustado. Mi hermano se convirtió en el escritor del pueblo. Algunos decían que llegaría a ser un escritor muy conocido...

La mujer pone un rictus de amargura.

—En eso, no se equivocaron...

—¿Y qué pensaba usted de este éxito local?

—Cuando la gente me contaba el relato de mi hermano, me quedaba impresionada. Una vez, hablé con él. Le pregunté de dónde sacaba esas ideas tan repugnantes. Me dijo que había soñado con la secta del relato.

—¿Soñado?

—Sí... Me dijo que había tenido un sueño en el que un sacerdote dirigía una secta en una iglesia y obligaba a la gente a hacer cosas espantosas... Me comentó que ese sueño lo había marcado de tal manera que había escrito un relato sobre él...

Ya no es que se me ponga la carne de gallina, sino que siento un auténtico escalofrío, muy violento, que me recorre el cuerpo de arriba abajo. Le lanzo a Jeanne una mirada furtiva y veo que ella piensa lo mismo que yo: todo empezó entonces.

—No le di importancia —continúa la señora Roy—. No es la primera vez que la gente escribe sobre sus sueños. Pero, unos meses después, en diciembre, pasó algo...

Se para y toma un trago de vino. Duda; luego, resignada, prosigue:

—Me acuerdo perfectamente. Estaba a punto de terminar la carrera de matemáticas y me decía que, seis meses más tarde, Thomas cumpliría dieciocho años. Entonces podría vender la casa y marcharme a dar clases a Montreal, sola... Serían sobre las cuatro de la tarde. Yo estaba viendo la tele y él se encontraba en su habitación, escribiendo (se pasaba todo el tiempo escribiendo). Llamaron a la puerta. Era un sacerdote. Un sacerdote que yo no conocía, que seguramente no era del pueblo.

Mi corazón empieza a latir a toda velocidad.

—¿Cómo era?

La mujer suspira.

—Hace mucho tiempo, no sé muy bien...

—¿Calvo? —pregunta Jeanne.

—¿Calvo? No, me parece que no... Me acordaría de un sacerdote calvo... No, tenía pelo y debía de rondar los sesenta años...

—¿Y fue el que murió en el accidente de circulación?

—Sí.

Muevo la cabeza, desconcertado. Con el que vino al hospital el sábado, ¡son tres sacerdotes! Siento un ligero vértigo.

—Continúe —propone Jeanne.

—Me dijo que se llamaba el padre no sé qué y que venía de Mont-Mathieu, un pueblo muy cerca del nuestro... Quería ver a Thomas.

—¿Cómo era? Me refiero a su actitud.

—Un poco agresivo, me acuerdo. Recuerdo sobre todo que tenía en la mano un ejemplar del periódico local, el número que contenía el relato de Tom. Entonces lo comprendí: el relato trataba de un sacerdote que dirigía una secta satánica en una iglesia... Este cura de Mont-Mathieu lo habría leído por casualidad... Los curas de pueblo no son muy abiertos de mente, ya lo saben... Aún piensan que la religión es intocable... ¡Y en 1973 se lo pueden imaginar!

La mujer observa el vaso de vino con una sonrisa desprovista de alegría.

—Confieso que la idea de ver a mi hermano recibir un sermón de un cura me parecía bastante divertida... Llamé a Tom. Cuando vio al sacerdote con el periódico en la mano, creo que él también lo comprendió.

Una corta pausa durante la cual ella mira a lo lejos; luego pregunta irritada:

—¿Es realmente necesario que...?

—Por favor, señora Roy —insiste suavemente Jeanne mientras se enjuga la frente.

La mujer parece que es la única que no se siente afectada por el calor.

—El sacerdote lo miró un buen rato sin decir nada, como si mi hermano lo... lo trastornara un poco. Aunque se repuso y al final le preguntó si podía hablar con él a solas. Mantenía un tono agresivo. Era extraño... Parecía un poco fanático, ¿saben?... Tom tenía cara de desgana. Seguramente, no le apetecía nada oír las reprimendas de un viejo cura. Sin embargo, se mostró educado y le dijo que le acompañara a su cuarto. Yo me quedé decepcionada... Entonces me coloqué junto a la puerta de mi hermano y conseguí oír la conversación.

La mujer toma un trago y continúa en voz más baja:

—No me acuerdo de todo, pero..., en resumen, el sacerdote le preguntó cómo se le había ocurrido escribir esa historia... Thomas, sin inmutarse, le contestó que la había soñado... Aunque el sacerdote se mostraba un poco agresivo, no lo regañaba en realidad... Sólo hacía preguntas muy concretas... Cuestiones extrañas... Preguntaba cómo era el sacerdote maléfico en el sueño... Thomas lo describía... Preguntaba también si sabía quién era y si había soñado antes con él... Thomas dijo que no, pero que desde hacía un par de noches tenía el mismo sueño... Esta vez el sacerdote maléfico le hablaba, aunque mi hermano no se acordaba muy bien de sus palabras... Tom respondía a todo, pero la situación le resultaba curiosa, se le notaba en la voz. Se estaría preguntando a dónde quería llegar el cura...

»De repente, el sacerdote le dijo a mi hermano que no debía seguir escribiendo. Nunca más. Se lo dijo con vehemencia, de forma un poco trágica, casi amenazadora. Entonces,

Tom pareció perder la paciencia. Dijo que sentía mucho haberlo ofendido con su historia, pero que haría lo que le diera la gana y que, además, tenía otra idea sobre un cura y que él no iba a decirle sobre lo que debía escribir... La conversación subió de tono y empezó una discusión. Todo me parecía muy divertido... Al final, el sacerdote salió, rojo como un tomate, con ojos como de loco. En ese momento, me asustó... Ni siquiera me miró y salió de la casa. De repente, todo aquello no me pareció tan divertido. Por la ventana, vi que montaba en su coche y se marchaba. Seguramente, volvía a Mont-Mathieu.

Su mirada se desliza hacia la ventana panorámica del bar.

—Tom salió de la habitación. Yo me hice la tonta y le pregunté qué había pasado. Parecía pensativo. Me dijo que no era importante. Entonces oímos el ruido del accidente. Un *¡bang!* espantoso. Tom y yo fuimos a la ventana. Delante de nuestra casa, se extendía una carretera larga y plana. Como no había muchas casas, se podía ver a lo lejos. A unos trescientos metros, en la carretera, el coche del cura se había estrellado contra un árbol.

Por supuesto, lo había adivinado. Pero, de todas maneras, experimento una dolorosa impresión. Como si hubiera esperado estúpidamente que el artículo del periódico se hubiera equivocado.

—Tom y yo nos pusimos las botas y los abrigos, y salimos afuera. Corrimos hasta el coche. Los vecinos más próximos acudieron también. Vimos al cura...

La hermana de Roy nos mira a los ojos, ahora casi desafiante, como si se prohibiera expresar cualquier emoción.

—El cuerpo había salido disparado por el parabrisas. La cara se había empotrado en el árbol y estaba completamente desfigurada.

Se calla, midiendo el efecto de sus palabras. Creo que, a mi pesar, una mueca se ha dibujado en mi rostro. De repente, ya no tengo calor.

—Volví la cabeza, asqueada y horrorizada. Luego miré a Thomas. Estaba petrificado. Contemplaba la escena asustado y... fascinado al mismo tiempo. Estaba convencida de que algo se le pasaba por la mente. No sabía el qué, pero... me daba miedo.

La mujer toma otro trago. Yo escucho sin atreverme a mover ni el dedo meñique, con la sensación de tener hormigas en las piernas. Tampoco me atrevo a echar una mirada a Jeanne.

—Lo cogí del brazo y volvimos a casa. Mientras caminábamos, él volvía la cabeza sin cesar hacia el accidente... La policía dijo que el cura debió de perder el control del vehículo a causa de la nieve. Sin embargo, no había tanta como para eso...

Ella acaba el vino de un trago. Sus ojos se posan en el vaso vacío.

—Tom y yo nunca volvimos a hablar de ello... Pero, unos meses después, publicó por primera vez un relato en una revista importante... No lo leí, aunque, de nuevo, me lo contaron... Era la historia de un cura que muere en un accidente...

La mujer nos mira de nuevo. Jeanne y yo no respiramos. Una especie de feroz satisfacción cruza la dura mirada de la señora Roy.

—Hasta entonces, me había limitado a no querer a mi hermano. Pero, a partir de ese momento, me dio miedo. En el mes de junio, unos días después del cumpleaños de Tom, cuando el CÉGEF^[1] de Saint-Hyacinthe me llamó para ofrecerme un puesto, me vine aquí enseguida. Le dije a Thomas que no le daría mi dirección y que tampoco quería la suya. No pareció sorprendido. No hemos vuelto a hablar desde entonces.

La mujer baja la cabeza y contempla de nuevo el vaso vacío. Miro tontamente mi bloc de notas. No he escrito nada, ni una palabra. Lo guardo en el bolsillo.

Jeanne parece tan perdida como yo.

La hermana de Roy levanta la cabeza. Una sonrisa cínica y triste estira sus labios.

—Confiesen que no esperaban tanto.

No respondemos. Siento de nuevo el calor del bar que me pega la camisa a la piel. La sonrisa de la señora Roy desaparece y su rostro se vuelve de piedra. Se levanta. Desde esta posición, su frialdad y su ausencia de emoción nos aplastan literalmente.

—No sé lo que le ocurre a Thomas..., pero sé que empezó hace mucho tiempo... Y no estoy segura de que ustedes puedan ayudarle... Ni nadie, además...

Rodea la mesa y nos dice con una voz perfectamente neutra:

—Si me vuelven a llamar, les juro que les colgaré.

Yo querría decir algo, pero no sale nada de mis labios. Absolutamente nada.

Y Claudette Roy se aleja sin despedirse siquiera.

Me vuelvo hacia Jeanne.

Ella me mira, inmóvil. Y su silencio llena mi cabeza.

En la autopista, mientras circulamos hacia Montreal, Jeanne y yo permanecemos un buen rato sin decir nada. Demasiadas ideas se arremolinan en nuestras cabezas. Hasta que no llegamos a Beloeil no me decido:

—¿Qué piensas de todo esto?

Es un poco cobarde, como si no me atreviera a ser el primero en dar mi opinión. Detrás del volante, Jeanne se encoge de hombros:

—Roy empezó a soñar con ese sacerdote muy joven, como pensábamos...

—Un sacerdote que dirige una secta maléfica... Me pregunto si ya existía...

—Posiblemente. El viejo sacerdote que fue a visitar a Roy habría reconocido a alguien al leer la historia...

Suspiro.

—¿Y el accidente de automóvil que tuvo lugar justo al salir de casa de Roy?

Jeanne mueve despacio la cabeza, con aire grave, pero no responde.

Un nuevo silencio.

—Lee el artículo que habla del accidente, en el cuaderno de Roy —propone ella de pronto—. Tal vez encontremos algún detalle interesante...

Me pongo las gafas, abro el cuaderno y leo el artículo de 1973. El sacerdote se llamaba Roland Boudrault, tenía sesenta y dos años y, efectivamente, era párroco de Mont-Mathieu, justo al lado de Lac-Prévost.

—Esto no nos dice nada más, sólo el nombre.

—Ya es mucho. Hay que encontrar información sobre este padre Boudrault, ¿estás de acuerdo?

—Sería una buena idea, pero no veo cómo...

—¿No lo ves?

La verdad es que lo veo muy claro. Con voz apagada, digo:

—Me ha llamado este fin de semana, pero no he hablado con él...

—¿Le devolvemos la llamada?

No respondo. Jeanne tiene razón. Monette es el único que puede encontrar este tipo de información. Además, ha descubierto demasiadas cosas para que lo tengamos al margen.

—A menos que nos dirijamos a la policía —propone mi compañera.

—¡Vamos, Jeanne! ¡Eso no es serio! ¿Podemos acusar a Roy de algo? ¿Qué quieres que digamos? ¿Que pensamos que ocurren fenómenos inexplicables con uno de nuestros pacientes?

Me froto las manos nervioso.

—¿Puedo fumar?

—Si abres la ventana, sí...

Saco un cigarrillo. Lo siento por el corazón, pero no puedo más. Después de una primera y larga calada, digo:

—No, Monette es... es mejor.

Noto a Jeanne satisfecha.

—¿Quieres que me encargue?

Le agradezco la propuesta. Ya es bastante duro para mí admitir que lo necesitamos.

—Por favor, sí...

Tomamos la salida que conduce a la autopista 132. Al otro lado del río, la torre iluminada del estadio olímpico parece un hacha de guerra clavada en la tierra. Jeanne reflexiona en voz alta:

—El sacerdote que vino el sábado al hospital... El que perseguiste... ¿Crees que conocía al padre Boudrault?

—Ya lo he pensado... Es posible...

Medito un segundo y luego añado:

—Creo que los tres se conocían: el padre Boudrault, el sacerdote que vino al hospital el sábado y el cura calvo del sueño de Roy...

—¿Cada vez tienes más claro que ese cura calvo existe?

—Sí... Sí, eso creo.

Reflexiono un instante y añado:

—El sacerdote que vino al hospital el sábado... Quizá también es de Mont-Mathieu... En la hipótesis de que conociera al padre Roland Boudrault, es muy probable que los dos procedan del mismo pueblo...

—Pero después de todo este tiempo, ¿seguirá allí?

—No lo sé, aunque con ocasión del simposio en Quebec, durante el fin de semana puedo

darme una vuelta por Mont-Mathieu. Me parece que está muy cerca...

—¿Esperas encontrar al cura que se te escapó el sábado?

—Nunca se sabe... En cualquier caso, no tengo nada que perder...

Jeanne asiente en silencio y dice:

—Tal vez, los tres sacerdotes formaban parte de la secta maléfica con la que soñó Roy...

—Tal vez...

Curas que aparecen en sueños, sectas maléficas, accidentes de automóvil, premoniciones... Aún me cuesta creer que esté hablando de todo esto con tanta naturalidad.

Mi voz cansada murmura:

—Creo que..., creo que preferiría que dejásemos de hablar de este tema por hoy...

El viaje continúa en un silencio total, incómodo. Cuando salgo del coche, Jeanne me dice:

—Esta noche llamo a Monette y mañana te comento...

—Perfecto.

En casa, Hélène se siente dividida entre tres emociones que, todas juntas, dan un resultado desconcertante: la alegría de volver a verme, el malestar que existe entre nosotros desde hace algún tiempo y la preocupación por encontrarme en tan mal estado.

Le doy un beso en la frente y nos sentamos en la cocina. Estoy agotado, pero encuentro fuerzas para hablar con ella.

Entonces, sin darme cuenta, se lo cuento todo. Todo lo relativo a Roy. Todo lo que no le he dicho desde hace tiempo. Hablo durante una hora, despacio, pero sin parar.

A continuación, le revelo mis dudas. Las dos puertas. La necesidad que siento de encontrar una respuesta.

Al final, le pregunto:

—¿Qué piensas de todo esto?

Ella me sonríe con cierta tristeza.

—No me acuerdo de la última vez que me pediste mi opinión.

Bajo la cabeza. Ella suspira y, un poco impresionada, dice:

—No sé... En verdad, es... una historia muy extraña. Inquietante, incluso. Comprendo que dudes...

Hélène cambia de posición en la silla.

—Pero tú, Paul..., en el fondo de tu corazón, ¿qué explicación deseas encontrar? ¿La locura... o la otra?

Me encojo de hombros.

—La locura sería más tranquilizadora para mí, por inexplicable que sea. Aunque también supondría la confirmación del fracaso de toda mi carrera, la confirmación de nuestra inutilidad. La otra explicación abriría nuevas perspectivas..., pero es tan aterradora...

—Y en el fondo de tu corazón, ¿cuál piensas que es?

—No lo sé, Hélène.

Pero ¿es verdad? ¿No he empezado a inclinarme hacia un lado? ¿Puedo mantenerme tan indeciso después de todo lo que sé?

Demasiado pronto..., todavía no...

Hélène me mira de repente atormentada, aunque su voz es firme:

—¿Y qué va a ser de nosotros dos?

No puedo evitar esta cuestión por más tiempo, pero aún no consigo responder con claridad. Si le digo otra vez «no lo sé», aunque es honesto, ella se marchará... de verdad. Y tendrá razón...

—Cuando encuentre una respuesta para Roy, tendré la mente más despejada, más liberada. Mientras no tenga certezas sobre este tema, seguiré dudando hasta de mí mismo. Y cuando se duda de uno mismo, se duda de todo, ya lo sabes...

Sentada lejos de mí, Hélène asiente con la cabeza, pero yo veo que sus ojos se llenan de lágrimas. De repente, siento una auténtica oleada de afecto hacia ella, muy intensa. Me levanto y la abrazo. Ella llora tranquilamente en mi hombro. Creo que yo también he llorado. Un poco.

Hacemos el amor. Por primera vez desde hace meses, llego hasta el final. Pero hay algo desesperado en esta comunión, como si lo hiciéramos por última vez.

Mientras concilio el sueño, las dos puertas aparecen de nuevo.

Una de ellas está ligeramente entreabierta. En mi imaginación grito despavorido:

«¡Es demasiado pronto! ¡Demasiado pronto!».

Pero la puerta permanece entreabierta.

Capítulo 15

Pasó una noche tan atroz que, a la mañana siguiente, me siento completamente incapaz de afrontar el día. Me quedo en la cama mientras Hélène se levanta para ir a trabajar. Una hora después, llamo a mi secretaria y le explico con voz abatida que no iré al hospital. Luego me vuelvo a dormir.

El teléfono me despierta a las once de la mañana. Es Jeanne.

—¿Me llamas desde el hospital?

—Sí... Entonces, ¿abandonas el barco?

—He pasado una noche infernal... Pero ya me encuentro un poco mejor...

—Es una pena porque te has perdido una pequeña pelea esta mañana...

—¿Una pelea? ¿Quién ha sido?

—Uno de los pacientes de Louis, Marcel Bérubé, se ha peleado con uno de los tuyos, Jean-Claude Simoneau...

Me incorporo en la cama, sorprendido.

—Pero... ¿cómo ha ocurrido?

—Por una bobada —explica Jeanne en tono divertido—. Sabes que Simoneau ve espías por todas partes. Pues ha acusado a Bérubé de trabajar para el FBI. Todo el mundo está acostumbrado, pero esta vez Bérubé no se lo ha tomado bien. Y la cosa ha acabado en pelea.

—¿Una gran pelea?

—Sí. Incluso ha participado otra paciente, la señora Paquette. Es de las tuyas, ¿no? Se ha unido a la pelea, pero no sé por qué.

—¡La señora Paquette! ¡Pero si es muy dulce! ¿Cómo ha acabado todo?

—Los hemos separado. Los dos hombres sangraban por la nariz y el señor Simoneau tiene un diente roto. La señora Paquette ha intervenido muy al final como para resultar herida —Jeanne se ríe—. Sólo se ha despeinado.

Es verdad que este incidente, en tiempo normal, sería divertido. Pero, de repente, me acuerdo de la bronca del sábado pasado, en el comedor del hospital. A mi pesar, pregunto:

—¿Y Roy?

—¿Roy, qué?

—Durante la pelea, ¿estaba allí?

—No lo sé... ¿Por qué?

En la cama, me froto los ojos, inquieto. Estoy desvariando: veo a Roy en todas partes. Sin embargo, aunque no puedo explicarlo, estoy convencido de que la pelea tiene alguna relación con él. Ante mi silencio, Jeanne me comunica:

—He llamado a Monette. Está entusiasmado. Creo que ha apreciado mucho que por fin le pidamos ayuda...

—Me lo imagino...

—Me ha hecho muchas preguntas, por supuesto... Quería saber quién era ese padre Boudrault sobre el que le pedimos que investigue... Y si está relacionado con Roy.

—¿Qué le has respondido?

—Le he dicho que sí, desde luego... He añadido que sabrá más cosas si encuentra algo... Está de acuerdo. Se pone con ello hoy mismo.

—Perfecto.

Después de colgar, intento dormir un poco más, pero es imposible. En cuanto me adormezco, sueño con ojos. Con los de Archambeault... Con los de Boisvert, reventados... Con los de Roy... Con todos esos ojos que han visto...

Que han visto...

Miércoles. Me quedo en casa y preparo los expedientes para el coloquio de Quebec. Me marchó dentro de dos días y regreso el martes, 17. ¿Cómo voy a poder pasar allí casi cinco

días, con lo preocupado que estoy? Pero pienso en la idea de ir a Mont-Mathieu y eso me devuelve el interés.

Suena el teléfono. Es Nicole, la enfermera jefe.

—Ha pasado algo grave con el señor Roy. He creído que le gustaría estar informado.

La escucho con el alma en vilo.

—Ha intentado suicidarse hace un momento.

Desde que despertó, temía que hiciera algo así. Al salir del estado catatónico, Roy lamentó no estar muerto. Imagino que un nuevo intento de suicidio era inevitable... Eso no impide que la noticia me impresione.

—¿Está fuera de peligro?

—Sí, no tema... Ha intentado cortarse las venas con un cuchillo del comedor.

—¿Cortarse las venas? ¿Sin dedos?

—Ha sostenido el cuchillo con los dientes, creo. Lo ha hecho en su habitación. Cuando lo han descubierto, se acababa de cortar las muñecas y había perdido poca sangre. Le hemos vendado las heridas y le vigilamos de cerca.

Me imagino a Roy llevando un cuchillo del comedor entre las palmas y luego, en su habitación, poniéndoselo en la boca y, con mucha dificultad, cortándose las venas... Se me pone la carne de gallina.

—¿Ha explicado su acto?

—El doctor Levasseur está aquí; ha intentado hablar con él...

—Pásemelo...

Unos instantes más tarde, escucho una nueva voz.

—Buenos días, Paul.

—Buenos días, Louis... Te agradezco que te hayas ocupado de Roy...

—No es nada. De todas maneras, se niega a hablar, o casi. Se limita a decir que no quiere vivir, que le dejemos en paz... Y se encierra en sí mismo...

Asiento con la cabeza. Louise pregunta:

—¿Cómo lo has diagnosticado, Paul? ¿Maniaco-depresivo?

Mi pobre Louis, si fuera tan simple... Respondo vagamente:

—Sí, algo así...

—Dime, nuestros pacientes están alterados últimamente, ¿no? Dos peleas en una semana...

—En efecto, en efecto...

Tengo ganas de colgar con rapidez. Me apresuro a darle las gracias una vez más y corto la comunicación.

Llamo a Jeanne de inmediato. No responde. Dejo un mensaje. Me llama al final de la tarde y le cuento el suicidio frustrado de Roy. Ella tampoco se sorprende.

—Entonces, ¿estás trabajando? —me pregunta.

—Hago los últimos preparativos para el simposio, aunque no tengo el ánimo para esto, te lo juro...

—Marc opina que no parezco estar muy en forma últimamente...

—¿Le tienes al corriente de... de todo esto?

—Sí, bastante, pero... te confieso que no me atrevo a contarle todas mis dudas...

Nos callamos. Los dos estamos cansados.

—Monette me ha llamado —dice ella por fin.

Me pongo tenso, siento un súbito interés.

—Dice que no ha encontrado nada especial sobre el accidente ni sobre el padre Boudrault; al menos, nada que añadir a lo que el artículo contaba. En último extremo, le he sugerido que busque en los años anteriores y que anote cualquier detalle insólito que tenga que ver con ese pueblo, Mont-Mathieu... Le he dicho que conceda especial atención a cualquier incidente relacionado con la religión... Ignoro si es una buena idea, pero no sabía muy bien hacia qué pista dirigirlo... Mont-Mathieu debe ser un pueblo pequeño donde nunca pasa nada... Si ha ocurrido algo particular en ese sitio, Monette lo encontrará sin duda.

—Sí... Sí, has hecho bien...

—Ha dicho que nos llamará mañana.

—Es rápido.

—¡Está muy excitado, deberías haberlo oído! Lleva dos días con esto. Pero tiene un montón de preguntas para nosotros, ya te imaginas..., y habrá que responderle, Paul.

Me callo, un poco enfurruñado; luego lo admito:

—Lo sé.

Quedamos al día siguiente en el Maussade y cuelgo.

Vuelvo a mis papeles. Durante unos instantes, examino los resultados relativos a la esquizofrenia que voy a presentar en el simposio.

«Sin duda, el esquizofrénico se hunde cada vez más profundamente en la enfermedad y no podemos hacer nada para que remonte, al margen de los esfuerzos que despleguemos para ello».

Leo esta frase varias veces.

De repente, tengo la impresión de que resume exactamente la situación que vivimos Jeanne y yo...

Capítulo 16

En el hospital hay un ambiente extraño. Mis pacientes están encerrados en ellos mismos, sombríos y taciturnos. Es evidente que ninguno se encuentra preparado para salir del centro. Hasta la joven Julie Marchand, que iba tan bien la semana pasada, amenaza con sumirse de nuevo en la depresión.

El señor Simoneau se niega a hablar de la pelea del martes. No confía en mí. La señora Paquette se limita a decir que debía participar, sencillamente.

En cuanto a Édouard, no sólo percibo inquietud en él, sino una especie de oscuro tormento.

—Usted nunca se pelea, Édouard... ¿Qué le ocurrió el sábado pasado?

Sentado en una silla, mi paciente se muerde las uñas y responde con una voz infantil:

—Fue Dagenais quien me provocó...

—Pero yo nunca lo había visto agresivo, Édouard. Nunca.

No responde, está ligeramente incómodo. Cambio de tema.

—¿Cómo se encuentra? ¿Sigue pensando que no saldrá de aquí?

Me mira con tristeza.

—No saldré... porque otra cosa entra...

—¿Qué quiere decir? ¿Qué entra?

—Entra...

No añade nada más. Al final, me despido, perplejo.

Paso por la habitación de Roy. Está acurrucado en la cama, con las manos bajo el mentón. Observo los vendajes recientes de sus muñecas. Cuando me ve, me lanza un improperio y se vuelve hacia el otro lado.

Sin decir una palabra, me siento a su lado. Después de un corto silencio, me dirijo a él con voz neutra:

—Sé que ayer intentó suicidarse otra vez, señor Roy. Honestamente, no me ha sorprendido.

No reacciona. Continúo:

—Aunque usted se niegue a hablar, nosotros estamos descubriendo cosas. Sabemos, por ejemplo, que el padre Boudrault fue a verlo cuando usted era adolescente y que quiso convencerlo de que dejara de escribir. La historia que le publicaron lo perturbó mucho, al parecer...

Esta vez, creo que se ha sobresaltado, pero nada más. Me inclino sobre él y prosigo:

—Escúcheme, Roy... ¡No le habla el psiquiatra..., sino el hombre que quiere comprender! ¡Sé que suceden cosas extraordinarias, no lo niego! Pero ¡ayúdeme, se lo suplico! ¡Debe decirnos quién es ese sacerdote calvo con el que sueña! ¡Debe hacerlo!

De espaldas, Roy habla al fin con una voz tan débil, tan rota, tan llena de angustia, que me cuesta entenderlo:

—¡No lo sé! ¡No lo sé! ¿Lo comprende? ¡Nunca he querido soñar con él ni con su secta! ¡Nunca le he pedido que me guiara, nunca, nunca!

Lo miro, incrédulo; entonces se tumba boca arriba, contempla el techo y gime:

—No ha terminado... Nada ha terminado...

—¿Qué quiere decir?

Con una brusquedad fulgurante, se incorpora y coloca sus palmas a ambos lados de mi cabeza. El contacto de sus manos sin dedos me produce una sensación de horror indefinible. Me quedo sobrecogido y petrificado.

—¡He vuelto a tener ideas! —me grita a la cara, con los rasgos deformados por el terror y la cólera—. Tengo nuevas ideas. ¿Sabe lo que eso significa?

En este momento, oigo que alguien entra en la habitación y, a pesar de las manos de Roy,

vuelvo la cabeza. La señora Chagnon está de pie junto al marco de la puerta. Lleva el mismo moño de siempre, el mismo vestido gris demasiado grande, pero su mirada, habitualmente triste, está inyectada de un odio demencial. En la mano derecha, sostiene un largo cuchillo que seguramente procede del comedor y, entre sus dientes apretados, creo percibir el brillo de la espuma.

—¿Madame Chagnon? —balbuceo como un estúpido.

No me mira a mí. Sus ojos enloquecidos están clavados en Roy.

De repente, ella suelta un grito terrible y se precipita hacia nosotros. Quiero detenerla, pero entonces hace la última cosa de la que la creería capaz: me pega un puñetazo. Me caigo literalmente al suelo y veo las estrellas. Aún tumbado de espaldas, una sola idea da vueltas en mi cabeza dolorida: ¿cómo esta cincuentona menuda, que tiene la estatura de la madre Teresa, ha podido noquearme con esa fuerza?

Me levanto aún aturdido y diviso a la señora Chagnon de pie, junto a la cama del escritor, con el cuchillo en el aire, dispuesta a asestar el golpe, como si fuera un ángel exterminador. Y Roy, boca arriba, medio incorporado, mira a su atacante con una especie de fascinación morbosa. Grito:

—¡No, no, señora Chagnon, no!

Grito, pero me siento incapaz de moverme, paralizado por esta terrible escena.

De repente, la mano que sostiene el cuchillo vacila y la mirada de la demente desfallece. La señora Chagnon abre unos ojos como platos y palidece, como si algo terrible acabara de doblegarla. Entonces, sin previo aviso, su mano cambia de ángulo y clava la hoja del cuchillo en su rostro.

El cemento que me tiene prisionero se resquebraja por fin y me abalanzo sobre ella.

Por falta de precisión, la hoja del cuchillo choca contra la arcada superciliar de la señora Chagnon. Cuando levanta el arma de nuevo para agredirse por segunda vez, agarro su brazo y lo sacudo en todas direcciones.

—¡Suéltelo! ¡Suéltelo ahora mismo!

Ella grita mientras intenta liberarse. Su rostro cubierto de sangre está tan deformado por el odio que creo ver algo parecido a la boca del infierno. La mujer me pega con su mano libre, me da patadas... Yo gesticulo mientras encajo los golpes, pero no suelto su brazo.

En este instante, entran tres enfermeras y consiguen reducirla. Por sobre sus alaridos histéricos consigo articular:

—¡A urgencias! ¡Lo más rápido posible! ¡Llámenlos si hace falta!

Las tres enfermeras y la demente se alejan. Jadeante y despeinado, me vuelvo hacia Roy.

Él está incorporado sobre los codos. Su cara permanece impasible, como si no hubiera pasado nada. Sólo hablan sus ojos: angustiados, atormentados..., y esa sombra, ese maldito destello sombrío que baila siempre en la pupila de su ojo sano...

—¿Se encuentra bien? —mascullo, sin aliento—. ¿No... no se encuentra demasiado afectado?

Después de un instante de silencio, se limita a decir con una voz apagada:

—Debieron dejarme morir ayer...

Y se vuelve hacia la pared.

Lo observo un buen rato, inmóvil.

—He pensado en ello durante todo el día, Jeanne...

Estamos sentados en una mesa del Maussade. Pero esta vez no nos encontramos en la terraza. Hemos elegido una mesa de dentro, completamente apartada.

Ella está impresionada por lo que acabo de contarle. Mueve la cabeza y me consuela.

—De todas maneras, puedes sentirte orgulloso de ti mismo: has impedido que se mutilara gravemente.

Miro mi cerveza de un modo casi hipnótico.

—Quería reventarse los ojos, Jeanne, ¿te imaginas?

—Sí, pero sólo se ha herido la arcada superciliar. Gracias a ti.

Después de un corto silencio Jeanne pregunta:

—¿Por qué quería atacar a Roy?

—No lo sé... He ido a verla a urgencias para hablar con ella, pero no ha dicho ni una palabra.

—¿Catatónica?

—No, nos ve, nos oye, reacciona, pero no habla.

—Esto ha debido de crear una gran conmoción en el hospital...

—No tanto, lo que es mucho peor...

Jeanne me interroga con la mirada. Me sorprende.

—¡No me digas que no te has dado cuenta! ¡Todo el mundo está de mal humor en el hospital últimamente! ¡Y no sólo los pacientes! ¡En la reunión de esta mañana, me daba la impresión de estar en un tanatorio! ¡Nicole parecía un perro dispuesto a morder! Incluso tú tenías cara de enterrador, Jeanne...

—Yo estoy cansada... Y tú también...

Suspiro mientras me paso las manos por la cara.

—¡Esas dos peleas, en dos semanas..., y la señora Chagnon que ataca a Roy! Pasa algo, Jeanne, algo fuera de lo normal...

—Por fin lo admites —dice sin rastro de humor.

Miro de nuevo mi cerveza. Pienso en las dos puertas..., en la que está entreabierta...

Consulto el reloj.

—¿Qué hace Monette? Te ha dicho a las ocho y cuarto, ¿no?

—Sí. Parece que ha encontrado cosas interesantes.

Jeanne vacila un instante y luego:

—Entonces, ¿estamos de acuerdo? ¿Se lo contamos todo?

No respondo. Me muerdo los labios y hago girar el vaso entre las palmas de las manos.

—No tenemos elección, Paul... Ahora Monette está en el ajo. Lo queramos o no.

Tiene razón. Si hoy sabemos tantas cosas de Roy es en gran medida gracias a él. Y si queremos saber más... Al final, me muestro de acuerdo.

—Se lo decimos todo.

La mirada de Jeanne se desplaza hacia la derecha.

—Ahí está...

El periodista se acerca a nuestra mesa. Sonriente, seguro de sí mismo... y particularmente excitado.

—Doctor Lacasse, doctora Marcoux...

Le saludamos. Monette se sienta y coloca su cartera encima de la mesa, bien a la vista. Quiere que la miremos, que sepamos que contiene «cosas» interesantes. Tengo la impresión de retroceder un mes en el tiempo, cuando nos encontramos aquí mismo por primera vez. En aquel momento, me negaba casi hasta a dirigirle la palabra. Mientras que hoy estaría dispuesto a suplicarle que nos revelara lo que sabe.

Las cosas han cambiado tanto desde entonces...

Monette me mira con un ligero aire de reprobación.

—La última vez que nos vimos, doctor Lacasse, se despidió de un modo un poco... descortés...

—Lo sé y lo siento.

No hay frialdad en mi voz, ni desprecio. Ya no puedo permitírmelo. Jeanne lo ha dicho: ahora Monette está en el ajo.

El periodista hace un gesto indulgente.

—No es grave. No soy rencoroso. Lo importante es que nos volvemos a ver y que seguimos trabajando juntos...

Monette recalca estas dos últimas palabras y espera una reacción de mi parte. No reacciono. Parece contento y continúa:

—Entonces, si trabajamos en equipo, me parece que... que les toca a ustedes decirme lo que saben, ¿no?

Jeanne y yo intercambiamos una mirada; luego me acerco al periodista:

—Ante todo, estamos de acuerdo en una cosa: no publicará nada, absolutamente nada, mientras esta historia no esté acabada y esclarecida... ¿Tengo su palabra?

Los ojos de Monette brillan de codicia. Ya está, se va enterar, esto le inyecta adrenalina hasta en las pupilas.

—Lo juro —susurra.

Entonces, sin remordimientos, sin lamentarlo, se lo cuento todo. Absolutamente todo, sin omitir nada. No me siento culpable por traicionar la ética profesional: desde hace algún tiempo, lo que hago no tiene nada que ver con la psiquiatría.

Hablo durante media hora larga. Jeanne añade algunos detalles de vez en cuando. Monette escucha en silencio, pendiente de mis labios, con el cuerpo en tensión. Y a medida que le cuento, veo que el sentimiento de victoria ilumina su rostro. Lo comprendo: estamos demostrando que él tenía razón, desde el principio. Y que esto va aún más lejos de lo que él imaginaba...

Al final, bebo la mitad de mi vaso de un trago. Monette se queda un rato callado, mirando

a lo lejos. Se acaricia la barba con aire pensativo y comprendo que mil ideas bullen en su cabeza. Por fin, dice:

—Un sacerdote calvo, ¿eh?

Jeanne adelanta la cabeza:

—Sí, calvo... ¿Por qué? ¿Ha encontrado algo sobre él?

El periodista coloca las dos manos sobre la cartera y adopta de nuevo ese aire de cierta superioridad. Ha descubierto algo importante. Una vez más.

—He buscado en todos los grandes periódicos artículos que trataran sobre el padre Boudrault o sobre la parroquia de Mont-Mathieu. Incluso he ido a Quebec, ¿saben? ¡Y todo esto en sólo dos días! He tenido que remontarme hasta 1956 para encontrar algo relacionado con la religión. Al nueve de abril de 1956 para ser exactos...

Nos mira con aire misterioso.

—Ese año, 1956, ¿no les dice nada?

Estoy pensando cuando Jeanne exclama:

—Es el año del nacimiento de Roy...

Monette pone cara de admiración.

—Una auténtica seguidora, doctora Marcoux...

—El cumpleaños de Roy es el veintidós de junio, ¿no? —digo para no ser menos.

—Eso es, doctor. Por tanto, el artículo es dos meses y medio anterior al nacimiento de Roy...

Le brillan los ojos. Jeanne y yo estamos impacientes. Por fin, abre la cartera y saca dos hojas de papel.

—He hecho una fotocopia para cada uno del artículo que he encontrado —explica tendiéndonos las hojas.

Me pongo las gafas. *Le Soleil*, de Quebec, 9 de abril de 1956: «Un sacerdote de Mont-Mathieu desaparecido». Una foto representa la cara de un hombre de unos cuarenta años, calvo, que nos mira con una sonrisa dulce. Por el alzacuellos, reconozco a un sacerdote. Un largo escalofrío me recorre todo el cuerpo y, casi a mi pesar, susurro:

—Es él...

—Entonces existe —dice Jeanne en el mismo tono.

Monette está satisfecho del efecto que ha causado.

—Se trata del padre Henri Pivot, coadjutor de Mont-Mathieu. El párroco denunció su desaparición el ocho de abril. ¿Adivinan quién era este párroco?

—El padre Boudrault —respondo.

—Exactamente. Les resumo el artículo: el padre Boudrault declaró haber visto al padre Pivot por última vez el cinco de abril por la noche. Regresó de Quebec y podía asegurar que el coadjutor estaba acostado en su cama alrededor de la medianoche. La mañana siguiente, el padre Boudrault se levantó sobre las siete y media y comprobó que Pivot había salido. El párroco pensó que su compañero se habría ido a realizar una pequeña marcha matinal, como hacía con frecuencia.

Monette se cruza de brazos.

—Pero nunca volvió. Al anoecer, el padre Boudrault llamó a los sacerdotes de los pueblos vecinos. Nadie había visto a Pivot. A continuación, se puso en contacto con el obispo. Ninguna noticia. Al final, al cabo de dos días, decidió avisar a la policía.

Monette señala el artículo.

—La policía interrogó también a otro sacerdote, más joven. Se encontraba en Mont-Mathieu desde hacía unos meses para hacer una investigación o algo así. ¿Cómo se llamaba? Ya..., el padre Lemay, eso es. Se hospedaba en la casa parroquial y había tratado con Pivot. Su testimonio fue idéntico al del padre Boudrault.

Otro sacerdote, más joven... Pienso en el que perseguí el sábado, pero me callo de momento. Monette continúa:

—Durante algunas semanas, varios artículos informaron sobre el desarrollo de la historia: la policía no tenía ningún indicio de esta extraña desaparición, el padre Pivot seguía en paradero desconocido... Después de dos meses, dieron carpetazo al asunto.

Un destello cruza la mirada del periodista.

—He continuado buscando con la esperanza de encontrar algo más sobre Pivot..., y he descubierto otra cosa. En apariencia, no tiene relación, aunque es bastante interesante...

Monette saca dos fotocopias más y nos las alarga. Esta vez, el artículo data del 2 de julio de 1956: «Oleada de misteriosas desapariciones».

—En resumen, el artículo cuenta que cerca de veinte personas de los alrededores han

desaparecido. Las primeras llamadas para denunciar una desaparición se produjeron el dieciséis de junio... En los días siguientes, se sucedieron más, hasta alcanzar la increíble cifra de diecisiete personas el veinte de junio, es decir, cuatro días después. ¡Diecisiete adultos de Mont-Mathieu o de los pueblos de la zona desaparecidos sin dejar rastro!

Examino el artículo. Bajo la frase: «Llame de inmediato si ha visto a alguna de estas personas en los últimos días», se alinean diecisiete fotos en tres columnas. Hombres y mujeres, de veinte a cincuenta años, sonrientes, de aspecto normal...

—¿Alguien lo relacionó con la desaparición de Pivot? —pregunta Jeanne.

—El periodista menciona que unos meses atrás también se produjo una desaparición misteriosa, pero nada más. Se pueden imaginar que estas diecisiete desapariciones fueron el suceso más importante durante varias semanas. Lo más curioso es que se encontraron los vehículos pertenecientes a estas personas. Todos estaban en Mont-Mathieu, aparcados en diferentes calles, dispersos. Pero no había ningún rastro de la gente desaparecida. Nada. Misterio total. Entonces he seguido buscando en los archivos... Y cinco meses después...

Otras dos hojas aparecen sobre la mesa. El artículo tiene fecha del 12 de noviembre de 1956: «Descubrimiento macabro». Monette resume:

—Dos cazadores se aventuran por un pequeño bosque junto a un camino rural, justo a la salida del pueblo. Un bosque a donde nunca iba nadie. Había nieve, pero no demasiada. Uno de los cazadores divisa algo extraño que sobresale entre la nieve. Tira de aquello y resulta ser el hueso de una pierna. Humana.

Monette se recuesta en la silla y coloca las manos detrás de la nuca con actitud relajada.

—En el lugar de los hechos, la policía descubrió varios cuerpos en avanzado estado de descomposición. Sin embargo, se pudieron identificar casi todos. Eran precisamente las diecisiete personas que habían desaparecido cinco meses antes. También había varios cuchillos, que probablemente se habían utilizado para matarlos. Pero los cuerpos se encontraban en un estado lamentable y era difícil identificar la causa del fallecimiento. Cinco meses, ¿se imaginan? ¡El sol, la lluvia, la nieve... y los animalillos del bosque! Un buen revoltijo, sí... Varios cuerpos estaban literalmente despedazados...

Jeanne levanta una mano:

—Está bien, señor Monette, no hace falta que entre en detalles...

—De todas maneras, los expertos pudieron confirmar que en algunos casos se habían producido cuchilladas. ¿Obra de un asesino? ¿De varios? ¿Los mataron a todos juntos? ¿Por separado? Es imposible saberlo. ¿Les dieron muerte en otro sitio y luego llevaron los cadáveres al bosque? Ésta es la hipótesis que parecía sostener la policía.

De repente, pregunto:

—¿Pivot se encontraba entre los cadáveres?

Monette bebe un trago de su *güisqui* escocés y mueve la cabeza.

—No. En apariencia, no hay ninguna relación entre las dos historias. Al menos, nadie la ha establecido. Y es normal. ¿Por qué tendría que haberla?

Esboza una sonrisa sagaz y continúa:

—He seguido buscando y he dado con este artículo del año 1959...

Nuevas fotocopias. El título: «Encontrado un sacerdote desaparecido hace tres años».

—En un campo abandonado de Mont-Mathieu, una excavadora dejó al descubierto el cadáver. Estaban excavando el terreno para construir un edificio. Sólo quedaban los huesos y una pequeña cruz de oro. Todo eso permitió identificar al padre Pivot. Según los expertos, probablemente, la muerte se remontaba a la época de su desaparición... Un par de periodistas relacionaron su desaparición con el asesinato de los diecisiete lugareños, pero sin sacar nada en claro. Además, la policía, descartó cualquier conexión entre ambos sucesos. Pivot fue encontrado en un campo muy alejado del bosque, en el lado completamente opuesto. Si los asesinos de las diecisiete personas eran los mismos que habían matado a Pivot, ¿por qué esconder su cadáver en un lugar diferente? ¿Y por qué enterrarle a él y a los otros no? Otro *dossier* que acabaron cerrando por falta de explicación. Jamás se han resuelto estos diecisiete asesinatos. Jamás se ha resuelto la muerte del padre Pivot. Jamás se ha establecido una conexión formal entre ambos sucesos.

Su sonrisa triunfal es más resplandeciente que nunca.

—¿Y bien? No está mal, ¿eh?

Se encuentra satisfecho, excitado y entusiasmado. Pero no aterrado. Ni lo más mínimo.

Jeanne y yo no decimos nada durante un buen rato; luego me aventuro a comentar:

—Usted piensa que las dos historias están relacionadas, ¿verdad?

—Creo que estos diecisiete asesinatos están relacionados con una secta..., una secta que

dirigiría el padre Pivot...

—¿Y por qué lo cree? ¡Los periódicos nunca han establecido la conexión ni han emitido la hipótesis de una secta! ¿Es porque Roy lo ha soñado, porque ha escrito un relato sobre este tema? ¿Por eso piensa que ha sucedido en realidad?

La sonrisa de Monette sigue flotando durante unos segundos. El periodista adelanta la cabeza y cruza las manos sobre la mesa.

—Escuche, Roy describe escenas sangrientas en sus libros y, a continuación, estas escenas ocurren en la vida real... Roy sueña con un sacerdote calvo, y descubrimos que este sacerdote existe... Entonces, si Roy sueña que este cura dirige una secta cuyos discípulos han sido masacrados, me parece que tenemos sobrados motivos para creer que esto también ha sucedido en la realidad, ¿no?

Jeanne y yo nos callamos. Busco algo sensato que decir, algo razonable, pero no encuentro nada. Monette prosigue:

—Cuando Roy escribió su relato, nadie vio nada de particular en él. Nadie, salvo el padre Boudrault. ¿Por qué? Porque reconoció al padre Pivot, sí, pero eso no es suficiente... Seguramente, reconoció algo más..., la secta, por ejemplo...

—¿Insinúa que el padre Boudrault habría ocultado información a la policía? ¿Que sabía más de lo que decía?

El periodista se encoge de hombros. Me masajeo la frente con las dos manos, un poco aturdido. Jeanne mueve la cabeza y mira a los clientes, sentados más allá. Parece completamente perdida.

—Es..., es desconcertante... Se diría que se forman dos historias, pero que no conseguimos unir las... ¿Por qué soñó Roy con ese sacerdote diecisiete años después, cuando la historia estaba acabada y enterrada? El mismo Roy afirma que no lo conoce. ¡Que nunca ha oído hablar de él! ¿Cuál es la relación?

—Seguramente, eso es lo que quería saber el padre Boudrault —dice Monette.

Jeanne sigue reflexionando en voz alta:

—Las desapariciones de las diecisiete personas comenzaron el dieciséis de junio y continuaron durante algunos días... Roy nació el veintidós de junio...

—¿Y qué? —replica el periodista—. Eso no explica nada.

Yo me callo, demasiado impactado aún. Miro tontamente el vaso de cerveza, como si fuera a surgir de él una revelación extraordinaria. Al final, bebo un trago. La cerveza está tibia.

—A menos que...

Jeanne levanta un dedo, reflexiona un segundo y continúa:

—A menos que Pivot sea el padre de Roy... El verdadero padre, quiero decir... Roy es adoptado y nunca ha conocido a su verdadero padre, no lo olvidemos. ¡En cualquier caso, sería una posible relación!

—Yo también lo he pensado —dice Monette—, pero, en el fondo, ¿qué explica eso?

Jeanne hace un tic contrariado y se vuelve hacia mí, impaciente.

—¡Pero di algo, Paul! ¿Qué piensas de todo esto?

Abro la boca con dificultad, como si mis labios estuvieran sellados con arcilla.

—Creo que es absolutamente necesario que me dé una vuelta por Mont-Mathieu este fin de semana...

Jeanne levanta el mentón. Ha comprendido mi idea.

—Piensas en el joven sacerdote que menciona el artículo, en el padre Lemay... ¿Crees que fue él quien vino al hospital el sábado?

—¿Quién más quieres que sea? Además, las edades concuerdan: si ese Lemay era joven en 1956, digamos que tuviera veintitantos años, entonces andaría por los sesenta y tantos en la actualidad... El sacerdote del sábado corresponde a esa edad...

Monette aplaude.

—¡Sí, es verdad! ¡Seguramente es él!

—Pero quizá no sepa más que nosotros... —dice Jeanne.

—Sin duda, él sabe algo. Si no, ¿por qué vino al hospital?, ¿por qué huyó de mí?

—El único medio de saberlo es hacerle una visita —sugiere el periodista.

Contemplo de nuevo mi vaso.

—Justo lo que voy a hacer...

—¿Estará en la zona de Quebec este fin de semana?

—Sí, asistiré a un simposio. Pero las conferencias son durante el día. Puedo ir a Mont-Mathieu el sábado por la tarde...

El periodista asiente. Luego, después de un corto silencio, cruza los brazos sobre la mesa y, con ojos brillantes, nos suelta:

—Una historia emocionante, ¿eh?

Lo fulmino con la mirada. ¡Emocionante! Lo único que Monette ve en esta historia es una enorme exclusiva. Como para confirmar mis pensamientos, añade:

—¡Imaginen el libro que voy a escribir con esto! ¡Incluso, les puedo citar como colaboradores!

Me paso despacio la lengua por los labios y replico lo más educadamente posible:

—Ya hablaremos de eso, señor Monette...

El periodista hace un gesto de comprensión y, de repente, consulta el reloj.

—¡Joder! ¡Tengo que irme! Me he dedicado a su «investigación» a tiempo completo durante los últimos días y ahora tengo trabajo atrasado...

Ordena sus papeles.

—Nos tenemos al corriente, ¿eh? ¿Cuándo vuelve de Quebec?

—El martes.

—Llámemme en cuanto regrese, ¿de acuerdo?

Monette coge la cartera, se levanta y suelta un profundo suspiro de satisfacción. Sus ojos aún brillan excitados.

—Pues bien. Espero sus noticias con impaciencia.

Tiende la mano a Jeanne, que la estrecha mientras dice:

—Muchas gracias, señor Monette. Su ayuda ha sido excepcional. Sin usted, no habríamos avanzado tanto. Le tendremos al corriente, no tema.

El hombre se ruboriza de gusto. Luego me tiende la mano un poco socarrón. Se la estrecho mirándole a los ojos.

—Gracias, Monette.

Mi voz es neutra. Una sonrisa se dibuja en la barba del periodista y, sin soltar mi mano, dice:

—Sé que no soy de su agrado, doctor; por eso, valoro más su agradecimiento...

—Es cierto que usted no me gusta..., pero eso no me impide reconocer que nos ha ayudado. Mucho.

El periodista asiente con aire perspicaz y deja libre mi mano. Repite por última vez:

—Espero su llamada el martes... Sin falta...

Hay una advertencia en su voz. Lo tranquilizo:

—Sin falta...

Satisfecho, sale. Jeanne y yo nos quedamos un buen rato sin decir nada. Miro de nuevo mi vaso. Tengo el cuerpo entumecido. Oigo la música del bar, que parece provenir de un lugar muy lejano... Al final, mi compañera habla:

—¿Tú lo crees, Paul? ¿Crees que hay alguna relación entre la muerte de Pivot y el asesinato de los diecisiete lugareños? ¿Que hay una secta detrás de todo, como en el relato de Roy? ¿Lo crees?

De nuevo, busco algo que decir, alguna idea clara, concreta, que ordene todas las perspectivas, pero no encuentro nada. De todas maneras, comento:

—Ya no sé lo que creo. Sólo quiero la verdad.

Y, para mí mismo, añado:

—Poco importa detrás de qué puerta se esconda...

—¿Puerta?

—No, nada...

Me froto los ojos. Destellos malvas explotan detrás de mis párpados cerrados.

—Estoy muerto, Jeanne... Me voy a acostar...

—Sí, yo también...

Salimos del bar en silencio. En la acera, me dice:

—Si descubres algo importante este fin de semana, no esperes al martes para contármelo. Llámame desde el hotel...

—De acuerdo...

Una sonrisa se dibuja en sus labios, una sonrisa poco convencida, pero llena de buena voluntad.

—Menuda historia, ¿eh?

Querría sonreír, pero no tengo fuerzas. Nos damos un beso y nos separamos.

Esta noche, me acuesto pronto, pero mis ojos permanecen abiertos hasta muy tarde.

Estaba preparado para enfrentarme a lo desconocido, para cuestionar mis convicciones

racionales...

Pero ¿estaba preparado para encarar algo así?

Aún hay mucha niebla y detrás de estas sombras pululan cosas que apenas me atrevo a imaginar...

Pruebas. Quiero pruebas.

Pero ¿pruebas de qué exactamente?

Necesito que el actual sacerdote de Mont-Mathieu sea el mismo que el que vino al hospital el sábado... Si no, no habrá ninguna pista que seguir y nos encontraremos en un callejón sin salida.

Y yo, en la duda eterna...

Capítulo 17

Siempre me llevo el coche cuando voy a un congreso. Sé que el grupo de investigación me pagaría el billete de tren, pero prefiero ir en mi coche, aunque tenga que correr con los gastos de desplazamiento. Las pocas ocasiones que he viajado en tren o en autobús han sido experiencias desagradables: demasiada gente, demasiado ruido...

Meto la maleta en el maletero del coche y lo cierro. Me vuelvo hacia Hélène. Nos miramos, dubitativos. Levanto la cabeza hacia el sol.

—Buen tiempo para viajar por carretera —digo.

—Sé prudente.

Nos damos un largo beso. Me monto en el coche y ella se inclina hasta la ventanilla abierta.

—No dejes que esta historia te destruya, Paul...

Mi mujer está al corriente de la visita que planeo hacer a Mont-Mathieu. Sonrío para tranquilizarla.

—Cuando vuelva, Hélène, pensaré en nosotros. Lo prometo.

Ella corresponde a mi sonrisa, pero noto cierta preocupación.

Mientras el vehículo se aleja, veo por el retrovisor que la figura de Hélène disminuye gradualmente hasta desaparecer. Esta imagen me causa malestar.

Llego a Quebec poco antes de las seis de la tarde. El cóctel de bienvenida, en el hotel, consigue ahuyentar un poco mis pensamientos sombríos. Me encuentro con varios colegas que no había visto desde hacía mucho tiempo. Es agradable volverse a ver. Hablamos mientras tomamos una copa, pero se me debe de notar la preocupación porque me preguntan varias veces si todo va bien, si me encuentro en buena forma. Les aseguro que sí.

Durante la velada, pregunto en recepción por el camino más corto para ir a Mont-Mathieu. Me dan un mapa de la región. Me doy cuenta de que está muy cerca, a treinta minutos de coche como mucho.

Mientras vuelvo hacia el salón del cóctel, reflexiono: mi primera intervención es mañana, después de comer. Creo que podré acabar sobre las cinco, lo que me deja toda la tarde libre...

Tomo una copa más y subo a acostarme.

En la oscuridad de la habitación, aparecen las dos puertas. Una de las dos sigue entornada. De repente, se dibuja una silueta. Reconozco al padre Pivot. El sacerdote extiende la mano hacia la puerta entornada y hace ademán de abrirla un poco más mientras vuelve su cabeza hacia mí. Su mirada es de fuego; su sonrisa, terrible.

Justo antes de que su mano alcance la puerta, me duermo profundamente.

Las conferencias de la mañana siguiente me parecen interminables. Llego el momento de mi presentación, donde expongo mi investigación sobre la esquizofrenia. Mis conclusiones pesimistas suscitan un debate más bien tempestuoso. Aunque cuento con algunos apoyos, la mayoría de los psiquiatras presentes discuten mis resultados y algunos incluso cuestionan mi competencia. Defiendo mis argumentos, pero me falta convicción y seguridad. Tengo la cabeza en otra parte; esta conferencia carece de aliciente para mí. Hacia las cinco y media, abandono por fin la sala seguido de algunas miradas severas.

Subo a mi habitación para ponerme una ropa más cómoda y aprovecho para llamar a Jeanne. Marc, su «churri» (¡nunca me acostumbraré a esta ridícula palabra!), me coge el teléfono; luego se pone Jeanne al otro extremo del hilo.

—Salgo para Mon-Mathieu dentro dos minutos.

—Bien... ¿Cómo ha ido el simposio hasta ahora?

—Atroz... Soy incapaz de defender mis ideas... Me da igual, si supieras lo poco que me importa... ¿Y qué tal hoy por el hospital? ¿Nada... nuevo?

Oigo suspirar a Jeanne.

—Roy ha tenido una crisis esta mañana. Quería que le diéramos un arma para matarse. Gritaba que no quería vivir.

—¿Has podido hablar con él?

—No, le hemos administrado sedantes y se ha dormido. ¿Sabes una cosa? En su habitación, encima de la mesa, he descubierto un lápiz.

—¿Un lápiz?

—Sí... Imagino que puede escribir sujetando el lápiz con las palmas de las manos... Pero no había cuaderno ni hojas de papel por ningún sitio... Las enfermeras no están al corriente. En todo caso, si ha vuelto a escribir, no sabemos dónde...

—¡Pero hay que preguntárselo!

—¡Está sedado, Paul, lo hemos dejado fuera de combate para todo el día!

No digo nada. Jeanne continúa:

—La señora Chagnon se ha encerrado en su cuarto. Está sola y no habla con nadie...

A continuación, adopta un tono misterioso:

—También ha habido una nueva pelea...

—¿Qué?

—Sí. Cuando he llegado al hospital esta mañana, cuatro pacientes se estaban peleando: Michel Sirois, Johanne Miron, Paul Lafond y Édouard Villeneuve.

—¡Otra vez Édouard!

—Pero no sabes lo peor: una enfermera se pegaba con ellos.

Me siento en la cama, pasmado.

—¿Me estás tomando el pelo, Jeanne?

—En absoluto. Después de la bronca, ha explicado que al principio tenía intención de calmarlos, pero que al recibir un golpe... perdió su sangre fría...

—¡Vamos, eso no es un motivo! ¡Un miembro del personal jamás debe pegarse con un paciente, jamás!

—Eso es lo que yo le he dicho, evidentemente. La sancionarán, como puedes imaginar... Pero lo peor es que Nicole parecía estar de su parte...

—¿Nicole?

—Sí... Ha dicho que ella habría actuado del mismo modo, o algo así...

Desconcertado, pregunto:

—¿Y la pelea? ¿Ha sido grave?

Jeanne emite un sonido de fastidio.

—Bastante, sí... Se han tenido que llevar a la señora Miron a urgencias y le han dado varios puntos en la frente. Villeneuve ha perdido un diente... Lafond se ha roto la nariz y dos dedos... Es que... Sirois golpeaba con su libro... Ya sabes, un libro grueso que lleva todo el tiempo consigo.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo ha empezado?

—Algo ha pasado en el desayuno, creo. Alguien se ha sentado en el sitio de otro... Una tontería...

Cierro los ojos unos instantes.

—¡Tres peleas en menos de dos semanas! Y la de esta mañana con heridos... ¡Nunca habíamos visto una cosa así!

—Lo sé...

Con una voz vacilante, añade:

—Tenías razón, Paul, aquí está pasando algo...

—Escucha, creo que deberíamos contar con la presencia permanente de un par de guardias de seguridad en el ala durante los próximos días... Coméntalo con Lachance, cuéntale lo de las peleas... Seguro que lo aprobará...

Me callo un momento. Imagino a los dos vigilantes de pie en el Núcleo, como perros guardianes... Continúo:

—Sé que parece una medida un poco alarmista, pero...

—No..., no, tienes razón...

Nuevo silencio, lleno de sobreentendidos y de nerviosismo.

—Oye, Jeanne, me voy ahora mismo...

—Perfecto... Creo que volveré al hospital el lunes por la mañana para asegurarme de que todo va bien... Louis está allí, por supuesto, pero... él no sabe lo que sucede...

«¿Acaso alguien lo sabe?», tengo ganas de replicar, pero me limito a mostrar mi aprobación:

—Buena idea... Bueno, te dejo...

Cuelgo. Me quedo sentado, con los ojos clavados en el interruptor de la habitación.

Otra pelea.

Roy sigue con el deseo de suicidarse.

Y ese lápiz...

«¡Tengo nuevas ideas! ¿Sabe lo que eso significa?».

Calma. Primero, Mont-Mathieu.

Dos minutos después, estoy sentado en el coche con el volante en una mano y el mapa de la región en la otra. Mientras salgo de Quebec, me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que le voy a decir al sacerdote... en el caso de que lo encuentre, claro. Me pongo a pensar, pero no se me ocurre ninguna línea directriz. Decido hacer lo mismo que con mis pacientes: observar las reacciones y actuar en función de éstas.

Me encuentro en un camino rural bajo un cielo nublado. Dejo atrás algunas casas, más bien pocas en este decorado montañoso, y veo una señal que proclama: MONT-MATHIEU 5 KM.

Mi nerviosismo aumenta. Cuando por fin entro en el pueblo, tengo las manos húmedas y el volante se me escurre. Busco la iglesia, que, en un lugar tan pequeño, debería encontrarse con facilidad. Por fin, diviso el campanario. Paso delante de un bazar y de algunas casas pintadas de colores; unos peatones más bien mayores me miran con aire desafiante... Luego salgo del centro del pueblo. Sorprendido, me doy cuenta de que la iglesia está más lejos. Continúo unos instantes por la calle principal, que cada vez se encuentra menos habitada y tomo una carretera de tierra. Al final, se alza la iglesia.

Paro y me bajo del vehículo. La calma es absoluta. La iglesia está totalmente aislada, a excepción de la casa parroquial, que se encuentra justo al lado. Vuelvo la cabeza hacia el camino que acabo de coger. No hay ninguna otra casa en esta carretera. Las primeras viviendas empiezan a aparecer a medio kilómetro de allí, en la calle principal. Verdaderamente, parece que esta iglesia ha caído del cielo. ¿Qué hace allí, separada del pueblo? La observo unos instantes: está construida en piedra gris y tiene un alto campanario, que se distingue con nitidez sobre el fondo de nubes. Hay una gran estatua de Cristo sobre una cornisa, justo encima de la inmensa puerta de madera.

Una iglesia corriente, en definitiva..., si no fuera por su particular emplazamiento.

La casa parroquial, que no se comunica con la iglesia, está construida con la misma piedra gris.

De golpe, me vuelve toda mi ansiedad. Me dirijo a la casa. Subo los escalones que conducen al porche, levanto la mano para llamar a la puerta, pero detengo el gesto.

Una angustia terrible me paraliza de pronto. Una vez más, tengo la sensación de que hurgamos en una historia horrible y espantosa, una historia que nos supera por completo. Y me planteo muy seriamente dar media vuelta y marcharme. Huir. Terminar el simposio, regresar a Montreal y jubilarme. Punto final. Lo siento por Roy y por las explicaciones.

¿Y vivir en la duda eterna?

Cierro los ojos y llamo.

Pasan largos segundos. Por fin, se abre la puerta. Una mujer vieja como la Luna aparece delante de mí. Su piel es verde y cobriza, su cabeza parece la de una tortuga. Está vestida de negro y lleva un pañuelo en la cabeza. Tiene unos ojos menudos, arrugados, pero su mirada es de fuego, como si las pupilas fueran lo único que permaneciera con vida en este cuerpo muerto.

—Buenas tardes... Eh... ¿Vive aquí el padre Lemay?

Ella me examina un buen rato. Su rostro es duro, como una máscara detenida en esta expresión sombría para siempre. Al final, asiente sin decir una palabra. Mi corazón empieza a latir a toda velocidad. ¡Es él! ¡Lo he encontrado!

—Eh... ¿Está él aquí?

Hace un signo de negación, imperturbable. Empiezo a comprender: debe de ser muda. Pero ¿qué edad tiene? ¿Ochenta y cinco años? ¿Tal vez más?

—Y... ¿sabe cuándo regresará?

La vieja levanta un dedo huesudo, deformado por la artritis.

—¿Dentro de una hora?

Ella asiente. Su mirada sigue escrutándome el alma y esto me hace sentir incómodo.

—Muy bien, volveré..., volveré dentro de una hora. Gracias...

Bajo los escalones. Mientras cruzo la carretera, siento un ligero picor en la espalda. Vuelvo la cabeza. La vieja sigue allí, de pie, en el hueco de la puerta, observándome con su máscara fúnebre.

Me monto en el coche y me alejo. ¡Qué vejestorio tan siniestro! Se divertirá mucho el padre Lemay con una sirvienta así...

Regreso a la calle principal y paro en el primer restaurante que veo, una especie de cafetería popular. Entro, me siento junto a una ventana y consulto la carta. Hamburguesas, bocadillos de salchichas, patatas fritas con queso *cheddar*, sándwiches club... Alta gastronomía, vaya... Al final, pido una ensalada César a la sonriente camarera, que me mira con curiosidad.

Miro por la ventana. Veo el campanario de la iglesia. Estoy tan nervioso que me pregunto cómo voy a ser capaz de esperar una hora.

Acabo mi modesta cena rápidamente. Luego, para pasar el tiempo, pregunto a la camarera (que está ocupada limándose las uñas) por qué la iglesia de Mont-Mathieu no está en el centro del pueblo.

—¡Sabía que usted no era de la zona!

Se sienta sin dudarle enfrente de mí y, contenta por suscitar algún interés, me cuenta. Sus explicaciones no son muy claras, pero, al parecer, cuando empezaron a construir Mont-Mathieu, a principios de siglo, eligieron como centro del pueblo el lugar donde ahora se encuentra la iglesia. Cuando habían levantado el templo y una docena de casas, se hundió el terreno.

—¡Imagínese! La tierra era demasiado blanda, pero sólo en ese lugar. ¡La iglesia se mantuvo en pie sin problemas! ¡Todo el mundo dijo que era un milagro! Por eso, se construyó el pueblo un poco más lejos, donde la tierra era adecuada. Pero ¡dejaron la iglesia allí! ¡Parecía que era una señal del Altísimo, la prueba de que la casa de Dios es indestructible!

—Está muy bien informada, al parecer...

—Puede suponer que se ha convertido en la atracción del pueblo, esa iglesia... ¿Y qué le trae por la región exactamente? No tenemos visitas a menudo.

—Pues escribo un libro sobre las iglesias de Quebec. Vengo a ver al padre Lemay...

—Ah, el padre Lemay... Es muy espiritual, pero tiene siempre esa expresión tan triste...

—Su sirvienta no parece muy agradable...

—¿La vieja Gervaise?

La camarera se inclina con aire misterioso.

—No dice una palabra, pero no pasa desapercibida... Jamás sale de la casa parroquial, salvo para hacer la compra... Nadie la ha visto nunca sonreír. Da un poco de miedo, ¿no le parece?

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé, pero debe de ser vieja revieja. Creo que es la sirvienta de la iglesia desde los años cuarenta... ¡A saber si está en sus cabales!

Consulto el reloj: las ocho. Ha pasado la hora. Le agradezco la información a la camarera, le doy una buena propina y vuelvo al coche.

El cielo está cada vez más cubierto. Cuando aparco delante de la casa parroquial, veo a un sacerdote en el porche, sentado en una silla. Mientras cruzo la carretera, lo reconozco poco a poco: cabello blanco y tupido, piel increíblemente arrugada... No cabe duda, es él. A mi pesar, aminoro el paso, como si experimentara un temor repentino.

El sacerdote, que se mece en la silla, observa cómo me acerco, vagamente intrigado. Me saluda con una sonrisa:

—Buenas tardes, hijo. ¿Puedo ayudarlo?

Tiene una voz ronca, de viejo, pero dulce a la vez, educada y agradable. Una voz de otro siglo, de otra época.

No respondo y avanzo cada vez más despacio, mientras busco desesperadamente la manera de abordarlo. Él no deja de observarme cuando, de repente, sus ojos menudos se agrandan en medio del rostro arrugado. Me ha reconocido. Desde lejos, me atrevo por fin a decir:

—¿Padre Lemay?

No contesta, le he cogido desprevenido. Casi parece un prófugo que acaban de descubrir en su escondite. Se levanta —le tiemblan los labios viejos y blancos— y pregunta:

—¿Cómo..., cómo me ha encontrado?

Doy un primer paso por el sendero que conduce al porche. Sin preámbulos, digo:

—Tengo que hablar con usted.

—¡No... tengo nada que decirle!

Entonces levanta una mano temblorosa y frágil.

—¡Deténgase, ésta es mi casa!

Obedezco cuando estoy a un metro del primer escalón. El padre Lemay se frota las manos inquieto, mientras mira de soslayo la puerta de su derecha. Debe de estar deseando entrar en la casa y darme con la puerta en las narices. Sin embargo, vacila.

—¿Qué quiere?

—¡Eso debería haberle preguntado la semana pasada! Usted quiso ver a Roy...

—¡Déjeme tranquilo!

Y hace ademán de dirigirse a la puerta de la casa.

—¡Escuche! ¡Sé que hubo una masacre en Mont-Mathieu hace cuarenta años! ¡Diecisiete muertos! Era una secta, ¿verdad? ¡Una secta dirigida por el padre Pivot, que ejerció su ministerio aquí!

El sacerdote palidece y busca algo que contestar.

—Hubo diecisiete muertos, pero..., pero..., pero... ¿por qué habla de una... secta? Nadie nunca... afirmó tal cosa. Usted..., usted...

Esboza un gesto irritado. Intenta enfadarse, pero distingo en su rostro más miedo que cólera.

—¿Por qué remover esta vieja historia? ¡El padre Pivot también fue encontrado sin vida, pero no tenía relación con los diecisiete muertos! ¡Y nunca nadie habló de una secta! ¡Está blasfemando! Usted...

Se calla y tose dolorosamente. Al final, consigue mascullar:

—¡Márchese!

Me da la espalda y agarra el pomo de la puerta. Entonces me lanzo, subo unos escalones y le suelto:

—¡Roy sueña con el padre Pivot! ¿Me ha oído?

El sacerdote suspende todo movimiento. Yo también me quedo inmóvil, en mitad de la pequeña escalinata, con la respiración contenida, esperando una reacción.

El cielo comienza a enrojecerse entre las nubes. Un pájaro canta detrás de mí. A lo lejos, creo oír un coche que pasa. Y el sacerdote, con la mano aún en el picaporte, no pestañea.

Por fin, me llega su voz. Terrible.

—¿Qué está diciendo?

Asiento con la cabeza. Esta vez he dado en el blanco. Añado con más suavidad:

—Lo que el padre Boudrault había descubierto cuando fue a visitar a Roy, aunque murió con su secreto.

El anciano, aún de espaldas, se curva ligeramente, como si algo lo aplastara. Sin atreverme a dar un paso, continúo:

—Padre, ahora es inútil que huya de mí... Todo esto ha ido demasiado lejos. Tengo que hablar con usted.

Entonces veo que su cabeza cae hacia delante. A continuación, oigo un largo suspiro, como si el padre Lemay vaciara todo el aire de sus pulmones. Murmura algo y consigo entender estas palabras:

—Qué se le va a hacer... Después de todo, siempre he sabido que pagaría algún día...

Mi cuerpo se tensa, impactado por esta frase. Más que nunca, sé que aquí se encuentra la clave... y, más que nunca, tengo ganas de huir...

El padre Lemay se vuelve al fin. Su máscara de miedo y pánico ha desaparecido. Ahora muestra un semblante cansado, trágico y resignado. Un rostro que la desdicha ha esculpido minuciosamente, año tras año...

—Sígueme —se limita a decir.

Y abre la puerta.

TERCERA PARTE
Los que han visto

Capítulo 18

La casa parroquial no es muy alegre. Ventanas pequeñas, muebles pesados y tristes, poco color y luz tenue. Me parece que responde a cierto patrón: la imagen clásica del sacerdote austero que lleva una vida rutinaria. Pero da la sensación de que el padre Lemay mantiene este ambiente. Como si quisiera vivir en medio de esta negrura. En su propia negrura, que le corroe.

Nos sentamos en un pequeño salón sumido en una penumbra polvorienta. Me instalo en un sofá, mientras que el padre Lemay se sienta en un profundo sillón, enfrente de mí. La claridad menguante del exterior consigue abrirse paso a través de la ventana que tengo a mi izquierda.

La vieja asistenta entra en la habitación y se queda inmóvil, al lado del sacerdote. No se mueve, espera, con una cara terrible. Situada así, de pie junto al padre Lemay, se asemeja tanto a un guardián protector como a un pájaro de presa hostil.

—¿Quiere algo de beber? —pregunta el cura.

Niego con la cabeza. Se vuelve ligeramente hacia la anciana:

—No tomaremos nada, Gervaise, puede dejarnos...

La sirvienta me lanza una última mirada tenebrosa y sale sin decir una palabra.

Nos quedamos largos segundos en silencio, sentados uno frente al otro. Devastado por las arrugas, el rostro del padre Lemay parece el de una estatua antigua. No consigo liberarme de la impresión de que no debería estar aquí, de que no tendría que haber venido. Pero ahora sería incapaz de marcharme. Lo sé.

Pronto, mis dudas quedarán disipadas. Y una de las dos puertas se abrirá. Del todo. Comienzo por fin, sin rodeos:

—Tiene que decirme lo que sabe.

Me doy cuenta de que mi petición es demasiado amplia. El padre Lemay mueve la cabeza, imperturbable.

—No, no tan pronto. Primero debe decirme lo que usted sabe.

Esta voz serena, llena de matices, gastada por la edad, pero todavía refinada... y atormentada.

Asiento con la cabeza. Tiene razón. Cruzo una pierna con intención de adoptar una actitud relajada, pero es inútil. La descruzo, molesto, y decido permanecer así, con las manos sobre las rodillas.

—Pues bien, vamos a ver... Descubrimos a Roy hace alrededor de un mes...

—Leo los periódicos y conozco todo eso —me corta suavemente el sacerdote—. Vaya a lo esencial.

Carraspeo.

—Me llamo Paul Lacasse. Trato a Roy desde que está ingresado...

Le explico el caso Roy, sus sueños y nuestros descubrimientos sobre el padre Pivot y el padre Boudrault. El sacerdote me escucha atentamente, los dedos de las manos apoyados unos contra otros, bajo el mentón. Al final, me pregunta:

—¿Y por qué el señor Roy sueña con el padre Pivot?

—¿Me lo pregunta para ponerme a prueba o de verdad ignora la respuesta?

Se calla un momento.

—Tengo una ligera idea de la respuesta, pero... espero no estar en lo cierto... Es lo que me permite seguir después de todos estos años: la esperanza de equivocarme...

Está mucho más calmado que antes. Ya no lucha.

Suspiro.

—No sé si está equivocado, pero lo que le voy a decir no le tranquilizará en absoluto...

Continúa inmóvil, con sus ojos azul claro fijos en mí. Me rasco la oreja, un poco

incómodo, y le comento:

—Roy parece creer que... Dice que cada vez que se le ocurre una escena de horror..., cada vez que empieza a escribir sobre ello, el padre Pivot se le aparece en sueños para guiarlo al lugar donde su idea sucede... en la realidad.

Me callo y observo la reacción de mi interlocutor. La penumbra me impide distinguirlo con claridad, pero creo percibir que sus rasgos se crispan ligeramente y su cuerpo se pone rígido.

—Y usted, ¿qué cree? —pregunta con una voz monocorde, pero algo más fuerte que antes.

Durante un momento, tengo la impresión de encontrarme en un confesionario y ahuyento esta imagen desagradable.

—Sé que es descabellado... Mi trabajo no me autoriza a creer en cosas así, pero... hemos descubierto detalles que son, hay que reconocerlo, bastante inquietantes... Por ejemplo, que Roy se encontró, a lo largo de los veinte últimos años, en los lugares donde sucedieron varios dramas sangrientos..., dramas que siempre utilizaba para sus libros... Y hemos podido probar que, efectivamente, había pensado en estas tragedias antes de que ocurrieran en la realidad...

Muevo la cabeza, apurado:

—Le confieso que no sé qué pensar, padre... Pero esta historia es lo bastante perturbadora como para dedicarme a ella en cuerpo y alma... No sólo desde el punto de vista profesional, sino también personal. Algo que nunca había hecho antes...

Veo que el sacerdote levanta una mano en dirección a su cara. Con la punta de los dedos, se acaricia la frente en un gesto pausado, pero lleno de angustia.

—¡Dios mío! —murmura de forma apenas audible.

Su reacción me asusta. Todo mi cuerpo, hasta la punta de las uñas, se encuentra en tensión.

—¿Es verdad? ¿Lo que cuenta Roy es verdad?

Mi cuestión es un poco pueril, como un niño que pregunta si Papá Noel existe. Pero me da igual. Es la única cuestión, la única importante.

La mano del sacerdote vuelve al reposabrazos del sillón. Él apenas se mueve, su rostro permanece en la sombra.

—¿Piensa realmente que tengo una respuesta para eso?

—En cualquier caso, usted sabe más que yo.

—No lo sé todo...

Pronuncia cada una de las palabras con su dicción perfecta.

—¡No me diga eso! —exclamo—. ¡No me diga que he venido hasta aquí para nada!

Ladea la cabeza, intrigado.

—¿Por qué se empeña en encontrar una respuesta? ¿Porque busca la verdad o porque sólo desea disipar sus dudas?

Acuso mal el golpe. De nuevo, esta impresión de confesionario... Pero respondo con lo que me parece más sincero:

—Por ambas cosas.

Un corto silencio. Oigo suspirar al viejo sacerdote.

—Es una situación un poco irónica, ¿no? La religión y la ciencia que se consultan... Hace cincuenta años, cuando las personas querían encontrar la verdad, acudía a la religión. Luego, poco a poco, por frustración, acudió a la ciencia. Y aquí estamos nosotros, uno enfrente del otro..., sin una respuesta clara.

Le escucho con inquietud y le pregunto:

—Entonces, ¿quién conoce la verdad según usted?

—Nadie. Y siempre será así.

Hago una mueca. Parece un curso elemental de filosofía y tengo la impresión de que nos estamos desviando. Vuelvo a nuestro asunto con más fuerza:

—¡Dígame al menos lo que sabe, estoy seguro de que... que eso me ayudará!

Se calla un segundo.

—En todo caso, eso me ayudará seguramente a mí —precisa—. Me ayudará a purificar mi alma... Porque si lo que Roy dice es verdad, estoy condenado. Y el padre Boudrault, también... Tal vez, ésta sea la última prueba antes de la muerte. Tengo sesenta y ocho años, pero mi alma tiene mil...

¡Sesenta y ocho años! ¡Por su cara parece mucho más viejo! Repito en tono de súplica:

—¡Dígame lo que sabe! ¿Qué relación hay entre Roy y el padre Pivot? Es su hijo,

¿verdad?

Mueve la cabeza.

—No. Si fuera tan simple...

Me sorprende, decepcionado.

—Pero usted conoce la relación, estoy seguro...

Silencio. El sacerdote respira un poco más fuerte. Continúa con impaciencia:

—Pivot dirigía una secta, ¿es eso? El padre Boudrault y usted lo sabían...

El sacerdote mira a un lado, hacia la ventana pequeña y pálida de la pared. Por fin, se confiesa, sin quitar los ojos de esta ventana. Empieza a contar. Por su voz serena pero afligida, comprendo que es la primera vez que lo hace.

—Llegué aquí en agosto de 1955, unos diez meses antes del gran horror... Tenía veintisiete años y me acababa de ordenar sacerdote. Antes de ejercer en una parroquia, quería realizar una amplia investigación sobre las prácticas religiosas de la gente de los pueblos pequeños. Como campo de estudio, elegí Mont-Mathieu. El arzobispado, entusiasmado con el proyecto, me presentó al padre Boudrault, que aceptó sin vacilar darme alojamiento durante todo el tiempo de mi investigación, que se prolongaría alrededor de un año. Aquí, en la casa parroquial, vivíamos los cuatro: el padre Boudrault, la sirvienta Gervaise, un servidor... y el padre Pivot...

»En esa época, el padre Boudrault tenía cuarenta y cuatro años y llevaba diez ejerciendo de párroco en Mont-Mathieu. Era un poco fanático, como algunos sacerdotes de su tiempo. Estábamos en pleno duplessismo^[2] y el poder de la religión era total. El padre Boudrault creía en la omnipotencia de la Iglesia y, para él, todos los que no venían a misa el domingo estaban condenados a quemarse en el infierno. En resumen, pensaba que la religión católica era la única vía de salvación. Confieso que me parecía un poco intransigente..., pero yo lo quería mucho porque tenía un alma muy caritativa y siempre se encontraba dispuesto a ayudar a cualquiera que lo estuviera pasando mal.

»Gervaise es un enigma... Ella es muda, como sin duda ya se ha dado cuenta. Era la asistente del padre Boudrault desde que llegó a Mont-Mathieu. Ni siquiera él sabía gran cosa de ella. El arzobispado la encontró errando por un pueblo, sin padres ni amigos ni casa... Los religiosos la tomaron bajo su protección y ella se convirtió en la sirvienta de los sacerdotes. En esa época, ya era adulta, aunque nadie conoce su edad exacta. Pongamos que tuviera entre cuarenta y cincuenta años. De manera que hoy debe de tener entre ochenta y noventa...

—¿Y sigue siendo sirvienta?

—En efecto. Puede imaginar que llevo años intentando convencerla de que lo deje, de que termine sus días tranquilamente en una residencia..., pero ella se niega. Siempre ha servido a los curas de Mont-Mathieu y lo hará hasta que se muera, creo... Además, es de una santidad sorprendente, mucho más que yo, en cualquier caso...

Su mirada se vuelve lejana.

—Al principio, me parecía muy rara. No sólo porque fuera muda, sino por su actitud. Nunca la he visto sonreír, ni una sola vez en cuarenta años. Ni llorar. Ni expresar la más mínima emoción. Al margen de su rostro pétreo, era muy eficiente y realizaba todas las tareas sin manifestar el menor signo de fatiga o irritación. Como en la actualidad.

—Una auténtica bendición, en suma.

Un brillo extraño cruza la mirada del sacerdote.

—No estoy tan seguro...

Este comentario me intriga, pero el padre Lemay continúa de inmediato:

—En fin, a pesar de su extraña presencia y su cara poco afable, Gervaise había llegado a ser imprescindible en la casa parroquial. El padre Boudrault tenía pocas muestras de afecto hacia ella, pero yo sabía que la quería mucho... En cuanto al padre Pivot...

Lemay se calla un instante. Levanta el mentón con una atención renovada. El cura se aclara la garganta. Su voz es suave, pero sombría.

—El padre Pivot llevaba cinco años como coadjutor de Mont-Mathieu. Era la dulzura personificada. Durante las cenas, cuando Boudrault se enfadaba por la impiedad de algunos parroquianos y los condenaba a las llamas del infierno, Pivot, tranquilamente, salía siempre en defensa de los pecadores en cuestión. A mí era un hombre que me gustaba mucho, pero encontraba su relación con el padre Boudrault poco clara. Los dos se entendían bien, hablaban a menudo, jugaban al ajedrez... Sin embargo, Boudrault lo miraba a veces con un temor extraño...

»Para mi investigación, preguntaba con frecuencia a los vecinos, y pude comprobar hasta

qué punto querían al padre Pivot. Sus sermones eran muy apreciados, y él se mostraba amable con todo el mundo. Tenía un físico impresionante: alto, grande, calvo...; pero emanaba mucha dulzura. Sonreía casi todo el tiempo, aunque me di cuenta de que en sus ojos verdes brillaba siempre un destello de insatisfacción, una luz atormentada que desentonaba con el resto de su personalidad...

El sacerdote se acaricia despacio la mejilla. Por la ventana, el cielo adquiere tintes de fuego. El padre Lemay prosigue:

—Recuerdo una noche de septiembre... El padre Boudrault estaba ausente... El padre Pivot y yo estábamos solos en el salón, aquí mismo... Fuera, había tormenta... Mi compañero parecía pensativo... La luz insatisfecha de sus ojos brillaba de una forma particular y le pregunté si algo no iba bien... Dudó un instante, pero al final habló. Se había hecho sacerdote porque creía en el poder del Bien. Siempre había querido adquirir este poder sirviendo al Bien lo mejor que podía. Pero me confesó que tenía dudas desde hacía unos meses... No sentía que este poder benéfico tuviera efectos reales: a su alrededor, veía desgracias, injusticias, personas que cada vez creían menos... Él había pensado que el Bien le daría el poder de resolver todos estos problemas, pero se daba cuenta de que la cosa era más complicada. Esto me pareció un poco soberbio, pero él me sonrió con su más cálida sonrisa y añadió: «Pero seguiré practicando el Bien..., seguiré esperando...». Y cambiamos de tema...

»Unos días después, le conté esta conversación al padre Boudrault. Él se enfadó y me dijo: «¡No hable más de esto con él, André! ¿Me ha comprendido?». En definitiva, estaba al corriente de las dudas de su compañero y le parecían malsanas. Por eso, no insistí sobre el tema.

El padre Lemay hace una pausa y cierta tristeza invade su rostro.

—Un mes después, en octubre, ocurrió una tragedia. Los padres de Pivot fallecieron en un accidente de circulación. Con ellos, iba también Christine, su ahijada, que tenía cinco años. Él estaba loco con esta niña, la quería como si fuera su propia hija. La pequeña murió después de horas de agonía dentro del coche. Según la policía, los padres de Pivot también sufrieron mucho. Al parecer, el padre, en el colmo del sufrimiento, había muerto maldiciendo a Dios por abandonarlos. Esta espantosa tragedia lo destrozó. Se sintió más impotente que nunca frente a la desgracia y la injusticia que azotaban a las personas todos los días. Se encerró en sí mismo, desconsolado, y una noche nos dijo en un arrebato de cólera: «¿De qué sirve esperar el Bien último si esto no me da ningún poder?». Esta frase me impresionó mucho... Le dije que, bien al contrario, su poder era enorme porque reconfortaba a los desdichados y les hablaba de Dios... Miró un buen rato a la calle y luego añadió: «Palabras... Palabras que vienen después del sufrimiento y de la ira... Quizás el verdadero poder no reside en el Bien... Quizá se encuentra en otra parte...». El padre Boudrault se enfadó mucho y le conminó a que dejara de blasfemar. Gervaise no reaccionó. Aunque oyera estas discusiones, permanecía imperturbable. Al final, el padre Pivot se fue a acostar sin decir una palabra.

»Pasaron los meses. Yo avanzaba de forma satisfactoria en mi trabajo de investigación. El padre Pivot se mostraba taciturno, sombrío y de mal humor. Los parroquianos se daban cuenta. Después, en el mes de febrero, su humor mejoró, sonrió de nuevo y, aunque conservaba ese reflejo atormentado en la mirada, su época negra parecía haber terminado. Los feligreses estaban encantados, al igual que el padre Boudrault y yo mismo.

»Acabó el invierno y llegó la primavera... Yo tenía la impresión de que el coadjutor estaba cambiando. Cada vez visitaba menos a los feligreses, sus sermones no eran tan apasionados como antes... Parecía..., ¿cómo decirlo?, menos entregado... Se ausentaba a menudo y durante mucho tiempo. Pero seguía sonriendo y su amabilidad no cesaba. Más adelante, una tarde de abril...

El sacerdote se mira las manos y, cuando retoma la narración, su voz suena más grave.

—Debo aclararle que todos los martes por la tarde, el padre Boudrault iba a Quebec para ayudar al director de una obra de caridad. Yo lo acompañaba siempre, porque de ese modo podía visitar la gran ciudad una vez por semana para realizar consultas en la biblioteca y ver a los amigos. Salíamos alrededor de las siete y volvíamos bastante tarde, sobre la una de la mañana. Pero un martes de abril, no sé por qué razón, regresamos antes y llegamos a la casa parroquial hacia las once y media. El padre Pivot no estaba, lo que nos sorprendió dada la hora que era. Gervaise dormía desde hacía tiempo: siempre se acostaba a las nueve en punto.

»De repente, oímos un grito. Casi inaudible, pero era claramente un grito. Salimos fuera.

La carretera está despoblada, como sin duda habrá observado, y la primera casa se encuentra a varios cientos de metros de aquí, en la calle principal. Sin embargo, habíamos oído un grito, amortiguado. Sólo podía provenir de la iglesia...

Se calla y yo digo, jadeante:

—¡La secta! Era la secta que estaba reunida en la iglesia, ¿verdad?

El padre Lemay me mira por primera vez desde que ha empezado a hablar y su rostro se contrae de angustia.

—¡Le juro, doctor Lacasse, que antes de aquella noche nosotros ignorábamos que el padre Pivot dirigiera una secta! ¡No teníamos ni la menor idea! Hasta que no entramos en la iglesia no...

Suspira de nuevo.

—Serían unas quince personas, de pie, en las primeras filas de bancos, igual que los fieles en misa. En el púlpito, un hombre con el torso desnudo estaba atado a una estatua de la Virgen y..., detrás de él, el padre Pivot lo... azotaba. ¡Sí, lo flagelaba con un largo látigo! El pobre hombre tenía la espalda cubierta de sangre y, a cada golpe, lanzaba un grito, pero parecía que..., que aceptaba esta tortura, ¡que se encontraba en esa situación por propia voluntad! Y, después de cada latigazo, todo el mundo exclamaba al unísono una frase, una terrible frase... «El poder del Mal... El poder del Mal...». Creo que el hombre torturado también la repetía...

Abro mucho los ojos, asombrado. En otras circunstancias, supongo que la evocación de esta escena me habría provocado una carcajada. Pero en boca de este sacerdote, en este salón oscuro y sabiendo el destino que le esperaba a esta secta...

—El padre Boudrault y yo nos quedamos petrificados, se lo puede imaginar... Al cabo de unos segundos, el padre Pivot nos vio y detuvo su horrible tarea. Todo el mundo volvió la cabeza. Creo que nos miramos todos durante cinco largos segundos. Y es mucho tiempo cinco segundos, doctor. Mucho tiempo. A continuación, de repente, cundió el pánico, pero un pánico silencioso. Todos los... los adeptos se precipitaron hacia la salida y pasaron junto a nosotros. Corrían enloquecidos, molestos, pero no gritaban. Se tapaban la cara con torpeza, aunque era en vano. La mayoría me resultaban desconocidos, debían proceder de los pueblos vecinos, aunque reconocí..., reconocí a algunos... El padre Boudrault también porque los señalaba con el dedo, los llamaba por sus nombres y les gritaba que no volvieran nunca a la iglesia, ¡nunca! Pero ellos no se paraban a responder. Huían sin replicar. Creo que había algo tremendamente cómico en este «sálvese quien pueda» grotesco... Sí, un espectador objetivo, que no estuviera implicado en ese asunto, seguramente lo hubiera encontrado muy divertido..., pero nosotros no. Imagino que tendrían los coches en el pueblo, ya que no había ninguno delante de la iglesia. Para no llamar la atención del padre Boudrault y la mía, supongo...

»Después de unos minutos, en la iglesia sólo quedábamos nosotros tres... y el hombre torturado. Despacio, el padre Pivot lo desató y le dijo con amabilidad que podía marcharse también. El individuo se puso la camisa sobre la espalda ensangrentada y salió corriendo, incómodo.

»El padre Boudrault y yo éramos incapaces de decir nada. Me sentía completamente perdido y no comprendía lo que pasaba. Creo que la palabra «secta» aún no se había impuesto en mi mente. Boudrault se dejó caer en un banco, como si fuera a desmayarse. Entonces habló el padre Pivot. Él mantenía una calma sorprendente, como si no le afectara que lo hubieran sorprendido. En grandes líneas, explicó que... Bueno, yo mismo estaba aturdido y todo es un poco confuso, pero, al parecer, el padre Pivot había empezado a formar esa secta unos meses antes... Su objetivo era demencial: como el Bien lo había decepcionado, quería alcanzar la quintaesencia del Mal para comprobar si el poder era más... concreto, más real. ¿Cómo pudo convencer a la gente para que lo siguiera en tal herejía? Lo ignoro. Nos dijo que hasta ahora no había triunfado, que el Mal no se había manifestado aún, pero que sus discípulos no perdían la esperanza...

Tengo los labios secos. Los humedezco y pregunto en un susurro:

—¿Qué quería decir con «el Mal»? ¿Pretendía que se apareciera el diablo?

El padre Lemay mueve la cabeza.

—No lo creo. Nunca oí al padre Pivot utilizar el término «Satanás» o «diablo»... Como tampoco usaba con mucha frecuencia la palabra «Dios». Él hablaba del Bien y del Mal, nada más...

Me froto las manos. Están húmedas. Algo va encajando, despacio, muy poco a poco..., pero el resultado final sigue siendo todavía un misterio.

—Nos habló durante varios minutos; luego el padre Boudrault explotó. No le pidió ninguna explicación. Sólo le gritó que se marchara, que abandonara la iglesia, la casa y el pueblo. Le dijo que no le contaría esta historia a nadie a condición de que desapareciera para siempre. El padre Pivot no dijo ni una palabra. Nos miraba con desprecio. Llevaba su sotana y esto nos parecía el colmo de la blasfemia. Sus ojos se posaron en mí, como si esperara una reacción por mi parte. Pero yo no dije nada. Era incapaz de hacerlo. Todo estaba demasiado embrollado en mi cabeza. Al final, muy digno, salió. Diez minutos después, abandonaba la casa parroquial con un exiguo equipaje, dejando atrás la mayor parte de sus efectos personales.

Atónito, exclamo:

—Espere, ¿qué me está contando? ¿Le dejaron marcharse así? ¿Sin avisar a la policía?

—No había cometido ningún delito, doctor.

—¡Pero había azotado a un hombre!

—Con el consentimiento de éste, no lo olvide... Si había que avisar a alguien, era al arzobispado, no a la policía. De este modo, el padre Pivot habría sido excomulgado de la Iglesia católica.

—Entonces, ¿por qué no llamaron al arzobispado?

—Eso es exactamente lo que le pregunté al padre Boudrault cuando nos quedamos solos en casa. Ahora que me había recuperado de la impresión, estaba indignado y deseaba que Pivot fuera excomulgado. Pero el padre Boudrault...

El sacerdote mueve la cabeza y añade:

—Como le he dicho antes, él era algo fanático, creía que la Iglesia no se equivocaba nunca y que la religión era la última virtud verdadera... Aunque lo que comprendí aquella noche es que el padre Boudrault no sólo protegía a la Iglesia católica, sino, sobre todo, su iglesia y su imagen. Esta iglesia salvada de un corrimiento de tierras, donde muchos vieron la prueba de que estaba escogida por Dios mismo... Boudrault compartía esta opinión... Me dijo que si denunciaba al padre Pivot, este asunto adquiriría proporciones alarmantes (¡no olvide que nos encontramos en 1956!) y la población acabaría por enterarse de toda la historia. Me dijo: «¿Se imagina la reputación de Mont-Mathieu? ¡Un coadjutor irreprochable, que desempeña su labor desde hace años, a la cabeza de una secta de locos que invocan al Mal! ¡Este escándalo tendría repercusiones en el pueblo! ¡En la reputación de nuestra iglesia! ¡En mí! ¡Y en usted! ¡Sufriríamos la desconfianza, el escarnio y la calumnia! ¡La imagen de Dios no puede quedar ridiculizada ante sus siervos de este modo! Debemos mantenernos puros, André, ¿me oye? ¡Puros!». Yo estaba estupefacto. Sabía que era un poco fanático, pero... me convenció.

El padre Lemay me lanza una débil sonrisa de disculpa, muy triste.

—Yo era un cura joven, doctor. Me habían señalado al padre Boudrault como un ejemplo a seguir. Llevaba ocho meses llenándome la cabeza con la importancia de la Iglesia, de su omnipotencia... Era un poco su discípulo, ¿lo comprende? Entonces pensé que tenía razón..., que el padre Pivot no había cometido ningún delito... Lo importante era que se marchara y no se armara ningún escándalo. Lo creía de verdad, estaba convencido de que era la mejor solución para nuestro pueblo...

Lo comprendo muy bien. ¿Cómo podía prever lo que iba a ocurrir? Pero censuro más al padre Boudrault: se aprovechó de su experiencia para manipular al sacerdote joven e ingenuo que era Lemay entonces. Éste continúa:

—La mañana siguiente, el padre Boudrault y yo fingimos sorpresa delante de Gervaise al descubrir la ausencia del coadjutor. Él interpretó muy bien su papel: llamó a los párrocos de los otros pueblos y al arzobispado... Al final, dos días más tarde, avisó a la policía. Los agentes le interrogaron a él y a mí también... Los dos declaramos lo mismo: desaparición completa, sin dejar rastro. Gervaise, que no estaba al corriente de nada, se limitó a corroborar nuestras afirmaciones respondiendo a los policías con gestos de cabeza. Pero ella no parecía afectada en absoluto por la desaparición del padre Pivot. Nada la alteraba nunca...

El sacerdote se acaricia suavemente la mejilla, abstraído.

—Cuando se piensa, este asunto estaba lleno de trampas... ¿Y si el padre Pivot decidía reaparecer y dar su versión al obispo? ¿O si lo encontraban dirigiendo una secta en otra parroquia? ¿Cómo explicaría el padre Boudrault su silencio? Pero él se negaba a ver todos estos cabos sueltos, ¿comprende? Quería salvar la cara, su cara, y olvidar todo esto lo más rápido posible. Era tan simple y tan... estúpido como eso.

Se encoge de hombros, fatalista.

—Y, por supuesto, la cosa no acabó ahí. ¿Cómo habíamos podido creerlo? Quizá yo era un ingenuo, pero el padre Boudrault... Su fanatismo religioso lo cegaba... De hecho, durante un tiempo, estuve convencido de que nuestra estrategia funcionaría. Pasaron varias semanas sin que el padre Pivot diera señales de vida. La policía acabó por archivar el caso. Boudrault había vuelto a su rutina sin problemas, yo le ayudaba en misa y continuaba con mi investigación... Pero dos meses después...

Su voz se rompe. Fuera, el sol casi ha desaparecido y la luz que entra por la ventana es cada vez más tenue. Las sombras aumentan e invaden la habitación. El padre Lemay se frota la frente, con los ojos cerrados.

—Dios mío, no sé si voy a poder...

«Ya está —me digo—. Ahora va a ocurrir...», aunque no tengo ni idea de lo que sigue.

—Es preciso. Ha llegado demasiado lejos, debe continuar...

Me mira, desesperado. Parece más viejo que nunca, un hombre centenario que ha visto demasiado en la vida. Sus ojos vuelven a la ventana.

—La noche del quince al dieciséis de junio..., me desperté sediento y me levanté para beber un vaso de agua... Entonces, oí... ruidos lejanos... Parecían gritos... Gritos y risas también... Venían de fuera. La ventana estaba abierta y asomé la cabeza... Los escuché un poco mejor, pero aún sonaban ahogados... Provenían de la iglesia. Enseguida pensé en el padre Pivot. ¡Había vuelto! ¡Y estaba celebrando otra ceremonia con su horrible secta! Seguramente, se había guardado una copia de las llaves de la iglesia. Asustado, fui a despertar al padre Boudrault. Después de escuchar unos instantes, llegó a la misma conclusión que yo. Pero la situación le provocaba más rabia que miedo. Rojo de ira, dijo: «¡Vamos!», como un coronel que ordena la carga. Nos vestimos en silencio para no despertar a Gervaise y lo seguí al tiempo que me decía a mí mismo que esta vez avisaríamos al arzobispado, que no tendríamos elección.

»El inconveniente de esta casa parroquial es que no tiene comunicación con la iglesia. Por eso, salimos a la calle. Era noche cerrada. Caminamos hacia la iglesia y, entonces, oímos los ruidos con claridad. Era...

Hace una mueca de espanto.

—Era terrible, doctor. Gritos de dolor, risas enloquecidas, palabras incomprensibles, clamores de una violencia increíble... Aquello resultaba inhumano, nunca había oído sonidos tan espantosos, hasta el punto de que me detuve, petrificado de miedo. El padre Boudrault, que por el contrario era poco impresionable, se paró también y le vi palidecer. «Pero ¿qué está pasando ahí dentro?», murmuró. Yo me preguntaba lo mismo y, aunque no llegaba a imaginar nada concreto, tenía una certeza: lo que sucedía en la iglesia, en ese momento, era el horror. El último horror.

El sacerdote se calla de nuevo, estremecido por los recuerdos. Yo me siento aterrorizado como un niño que escucha el cuento de *Caperucita Roja* por primera vez.

—Nos quedamos varios minutos inmóviles, sin hacer nada. En verdad, nos sentíamos incapaces de movernos, clavados en el sitio por esos ruidos monstruosos. Creo que durante estos minutos de inmovilidad, comprendimos que habíamos cometido un error al ocultar lo que había sucedido la primera vez... Lo creo, sí... Después de un tiempo que me pareció muy largo, un tiempo en el que fuimos incapaces de realizar el menor movimiento, los gritos, las risas y el resto de los horribles sonidos disminuyeron gradualmente, hasta desaparecer. Y volvió el silencio... Sólo en ese momento nos atrevimos a ponernos en marcha... Estábamos aterrados pensando en lo que íbamos a descubrir, pero fuimos a la iglesia de todas maneras... Justo antes de entrar, sugerí al padre Boudrault que llamara a la policía. Me acuerdo exactamente de lo que me respondió: «Debemos cargar con ello, André...». Creo que nunca he cargado con tanto como hoy...

Se calla y, de repente, esconde la cara entre las manos. Le oigo soltar un largo gemido. Espero en silencio; tengo la boca seca y el corazón desbocado. Con el rostro todavía oculto y una voz trémula, el padre Lemay prosigue:

—No tengo intención de describirle lo..., lo que vi, es demasiado..., demasiado... Estaban muertos... Casi todos estaban muertos... Había sangre por todas partes, cuchillos, y... y...

Hace un gesto de horror.

Entorno los ojos, aturdido.

—Pero... muertos, ¿cómo? ¿Qué había pasado? ¿Qué...?

—¡Se habían matado unos a otros! ¡Todos! —grita de repente el cura con voz ronca—. Se habían matado entre sí con cuchillos, con las manos, con... Se habían matado unos a otros, ¿no es suficiente?

El sacerdote se echa a llorar. Me callo, incómodo. Comprendo que me quedaré sin saber los detalles, que se niega a recordarlos, ni siquiera después de todos estos años. ¿Puedo reprochárselo? Además, ¿son necesarios los detalles? Me imagino los cuerpos desparramados por la iglesia, cubiertos de sangre, mutilados..., y es suficiente para que se me revuelvan las tripas.

El padre Lemay llora apenas iluminado por los últimos velos de luz que caen sobre él como un sudario de color gris. De repente, entra Gervaise. Se coloca junto al sacerdote y parece esperar una orden. El anciano la ve al fin y, sollozando, le indica con una seña que va todo bien, que puede retirarse. La sirvienta sale de la habitación sin mirarme siquiera. Aturdido, me pregunto si ella está escuchando todo lo que hemos dicho desde el principio.

Las manos del padre Lemay caen sin fuerzas sobre las rodillas. Está inclinado, con la cara mirando al suelo, como un hombre privado de energía, pero continúa:

—Mi primer reflejo, después del espanto, fue el de cualquier siervo de Dios: quise lanzarme hacia los que aún vivían y respiraban con estertores para administrarles los últimos sacramentos antes de que murieran... Pero el padre Boudrault me gritó una cosa terrible: «¡No los toques, André! ¡No toques a esas criaturas malditas!». Me giré para contestarle algo cuando vi que miraba fijamente hacia la parte delantera de la iglesia. Seguí su mirada. En el púlpito, justo detrás del altar, estaba el padre Pivot de pie. Boudrault se dirigió rápidamente hacia él. Creo que..., que la furia y el horror le hicieron perder la cabeza. Pasaba por encima de los cadáveres ignorándolos del todo, como si se burlara de su presencia, y levantaba un dedo amenazante hacia el padre Pivot mientras le lanzaba maldiciones... Y yo, le..., le seguí, tenía miedo de que le pasara algo, de salir solo y..., y... ¡Señor Jesús, estaba perdido, no sabía qué hacer! Un par de veces me detuve para administrar la extremaunción a los moribundos ensangrentados... ¡Pero me rechazaban! ¡Con sus últimas fuerzas, me escupían e intentaban... agarrarme la cara, pegarme y reventarme los ojos! ¡Por eso, abandoné mi misión y seguí a mi compañero a través de ese matadero, implorando a Dios que me despertara, que me sacara de esa pesadilla! Y el padre Boudrault continuaba avanzando hacia Pivot. Creo que tenía intención de abalanzarse sobre él, decididamente, pero se detuvo, y yo también. Ahora que nos encontrábamos al pie del púlpito, veíamos mejor lo que estaba pasando.

Sin dejar de mirar el suelo, el padre Lemay abre lentamente las manos, como si volviera a ver la escena. Y no llora, pero su voz sigue quebrada.

—El padre Pivot se hallaba de pie, detrás del altar, pero vacilaba... Estaba cubierto de sangre y tenía la túnica hecha jirones... Parecía hacer un esfuerzo sobrehumano para mantenerse en pie... Pero lo más espantoso era... que había una mujer tumbada sobre el altar, boca arriba... Se encontraba desnuda y su vientre, hinchado, sangraba... ¡Estaba embarazada y le habían..., le habían abierto la barriga!

Cierro los ojos, asqueado. Dios mío, ¿cómo pudo ocurrir una cosa así?

—El padre Pivot nos miró... y a pesar de la sangre que cubría sus rasgos, lo vi sonreír... Una sonrisa terrible... También habló... Su voz era débil, la voz de un hombre a punto de morir, aunque consiguió articular: «Demasiado tarde... He triunfado...». Entonces, sosteniéndose apenas de pie, él..., él...

El padre Lemay levanta unas manos temblorosas:

—Metió sus manos en el vientre abierto de la mujer.

—¡Dios mío!

—No..., no sé si estaba muerta en ese momento... En todo caso, no gritó... No emitió ningún sonido... Quizá sólo había perdido el conocimiento y murió unos instantes después... No lo sé...

Las manos del sacerdote tiemblan cada vez más.

—El padre Boudrault y yo soltamos el mismo grito, pero... no nos movimos, paralizados por este último ultraje... Recuerdo los ruidos atroces, la sangre que brotaba a ambos lados del vientre, el..., los...

Se cubre el rostro y suelta un grito agudo, de dolor.

—¿Sacó al bebé del vientre de la mujer?

Me sobresalto, sorprendido por oír esta voz, y comprendo que acabo de hablar.

El padre Lemay levanta al fin la cabeza. Entre sombras cada vez más voraces, distingo su rostro. Es una máscara de miseria, de la indecible miseria humana.

—Sí —continúa con una voz ronca—, sacó al bebé de las entrañas de la mujer... El pequeño lloraba a pleno pulmón, entre las manos rojas del padre Pivot. Luego, con una sonrisa tan tierna como maléfica, inclinó la cabeza... y pegó su boca a la del niño.

Frunzo el ceño.

—¿Lo besó?

—Es lo que yo creí... Pero con la distancia, no estoy tan seguro... Se hubiera dicho que..., que soplabla en la boca del recién nacido...

Una chispa ilumina de pronto mi cerebro confuso y siento que se me abren unos ojos como platos mientras balbuceo:

—Era... ¿El niño era... Roy?

El padre Lemay no responde, pero su mirada lo dice todo. Me llevo una mano a la boca y mi respiración se vuelve sibilante.

Las piezas del puzle encajan. La imagen se forma. Pero el resultado es tan disparatado, tan demencial.

Además, algo no cuadra... Roy nació el 22 de junio, y la masacre tuvo lugar la noche del 15 al 16... Pero el sacerdote prosigue:

—En cuanto el padre Pivot pegó su boca a la del bebé, Boudrault saltó lanzando un grito terrible. Esto me despertó y me precipité también hacia el altar. Cuando llegamos al púlpito, Pivot había separado sus labios de los del pequeño y, mirándolo a los ojos, murmuró algo... De todas formas, creo que comprendí muy bien lo que dijo...

Me dirige una mirada tan profunda que siento sus ojos hundirse hasta el fondo de mis entrañas.

—Dijo: «El Mal nunca muere».

Mi mano sigue en mi boca. Si la quito, tengo la sensación de que mi respiración invadirá la estancia.

Demasiado disparatado... Demasiado demencial...

El padre Lemay baja de nuevo la cabeza.

—Cuando llegamos al altar, Pivot dejó caer al niño sobre el cuerpo de la madre y, finalmente, se desplomó en el suelo. El padre Boudrault me gritó que me ocupara del bebé. El pequeño yacía entre las tripas de la mujer, era repugnante. Lo cogí. Lloraba entre mis manos, pero apenas lo oía. Boudrault zarandeaba a Pivot. Chillaba injurias, bramaba que ardería en el infierno..., pero el coadjutor ya estaba muerto. Por sus múltiples heridas, era evidente que había recibido varias puñaladas.

»Enseguida nos ocupamos del bebé. Le cortamos el cordón umbilical (no faltaban cuchillos) y lo llevamos a la casa parroquial lo más rápidamente posible. Entonces... el padre Boudrault hizo una cosa que nos habría podido costar muy caro... Despertó a Gervaise... y le ordenó que cuidara del niño. Sin darle la menor explicación. Ella vio perfectamente nuestras manos cubiertas de sangre, pero no reaccionó de ningún modo, no manifestó ninguna sorpresa. Con toda tranquilidad, preparó leche, le puso al bebé unos pañales y lo alimentó, como si fuera la cosa más normal del mundo. Al final, el bebé se durmió en los brazos de la sirvienta. El chiquillo parecía sano y tenía buen tamaño. Luego Gervaise lo llevó con ella a su cuarto... y todo sin expresar la menor emoción.

El sacerdote se calla, pero no parece experimentar la liberación de haberse desahogado. No se le ha borrado esa expresión atormentada, como si no hubiera terminado, como si le quedara por confesar algo terrible.

De repente, recuerdo un detalle: la policía había descubierto los diecisiete cadáveres en el bosque...

Una idea loca cruza mi cabeza y pregunto con una voz sin timbre:

—Padre Lemay... ¿qué hicieron después Boudrault y usted?

El sacerdote se masajea la frente despacio. Se me eriza el vello de los brazos y susurro, incrédulo:

—¡Dios mío, no...!

De nuevo, él vuelve la cabeza hacia la ventana. De perfil, su rostro queda escondido por completo en la oscuridad.

—Sé que me arriesgo a ir a la cárcel por lo que voy a decirle..., pero no puede ser peor que el infierno en el que llevo viviendo todos estos años..., ni peor que lo que me espera...

Vacila, pero se lanza, casi con agresividad:

—¡Quería llamar a la policía! ¡Yo quería llamarla! Incluso me dirigía al teléfono cuando el padre Boudrault me detuvo. Me cogió del brazo y me prohibió tocar el aparato. Yo no entendía nada. ¡Le dije que debíamos avisar a las autoridades, que no teníamos elección! Pero él... Parecía haberse vuelto loco... Lo comprendí luego, en ese momento, no... Yo estaba tan confuso que... Él hablaba a toda velocidad, casi deliraba. ¡Me soltó el mismo discurso que la vez anterior, pero entonces adquiría proporciones apocalípticas! Dijo que el

pueblo no se recuperaría nunca de un suceso como ése, que el mal saldría victorioso, que la reputación de la Iglesia quedaría mancillada para siempre... Que nosotros estaríamos malditos y que nos desterrarían... Me asustaba... Me agarraba de los hombros y me suplicaba y amenazaba al mismo tiempo, me decía que debía hacer todo lo necesario para salvaguardar la imagen de Dios... Pero yo no lo comprendía. ¿Qué quería que hiciera exactamente? Al final, se lo pregunté y...

El sacerdote suelta un gemido. El resto, lo adivino sin dificultad. Podría incluso decirle que se callara, que conozco cómo continúa la historia, pero sería inútil. Seguiría hablando de todas maneras. Él debe llegar hasta el final y, en cierto modo, yo debo escuchar también hasta el final.

—Me dijo que podíamos..., que podíamos esconderlos en algún sitio... En el bosque... Que la policía acabaría por descubrirlos de todas maneras, pero que al menos no estaríamos implicados... Lo escuchaba con horror, me negaba, le decía que había perdido la razón... Intentaba llegar al teléfono, pero él me sujetaba y me repetía todos sus argumentos... Dijo que todos esos cadáveres eran de pecadores, de criaturas del diablo, ¿por qué exponerse al escándalo por su causa? No quería escucharlo, aunque no tenía elección... Yo caminaba de un lado a otro, destrozado, angustiado... Él acabó por decir: «¿Qué diferencia hay entre que encuentren a los muertos aquí o los encuentren en el bosque, dentro de unos días?». Yo flaqueaba, pero aún me negaba a hacerlo... Él me repetía que era lo que Dios quería, que Su reputación era más importante que la ley de los hombres... Era tan convincente, tan apasionado, sus ojos brillaban tanto... Se había vuelto loco, lo sé, pero creo que..., que yo también lo estaba en aquel momento... Loco de terror, ¿me comprende? Me daba pánico volver a la iglesia, me daba pánico llamar a la policía y también me daba pánico no llamarla... ¡Tenía miedo del padre Boudrault y, sobre todo, tenía miedo de Dios! ¿Nos castigaría si mentíamos a las autoridades? Y, por otro lado, ¿nos castigaría si permitíamos que semejante escándalo salpicara a su Iglesia?

El cura recobra el aliento. Luego añade con una voz resignada y triste:

—Cuando le pregunté qué íbamos a hacer con el bebé, comprendí que había cedido a sus argumentos...

Le miro con espanto, pero él continúa contemplándose las manos, que retuerce nervioso:

—Teníamos una furgoneta... La utilizábamos para hacer peregrinaciones con los feligreses o para organizar jornadas pastorales con los niños... Cabían ocho personas sentadas... Usamos..., usamos esa furgoneta para..., para llevar los cuerpos... Los amontonamos y transportamos diez de una vez... Eran diecisiete, tuvimos que hacer dos viajes... Como la casa más cercana se encuentra a quinientos metros, pudimos... actuar sin que nadie nos viera...

Un frío terrible me invade el cuerpo, los miembros y el corazón.

—Pero ¿cómo pudieron hacerlo?

Sonríe con amargura.

—Está pensando que usted nunca habría sido capaz de hacer algo así, ¿verdad? Se sorprendería de ver todo lo que se puede hacer cuando se tiene miedo, se está desesperado... o se es un sacerdote joven e ingenuo, demasiado influido por su superior, que consigue instalar en su alma el miedo a Dios... No intento justificarme... Habría podido decir que no. Pero por las razones que acabo de darle, buenas o malas, dije que sí...

Su voz se vuelve temblorosa, está a punto de estallar en sollozos.

—Y apenas me acuerdo... Creo que mi cerebro borró expresamente estos recuerdos... También creo que..., que yo estaba medio inconsciente mientras lo hacía... Como fuera de la realidad, aturdido por el miedo, los remordimientos y el horror... Conservo retazos de recuerdos... Como de haber... —se le escucha un gemido— transportado cadáveres en mis brazos... Me acuerdo un poco de circular hasta el bosque, a la salida de la población... Era de noche. En un pueblo, las calles están desiertas a esas horas, nadie pudo vernos... El padre Boudrault conocía un pequeño sendero que conducía al bosque... ¿Cómo lo conocía?, no lo sé... Recuerdo sobre todo la sangre... en la iglesia, en la furgoneta, en el bosque, en mi cuerpo..., por todas partes.

Ahora tiene el rostro oculto, pero le oigo llorar mansamente. Me doy cuenta de que me muerdo la falange del dedo índice, con los ojos horrorizados, fijos en mi interlocutor.

Él levanta la cabeza hacia mí. Entre los cientos de arrugas profundas de su rostro, las lágrimas forman arroyos.

—Hay una cosa de la que me acuerdo perfectamente, de la que estoy convencido: durante todo ese tiempo, yo rezaba... Rezaba... ¡Rezaba!

Esconde de nuevo la cara entre las manos y sus sollozos se vuelven ruidosos, patéticos. La imagen de este anciano destrozado, llorando como un niño me conmueve hasta tal punto que siento también cómo mis ojos se llenan de lágrimas, mientras mantengo los dientes clavados en el dedo. No puedo censurarlo. El horror que ha vivido es sin duda el peor de los castigos.

El padre Lemay se calma y se seca los ojos.

—Cuando terminamos, serían las tres de la mañana. Sólo quedaba un cuerpo en la iglesia: el del padre Pivot. Pero Boudrault me dijo que se ocuparía él mismo de él, sin mi ayuda. Me dirigí al cuarto de baño de la casa parroquial y vomité. Mi superior me miraba en silencio. Su imagen era terrible. Estaba cubierto de sangre, como yo, pero mostraba una calma increíble, un rostro duro y unos ojos dementes. Parecía un ángel destructor... Al final, me dijo que me lavara y me acostara, que él se encargaría del resto. «¿Y el cuerpo del padre Pivot?», le pregunté. «No se preocupe de eso», me respondió. Luego se marchó. Entonces Gervaise se acercó a mí y me tendió el jabón y una toalla. Por primera vez, me pregunté cuánto sabía ella. ¿Nos había visto transportar los cadáveres por la ventana? ¡Seguramente! ¡Y nuestros cuerpos cubiertos de sangre! ¡Y el bebé! ¡Señor, ella haría algo, avisaría a la policía! Mientras me ofrecía el jabón y la toalla, intentaba leer sus pensamientos en su cara, pero, como de costumbre, su rostro permanecía impassible. Sus ojos brillaban sombríos. Quise decirle algo, justificarme, explicar... Ningún sonido salió de mi boca. Ella me miró un buen rato y se marchó... Me di una ducha. Cuando salí del cuarto de baño, vi a Gervaise en el salón, alimentando al bebé por segunda vez, sin ternura ni rudeza. Lo hacía, simplemente. Me fui a la cama, con la mente más confusa que nunca... y, aunque creí que no conseguiría pegar ojo, dormí como un tronco... Tuve unas pesadillas terribles... Soñé que me ahogaba en sangre y que los cadáveres me arrastraban por los pies al abismo...

»Cuando me levanté, bien avanzada la mañana, el padre Boudrault entraba en la casa. Llevaba un cubo en una mano, una bolsa de trapos sucios en la otra y una fregona bajo el brazo. Estaba todo manchado, pálido y tenía ojeras... No dijo nada y fue a darse una ducha. Mientras se lavaba, Gervaise seguía cuidando del bebé. Fui a ver la furgoneta. Limpia. El sol me dio ánimos y, temblando, entré en la iglesia. Impecable. Como si no hubiera pasado nada. Ni rastro de los horrores de la noche pasada. Cuando salí, el padre Boudrault caminaba hacia mí, vestido y aseado. Parecía perfectamente normal. Sólo sus ojeras delataban que no había dormido en toda la noche y aún tenía un destello de locura en la mirada. No sé cómo pudo hacerlo, limpiar todo solo... Me lo imagino en la oscuridad de la iglesia, de rodillas, frotando con furia toda la sangre... Esta visión me da escalofríos. Pero él estaba tan convencido de lo que hacía, tan seguro de que actuaba por la gloria de Dios... Esto seguramente multiplicó su energía, le impidió derrumbarse...

No digo nada. ¿Boudrault estaba loco, como sugiere el padre Lemay? Tal vez. El fanatismo religioso puede ser una especie de locura. No faltan ejemplos en la historia que nos lo recuerdan.

—Quise comentar algo, pero él no me dejó tiempo. Me dijo que íbamos a coger al bebé y que lo llevaríamos al hospital. Su determinación me impedía replicarle. Volví a la casa. Gervaise parecía esperarme. Ella simplemente me tendió al niño dormido. Lo cogí mientras examinaba a la sirvienta con atención: sus ojos me penetraban el alma, pero era imposible leer nada en ellos... Incómodo, me reuní con el padre Boudrault, que me esperaba en la furgoneta.

»Por el camino, me enseñó una carta que acaba de redactar. Parecía que la había escrito una muchacha. Decía que sentía mucho abandonar a su hijo, pero que era demasiado joven para ocuparse de él. También decía que era inútil buscarla, que viajaba por el país desde hacía semanas y que, cuando encontrásemos al bebé, ella estaría muy lejos. El padre Boudrault explicó: «Afirmaré que he encontrado al niño esta mañana, abandonado en la puerta de la iglesia, con esta carta junto a él». No comenté nada. Me parecía que era lo mejor que podíamos hacer.

»Cuando llegamos al hospital, me ordenó que me quedara en la furgoneta. Tendría miedo de que me derrumbara: yo aún estaba demasiado afectado para enfrentarme a la gente. Él entró con el bebé y salió media hora después con las manos vacías. Sin decir una palabra, regresamos. Al entrar a la casa parroquial, nos dirigimos al salón y por fin me atreví a hablar con él. Le pregunté si habíamos hecho bien. Me dijo que sí. Le confesé que tenía miedo. ¿Y Gervaise? ¡Ella lo sabía todo, era evidente! Me dijo que no me preocupara por Gervaise, que había sido educada para obedecer y que no haría nada. Que ella se ocuparía de sus cosas y seguiría con su vida de sirvienta. Entonces me miró con sus ojos ojerosos,

pero temibles. Recuerdo perfectamente lo que me dijo: «André, voy a acostarme. Cuando me levante, esta tarde, no volveremos a mencionar esta historia. Jamás hablaremos de ello». Y, sin esperar mi respuesta, entró en su habitación. Unas horas más tarde, se levantó. Cenamos en la cocina, mientras Gervaise nos servía los platos, como cada día. Era una escena grotesca, surrealista. A cada segundo, tenía ganas de gritar, pero me callaba y seguí callando.

El silencio se prolonga un momento.

—¿Y nunca volvieron a hablar de ello? ¿De verdad?

—Durante los primeros días, sentía unos deseos irrefrenables de hablar, pero recordaba la imagen del padre Boudrault cubierto de sangre, su mirada brillante... y me callaba. Pasaron los días, las semanas... Hasta el mes de noviembre, cuando descubrieron los cuerpos. Sin embargo, nunca los relacionaron con nosotros, es evidente. Ni con el padre Pivot. En aquel momento, estuve a punto de sacarle el tema a Boudrault. Fui a verlo a su despacho con el periódico que hablaba del hallazgo de los cuerpos. Le dije: «¿Ha leído el periódico?». Respondió que sí. Y la mirada que me echó me quitó todas las ganas de comentar nada más. Salí sin añadir ni una palabra.

El sacerdote hace una pausa y mira de nuevo hacia la ventana.

—Terminé mi trabajo de investigación a finales de 1956 y me nombraron coadjutor de Mont-Mathieu. Habría podido negarme, supongo, pero el padre Boudrault insistía y yo acepté. ¿Por miedo? ¿Por cobardía? No lo sé. Creo que el terrible secreto que compartíamos nos unía más de lo que yo estaba dispuesto a admitir. Pasó el tiempo. Ni un solo día transcurría sin que recordara aquella espantosa noche..., pero como no nos sucedía nada, como esa historia empezaba a caer en el olvido, acabé por convencerme de que el padre Boudrault tenía razón, de que habíamos cumplido la voluntad de Dios. Tres años más tarde, los periódicos publicaron la noticia de ese esqueleto que habían descubierto enterrado en un solar. Lo identificaron como el padre Pivot. Así supe lo que había hecho el padre Boudrault con el cuerpo de su antiguo coadjutor... Y, una vez más, no lo comentamos. Después la vida siguió su curso.

—¿Y... y la asistenta?

—¿Gervaise? Siempre nos ha servido como si no hubiera pasado nada.

Muevo la cabeza, incrédulo. El padre Lemay continúa:

—Al final, quizá habría acabado por olvidar. Quizá habría encontrado la felicidad..., pero diecisiete años más tarde, poco antes de la Navidad de 1973, el pasado regresó...

El sacerdote suspira. Su voz cada vez suena más cansada, más apagada, pero él no se detendrá. Después de todos estos años, llegará hasta el final.

—Aquella mañana, el padre Boudrault entró en mi despacho con un ejemplar del periódico regional en la mano. Estaba destrozado, trastornado e incluso asustado. Tiró el diario sobre mi mesa y me pidió que leyera el relato que aparecía en una de sus páginas. Al filo de la lectura, resurgieron en mi mente imágenes que tenía casi olvidadas, más atroces, más dolorosas que nunca...

A pesar de la oscuridad, creo ver que su mirada se vuelve hacia mí.

—Sabe de qué se trata. Era el relato de Thomas Roy. El relato que contaba la historia de una secta dirigida por un sacerdote, cuyos miembros se masacran en una iglesia. El nombre del pueblo era inventado; los de las personas, también; pero no había error posible: tenía una semejanza sorprendente con la secta de 1956. Al final, una pequeña nota bibliográfica explicaba que el autor tenía diecisiete años y vivía en Lac-Prévoist. Diecisiete años... Luego, había nacido en 1956... ¿Se imagina el choque? El padre Boudrault me dijo: «Es él. Es el niño». Era la primera vez en todo ese tiempo que hacía alusión al gran horror. La primera vez. Se me puso la carne de gallina.

El sacerdote inspira profundamente.

—Le dije que era imposible, que aunque fuera el niño, no podía saber lo de la secta. ¡Nadie lo sabía! ¿Cómo habría podido enterarse? Sólo era una casualidad... El padre Boudrault respondió: «Pues quiero asegurarme de eso». Buscó la dirección del muchacho, la encontró y, como Lac-Prévoist está muy cerca, me dijo que iba a visitarlo de inmediato. Tenía la misma mirada de loco que le había visto cuando sucedió el gran horror y me dio la sensación de retroceder diecisiete años. Se montó en el coche y se marchó.

En la penumbra, veo que su boca tiembla; luego añade en voz baja:

—Fue la última vez que lo vi. Unas horas después, la policía me comunicó que se había matado con el coche.

Recuerdo la conversación que tuve con la hermana de Roy y una corriente fría me hiel

todo el cuerpo.

—¿Tuvo tiempo de ver al joven Roy? Usted me ha dicho que sí, pero en aquel momento, yo no sabía nada. Me pareció que sí. Y el hecho de que muriera después... Dios mío, ¿podía seguir creyendo en la casualidad? Estaba aterrado. Habría querido ponerme en contacto yo mismo con el joven, pero no me atrevía, tenía demasiado miedo... Ahora era yo el único que conocía el secreto... También estaba Gervaise, por supuesto. Cuando murió el padre Boudrault, ella no tuvo ninguna reacción, como de costumbre.

Se calla un instante. Oigo crujir la madera, por encima de mi cabeza. Quizá la asistenta anda por el piso de arriba...

—Me convertí en el párroco de Mont-Mathieu. Como cada vez había menos sacerdotes, no me enviaron coadjutor. Vivía solo con Gervaise. La vida continuaba, pero yo me sentía atormentado por las dudas. Unos meses más tarde, leyendo una revista de gran tirada, me encontré con otro relato de Roy. En él, contaba la historia de un cura que muere en un accidente de circulación...

El rompecabezas encaja cada vez más y una especie de lógica descabellada se inscribe con siniestra evidencia.

Pero aún faltan algunas piezas..., algunas piezas importantes.

El padre Lemay se recuesta en el sillón y emite un suspiro muy largo, el más largo que ha soltado desde que empezó su narración.

—Entonces lo comprendí —prosigue—. Roy era sin duda el niño. Comprendí que había pasado algo horrible aquella noche, cuando el padre Pivot había pegado su boca a la del bebé..., y renuncié a comunicarme con Roy. Como un cobarde. Desde entonces, vivo presa del miedo y los remordimientos.

Mira de lado, hacia el pasillo.

—Y Gervaise sigue aquí, se niega a dejar de trabajar, a vivir en una residencia y morir tranquila... Su presencia constante, su máscara de momia, su mirada penetrante... Está pegada a mí como una maldición...

Durante un instante, hay un atisbo de odio en su voz, pero desaparece enseguida. El sacerdote suelta otro largo suspiro. Ha terminado su confesión. Está liberado, pero sobre todo roto. Destrozado. Hecho mil pedazos.

—Cuando vi que, según pasaban los años, Roy se hacía cada vez más popular, cuando vi que adquiriría fama mundial..., supe que el padre Pivot tenía razón.

Su voz se vuelve lúgubre.

—El Mal confiere un gran poder...

—¿Qué quiere decir?

Me observa en silencio. Reflejos singulares se desprenden de sus dientes.

—¿Qué pasó aquella horrible noche? ¿Qué sucedió para que todas esas personas consintieran en matarse unas a otras? ¿Consiguió Pivot invocar al Mal? ¿Y a quién invocó exactamente?

—¿Cree que hizo aparecer al demonio? ¡Vamos, eso es ridículo!

—¡No le hablo del demonio! —suelta el sacerdote exasperado—. No le hablo de un ser con cuernos y cola puntiaguda. ¡Diantre! ¡Puede que sea sacerdote, pero no estamos en la Edad Media! ¡Le hablo del Mal! ¡Del Mal!

Me callo, impresionado a mi pesar. El padre Lemay está inclinado hacia delante, sus manos agarran con firmeza los brazos del sillón y continúa con voz fuerte:

—¡Henri Pivot era un ser orgulloso, que se hizo sacerdote para valerse del poder que procura el Bien! ¡Como eso no funcionó, quiso alcanzar el poder del Mal! ¡Y, esta vez, lo consiguió! ¿De qué modo? ¡No lo sabemos, ni nunca lo sabremos! ¡Pero diecisiete personas fueron masacradas! ¡Y cuando Pivot murió, se convirtió... en algo! ¡El alma no muere, doctor Lacasse! ¡No me hable de creencias, Dios no tiene nada que ver! ¡El alma existe! ¡Si va al paraíso o al infierno, no lo sé, pero existe y no muere! ¡El alma de Pivot existe y ha entrado en contacto con el Mal! ¿Qué sucede cuando un alma consigue apropiarse de semejante poder? ¿En qué se convierte? ¿En instrumento del Mal? ¿O en parte de ese Mal?

Miro al sacerdote, desconcertado. Ante mí, no tengo a un anciano de setenta años, sino una tempestad, una tempestad que se atreve por fin a exhalar todo el viento que había retenido durante demasiado tiempo. Pero este viento no tiene sentido, es demencial. Yo estaba dispuesto a oír muchas cosas, pero..., pero ¡no esto! Balbuceo con una voz apenas audible:

—Usted está loco...

—¿De verdad? ¡Roy nunca conoció a Pivot ni oyó hablar de él! ¡Y, sin embargo, se le

aparece en sueños!

—¡El inconsciente puede retroceder mucho! Roy vino al mundo en unas condiciones muy particulares que su inconsciente pudo registrar...

—¿Y eso explicaría la imagen de que Pivot guía a Roy? ¡Vamos! Porque eso es lo que me ha dicho, ¿verdad? Que Roy estaba convencido de que Pivot lo guiaba hasta los lugares donde las ideas de sus novelas se plasmaban en la realidad, ¿no es eso?

De repente, el cura tiene un acceso de tos. Me froto la cara con las dos manos, trastornado. Esto va demasiado rápido, ya no puedo razonar... El padre Lemay deja de toser, respira profundamente y continúa más tranquilo:

—Roy no sabe nada, doctor, me lo ha dicho usted mismo. Es una víctima. Un instrumento.

—¿Qué insinúa? ¿Qué Pivot, ahora muerto, provoca esas..., esas tragedias? ¿Para ayudar a Roy?

—¡No lo sé! —articula el sacerdote con fuerza, recalcando cada palabra—. ¡Se lo acabo de decir: es imposible conocer toda la verdad! ¡Y siempre lo será! Ahora bien, sí sé que durante aquella terrible noche del mes de junio de 1956 Pivot consiguió hacer algo monstruoso, más monstruoso que todo lo que podemos imaginar... Y las consecuencias de este horrible logro se perpetúan a través de Roy...

—Y cuando vino al hospital la semana pasada..., ¿fue para esto?, ¿para decirme todo esto?

—Doctor Lacasse, antes de que usted entrara aquí, yo no sabía casi nada de Roy. No sabía que soñaba con el padre Pivot, ni que sus macabras ideas se concretaban en la realidad y todo eso... Me ha contado mucho más que yo a usted... Pero cuando leí hace unas semanas que Roy había sido ingresado después de cometer un intento de suicidio, supe que algo se estaba preparando.

—¿El qué?

—¡No lo sé! —contesta impaciente mientras da un ligero golpe contra su rodilla.

De repente, me da miedo que se ponga a toser, pero oigo que respira hondo.

—Por eso fui al hospital. Para intentar comprender. Estaba de paso en Montreal y pensé que era el momento oportuno. Pero en el hospital me indicaron que no podía verlo. Entonces comprendí mi error: ¿cómo había creído que podría visitar a Roy sin pasar por los médicos? Hubiera tenido que dar explicaciones, decir quién era yo... Y esto era implantable. Por eso me marché rápidamente... y, cuando usted me encontró en la calle..., tuve miedo.

—No debió tenerlo —digo en un tono amargo—. Si hubiera hablado conmigo, habríamos ganado tiempo...

—¿Y qué le habría contado? ¿Qué Roy nació durante la matanza de una secta? ¿Que mi superior murió después de encontrarse con él? Estaba convencido de que me tomaría por loco. No sabía que usted había descubierto tantas cosas sobre él. Si lo hubiera sabido...

Me duele la cabeza, me siento abrumado por esta conversación, aturdido por tantas revelaciones increíbles. Y, sobre todo, no puedo evitar sentir cierta insatisfacción. Como si hablara conmigo mismo, digo:

—Me he prometido que encontraría una explicación. Racional o no, pero una explicación completa y clara...

El sacerdote mueve la cabeza despacio. De repente, una nube oculta la luna y las tinieblas lo cubren por completo. Sólo oigo su voz, etérea y triste:

—Y es un error. Se lo acabo de decir. No podemos conocer toda la verdad, sólo retazos. Soy sacerdote, y sé muy bien lo que le digo... Me hice religioso creyendo que todo me sería revelado... Pobre ingenuo...

Se calla un instante. Apenas distingo su silueta.

—Usted es psiquiatra, doctor Lacasse... Sabe de lo que hablo, ¿verdad?

Bajo la cabeza, invadido por una lasitud infinita.

De nuevo, el fantasma suspira.

—Ya está. Ya se lo he contado todo. No moriré con este secreto. Aunque es un pobre consuelo, se lo aseguro...

Algo me intriga. Por fin me atrevo a plantear la pregunta:

—Pero ¿por qué tantos remordimientos? Aunque hubiera avisado a la policía aquella noche, nada habría cambiado en lo que a Roy respecta. Habría nacido de todas maneras...

—Es verdad, pero él se habría enterado, más tarde, de las circunstancias de su nacimiento y tal vez habría podido luchar. En este momento, ni siquiera sabe lo que le ocurre. Aunque usted tiene razón, quizá no habría cambiado nada. No, la gran falta que

cometimos el padre Boudrault y yo fue haber guardado silencio aquella noche... Fue habernos callado semanas antes, cuando nos enteramos por primera vez de que el padre Pivot dirigía una secta. En aquel momento, debimos denunciarlo. Sólo le dijimos que desapareciera. Él abandonó el pueblo, pero no debió ir muy lejos; seguramente, se escondió en casa de alguno de sus discípulos... Y continuó con sus celebraciones maléficas en otro lugar. Volvió a nuestra iglesia para la gran ceremonia final. Si lo hubiéramos denunciado al principio, se habría visto envuelto en el escándalo y habría tenido que exiliarse muy, muy lejos...

La silueta tenebrosa parece hundirse ligeramente.

—Si lo hubiéramos denunciado desde el principio, todo habría sido diferente... Todo.

Ahora entiendo su sufrimiento y, de nuevo, siento cierta compasión dentro de mí. La luna aparece entre dos nubes y una luz espectral atraviesa la ventana. El rostro del sacerdote surge de la oscuridad, pálido y desolado.

—A veces, no puedo evitar pensar que el padre Boudrault y yo fuimos instrumentos del Mal, sin saberlo... Por eso estamos condenados...

—¿Cree que está condenado por eso?

Me mira. Una pobre sonrisa surca las arrugas.

—Usted es científico, doctor. Es evidente que no cree en el infierno, con el fuego y el suplicio eterno... Yo tampoco, por otra parte... Ya no sé en lo que creo... Cuanto más se busca la verdad, más se duda de todo...

Adelanta la cabeza y unas sombras espantosas se dibujan en su rostro antiguo.

—Pero existen otras condenas, además de las del infierno...

Un dedo helado recorre mi espalda de arriba abajo. No podría explicar lo que quiere decir y, sin embargo, lo comprendo perfectamente. La luna se esconde de nuevo y la cara trágica vuelve a las tinieblas.

Nos quedamos un momento callados. El detalle que me chirría me viene de nuevo a la mente.

—Ha dicho que todo esto sucedió durante la noche del quince al dieciséis de junio...

—Sí, poco después de medianoche...

—Entonces, Roy nació el dieciséis de junio... Sin embargo, su cumpleaños es el veintidós...

—Recuerde que fue adoptado. Lo llevamos al hospital el día dieciséis, pero imagino que la administración del orfanato eligió el veintidós porque sería la fecha en que lo inscribieron oficialmente o algo así... Como era evidente que sólo tenía unos días de vida, apenas había diferencia... Pero yo sé que nació el dieciséis, la misma fecha del cumpleaños del padre Pivot...

—¿Qué está diciendo?

—Henri Pivot nació el dieciséis de junio de 1916. Aquella noche del terror se desarrolló cuando cumplía cuarenta años. Para él, debía de tener un valor simbólico... Roy cree que falta más de una semana para su cuarenta cumpleaños..., pero en realidad será el lunes, dentro de dos días...

De nuevo, adelanta la cabeza, pero esta vez ninguna luz ilumina sus rasgos. Sólo sus ojos azules brillan como los de un gato.

—Si yo fuera usted, el lunes estaría con él...

Me muerdo el labio inferior. No sé qué pensar.

—Quizá no pase nada, sabe...

—Quizá —se limita a repetir el sacerdote—. En todo caso, yo estaré aquí. Y esperaré.

Su observación me resulta enigmática y se lo comento:

—Aunque el lunes ocurra algo, usted no lo sabrá...

Se recuesta en el sillón. Su voz se vuelve un susurro.

—¡Oh, sí, lo sabré...!

Me levanto con torpeza, algo inestable. El sacerdote no se mueve. El salón está tan oscuro como una gruta. Entonces una silueta entra en la habitación y, silenciosamente, se coloca junto al padre. Gervaise. Aunque no distingo su cara, estoy convencido de que me mira con intensidad. De repente, tengo deseos de marcharme. Camino hacia la puerta que da al pasillo, casi a tientas, y en el momento de salir de la estancia, me vuelvo por última vez. Veo dos sombras, una de pie y otra sentada, como dos viejas estatuas lúgubres, detenidas en la eternidad...

—Y usted... ¿qué va a hacer ahora?

La voz surge de la nada.

—Rezar. No sé si creo aún en la utilidad de esta práctica, pero es el único recurso que me queda.

Marcharme, inmediatamente, deprisa...

Salgo sin decir una palabra.

Fuera, el aire frío me sienta bien. Una ligera lluvia me refresca la cara. Camino titubeando en dirección al coche, como si estuviera ebrio. Ebrio de emociones locas, contradictorias. Justo antes de abrir la puerta, vuelvo la cabeza hacia la iglesia.

Se levanta hacia el cielo negro, imponente. Antes me pareció tranquila, pintoresca. Ahora me resulta terrible y amenazante. Tengo la impresión de que esconde secretos inmundos y de que, si abriera la puerta, una oleada de sangre y de cadáveres llegaría hasta mis pies.

Hago una mueca al montar en el coche y arranco. Circulo a toda velocidad y, a lo largo del trayecto, intento tranquilizarme. Mi malestar disminuye, pero la angustia que me atenaza persiste. Imagino al padre Lemay solo en el salón, sentado sin moverse, con la cabeza mirando al suelo, sumido en tinieblas... Y Gervaise a su lado, que le vigila... por toda la eternidad...

Ahuyento esta idea de mi espíritu atormentado.

En la habitación del hotel, pienso en llamar a Jeanne, pero me noto demasiado alterado, demasiado confuso. Aún no sabría qué decirle. Me siento en la cama y me llevo las manos a la cara.

Miro la pared, delante de mí. Me zumban los oídos, como si miles de voces intentaran revelarme cosas inadmisibles.

—¡No puede ser!

Poco a poco, el zumbido disminuye y distingo una voz con claridad. Es la de Jeanne.

«¡Has dicho que estarías dispuesto a encontrar cualquier explicación, Paul! Racional o no...».

Muevo la cabeza mientras gruño ligeramente. Aunque admitiera esta..., esta historia, ¿acaso lo explica todo?

El padre Lemay tiene razón, la verdad completa permanece en la sombra...

Y aunque pudiera alcanzar esta verdad, ¿sería capaz de aceptarla? ¿Es sólo imaginable?

Siento que se me llenan los ojos de lágrimas. ¿Por qué me he encontrado con Roy, por qué? ¿Por qué no lo llevaron a otro hospital aquella noche? ¡Mi vida era monótona y vacía, pero tranquila! Ahora...

Ahora...

Roy cumplirá cuarenta años el lunes... Como Pivot en su última ceremonia...

¿Acudiré el lunes al hospital? Si lo hago, ¿no es una manera de admitir que realmente va a pasar algo?

Me dejo caer hacia atrás y mi cabeza aterrizo en la almohada. Miro el techo, completamente perdido.

Ante mí, siempre están las dos puertas. La que se encuentra entornada se abre un poco más. Lo quiera o no.

No podré quedarme en el umbral durante mucho tiempo. Además, era lo que deseaba: cruzar una de las dos puertas, sin importarme cuál.

Ahora ya no sé si lo deseo. Ya no sé nada.

Entro en la iglesia. Dentro es un caos. Hay sangre por todas partes, gritos y, sobre todo, gente... Archambeault, que dispara sobre los niños que desfilan delante de él... Boisvert, que corre con los ojos reventados... Dos punks, que se matan en un rincón... Una mujer, que arrastra dos cadáveres de bebés cogidos por el pelo... Quemados, ahogados, asesinados, suicidas... Camino entre esta multitud macabra. Delante del altar, reconozco al padre Pivot. Alto, calvo..., como en la foto que vi en el periódico. Sin embargo, su rostro es maléfico y su sonrisa perversa. Levanta a un bebé cubierto de sangre por encima de su cabeza y me grita:

—¡El Mal nunca muere, doctor! ¡Nunca! ¡Y su poder es fabuloso!

En sus manos, el bebé crece, envejece. Se convierte en Roy adulto. Yo le suplico en medio de los gritos de sufrimiento de los moribundos que me rodean.

—¿Quién es? ¿En qué se ha convertido? ¿Qué ocurrió aquella horrible noche? ¡Cuéntemelo todo!

Pivot me mira con sus ojos de fuego. Aún sostiene a Roy adulto por encima de su cabeza. Grito:

—¡Quiero la verdad!

—¿La verdad? —vocifera el cura—. ¡Aunque la tuviera delante de sus narices, no podría

comprenderla!

A continuación, me lanza a Roy. Veo que el escritor se me viene encima, gritando. Y sus ojos, sus ojos aumentan, se hacen inmensos... Algo aparece en su ojo sano..., esa sombra familiar, que siempre he vislumbrado sin llegar a comprenderla realmente... y que ahora parece revelarse en todo su horror, en todo su..., su...

¡El Mal! ¡El Mal! ¡El Mal!

Me despierto gritando. Un alarido real que lanzo en las tinieblas de mi habitación de hotel.

¡He estado a punto de ver! ¡He estado a punto de ver! ¡Un segundo más y habría visto! ¡Habría realmente visto!

«Y no lo habrías soportado», añade una voz en mi cabeza.

Me dejo caer sobre las sábanas húmedas, empapadas de sudor. Creo que lloro, sin darme cuenta en realidad...

¿Es cierto? ¿Habría sido incapaz de soportar esta revelación?

Archambeault, Boisvert..., Roy... Y tantos otros...

Pivot no sólo ha visto... Él ha..., ha...

«¿La verdad? ¡Aunque la tuviera delante de sus narices, no podría comprenderla!».

Sólo era un sueño... Sólo era eso, sólo..., sólo...

Me pongo el brazo sobre los ojos y me echo a llorar, como un niño perdido en medio del bosque, lejos de su madre y de su casa.

Y, por primera vez desde hace mucho, mucho tiempo, tengo miedo de verdad. Miedo a enfermar.

Capítulo 19

La jornada del domingo es un calvario.

Consigo asistir a casi todas las conferencias, pero no escucho nada. Pienso en mi sueño y en el padre Lemay, y tengo la frente continuamente húmeda.

A mitad de la tarde, debo participar en una conferencia, pero me disculpo con el pretexto de estar mareado, cosa que no se encuentra lejos de la verdad. Subo a mi habitación y me acuesto unas horas, aunque me agito en un sueño atormentado que me agota aún más. Tomo unas aspirinas y, hacia la seis y media, me siento ligeramente mejor.

Todavía no he tomado una decisión: ¿debo regresar a Montreal esta misma tarde o esperar al martes, que acaba el congreso?

Por fin, decido llamar a Jeanne. Me sale el contestador. Es verdad, ahora me acuerdo: es domingo, el «día en pareja» de mi compañera de trabajo, y es sagrado... Estará en el cine con Marc o en un restaurante. Cuelgo sin dejar mensaje.

Doy vueltas alrededor de la habitación. Está invadida por el humo de los cigarrillos, que fumo uno detrás de otro. Pienso en las peleas que surgen desde hace un tiempo en el hospital... En el ambiente sombrío que reina allí...

Y, sobre todo, en el lápiz que encontraron en la habitación de Roy...

No aguanto más y llamo al hospital. Me identifico y pregunto si va todo bien.

—Bueno, hace una hora que he llegado, pero Nicole me ha dicho que la tarde ha sido espantosa.

—¿Y eso?

—Ha habido peleas, al parecer... Una especie de pequeño motín... Una riña de diez personas, creo. Nicole me ha dicho que era bastante grave: había dos guardias de seguridad, pero no ha sido suficiente y han llamado a más...

Siento que me vuelve a dar un fuerte mareo.

—Y... ¿hay heridos?

—Sí, algunos, me parece... En cualquier caso, todo ha vuelto a la normalidad. Ahora hay aquí tres guardias de seguridad... Digamos que el ambiente no es de color de rosa, pero al menos está tranquilo...

—¿Qué hacen los pacientes en este momento?

—Casi todos están en su habitación... Creo que la pelea de esta tarde los ha puesto tristes —la enfermera se ríe—. Esta semana han estado un poco difíciles, ¿no? Incluso Nicole no parece encontrarse bien últimamente...

—¿Y el señor Roy? ¿Dónde..., dónde está?

—En su habitación. Pero ha tenido una crisis hace media hora... Decía que quería morirse, que no debíamos impedir que se quitara la vida... Deliraba. Le hemos dado un sedante.

La cabeza me da vueltas y le doy las gracias torpemente a la enfermera.

Cuando cuelgo el teléfono, me dejo caer en un sillón, con los brazos entre las piernas.

Roy... Roy que no comprende, pero que sabe que va a pasar algo..., que está pasando...

De repente, me olvido de la lógica y del sentido común. Me levanto y hago la maleta. Rápidamente.

Abajo, me encuentro con un colega a quien explico mi marcha: problemas en casa, una urgencia..., cualquier excusa. Dice que lo siente mucho y que avisará a los demás.

En el coche, mientras circulo por la autopista de Montreal, me llamo idiota e imbécil. Reacciono con demasiada emoción. Estas peleas no prueban nada: basta que un paciente sufra una crisis para que los otros decidan...

«Basta. Basta de racionalizar las cosas. Quieres ir porque tienes miedo. Tienes miedo de que sea verdad, de que ocurra algo grave mañana, el día del verdadero cumpleaños de Roy.

Asúmelo».

Enseguida, dejo de justificarme. El pánico se apodera de mí y acelero de forma imprudente. Una vocecita me dice que debería conducir con más cuidado, que no puedo ir tan deprisa, pero parece que soy incapaz de razonar. Adelanto a todos los coches y provocho un concierto de cláxones a mi paso. Conduzco como un loco durante más de una hora. Estoy a punto de adelantar a un camión con tráiler, cuando una idea me trastorna. Pienso en el relato del padre Lemay...

En Pivot detrás del altar de la iglesia...

Inclinado sobre una mujer encinta...

Una mujer encinta con la barriga abierta...

—¡Oh, Dios mío!

Este pensamiento me ciega con tal terror que durante un segundo no veo la carretera, no veo nada. No me doy cuenta de que mi vehículo se va hacia la izquierda hasta que el largo aullido de un claxon detrás de mí me devuelve a la realidad: estaba bloqueando a un vehículo que quería adelantarme. Enloquecido, doy un furioso volantazo hacia la derecha, con demasiada violencia. Pierdo por completo el control y mi coche se sale de la carretera. Recorre varios cientos de metros campo a través, dando botes caóticos, mientras que, en el interior, tengo la sensación de que un gigante loco sacude el automóvil en todas direcciones.

«¡Ya está, voy a matarme! El coche va a volcar o chocará con un poste o...».

Sin embargo, el vehículo acaba por inmovilizarse. Aturdido, miro alrededor. Estoy en medio del campo, sano y salvo. Suelto un largo suspiro de alivio. Pero ¿cómo me ha dado por conducir como un loco? ¡Ya llegue a Montreal a las nueve o a las doce de la noche, nada cambiará! ¡Entonces, calma!

Pongo el coche en marcha y acciono la palanca de cambios. Está completamente suelta. ¡Se ha roto!

Suelto un grito de rabia y pego un fuerte puñetazo en el volante. Me tranquilizo y reflexiono sobre la situación. ¿Cuál es la última salida que he pasado? Drummondville, me parece... Cojo el móvil.

Media hora más tarde, una grúa nos lleva al coche y a mí a un taller de Drummondville.

—Esta noche es imposible repararlo; son más de las nueve —me explica el conductor—, no habrá ningún taller abierto. Tendrá que esperar a mañana por la mañana. Y si es la transmisión, puede ir para largo...

Hago una mueca.

—Pero puede dejar su coche en el patio de mi taller hasta mañana, si quiere...

Se lo agradezco. Con el móvil, llamo a la terminal de autobuses y a la estación de tren: no hay salidas esta noche, pero hay un tren para Montreal mañana por la mañana, a las ocho y media.

En la acera, reflexiono mientras me muerdo los labios. Bueno. Podría estar en el hospital antes de las doce... Es bastante razonable, me parece... Después de todo, me ha entrado un pánico infundado, antes, en Quebec... Si debe pasar algo, será mañana, en el cumpleaños de Roy...

De todas maneras, no tengo elección...

Podría quedarme a dormir en casa de la hermana de Hélène, que vive en Drummondville, pero no quiero preocupar a nadie. Es mejor que mi mujer no sepa lo que me acaba de ocurrir, de otro modo, no dormiría en toda la noche...

Encuentro un motel pequeño y barato. Una vez en la habitación, decido llamar a Jeanne. Las diez menos veinte. Ya habrá vuelto de su velada romántica.

Me responde ella. Estoy a punto de gritar de alegría.

—¡Jeanne, soy Paul!

—¡Paul! ¡Señor, esperaba tu llamada! Creo que no habría podido aguantar hasta el martes. ¿Has visto al sacerdote?

—Sí, le he visto... ¡Efectivamente, es el padre Lemay! Y me ha contado..., me ha contado cosas tremendas, Jeanne...

Mi compañera casi se pone histérica. Quiere que se lo relate todo de inmediato.

—No, no, sería demasiado largo... Escucha, estaré en Montreal mañana...

—¿Mañana? ¿El simposio no termina el martes?

—Sí, pero...

Dudo. Me doy cuenta de que todo lo que vaya a decir hará que se preocupe aún más.

—¡El cumpleaños de Roy no es el veintidós..., sino el dieciséis! ¡Su fecha real de

nacimiento es mañana!

—¡Ah! ¿Y eso?

Por supuesto, no lo comprende. ¡Cómo podría hacerlo si no está al corriente de nada! Me lío, me desvío... Tengo que calmarme e ir a lo esencial.

—Escucha, Jeanne, te lo contaré con más detalles cuando nos veamos, pero... puede pasar... algo grave mañana en el hospital...

—¿Algo grave? ¿Cómo qué?

«¡No lo sé, Jeanne! ¡Eso es lo más demencial, que no lo sé! ¡Y puede que no ocurra nada en absoluto!».

De repente, la idea espantosa que se me ha pasado por la cabeza en el coche, justo antes del accidente, vuelve a asaltarme de lleno.

—Jeanne, oye, sé..., sé que ibas a ir al hospital mañana, para visitar a Roy, pero... no vayas...

—¿Cómo?

—No vayas al hospital mañana... El lunes no te toca trabajar, no estás obligada a ir...

—Vamos, Paul, tú mismo me dijiste que sería una buena idea si...

—¡Jeanne!

Cierro los ojos. Quizá deliro, quizá son ideas mías..., pero lo que he pensado antes..., lo que se me ha ocurrido...

—Jeanne, por favor, escúchame: no puedo explicártelo ahora, pero te ruego... ¡te suplico que no vayas! Te lo pido con..., con todo el cariño que te tengo...

Después de un largo silencio, ella suspira al fin.

—De acuerdo. De acuerdo, no iré... ¡Pero júrame que mañana me llamarás en cuanto llegues y me lo contarás todo!

—¡Te lo juro!

Me dispongo a colgar cuando ella me dice:

—Paul..., has encontrado una explicación a todo esto, ¿verdad?

Me siento confuso. Pienso en el padre Lemay. En las parcelas de verdad...

—En realidad, no...

Cuelgo.

Me tumbo en la cama.

Me calmo poco a poco. Mañana acudiré al hospital. Todo irá bien. Tal vez hasta me ría de todo esto después.

Todo irá muy bien.

A las siete y cuarto, me despierto sobresaltado. Salgo de un sueño angustioso donde llegaba al hospital y sólo encontraba un agujero vacío. Ni edificio ni pacientes ni nada. Y oía la voz de Jeanne, que gritaba a lo lejos: «Has llegado demasiado tarde, Paul...».

Esta pesadilla me agobia tanto que apenas tomo algo antes de dirigirme al taller en taxi. Son las ocho menos veinte cuando llego delante de la puerta: el taller no abre hasta las ocho y media. No puedo esperar. Saco una tarjeta y escribo una nota donde explico que tengo prisa y que llamaré a lo largo del día. Voy a mi coche, saco la maleta y dejo el mensaje cogido con el limpiaparabrisas, bien a la vista.

No tardo ni diez minutos en llegar a la estación y paseo de un lado a otro mientras espero que entre mi tren. Son las ocho en punto. Aún falta media hora. Dios mío, ¡me voy a volver loco!

Saco el móvil y llamo al hospital. Sólo para quedarme tranquilo.

Después de cinco timbrados, empiezo a preocuparme, cuando me responden por fin. Es Nicole.

—¿Sí?

Su voz parece alterada.

—¿Nicole? Soy el doctor Lacasse... ¿Ha...?

—¡Ah, doctor Lacasse! —me corta con una voz más serena, pero habla muy deprisa—. No puedo hablar mucho, esto está muy revuelto... Hace apenas diez minutos que he entrado, pero la pelea ha comenzado antes incluso de que yo llegara...

Mi mano agarra el aparato con fuerza.

—¿La pelea?

—¡Aún hay pacientes que se están pegando! Ellos...

Se calla un segundo y oigo hablar a otra persona. Como ruido de fondo, procedente de muy lejos, escucho exclamaciones y gritos. Me humedezco los labios nervioso cuando Nicole vuelve a dirigirse a mí:

—¿Está ahí, doctor?

—Sí, sí... Y el señor Roy, ¿dónde está?

—¿El señor Roy? En su habitación, creo... Parece que ha sufrido una crisis espantosa esta mañana, muy temprano...

—¿Aún están los guardias de seguridad para ayudarlas?

—Sí, sí, están los tres... El doctor Levasseur debe de estar a punto de llegar, él nos ayudará... Y la doctora Marcoux también...

Algo se paraliza dentro de mí.

—¿La doctora Marcoux?

—Sí, ha llamado antes que usted, para tener noticias del señor Roy... Le he explicado la situación y ha dicho que venía enseguida a echarnos una mano...

Me quedo sin saliva en la boca.

—Nicole, hay que llamarla ahora mismo y decirle que no...

Pero la enfermera jefe me interrumpe:

—Lo siento de verdad, doctor, pero tengo que dejarle, ¡estoy hasta arriba! No sé lo que ocurre aquí desde hace una semana, pero...

—¡Nicole, escúcheme...!

—Vuelva a llamar dentro de un rato.

Y cuelga. Miro unos minutos mi teléfono móvil como si fuera a mordirme...

Otra pelea, Señor... Y grave, al parecer...

Además, Jeanne va para allá...

«Debería haber vuelto ayer...».

Reflexiono a toda velocidad. El tren tardará una hora y media en llegar a Montreal, no menos... Después tendré que coger un taxi... ¡Mierda, no podré estar en el hospital antes de las diez y media!

¡Demasiado tiempo! ¡Demasiado tiempo, joder, demasiado tiempo!

Llamo a la central de taxis. Con voz nerviosa, explico que estoy dispuesto a pagar trescientos dólares para que me lleven inmediatamente a Montreal. Me dicen que me envían uno en el acto.

Voy al cajero automático y saco la suma acordada. Salgo de la estación y espero impaciente. Tres minutos después, un taxi se para delante de mí. Me acomodo en el asiento trasero y coloco la maleta a mi lado, mientras el conductor, un joven con cara risueña, me lanza alegremente:

—¡Eh, parece que vamos a Montreal! ¡Debe de tener verdadera prisa!

Le tiendo los trescientos dólares y replico con voz autoritaria:

—Sí, mucha. ¡Razón de más para marcharnos ahora mismo!

Coge el dinero, con los ojos muy abiertos.

—¡Ya hemos salido, señor!

El vehículo arranca. Son las ocho y veinte. Si este muchacho conduce rápido, puedo estar en el hospital a las nueve y media... Sí, me parece muy posible...

En la autopista, el coche circula a ciento quince. El sol es espléndido, se anuncia un día estupendo. El joven taxista intenta darme algo de conversación, pero yo respondo con monosílabos, demasiado nervioso. Miro el reloj cada cinco minutos. Me siento estúpido. Intento calmarme, sin éxito.

Todo va a ir bien. El padre Lemay me ha asustado al hablarme de la verdadera fecha del cumpleaños de Roy...

Y de esa mujer encinta, con la barriga abierta...

«Si ocurre algo, lo sabré, puede estar seguro».

El tono en que lo dijo...

A las nueve menos diez, vuelvo a llamar al hospital. Jeanne debe de haber llegado, quiero hablar con ella.

Otra vez, suenan varios timbrazos. Casi doce. Oigo de nuevo la voz de Nicole.

—¿Sí?

Casi grita. Parece enfadada.

—¿Nicole? Soy el doctor Lacasse, yo...

—¡Escuche, doctor, no puedo hablar con usted, ya se lo he dicho! ¡Esto es un jaleo, un jaleo de la hostia!

Estas palabras me cortan el aliento. ¡Nicole nunca me había hablado así! ¡Ni a mí, ni a nadie! No se me ocurre nada que replicar durante un par de segundos. Sigo oyendo jaleo en segundo plano, pero más fuerte... Más cerca...

Por fin, consigo decir algo. Creo que mi voz tiembla ligeramente.

—¿Ha llegado la doctora Marcoux?

—¿La doctora Marcoux? Sí, se encuentra aquí... Nos está ayudando, pero le juro que...

—¿Puedo hablar con ella?

«¡Porque quiero decirle que se vaya, que huya inmediatamente!».

La voz de Nicole explota de repente:

—¡Acabo de decirle que no tengo tiempo! Aquí hay un motín, doctor, ¿me comprende?

¡Un auténtico motín! Estoy yo, el doctor Levasseur, la doctora Marcoux, Manon, cinco guardias, las enfermeras... ¡Pero no es suficiente, joder! ¡Si esto sigue así, nos veremos obligados a llamar a la policía!

Siento algo malsano dentro de mí que me corroee las tripas.

—Yo... Pero ¿qué..., qué pasa exactamente? —baluceo.

—¡Ah, déjeme en paz! —gruñe la enfermera antes de cortar la comunicación.

Dejo el teléfono sobre las rodillas. Estoy tan angustiado que hasta me duele. De nuevo, pienso en mi sueño. El hospital que ha desaparecido, la voz de Jeanne que grita: «Llegas demasiado tarde, Paul... Demasiado tarde...».

—¿Ha pasado algo grave?

Me ha preguntado el conductor. Me humedezco los labios varias veces y le pido al fin con una voz muy aguda:

—¿Podría..., podría ir más deprisa?

El joven me mira por el retrovisor. Ya no sonrío. Por primera vez, se da cuenta de que la situación es muy grave.

—Sí, de acuerdo...

Veo que la aguja se desplaza hasta ciento treinta. Miro la carretera fijamente, sin darme apenas cuenta de que me estoy mordiendo el labio inferior con fuerza. Contemplo las señales que desfilan. ¡Cuántas hay! Dios mío, ¿han añadido ciudades por la noche o qué?

Consulto el reloj una vez más: ¡las nueve! No hace ni diez minutos que he llamado, no voy a...

Marco.

Esta vez, suena sólo tres veces y me responden.

—¿Quién es?

No reconozco esta voz sobrecitada, rabiosa e inquietante. Guardo silencio durante un momento lo bastante largo como para percibir el ruido de fondo, ahora perfectamente audible. Es una mezcla de gritos terribles, golpes, gemidos de dolor y un clamor terrorífico e inhumano. Escucho esta demencial sinfonía durante prolongados segundos, mientras mi cuerpo se echa a temblar. La voz histérica repite:

—¿Quién es?

¡Con estupor, reconozco por fin la voz de Jeanne!

—¡Jeanne! Por el amor de Dios, ¿qué está pasando? ¡Parece el fin del mundo!

—Paul, ¿eres tú?

—Claro que sí, soy yo, yo...

—¡Es un infierno, Paul! ¡Un infierno!

Lo ha dicho a toda velocidad, pero curiosamente, no noto ni rastro de miedo en su voz. Incluso, parece entusiasmada.

—¡Jeanne, vete ahora mismo! No...

—¡No te preocupes! Nos los vamos a cargar...

Me callo, atónito. No llego a creer lo que acabo de oír.

—¿Qu... qué? ¿Qué has...?

En medio de los alaridos de fondo, oigo a Jeanne emitir un sonido extraño. ¿Será una carcajada?

—Los vamos a degollar, Paul... Así aprenderán... Los degollaremos como a bueyes...

No reconozco su voz en absoluto: ahora destila maldad, deseos locos e intenciones perversas. Desquiciado, imploro:

—Jeanne, pero ¿qué te pasa? Por amor del cielo, ¿quién...?

—¡Degollarlos como a bueyes! —grita ella de repente.

A continuación, oigo un ruido sordo, como si el auricular hubiera caído encima de la mesa.

—¿Sí? ¿Sí? ¿Jeanne? ¡Jeanne, te lo suplico...! Jeanne...

Ya no está al teléfono. Todo lo que oigo son esos ruidos horribles, demenciales e insoportables. Y, en efecto, tengo de repente la impresión atroz de que he llamado al

infierno.

Las palabras de Roy me vienen a la mente.

«¡He vuelto a tener ideas! ¿Sabe lo que eso significa?».

El lápiz en su habitación... Grito:

—¡Jeanne! ¡Jeanne, Jeanne!

Un ruido extraño, como un chisporroteo, otro golpe sordo, y luego nada. Ningún sonido. Ningún tono. La nada.

Cuelgo y vuelvo a marcar, frenético. Me tiemblan tanto los dedos que debo tranquilizarme tres veces. Suena. Diez timbrazos. Quince. Veinte. Siento cada toque como una cuchillada en el estómago.

—¡Responded! Responded, os lo suplico...

Luego, furioso, lanzo el teléfono contra la portezuela de mi derecha y el aparato estalla en pedazos. Echo miradas enloquecidas alrededor, como si me asfixiara dentro del coche... y al final veo la cara del taxista. Él me sigue observando por el retrovisor. Esta vez está pálido. Casi asustado. Nos miramos un instante en silencio y por fin se atreve a preguntar con un hilo de voz:

—¿Qué..., qué pasa exactamente? Algo... no va bien, ¿verdad?

Respondo con brusquedad:

—¡Tiene que ir más rápido! ¡Tiene que hacerlo!

—Escuche, si me ponen una multa, eso no va a...

—¡Olvídense de eso y vaya más deprisa!

Esta vez el taxista tiene miedo de verdad. El pobre debe de lamentar haber aceptado esta carrera. Yo me pongo a fumar, a pesar de la pegatina que lo prohíbe. Pierdo por completo la noción del tiempo. Me siento arrastrado por un torbellino de pánico que me oprime el corazón. Casi grito de asombro, cuando el joven, temeroso, me dice:

—¿A... adónde va, señor?

Atónito, miro por la ventanilla. ¡Longueuil! ¡Estamos llegando! Consulto el reloj: las nueve y diez. Han transcurrido diez minutos desde la última llamada. ¡Dios mío, pueden pasar tantas cosas en diez minutos!

—¡Al Hospital Sainte-Croix, en la calle de Notre-Dame! Coja el puente Victoria...

El joven vacila una vez más y pregunta:

—Alguien que conoce tiene problemas en el hospital, ¿verdad?

No respondo. Miro fuera y me muerdo los dedos.

Unos minutos más tarde, estamos en el puente. Es un milagro que no nos haya parado la policía. Puede ser un signo de esperanza...

Llegamos a la calle Notre-Dame. Diría que las imágenes pasan ante mis ojos a cámara rápida. Estoy cubierto de sudor e insulto sin cesar a los conductores que van delante de nosotros. Debo tener aspecto de loco de remate; el joven taxista está literalmente aterrado.

¡De repente, lo veo! ¡El hospital está allí, a lo lejos! Histérico, lanzo un grito de alegría.

Pero el terror me asalta de nuevo cuando reparo en dos coches de policía que bloquean la calle, antes de llegar al hospital. Un horrible presentimiento se apodera de mí.

—No podemos continuar —me dice el joven deteniendo el vehículo—. ¡La calle está bloqueada! Podemos dar un ro...

Abro la puerta y bajo de un brinco.

—¡Eh, la maleta!

Pero no lo escucho y echo a correr. Cuanto más me aproximo, más animación hay en la calle: coches de policía, un denso gentío... Y esos médicos, esas camillas que pasan delante de mí...

¡Están evacuando el hospital!

—¡Oh, no...! No, no, no...

Sigo corriendo y me abro paso entre una muchedumbre compacta y bulliciosa. Mis oídos captan sirenas de policía: llegan más coches.

Delante del aparcamiento del hospital, varios agentes me cortan el paso.

—No puede entrar, señor...

—¿Qué sucede? ¡Quiero saberlo!

—Vamos, es un asunto policial, circule...

El agente quiere mantener la calma, pero lo noto nervioso. Rápidamente, saco mi carnet y se lo enseño.

—¡Soy psiquiatra, trabajo aquí! El jaleo ha sido en el ala de psiquiatría, ¿verdad?

El policía examina mi carnet. Estoy tan alterado que me controlo para no gritar.

Alrededor de mí, la gente se apiña. Un guirigay terrible se mezcla con las sirenas. Muchas personas salen del hospital: médicos, enfermeras, pacientes, a pie o en camilla... Todos parecen inquietos y muy asustados. Miro el hospital con aprensión. Tiene un aspecto tan tranquilo y apacible, mientras que el interior...

El policía, que sigue examinando mi tarjeta, se muestra algo vacilante.

—¡Déjeme pasar! Conozco a los pacientes de la unidad de psiquiatría, podría..., podría ayudar...

El agente consulta a sus compañeros con la mirada y dice:

—De acuerdo. Lo acompañaremos...

Suspiro de alivio. Tres policías me dicen que los siga. Atravesamos el patio de entrada y entramos en el edificio. Los pasillos están atestados de personas que se dirigen deprisa hacia las salidas; algunos están aterrorizados y no saben lo que sucede. Tanto movimiento me aturde y siento que el miedo crece en mi interior. ¡Este no es mi hospital! No es aquí donde vengo a trabajar dos días por semana, no es posible...

En el ascensor, uno de los policías pulsa el botón «tres». Mi corazón late a toda velocidad.

—¿El problema es en el ala de psiquiatría?

Un policía vacila, pero responde:

—Sí..., aunque hemos preferido evacuar todo el hospital, por si acaso... esto alcanza mayores dimensiones...

—Pero ¿qué sucede exactamente?

Nueva vacilación. Los tres agentes parecen asustados y desbordados. El más viejo me dice:

—No..., no lo sabemos... Hemos recibido una llamada angustiada... Han subido diez de nuestros chicos, pero... no han bajado...

Silencio. Me froto las manos, con la respiración entrecortada.

Por fin, se abre la puerta del ascensor. Aparece un policía delante de nosotros.

—¡Michel! —exclama el agente que ha contestado a mis preguntas—. ¡Joder, abajo no tenemos noticias vuestras! ¿Qué sucede?

El tal Michel no responde. Mira a los tres policías, despavorido.

Hay algo en sus ojos... Algo anormal... Una sombra conocida...

Sin mediar palabras, levanta el brazo sin fuerzas. Sostiene un revólver. ¡Apenas tengo tiempo de adivinar lo que va a ocurrir cuando empieza a disparar! ¡Sobre sus compañeros! Me pego a la pared de la cabina, aterrado. El agente dispara cinco veces muy rápido. Veo brotar los chorros de sangre y me digo fugazmente: «Pero ¿es verdad? ¿Realmente la sangre salta así cuando alguien te dispara? ¿No es como en las películas?». Apenas dos segundos después, los tres policías que me escoltaban yacen en el suelo, muertos.

¡Muertos! ¡Muertos, muertos, allí, a mis pies! ¡Asesinados por uno de sus compañeros!

El agente loco se acerca a mí, que continúo pegado a la pared, sin respirar, paralizado por el miedo. Empieza a dolerme el corazón... Me va a estallar... El asesino levanta el arma a la altura de mi cuello. ¡Voy a morir, me va a matar también, es espantoso! Luego aproxima su cara a la mía, ladea la cabeza y sonríe. Es una sonrisa atroz, demente; una sonrisa que me recuerda..., que se parece a la del padre Pivot, en mi sueño...

Con voz casi inaudible, llena de oscuridad y de sufrimiento, oigo que murmura:

—Demasiado tarde...

Me olvido del dolor del corazón. Abro unos ojos como platos, negándome a creer lo que acabo de oír.

Con un movimiento rápido, el policía vuelve el cañón del arma hacia su rostro, se lo mete en la boca y aprieta el gatillo.

Un chorro de sangre me salpica la cara.

Suelto un grito prolongado y, antes de que el cuerpo caiga al suelo, pulso frenético el botón de la planta baja. ¡Quiero bajar, salir de aquí, no volver nunca, no ver nada más! Pero el ascensor no se mueve. Una de las balas del revólver ha debido de estropear algo. Me pego de nuevo contra la pared. Respiro como una locomotora y el corazón me duele cada vez más. Contemplo los cadáveres que yacen a mis pies y ligeros sollozos franquean mis labios.

Las puertas del ascensor permanecen abiertas. Al otro lado, está el pasillo. Y, en el extremo del pasillo, donde se encuentra la entrada al ala de psiquiatría, suenan unos ruidos inhumanos que llegan hasta mis oídos, que zumban.

Gritos y risas, súplicas, disparos y alaridos...

¡Es el Horror! ¡El Horror que se ha desencadenado de nuevo! ¡Cuarenta años después!
Todavía soy incapaz de moverme, apoyado contra la pared, con el corazón enloquecido...
¡Tengo que reaccionar, he de hacer algo! ¡Debo salir de aquí! ¡Es demasiado tarde,
demasiado tarde!

De repente, un deseo inmundo, inconcebible, se apodera de mí.

Coger uno de esos revólveres que están en el suelo..., entrar en la unidad de psiquiatría... y disparar..., disparar a todo lo que se mueva.

«¡Los vamos a degollar como a bueyes!».

Esta idea me arranca un grito repentino de terror. Me tapo los oídos, como para acallar estos pensamientos demenciales... y, sobre todo, para no oír los ruidos, todos esos ruidos...

Marcharme..., salir de este infierno...

El corazón me duele demasiado... Con mano temblorosa, busco en la chaqueta y saco el frasco de nitro. Me trago rápidamente un comprimido y respiro hondo, con los oídos tapados. Después de un tiempo que me parece inmensamente largo, el ritmo de mi corazón disminuye. Las ideas de matar han abandonado mi mente desquiciada. Separo despacio las manos de las orejas. Ya no se oyen disparos. Ya no hay gritos. No suena ningún ruido. Escucho un par de gemidos y, a continuación, el silencio.

Miro hacia el pasillo, aterrado.

Se acabó.

Comprendo que me encuentro en la misma situación que Boudrault y Lemay en 1956, cuando, inmóviles delante de la iglesia, oyeron que el clamor cesaba.

Y, como ellos, voy a ver. Lo comprendo con una tranquilidad desconcertante. Voy a observar. No por valor. Ni por grandeza de espíritu. Sino para ver. Para ver hasta el final. Para bajar hasta el fondo.

Y por Jeanne...

Por fin, me despego de la pared de la cabina, sorteo los cuerpos muertos y, con un paso lento pero firme, salgo del ascensor.

Estoy en el pasillo. Hay tres o cuatro cadáveres en el suelo de policías. Apenas los miro. Clavo los ojos en la entrada de la unidad de psiquiatría, que se encuentra abierta, a unos metros de mí.

El silencio es mortal.

Me quedo inmóvil unos instantes.

«¡Vamos! ¡Tienes que ir! ¡Lo sabes! ¡Llega hasta el final! ¡Abre la puerta correcta!».

¿Aún es posible?

Jeanne... Tal vez no esté...

Esta esperanza me da ánimos y camino hacia la entrada. Me muero de miedo, el terror me tortura, me duele físicamente. Me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que el sabor de la sangre invade mi boca.

Entro en el ala de psiquiatría.

Capítulo 20

Lo primero que veo es la sangre. Sobre las paredes y los suelos blancos, resalta de una forma cruel. Hay por todas partes, como si hubieran tirado barriles de pintura roja contra los muros.

También veo los cuerpos. Hay muchos, veinte, treinta, no sé...

«No podré entrar ahí dentro...».

Aunque, sin darme cuenta, doy un paso; luego, otro y, al final, me encuentro caminando en medio de este matadero. Debo pasar por encima de algunos cuerpos. Y, aunque intento no mirarlos directamente, no puedo evitar reconocer a varios.

Simoneau, tendido en el suelo, con el vientre abierto...

Dagenais, atado con vendas al mostrador de recepción, la garganta destrozada y un abrecartas clavado en el ojo...

Julie Marchand, retorcida en una posición espantosa, sobre un charco de sangre...

Nicole, ¡Dios mío!, Nicole, tan amable y tan dulce..., llena de sangre, con la cara partida y los dos brazos arrancados...

Y policías también... Todos muertos, todos mutilados...

Me detengo en medio del Núcleo, titubeando, ahogado por tanta abominación. Es demasiado. El horror es demasiado grande, va a poder conmigo. ¿Por qué he entrado aquí? ¿Por qué he insistido en enfrentarme a esto? ¿Por Jeanne? ¿Porque esperaba encontrar la verdad? ¡Qué locura! Huele a sangre, como si oleadas pegajosas me entraran por las fosas nasales y congestionaran mi cerebro. De repente, la cabeza me da vueltas y, mientras busco un punto de apoyo, oigo un ruido atroz a mi izquierda. Me giro.

Ya imaginaba que no lo había visto todo. Que me faltaba aumentar un grado lo insoportable para derrumbarme.

En un rincón, un hombre de rodillas, con el pantalón bajado, se agita sobre una mujer inerte. ¡Tardo un momento en comprender que la está penetrando! Sus asaltos son débiles, se encuentra cubierto de sangre, pero, incluso a las puertas de la muerte, el individuo gasta sus últimas energías en este ultraje final. Reconozco a la mujer con la que se está ensañando: ¡es la señora Chagnon! Magullada y herida, sus ojos se abren a la nada. De repente, el moribundo vuelve su cabeza hacia mí: Dios mío, ¡es Louis Levasseur! Tiene medio rostro arrancado y le cuelga a lo largo del cuello como un viejo trozo de corteza muerta. ¡A pesar de esa carne desgarrada, lo reconozco! Y mientras viola el cadáver de su paciente, un rictus innombrable estira sus labios destrozados...

A punto de vomitar, me llevo la mano a la boca. Todo empieza a girar muy rápido alrededor de mí, no reconozco el decorado y, al final, pierdo la cabeza. Echo a correr, trastornado, sin tener ni idea del lugar al que me dirijo, como si el mero hecho de huir fuera a borrarlo todo. Corro durante siglos, balbuceando palabras ininteligibles, cegado por el horror y la demencia. Creo que grito durante toda la carrera. Mis piernas tropiezan con un cuerpo, pierdo el equilibrio, pero consigo apoyarme contra la pared. Me quedo inmóvil, con los ojos cerrados, jadeando de terror.

«Me voy a despertar, todo esto no puede ser verdad, no puedo estar viviendo esto, esta clase de cosas no pueden pasar...».

A pesar del caos reinante en mi cabeza, percibo el ruido de unos pasos. Abro unos ojos llenos de lágrimas y miro en torno a mí.

Estoy en el pasillo número tres. También hay un montón de cadáveres en el suelo. Cuchillos clavados. Pielles desgarradas, laceradas. Las puertas de las habitaciones están abiertas y adivino en el interior más escenas espantosas.

Los pasos proceden del extremo del pasillo. Miro en esta dirección, paralizado, esperando lo peor.

Es un sonido prolongado, siniestro. En el silencio, adquiere proporciones insoportables. Jadeando, no dejo de mirar hacia el extremo del corredor. Me digo que no quiero ver. Deseo que cesen esos pasos, que desaparezcan, que no lleguen hasta mí.

Una silueta vuelve la esquina. Me ve y avanza hacia mí. Titubeante. ¡Aunque el terror me nubla la vista, consigo reconocer a Édouard Villeneuve! Lleva la mano derecha en el vientre, pero curiosamente no veo los dedos. Por fin, lo comprendo: ¡la mano está metida dentro del vientre! ¡La extremidad desaparece dentro de la herida sangrante y da la impresión de que está cortada por la muñeca! El muchacho va en calzoncillos y una de sus piernas desnudas, cubierta de sangre, se mueve de un modo extraño. Parece que le ha salido una excrescencia de la tibia. ¡Es un hueso que sobresale porque ha atravesado la piel!

Una vez más, me quedo paralizado. Édouard se aproxima a mí, con la mano metida en la herida de su abdomen. Su tibia prominente, al frotar con los músculos en carne viva, hace un ruido espantoso. Ahora está muy cerca de mí y veo su mirada. Tiene unos ojos locos, dementes, que apenas reconozco. Levanta la mano libre hacia mí y veo con terror que estos dedos temblorosos se acercan a mi cara, estos dedos de los que no puedo escapar...

Édouard abre la boca. Un espeso chorro de sangre desborda sus labios. Se oyen sonidos metálicos y blandos, y adivino cuchillas de afeitar dentro de su boca. Una oleada de bilis me sube a la garganta, pero sigo sin poder moverme. Entonces el muchacho empieza a hablar y, a pesar de su pronunciación deformada, consigo comprender lo que dice:

—¡Ha entrado! ¡Ha entrado, doctor! ¡Ha entrado!

Sus dedos se encuentran a unos milímetros de mi cara... Si me toca, me volveré loco, loco de atar...

Y, de repente, durante un último segundo, su mirada vuelve a ser la del pobre Édouard Villeneuve, una mirada llena de terror y desesperación.

—Édouard... —consigo articular.

Sin embargo, la demencia invade de nuevo sus rasgos y, soltando un grito profundo, saca la mano del interior del abdomen. Un ruido viscoso y atroz explota en mis oídos, mientras un largo intestino se escapa de su herida sangrante. Édouard vacila hacia atrás, grita con más fuerza, pero continúa arrancándose las tripas del cuerpo. Y, entre alaridos, repite sin cesar:

—¡Ha entrado! ¡Ha entrado! ¡Ha entrado!

¡Cierro los ojos, me tapo los oídos y me pongo a chillar, a chillar con todas mis fuerzas, para no oír, ni ver, ni pensar!

«¡Bastante, es bastante, es bastante, ya he visto bastante, es bastante!».

Dejo de gritar. Descubro las orejas. Abro los párpados.

Silencio. Édouard está en el suelo. Muerto.

Veo destellos de luz ante mis ojos. Voy a desvanecerme. Muy pronto...

Entonces oigo sollozos a mi derecha. Vuelvo ligeramente la cabeza mientras pido al cielo que me libre de un nuevo horror.

La puerta de la enfermería está abierta. Los gemidos proceden del interior.

Jeanne...

Este pensamiento me da nuevas energías y desaparece todo indicio de desvanecimiento. Con paso ligero, me dirijo a la enfermería y me detengo delante de la puerta abierta, sin atreverme a franquearla.

Dentro, hay cadáveres por el suelo. Sobre la mesa, una mujer cuyos rasgos no distingo, está atada con vendas, claramente inconsciente. Un hombre se encuentra junto a ella, de pie. Él es el que llora. Antes de que vuelva su cabeza hacia mí, adivino que se trata de Roy. Como también adivino quién es la mujer que está encima de la mesa.

—¡Jeanne!

El escritor se gira a la velocidad del rayo. Su aspecto es tan terrible que contengo el aliento. Tiene la ropa hecha jirones y está manchado de sangre, pero no parece herido de gravedad. Su rostro es lo que da miedo. Sus cabellos se encuentran desordenados, su semblante es blanco como la nieve y su ojo sano está desorbitado a causa de la demencia. Pero lo más terrible es que ha perdido su ojo artificial... Tiene la cuenca izquierda abierta, ensangrentada y negra a la vez.

—Dios mío, Roy...

Doy un paso en la habitación, pero el escritor levanta de repente los dos brazos sobre Jeanne. Porque se trata de ella, ahora la reconozco, tendida de espaldas, sujeta por vendas que la atan los brazos y las piernas a la mesa. Por suerte, se encuentra inconsciente, pero mueve ligeramente los labios.

¡Está viva! ¡Hay esperanza!

Dirijo de nuevo mi atención a Roy y veo que tiene un cuchillo entre las manos, un cuchillo de carne del comedor. Lo mantiene sobre el vientre de Jeanne, ese vientre hinchado que surge de su camisa desgarrada. La horrible idea que se me pasó por la mente en la autopista era cierta..., atrozmente cierta...

Cuarenta años después...

«Porque el Mal nunca muere...».

¡Pero no es demasiado tarde!

Animado por este pensamiento, camino hacia Roy levantando una mano.

—¡No lo haga, Thomas!

Mi voz está llena de miedo y de odio a la vez. El escritor acerca el cuchillo al vientre.

—¡Deténgase! —grita con una voz sibilante—. ¡Deténgase ahora mismo!

Me paro en el acto. Aunque Roy no tenga dedos, estoy convencido de que sus manos sujetan el arma con suficiente fuerza como para...

—¡Se lo ruego, no lo haga!

Se pone a jadear, con la respiración entrecortada por los gemidos. Lloriquea, desesperado y atormentado.

—¡No he sido yo! ¡No he sido yo quien la ha atado! ¡La..., la he encontrado así!

Sé que no miente. ¿Cómo habría podido atarla sin dedos? Seguramente, han sido los otros pacientes que...

—¡No soy yo quien ha hecho todo esto! ¡Sale de mí, pero no soy yo! ¡No soy yo! ¡Es él! ¡Es él!

—¡Le creo! —digo con una calma y una suavidad que me sorprenden en medio de tantas atrocidades—. ¡Lo sé todo! ¡Pero no es demasiado tarde, Thomas! Aún puede... recuperarse...

Apenas me doy cuenta de lo que digo. Sólo pienso en Jeanne y, mientras hablo, no le quito ojo de encima. Tengo los nervios a flor de piel. Veo que gime ligeramente en su inconsciencia.

Dios mío, nada está perdido... Aún puedo salvarla... Aún puedo evitar lo peor, el mayor de los horrores...

—Todavía puede salvarse, Thomas —digo al tiempo que doy unos pasos hacia él.

Una luz de esperanza cruza su ojo sano, una luz que borra por un momento toda la locura y la angustia de su rostro. Pero la luz disminuye con rapidez y desaparece. Su ojo vuelve a ser el de un loco y la demencia desfigura su rostro.

—¡No! —solloza dolorosamente—. ¡No, es demasiado tarde! ¡Demasiado tarde! ¡Se lo dije, joder! ¡Le dije que tenía más ideas! ¡No quería, pero tenía más ideas!

Al tiempo que grita estas últimas palabras, levanta de nuevo el cuchillo sobre el cuerpo de Jeanne y yo siento que mi corazón deja de latir.

—¡Thomas, no!

—¡Salga! ¡Salga ahora mismo!

Si no obedezco, la va a matar, es evidente. Retrocedo sin dejar de implorarlo, sin poder creer que no atenderá a razones. Cuando por fin salgo de la habitación, camina hacia mí y me suelta a la cara:

—¡Debería haberme escuchado! ¡Debería haberme creído! ¡Debería haber dejado que muriera!

Lo dice con una desesperación espantosa, una desesperación mucho más horrible que todos los cadáveres que acabo de encontrarme.

Pero su rostro desaparece de inmediato porque cierra la puerta de una violenta patada. Oigo un chasquido: ha pulsado el botón que bloquea la puerta. Es un simple botón de presión, se puede accionar perfectamente sin dedos.

Cojo el picaporte con las dos manos y lo muevo en todos los sentidos. Es inútil. Una oleada de pánico hace que pierda el sentido de la prudencia y arremeto contra la puerta con el hombro.

—¡Roy! ¡Roy, no lo haga! ¡Por el amor de Dios, no lo haga!

—¡No se mueva! ¡Manos arriba!

Me vuelvo rápidamente, estupefacto. Cuatro policías acaban de entrar en el pasillo y me apuntan con sus armas. El pánico también se ha apoderado de ellos, están pálidos y con unos ojos desorbitados de espanto. El entrenamiento en la policía no les ha preparado para semejante espectáculo. En todo caso, ¿quién puede estar preparado para esto?

—¡Trabajo aquí! —grito con una rabia loca que no puedo reprimir—. ¡Abran esta puerta,

dense prisa!

—¡Lo reconozco! —grita un policía—. Los chicos le han permitido entrar antes...

Sin embargo, no se mueven porque se encuentran atrapados entre el miedo y el deber. Mi enfado adquiere proporciones peligrosas y, olvidando sus fusiles, camino hacia ellos furioso, sin dejar de gritar:

—Van a matar a una mujer dentro de dos segundos si no...

Un alarido me corta la palabra. Un alarido horrible, lleno de sufrimiento y de angustia, un grito que reconozco y que me atormentará de noche durante años. Hasta que me muera.

—¡No! ¡No, no, eso no, no, Jeanne no, no!

Golpeo la puerta, doy puñetazos y patadas, me niego con toda el alma a aceptar lo que acabo de oír, lo que sucede detrás de este estúpido trozo de madera.

Mientras chilló y golpeo, oigo que uno de los policías vocifera:

—¡Agrúpanse, vamos a tirar la puerta!

Dos manos me empujan sin contemplaciones y dos pares de hombros vigorosos chocan contra la puerta. Al segundo envite, la madera cruje y la puerta se abre de golpe.

Entramos todos en completo desorden para detenernos de inmediato. Nos quedamos petrificados. Paralizados.

Durante un breve, un brevísimo segundo, tengo la extraña impresión de estar en una iglesia. De ver un altar delante de mí. De distinguir un sacerdote calvo, que se inclina sobre una mujer con la barriga abierta. Sí, durante ese minúsculo instante, creo realmente que contemplo esa escena.

Pero la imagen se desvanece y reconozco a Roy, que hunde sus manos en el vientre de Jeanne, abierto y ensangrentado. Roy que rebusca en esas entrañas entre ruidos húmedos y repugnantes. Aunque separara los labios para gritar ante esta abominación, nada saldría de ellos, ni siquiera aire.

Porque no hay palabras ni sonidos que puedan expresar lo que siento.

El universo sonoro se transforma, como si me encontrara en una masa espesa y elástica. Oigo cuatro chasquidos metálicos, cuatro revólveres que apuntan a Roy, mientras una voz, glauca y líquida, grita:

—¡Detente! ¡Levanta las manos, puto maniaco!

Roy saca despacio las manos del vientre de Jeanne, que ya no grita y tiene los ojos extraviados. El escritor sostiene entre las manos a una pequeña criatura, roja y húmeda, que chilla, llora y patalea. Percibo toda la escena con una nitidez increíble, como si mi visión nunca hubiera sido tan precisa.

Oigo los clamores de horror de los policías, irreales. A continuación, uno de ellos brama de nuevo:

—¡Suelta al niño! ¡Suéltalo ahora mismo!

Roy levanta al fin la cabeza. Mira a los policías. Luego, a mí. Nos observamos un rato, como si el reloj cósmico se detuviera para permitirnos esta última mirada. Veo sus dos órbitas, la vacía y la llena. A través de la cuenca vacía, intento vislumbrar su alma..., su alma que fue tocada por el Mal hace cuarenta años. Pero sólo veo la nada.

En sus labios, se dibuja la sonrisa de la pérdida total. La sonrisa más triste y más resignada que he visto en toda mi perra vida.

En ese momento, algo muere dentro de mí.

Después, lentamente, el escritor inclina la cabeza... y pega su boca a la del bebé.

—¡Apuntad a las piernas! —grita uno de los policías, aunque su voz suena lejana, como si se encontrara a kilómetros de aquí.

Dos disparos. Roy levanta la cabeza haciendo una mueca y suelta al niño, que cae sobre las tripas de su madre. Pero, débilmente, dirige sus manos sin dedos hacia el bebé. De nuevo, suenan los revólveres. Varias veces. Esta vez no apuntan a las piernas. El cuerpo de Roy es proyectado hacia atrás, alcanzado por una docena de balas, y se desploma al fin en el suelo, detrás de la mesa.

Y, por primera vez desde que he entrado a la sala, respiro. Una espiración larga y dolorosa, donde se encuentran los efluvios de muerte que exhala el cadáver de mi alma.

Los policías se abalanzan. Algunos se inclinan sobre Roy; otros, sobre Jeanne. Despacio, me reúno con ellos.

—¡Aún vive! —grita uno.

Pero esto no me tranquiliza. Es demasiado tarde.

Desde hace cuarenta años, es demasiado tarde...

Me inclino sobre mi dulce, mi dulce y querida Jeanne. Dos policías le sostienen la cabeza,

intentan tranquilizarla. Ella respira de forma irregular y sus ojos están agrandados por el sufrimiento y el espanto. De repente, me ve. Me duele, me duele mucho. Uno de los policías suelta su mano derecha. Enseguida, ella me agarra la muñeca con una fuerza sorprendente.

—¡Paul! —brama con una voz gutural.

Veo unas gotas que caen sobre su rostro. Comprendo que son mis lágrimas. Unas lágrimas que me duelen tanto como si llorara hierro fundido. ¿Por qué ella? Dios mío, ¿por qué ella? ¡Jeanne era la esperanza, la lucha, la vida! ¡Yo no soy nada desde hace mucho tiempo! ¡Estoy muerto desde hace años, soy yo el que debería morir, yo, yo, yo!

—Jeanne, yo..., yo...

Se me quiebra la voz. No puedo decir nada. Ella balbucea:

—¡Lo he visto, Paul!

Sus ojos me miran con una intensidad espantosa y percibo algo, más allá del sufrimiento. Este destello oscuro, familiar... que estuve a punto de ver perfectamente la otra noche, en mi sueño...

—¡Lo he visto! —exclama Jeanne en una última descarga de energía.

Y, de repente, su mano suelta mi muñeca. Su cabeza cae de lado y sus ojos llenos de horror se quedan fijos en su secreto.

La contemplo en silencio hasta que las lágrimas me nublan la vista y ya no distingo nada. Entonces tengo la convicción de que esas lágrimas serán las últimas que derramaré en toda mi vida.

Mi vida.

Al final, me vuelvo hacia Roy.

Los policías están inclinados sobre él. Está muerto. Lo miro y no siento nada. Absolutamente nada. La muerte de Jeanne ha creado un vacío dentro de mí. Un vacío que nunca podré llenar.

Deseo ver el ojo sano del escritor por última vez y me acerco a él.

Pero su ojo está cerrado.

Salgo. Apenas soy consciente de lo que me rodea. En el exterior, los periodistas me asaltan, pero les miro con ojos apagados. Los policías los apartan enseguida y hablan conmigo. Creo entender que debo dar mi versión de los hechos. Respondo evasivamente que sí..., pero no ahora... Me preguntan si quiero ver a un médico... Contesto que no...

Atravieso la multitud que se dirige a toda prisa al hospital. Me noto aletargado. Vislumbro cámaras de televisión y periodistas... La confusión es total. Pero yo estoy desconectado de todo esto. Me siento muy lejos de aquí. Aún sufro por el horror vivido, pero éste también parece aletargado.

Y, de repente, veo a un hombre con barba. Es Monette. No me invade ningún sentimiento de desprecio ni de irritación. Está sonrojado, excitado y estupefacto. ¡Una vez más, me doy cuenta de que le gusta esto! Como si se encontrara en pleno orgasmo.

—¡Doctor Lacasse! ¿No estaba en Quebec? Joder, ¿qué ha pasado ahí dentro? ¡He visto salir un montón de cuerpos, docenas de cuerpos! ¿Ha muerto Roy?

Lo miro despacio, incapaz de enfadarme. De repente, con voz neutra, le digo:

—Se acabó, Monette. Ya no tenemos nada que decirnos. Se acabó.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir?

Sin añadir una palabra, me alejo. Él me llama varias veces; luego su voz desaparece en el alboroto de la multitud.

Camino en un estado de ingravidez. Tengo la impresión de dar vueltas, como si buscara algo.

De repente, veo al enfermero de una ambulancia que atraviesa el gentío. En sus brazos, sostiene a un bebé. El niño de Jeanne. Están evacuando el hospital, a él también lo llevan a otro sitio.

«Todo ha acabado», le he dicho a Monette.

Miro un buen rato a este niño prematuro que llora a pleno pulmón mientras lo trasladan a una ambulancia, perseguido por una horda de periodistas.

Por fin, mi insensibilidad se desmorona, se resquebraja, y el Horror, mi nuevo compañero, resurge lentamente.

Epílogo

El número de muertos total asciende a cuarenta y tres. Veintiún pacientes, nueve miembros del personal y trece policías. Ningún superviviente. Nadie para contar lo ocurrido.

Han pasado siete meses. Por supuesto, la historia ha dado la vuelta al mundo.

Los días siguientes fueron agotadores. Di mi versión de los hechos a la policía. Les dije que pasaba por el hospital para reunirme con una compañera y les conté lo que había visto. Nada más. Cuando me preguntaron lo que pensaba, emití la hipótesis de una crisis de histeria colectiva. Me objetaron que eso no explicaba el hecho de que algunos policías, una vez dentro del edificio, hubieran participado en la matanza. Respondí que la histeria podía contagiarse a cualquier persona. No se quedaron muy satisfechos. Lo comprendo.

Me llamaron docenas de periodistas. No quise hablar con ninguno. Monette se puso rápidamente en contacto conmigo. Ante mi negativa a decirle nada, tuvo un ataque de rabia.

—¡Escribiré el libro de todas maneras, entérese! ¡Ya sé muchas cosas! ¡No debo de estar lejos de la verdad!

—Nadie conoce la verdad —me limité a replicar.

Me volvió a telefonear varias veces, pero filtré sus llamadas. Acabó por cansarse. Aunque no perdió el tiempo. Su libro ha salido hace un mes. Lleva el sutil título de *Thomas Roy: cuando el horror se hace realidad*. Está a la cabeza de los libros más vendidos. No lo he leído. Debe de contar algunos detalles verídicos, por supuesto (Monette nos informó de muchas cosas), pero hay tanto que ignora... Lo vi en la televisión hace dos días y no nos nombró ni a Jeanne ni a mí. Se atribuye todo el mérito. Esto me viene muy bien. Los periodistas y cronistas más serios lo acusan de oportunismo y sensacionalismo. Él se ríe: su libro le estará reportando mucho dinero. Ahora lo desprecio más que nunca. De todas maneras, este libro interesará a la gente durante un tiempo y luego se aburrirá del tema.

Michaud también me telefoneó el mismo día de la masacre. Estaba llorando. Me llamó de todo, dijo que era culpa mía, me exigió una explicación, incluso me acusó de ser el asesino de su amigo. Afirmó que me llevaría ante la justicia y todo eso. No se lo reprocho. Está roto, como yo, pero por otras razones. Además, no he vuelto a oír hablar de él después.

No he tenido noticias de Claudette Roy. Y no me sorprende en absoluto.

Llamé al padre Lemay unos días después. Sin duda, se encontraría al corriente de todo el asunto por la televisión. Quería oír su voz, estaba preocupado por él. Me dijeron que se había suicidado. Pregunté qué había sido de su sirvienta, Gervaise. Me contestaron que, después de la muerte del padre Lemay, ella se había marchado por fin a una residencia de ancianos.

Unas semanas después de la tragedia, fui por última vez al ala de psiquiatría del hospital. La dirección, para borrar el pasado, tiene intención de transformarlo en departamento de cardiología. Necesitaba volver a ver el lugar con un ambiente más normal para deshacerme de estas imágenes atroces que no cesan de atormentarme. Mientras los arquitectos se paseaban y hablaban entre ellos de las diferentes posibilidades de reforma, yo deambulaba por los pasillos, reconfortado ante la ausencia de sangre y cadáveres. Por supuesto, no pude evitar la visita a la habitación de Roy. Y allí, por casualidad, en la pared, cerca de su cama, descubrí unos garabatos. Eran palabras escritas con dificultad, incomprensibles. Entonces me acordé del lápiz que estaba encima de su mesa. Ahí se encontraba el soporte donde había vuelto a escribir. Me lo imaginé tendido de lado, en la cama, sosteniendo el lápiz entre las manos y escribiendo de forma febril, a su pesar, sobre esta pared. Esta imagen me dio escalofríos. Y, aunque se trataba de garabatos indescifrables, creí reconocer las palabras «hospital», «locura» y «masacre».

«Tengo nuevas ideas, ¿comprende lo que eso significa?».

De inmediato, lamenté haber ido y salí a toda prisa de allí sintiendo un súbito malestar.

Estoy jubilado. Ya no vivo con Hélène. Intenté empezar de cero con ella e hice todo lo

posible por conseguirlo. Fue inútil. Ella se cansó y se marchó. Triste, decepcionada, pero firme. La comprendo muy bien. Yo no podía más, eso es todo. Nunca podré más, creo...

Siete meses. Aún se habla de esta historia en los periódicos y en la televisión. Mucho menos que las primeras semanas, pero aún la mencionan. Los expertos proponen varias explicaciones, a cual más descabellada. Sin embargo, dentro de poco, este caso engrosará las filas de las grandes matanzas inexplicables, que se recuerdan una vez al año. La gente, sin olvidarse del todo, acabará por no pensar más en ello.

Yo no.

Me dije que si no encontraba una explicación sobre Roy, no podría vivir en paz. Por supuesto, he encontrado algunos fragmentos. Sé que sucedió algo el 16 de junio de 1956 y que eso se repitió cuarenta años después.

Pero ese hecho ¿qué explica exactamente?

Mi jubilación está muy lejos de ser apacible. Es peor de lo que podía imaginar. No esperaba la felicidad, pero tampoco deseaba un tormento como éste.

Porque ya no veo a nadie. Vivo solo en un lujoso apartamento y no salgo. Me quedo en casa leyendo, viendo la tele o no haciendo nada. Mis dos hijas vienen a veces a visitarme (les impresiona verme en este encierro), pero nada más.

En realidad, eso no es del todo cierto. Veo a otra persona: a Marc, el «churri» de Jeanne. Le ha puesto al niño Antoine, como quería ella. Marc se ha convertido en un desecho humano, pero educa a su hijo lo mejor que puede. Está un poco resentido conmigo, creo. Nos hemos visto unas diez veces hasta ahora. Hemos hablado mucho. De Jeanne. De Roy. Él estaba al corriente de muchas cosas; Jeanne le había contado todo lo que sabía. Por mi parte, no le he ocultado nada tampoco. Y, aunque todavía siento rencor, él me escucha e intenta comprender. Como yo. Nos ayudamos en la medida que podemos.

Pero lo que de verdad me interesa de estas visitas es el niño. Se arrastra por la alfombra, sonríe y balbucea sonidos. Es encantador, como todos los bebés. Aunque yo lo observo cada vez con atención. Deseo seguir viéndolo de forma regular. Deseo verlo crecer y seguirlo en su desarrollo.

No perderlo nunca de vista.

Porque a veces se me ocurren cosas que me hacen temblar.

Casi todas las noches, desde hace siete meses, sueño con las dos puertas. La que estaba entornada se abre ahora lentamente, por completo. Camino por fin hacia ella.

Sin embargo, detrás, sólo está la nada. Un precipicio sin fondo que se hunde en las tinieblas.

Entonces, en mi sueño, me detengo, angustiado, en el umbral.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a Sophie Dagenais por su amor, su apoyo y sus críticas tan acertadas.

También agradezco a Suzanne Bélair, Marc Guénette, Jean-François Houle, Mélanie Ouellette y Martin Tétreault sus lecturas del texto y sus críticas.

Por último, quisiera mostrar mi gratitud de forma particular a la señora Carole Dagenais, enfermera; al señor Benoît Dassylva, médico psiquiatra, y a la señora Johanne Hamel, ergoterapeuta, por sus preciosos consejos sobre cuestiones médicas.

PATRICK SÉNECAL



PATRICK SENÉCAL nació en Drummondville (Quebec, Canadá) en 1967 y en la actualidad es una de las figuras más importantes del terror canadiense. Se desempeñó también como dramaturgo, profesor de literatura y cine, miembro de un grupo de teatro humorístico. Publicó su primera novela, *5150 rue des Ormes*, en 1994, y desde entonces ha escrito ocho más, cinco de las cuales han sido o están en proceso de ser llevadas al cine. Su tercera obra, *El umbral*, ha recibido la aclamación unánime de la crítica y ha sido objeto de una exitosa adaptación cinematográfica.

Notas

[1] CÉGEP: Colegio de Enseñanza General y Profesional. Establecimiento del sistema educativo de Quebec donde se imparte formación técnica y preuniversitaria. (*N. de la T.*) <<

[2] El duplessismo fue la doctrina política defendida por Maurice Duplessis, primer ministro de Quebec de 1936 a 1939 y de 1944 a 1959, que se caracterizaba, entre otras cosas, por una ideología arraigada en el catolicismo ultraconservador. (*N. de la T.*) <<